

carina bergfeldt

MATAR A PAPÁ



Lectulandia

Con gran minuciosidad, una mujer planifica la muerte de la persona que ha convertido su vida en un infierno, su padre. El macabro plan toma forma en una libreta cuya tapa muestra unas apetitosas magdalenas. Una nota en el frigorífico con las palabras «Matar a papá» le recuerda cuál es el motor que impulsa ahora su vida.

Mientras el plan parricida avanza, se encuentra el cadáver de una mujer en un lago de la ciudad de Skövde; todo apunta a una muerte violenta. La inspectora Anna Eiler trabaja en el caso, pero no es la única: dos periodistas locales, Ing-Marie Andersson y Julia Almliden, realizan su propia investigación. Las tres tienen razones personales para resolver el asesinato, las tres esconden algo, pero sólo una de ellas es capaz de preparar a sangre fría un crimen aún más atroz que aquel que pretende resolver. No podrás dejar de leer hasta que averigües de cuál de las tres se trata.

***«Lee este thriller psicológico y recuerda que lo que cuenta es real»,
Amelia's Magazine.***

Lectulandia

Carina Bergfeldt

Matar a papá

ePub r1.0
macjaj 15.11.13

Título original: *Fadersmord*
Carina Bergfeldt, 2012
Traducción: Gemma Pecharromán Miguel
Diseño original de la portada: Andreas Norrefjord

Editor digital: macjaj
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

EL DÍA DEL JUICIO FINAL

Al fin lo tiene a sus pies. Inmovilizado con ocho rollos de film transparente en la cama con dosel azul que ella misma compró en Ikea por cuatrocientas noventa y nueve coronas.

Examina la gruesa capa de plástico, enrollada alrededor de su frente. Alrededor de su cuerpo desnudo.

Torso.

Brazos.

Vientre.

Rodillas.

Y tobillos.

Está prácticamente convencida de que cuando despierte no podrá moverse.

Lo ve respirar ahí tendido, profundamente drogado. Inconsciente de la postura tan incómoda en que se halla su cuerpo inmovilizado. Inconsciente, de momento. Pero pronto sabrá cuál es la situación. Pronto se aclarará todo.

Cierra los ojos y va contando mentalmente los días hacia atrás, hasta llegar al 1 de enero.

Cómo había deseado que llegase ese día.

Setenta y ocho días. O toda su vida, según cómo se cuente.

No quiere despertarle. Todavía no. No tiene prisa.

Nada de lo que va a suceder en las próximas horas debe apresurarse.

Asesinarlo llevará el tiempo que tenga que llevar.

1

**DOS MESES Y DIECISIETE DÍAS ANTES,
SÁBADO, 2 DE ENERO DE 2010**

Los secretos significan tanto como la persona con la que eliges compartirlos.

Lo primero que quise hacer la mañana en que cambió todo fue mirarlo a la cara y hablar. Contárselo. Contárselo todo. Sin ocultar nada. No existía nadie con quien yo deseara compartir el secreto más que con él.

Pero no lo hice.

Dejé que el secreto siguiera siendo eso. Un secreto. Algo que luego existiría para siempre entre nosotros. Que se interpondría entre nosotros. Provocando en nuestra confianza mutua una fisura donde podía instalarse el vacío. Hacer un nido. Extenderse.

No tenía elección.

Me levanté, me vestí, me fui al trabajo.

Y supe que nada volvería a ser como antes.

2

SÁBADO, 2 DE ENERO DE 2010

El termómetro instalado fuera de la ventana marcaba dieciséis grados bajo cero. Había nevado. La primera nevada del año. A Julia Almliden le costó ver los números porque la ventana, que daba al solitario aparcamiento de la calle Mörke de Skövde, estaba cubierta de escarcha.

Pasó el dedo por el cristal para comprobar si las laminillas brillantes de escarcha se hallaban en el interior o en el exterior.

No se derritieron al pasar el dedo por encima. O sea, estaban en el exterior. Julia resopló. La escarcha bien podría estar por dentro.

El departamento de contabilidad del periódico ahorra en todo lo que se pudiera ahorrar: bolígrafos, cuadernos, horas extras. Calefacción.

Durante el último invierno eso había sido más que evidente. Dentro de la redacción la temperatura no pasaba nunca de los dieciocho grados. Así era imposible escribir un artículo con sentido. Tres veces se había visto obligada a pulsar una tecla para impedir que apareciera el salvapantallas. De todos modos, tenía que hacer como que estaba trabajando.

Suspiró. Se sentó. Lo intentó de nuevo.

Los restos de la cena de Nochebuena apestan.

Pero a la familia Johansson no le queda más remedio que acostumbrarse al olor repugnante que los golpea en la cara cada vez que abren la puerta.

Los empleados del servicio de recogida de basuras se niegan a acercarse a la casa del matrimonio por miedo al lobo que se ha convertido en el amo del bosque.

—¿Por qué tiene que ser tan complicado? —rezongó mientras seleccionaba y borraba los tres párrafos.

Julia Almliden se volvió y miró de reojo a su colega, Ing-Marie Andersson. Estaba sentada como de costumbre. Sujetándose la chaqueta sobre el pecho con la mano derecha, y navegando con la izquierda. Ing-Marie iba a cumplir pronto los cuarenta, pero aparentaba tres o cuatro años más. Tenía un aspecto corriente. Cabello

rubio cobrizo encrespado, con un corte tipo paje, hasta la nuca. Rostro de tez clara con pecas, normalmente sin maquillar. La reportera criminalista solía disimular su delgadez bajo gruesas chaquetas de punto de colores discretos, neutros. Preferiblemente marrones.

«En fin, lo de “reportera criminalista” no deja de ser un eufemismo», pensó Julia. Exceptuando las peleas de borrachos fuera del bar Bogrens, algún robo aislado en el barrio de Ryd y todas las denuncias por violencia de género, no sucedía gran cosa en Skövde; pero parte del trabajo de Ing-Marie —aparte de su tarea habitual de cubrir la información municipal— era llamar diariamente a la comisaría de policía. Se tomaba muy en serio este trabajo y, sobre todo, le gustaba más que su otro cometido.

A Julia le hacía gracia, pero Ing-Marie nunca se presentaba como la periodista responsable de cubrir la información municipal y provincial que era, como detallaba su contrato de trabajo, sino como reportera criminalista. Pese a la negativa del jefe, Ing-Marie había encargado unas tarjetas de presentación con ese título, si bien pagadas de su bolsillo. Las tenía en su escritorio en una cajita blanca junto a las tarjetas que había pagado el periódico, el *Västgöta-Nytt*.

Ing-Marie sacaba a veces una de aquellas tarjetas que ella misma se había costeadado y pasaba los dedos por encima. Pero en ese momento parecía concentrada en otra cosa. Julia estaba casi segura de que si se inclinase hacia delante y mirase de reojo la pantalla de su colega se encontraría el logo de «CSI». Esa serie era la favorita de Ing-Marie y la reportera criminalista solía quejarse por la falta de asesinatos en Skövde del calibre de los de Nueva York, Miami o Las Vegas. Ing-Marie era una mujer muy reservada, pero cuando abría la boca en la reunión matinal, normalmente era para ofrecer un breve resumen de lo que había pasado la noche anterior a las nueve en el Kanal 5 de televisión. Hablaba de cuerpos devorados por caimanes, tragaperras impregnadas de cianuro o taxistas con cadáveres en el maletero.

Julia pensó en lo decepcionada que debía de sentirse su colega también por la incapacidad de Skövde para ofrecerles personajes como un Horatio Caine, un Mac Taylor o un Gil Grissom. No tenía ni idea de si su colega salía con alguien —la reportera criminalista nunca contaba nada de su vida privada—, pero a Julia le costaba creerlo. En cualquier caso, Ing-Marie no tenía hijos ni había estado nunca casada, eso ya lo había comprobado Julia consultando el registro civil en un acceso de curiosidad. Ing-Marie parecía vivir entregada al sueño de resolver el asesinato del año, convencida de que, cuando eso ocurriese, todo lo demás vendría solo.

Haciendo un esfuerzo, Julia apartó la mirada de Ing-Marie y volvió a concentrarse en la pantalla de su ordenador y en aquella entradilla que se le resistía. No había tiempo para lucubraciones en ese momento.

Julia se dio una palmada en la cara y mientras aún sentía el escozor en la piel se dispuso a terminar su trabajo.

El jamón de Navidad está enmohecido.

La langosta de Nochevieja, un caparazón hediondo.

«Esperemos que vengan antes de que tengamos que comernos los arenques del solsticio de verano», dice Herman Johansson, resignado.

Los trabajadores del servicio de recogida de basuras llevan dos semanas boicoteando la casa de la familia.

Julia sonrió. Todo terminaría arreglándose.

3

Ing-Marie Andersson odiaba esos chasquidos.

Cerró los ojos, se masajó con fuerza las sienes y se arrepintió de haber tirado antes de Navidad los tapones amarillos que guardaba en el cajón superior de su escritorio.

A decir verdad, no se definiría a sí misma como una persona particularmente irritable, pero Lottie, la redactora de la sección de ocio, la ponía de los nervios.

Su oronda colega tenía dos cualidades que a Ing-Marie la sulfuraban: era vaga y le gustaba hablar mal de los demás.

Y para más inri, esos chasquidos.

Ing-Marie sabía que si volvía la mirada hacia su colega, el salvapantallas de Lottie, la redactora de ocio, mostraría fotografías de su novio, casi desnudo, y tan insoportable como ella, Stephan... no sé qué. A Ing-Marie nunca se le había quedado el nombre. Lottie estaría mascando chicle con la boca abierta mientras sus dedos se deslizaban sobre su nuevo iPhone.

Ing-Marie sabía todo eso.

Y todas esas cosas la irritaban.

Así que no volvió la mirada hacia la derecha, sino hacia la izquierda. La periodista Julia Almliden parecía profundamente concentrada en la pantalla del ordenador. Observó en silencio a su colega, diez años más joven que ella. Julia llevaba ese día su rubia melena recogida en un moño. Siempre la llevaba recogida. Bien en una coleta hecha de cualquier manera o en un moño tirante. Se preguntó hasta dónde le llegaría la melena si la dejara caer sobre sus hombros.

Pero Julia nunca llevaría el pelo suelto. Sería demasiado femenino. No encajaba con su estilo masculino: vaqueros, camiseta y porte autosuficiente. Julia sonreía a menudo y parecía amable, pero no solía dar pie a conversaciones personales.

Ing-Marie apreciaba la discreción de su colega. En los cuatro años que llevaban trabajando juntas, desde que Julia Almliden empezó a trabajar como redactora en el *Västgöta-Nytt*, nunca habían almorzado juntas, salvo en las comidas de Navidad y de Pascua, forzadas por la empresa. A ella le parecía estupendo. El trato con los

compañeros de trabajo era un espanto que Ing-Marie prefería evitar, por varias razones. Pero sobre todo por lo que en ese momento rondaba constantemente en sus pensamientos.

Observó las deslucidas oficinas que el periódico había ocupado durante los veintidós años que ella llevaba trabajando allí, y cuarenta y siete antes de eso. El edificio de la calle Mörke reflejaba en buena medida la redacción que albergaba en su interior. Tenía un aspecto bastante descuidado y, si se rascaba en la superficie, un contenido casi igual de triste.

Ing-Marie se negaba a aceptar la parte de responsabilidad que pudiera tener en ello. Por el contrario, opinaba que a la dirección del periódico le vendría bien un cambio radical. Fijó la mirada en Sven Lindgren, el director —además de redactor jefe—, sentado de perfil, detrás de Julia, ojeando aburrido el ejemplar del día mientras hablaba por teléfono. A juzgar por su voz aduladora, al otro lado del hilo estaba alguna de las personas más importantes de la ciudad. A Ing-Marie le gustaría que Sven Lindgren se preocupase por el periódico tanto como se preocupaba por su propia imagen. Llevaba el cabello, exageradamente oscuro, muy bien cortado. Vestía siempre vaqueros, chaqueta oscura con alguna camisa de cuadros, de marca; camisa que insistía en llevar siempre abotonada sólo hasta el segundo botón superior, de manera que asomara un poco del pelo negro de su pecho. Ing-Marie se preguntaba si no tendría complejo de pene pequeño y el pelo oscuro del pecho le haría sentirse más viril. A ella le parecía más bien un mono peludo.

El dueño del *Västgöta-Nytt* había convencido tres años antes a Sven Lindgren para que dejara Gotemburgo, donde era subdirector del vespertino *GT*, a cambio de ser director en Skövde. Dirigir un periódico, al menos formalmente, parece que lo había atraído. Pero todo quedó en mucho ruido y pocas nueces. Sven Lindgren no había aportado ni una sola idea original desde que accedió al puesto, y todos los meses abandonaban el periódico unos cuantos suscriptores, que pasaban a leer el periódico de la competencia, el *Skövde Nyheter*, lo cual parecía no preocupar demasiado al director de cuarenta y dos años. Mientras su pelo siguiera teniendo volumen, mientras su mujer estuviera presentable, y mientras a él, por el hecho de «ser alguien», lo siguieran invitando a todos los actos y comidas oficiales de la ciudad, Sven Lindgren estaría encantado de la vida.

Detrás de la mesa del director estaba el escritorio de Håcke. Vacío. Claro.

En cualquier otro momento Ing-Marie se hubiera sentido irritada por la desidia de sus compañeros de trabajo, pero ese día precisamente se alegraba de que todos parecieran estar lejos —al menos mentalmente— de la redacción.

No debería.

Lo sabía de sobra.

Pero no podía resistirse. La sensación era tan nueva. Tan fuerte. Y los demás

también estaban ocupados en lo suyo, razonó ella.

Por eso Ing-Marie se atrevió finalmente a abrir una nueva ventana en el ordenador para entrar en una página que por nada del mundo le habría gustado que vieran sus compañeros de trabajo.

4

A seiscientos metros de la redacción del periódico, concentrada en lo que había sucedido muchos años antes, la agente de policía Anna Eiler estaba sentada delante del ordenador en su despacho de la comisaría. Había cerrado la puerta. No quería que la molestaran.

Imágenes de odio y muerte, de dolor e impotencia. Disponía de muy poco tiempo. Todas esas víctimas llevaban mucho tiempo esperando una reparación. Quería prestarles toda su atención.

Quería hacerles justicia. Ya.

Pero era difícil, por no decir imposible, concentrarse.

Como de costumbre, él ocupaba todos sus pensamientos.

5

Había llegado el momento. El momento de dejar de fantasear con su muerte y, en vez de eso, empezar a planearla.

Tragué saliva, apenas sabía por dónde empezar. Abrí una nueva ventana en la pantalla y entré en Google, donde escribí las palabras «asesino profesional». Me temblaba el dedo índice al pinchar la tecla de búsqueda.

Dieciocho mil trescientos resultados.

Los examiné, pero era un auténtico embrollo. Una aclaración de la etimología de las palabras, una crítica de la película *The Jackal* y un artículo del periódico *Expressen* donde se contaba que hacía tiempo el excampeón del mundo de boxeo, Mike Tyson, había contratado, loco de celos, los servicios de un asesino profesional para matar a Brad Pitt.

Suspiré.

¿Qué esperaba? ¿Que apareciese un enlace al asesinato perfecto? Quizá, si he de ser sincera.

Entré en el foro Flashback y encontré varias intervenciones que afirmaban que recurrir a alguien para que liquidara a otra persona por encargo costaba cerca de cien mil coronas. Al menos, en Malmö. Pensé cuál sería la tarifa en Skövde y si debería poner un anuncio en el foro pidiendo ayuda. Sacudí la cabeza, cerré la página, borré el historial del ordenador y sentí que la frustración se extendía por mi cuerpo como un virus maligno. Buscar ayuda en internet. Qué idea más estúpida.

Tan tonta no era. Y yo no me fiaba de nadie. ¿Cómo iba a confiar entonces a un extraño el trabajo más importante al que me he enfrentado en mi vida?

Eso era algo que debía resolver yo sola.

Pero no en ese momento.

Las horas fueron discurriendo lentamente durante el resto del día. Cuando llegué a casa aflojé las riendas y volví a pensar en ello. En él.

Fui directa a la cafetera y preparé tres tazas. Me quedé junto a esta hasta que salió

el café suficiente para llenar mi taza negra preferida y luego me dirigí al sofá blanco que me estaba esperando. Me acurruqué en mi rincón favorito y alargué la mano hasta la bombilla del árbol de Navidad que tenía más a mano. La enrosqué hasta que se encendieron todas las luces del árbol, contemplé el abeto resplandeciente y sentí que la calma se extendía por mi cuerpo. Cerré los ojos y dejé que me inundara esa sensación. Iba a necesitar mucha calma.

Permanecí quieta unos minutos con los ojos cerrados antes de estirarme para coger mi bolso negro de piel. Saqué de él mi nuevo cuaderno de notas.

Era un cuaderno tamaño cuartilla, pautado. La cubierta, de plástico duro, estaba llena de magdalenas americanas en diversas presentaciones. Pasé el dedo por ellas y las conté. Siete líneas de cinco. Treinta y cinco magdalenas. O *cupcakes*, como tan internacionalmente las llamaban en la cubierta.

Parecían apetitosas. Una magdalena de chocolate estaba cubierta de bolitas de plata. Otra cubierta con azúcar glaseado estaba decorada con una bolita de azúcar de color rosa. Y una magdalena de color azul celeste aparecía cubierta con fideos de todos los colores.

Me gustaba el cuaderno. Entré en la librería Akademi después del trabajo y lo compré por cincuenta y nueve coronas. Quizá fuera algo tonto, pero no quería usar un cuaderno normal.

Quería algo bonito.

Algo que me pusiera de buen humor.

Quería que fuese un cuaderno de anotaciones alegre, a pesar de su contenido.

Abrí la primera página. Escribí: «Papá», y lo subrayé.

El primer punto era fácil. Lo había decidido el día anterior a las 15:51.

1. Matar a papá.

¿Y luego?

No se me ocurría nada.

Encendí el ordenador, escribí la palabra «muerte» en el campo de búsqueda y entré en el primer enlace que aparecía: una página web de medicina interna. Leí:

Definición: La ley sueca define desde 1987 el concepto de MUERTE como el estado en el que la actividad del cerebro cesa totalmente de forma irreversible. La muerte cerebral es la muerte de la persona. La comprobación de la muerte cerebral se verifica principalmente por vía indirecta, mediante la constatación del cese de la respiración y de los latidos del corazón.

Constatación de la muerte:

Ausencia de pulso palpable en la A. carótida, A. radial, A. inguinal.

Ausencia de latidos en la exploración.

Ausencia de respiración en la auscultación.

Ausencia de movimientos torácicos.

Cese de reflejos pupilares.

Córnea pálida, sin brillo, gris.

Más claro que el agua. O no. Apagué el ordenador. Jugueteeé con un mechón de pelo entre los dedos mientras mordisqueaba el lápiz. Reflexioné un momento antes de pasar al segundo punto.

2. Asesinar sin que te descubran.

Miré el cuaderno y tragué saliva. Sentí que cada vez me costaba más controlar la respiración. Me parecía que oía mi corazón.

No eran unos latidos rápidos.

Era un tren expreso.

Un coche de Fórmula 1.

Era mi corazón traspasando la barrera del sonido.

«Venga. Puedes hacerlo», dije en voz alta.

Cerré los ojos. Esperé hasta que mi respiración se hubo recuperado de su maratón de sentimientos y seguí escribiendo.

3. Evitar que alguien acabe en la cárcel por mi culpa.

4. Conseguir que sufra.

Me sentía sucia.

Miré lo que acababa de escribir y entonces comprendí cuánto odio debía haber dentro de mí, un odio que yo nunca había dejado aflorar.

Y por primera vez en mi vida dejé que saliera.

Lloré desconsoladamente mientras los pensamientos iban y venían a su antojo a través del tiempo. Hasta habitaciones en las que yo no quería entrar, lugares que no quería visitar. Hasta que me dormí, acurrucada en posición fetal en el sofá blanco, con las mejillas surcadas por las lágrimas reseca, el lápiz agarrado convulsivamente en la mano, el cuaderno a mi lado y la cabeza llena de imágenes de mi padre, destrozado.

6

DOMINGO, 3 DE ENERO DE 2010

La llamada llegó a las 07:34.

Cuando la molesta señal del móvil la despertó, al principio no sabía ni dónde estaba. Aquella no era su cama.

Anna Eiler se estiró en el sofá para coger el teléfono. Mientras lo buscaba a tientas volcó con el brazo el vaso de agua medio lleno y esta cayó sobre la mesa de madera. Soltó un taco, pero al ver en la pantalla quién la llamaba comprendió que no había tiempo para buscar una bayeta.

Anna se aclaró la garganta para que no pareciera que acababa de despertarse y contestó. Escuchó la escueta orden, se puso la ropa tirada en el suelo y se dirigió a la puerta.

En casa de Julia Almliden el teléfono sonó justo ocho minutos más tarde. Se levantó apresurada en busca del ruidoso aparato.

—¿Sí?

—¡Buenos días, guapa!

Julia estaba convencida de que habría reconocido la voz de Janne Persson entre un millón. Flash, el fotógrafo *freelance*, tenía la voz más nasal que ella había oído nunca. Sonaba como una vieja gruñona, pero con voz de hombre. Y encima ese acento de Västergötland que haría sonrojar a un político de extrema derecha. «Una mezcla de lo más absurda», pensó frotándose los ojos antes de contestar secamente:

—Flash. Es domingo y no trabajo. Llama a Ing-Marie.

—Es que es tan pesada. Se cree que trabaja para la policía. «Saca eso. ¿Lo tienes? ¿De veras tienes la foto?» Prefiero pasar la mañana contigo.

—Está bien. ¿Qué quieres? —preguntó de mal humor.

—Estoy en la orilla del lago Simsjön mirando cómo los colegas de Karlkvist sacan un cadáver del agua. Mejor dicho, del hielo. Les está costando un poco, porque

el cuerpo está atrapado. Si te das un poco de prisa puedes estar aquí antes de que terminen de serrarlo.

—Llego dentro de diez minutos —contestó Julia.

Cuarenta minutos después, cuando tanto Anna como Julia ya se encontraban en Simsjön, sonó un tercer teléfono, en casa de Ing-Marie Andersson. Esta miró la pantalla y al ver el número sintió el inevitable y habitual nudo en el estómago. Debería contestar. No tenía ganas. En ese momento, no. Apagó el móvil.

Julia Almliden sabía que debía apresurarse, pero, en lugar de aparcar al borde de la carretera, dejó el coche en el amplio aparcamiento que había a la izquierda antes de llegar al lago. Discutir con la policía sobre dónde podía o no podía aparcar le llevaría más tiempo que caminar unos metros.

Buscó entre los coches aparcados, pero no vio ninguno con el logotipo del *Skövde Nyheter*. Julia sonrió. La competencia aún no había llegado.

Recorrió los cincuenta metros desde el aparcamiento hasta el camino que conducía al lago, con un ojo puesto en el cielo y otro en el suelo para no tropezar con las raíces que sobresalían. En el negro cielo invernal se agitaban jirones azules y de color violeta, y un resplandor azulado iluminaba la nieve que crujía bajo sus pies.

Julia apenas tuvo tiempo de pensar que era una mañana de enero inusualmente bella cuando Janne *Flash* Persson fue hacia ella. Se le veía contento.

—Mira —dijo, seleccionando una de las fotografías en la pantalla de la cámara.

Julia bajó la vista y todos los pensamientos sobre aquel amanecer resplandeciente desaparecieron de inmediato. Sus ojos se fijaron en lo que alguna vez había sido una persona viva pero ahora era una masa informe, envuelta en una tela de color rojo y congelada dentro de un bloque de hielo. Lo único que se veía con claridad eran un par de rodillas y un par de pies hinchados y desnudos que salían del trozo de hielo.

No era la primera vez que Julia veía un cadáver. Por desgracia, en su trabajo iban incluidos los accidentes que se producían todos los días en las carreteras de los alrededores de Skövde. Motoristas en la rampa de Billingen, kamikazes de la recta de Mariestad, niños que cruzaban la carretera junto a la salida de Sommarland, el parque de atracciones. Había visto la muerte antes, pero siempre le provocaba el mismo malestar. Los cuerpos sin vida de verdad distaban mucho de los elegantes cadáveres que se veían en la caja tonta por la noche. No podía decir con exactitud cuáles eran las diferencias. Quizá la más destacada era el color de piel. Esa tonalidad cerúlea que se apoderaba rápidamente de un muerto de verdad cuando la sangre dejaba de circular. Salvo en el cadáver que estaba viendo justo en ese momento. Era de cualquier color menos cerúleo. Más bien tiraba a gris violeta pálido. Pero teniendo en

cuenta que estaba helado, no era tan raro.

Julia alzó la mirada y contempló el lago Simsjön, sólo para encontrarse con la misma vista algo más alejada. Los dos embarcaderos a la derecha de la orilla flotaban en luz. Habían instalado grandes focos para facilitar la operación que se estaba llevando a cabo quince metros más allá. Un perro y varias personas con chalecos reflectantes se movían en los embarcaderos. Habían colocado dos conos de color naranja en las dos rocas grandes y un cordón policial se balanceaba entre ellos. Tras el cordón había tres coches, varios policías con linternas y un grupo formado por cuatro miembros del servicio de Protección Civil, que trabajaban a marchas forzadas con la sierra para liberar el cuerpo del hielo.

Dos bomberos realizaban el trabajo propiamente dicho y, mientras, otros dos colegas y un médico forense estaban al lado siguiendo la operación. Sujetaban una tabla de salvamento pensada para transportar el bloque de hielo con el cuerpo. Julia se preguntaba si la tabla aguantaría. El bloque de hielo era bastante grande. La mujer se volvió hacia el fotógrafo:

—Bueno, ¿qué sabes?

—Apostaría a que es aquella madre que dejó a los dos hijos.

El lago Simsjön.

Una madre que había dejado a dos hijos.

Julia trató desesperadamente de espabilarse lo suficiente como para entender de qué le estaba hablando. Entonces por fin recordó a Elisabeth Hjort, la madre deprimida que en noviembre dejó una nota para su marido y sus hijos en una casa de la calle Livboj y después desapareció sin dejar rastro. Pese a los más que admirables intentos de Ing-Marie para convertir la noticia en apasionante periodismo de intriga, todos, incluida Julia, sospecharon que se trataba de un suicidio. Pero nunca encontraron el cuerpo.

Ing-Marie. ¡Cielos! Cómo se iba a enfadar cuando supiera que Julia estaba allí y ella no.

Julia miró a su alrededor para ver si Klas Hjort, el marido de la mujer desaparecida, también estaba por allí. Lo localizó, cubierto con una manta de ambulancia, y sentado en el asiento de atrás de uno de los coches de policía aparcado a la orilla del lago, detrás del cordón policial.

Julia entornó los ojos para ver mejor y observó que los pantalones chinos beige del hombre estaban mojados hasta la rodilla. Se preguntó si habría intentado acercarse a lo que probablemente era el cuerpo de la que había sido su mujer, y tembló sólo de pensarlo.

Delante de Klas Hjort se encontraba el comisario de policía Ulf Karlkvist. Este puso una mano en el hombro de Klas Hjort y Julia vio cómo Hjort se estremeció, asustado. La mano desapareció enseguida.

«Pobre hombre. Lo asustado que debe de estar», pensó Julia.

Advirtió que Ulf Karlkvist —intencionadamente con toda seguridad— estaba delante del hombre para que este no viese demasiado el trabajo que se estaba realizando en el hielo.

Julia meneó la cabeza, contrariada. El comisario de la Brigada de Homicidios, Ulf Karlkvist, de la policía de Skövde, adscrita a la policía provincial de Västra Götaland, era accesible para hacer declaraciones, pero no era un tipo que permitiera a los periodistas traspasar el cordón de seguridad para hablar con los allegados de las víctimas. La redactora miró de reojo la hora. Los buenos consejos son caros, o como se dijera. Se dirigió a Flash.

—Si tienes ya lo que necesitas, podrías ayudarme con una cosa. Es urgente.

El fotógrafo comprobó sus fotos y, antes de asentir, lanzó una mirada alrededor para asegurarse de que sus colegas de la competencia no habían llegado aún.

—Bien, me preocupa el *Skövde Nyheter*. Llama a Karlkvist. Habla con él de lo que sea. Entretenlo. Procura tenerlo ocupado al teléfono unos minutos.

Julia sacó su propio teléfono, buscó en internet la guía telefónica y encontró el número. Esperó hasta oír la débil llamada de móvil y comprobar que Karlkvist se dirigía al asiento delantero para contestar antes de llamar ella. Esperaba que el número que había encontrado fuese el correcto, y cuando vio que Klas Hjort buscaba en su bolsillo mientras salía de su móvil la sintonía de llamada, se dio una palmadita en el hombro mentalmente. Un hombre cuya mujer ha desaparecido lleva siempre el móvil consigo.

—¿Ho... Hola?

—Hola, Klas. Soy Julia Almliden, del *Västgöta-Nytt*. Nos vimos en noviembre.

Era pura mentira. Pero supuso que en aquellas circunstancias Klas Hjort no recordaría con quién había hablado tras la desaparición de su mujer.

—Sí, hola. No... no puedo atenderle en estos momentos.

—Sí, lo comprendo y no quisiera molestarle... Sólo quería saber cómo se encuentra, ahora que ella...

—Sí.

El hombre respiraba con dificultad. Julia permaneció en silencio aguardando a que él continuara.

—Es tranquilizador saberlo, supongo. La incertidumbre nos ha destrozado. Pero uno siempre espera...

—¿Entonces están seguros de que es ella? Nosotros tenemos colaboradores que han estado en Simsjön esta mañana. Y en las fotografías que he visto pues..., bueno, es un poco difícil decir quién es.

Julia se mordió la lengua. Idiota. ¿Era necesario mencionar lo maltrecho que estaba el cuerpo de su mujer tras pasar dos meses en el lago? Respiró profundamente

esperando que no le colgara. Oía su pesada respiración.

—Sí... Es ella. Lleva el vestido rojo que le regalé cuando salimos a cenar para celebrar nuestro quinto aniversario. A ella... le gustaba mucho ese vestido.

Julia notó cómo le cambiaba la respiración, que se volvió entrecortada. Comprendió que Klas Hjort pronto sería incapaz de pronunciar una palabra más.

Alzó la mirada y observó al hombre, que ignoraba que la persona con la que hablaba se encontraba sólo a unos metros de distancia. Vio que, cuando Ulf Karlkvist ya no estaba delante como una sombra protectora, el hombre miraba directamente hacia los pies congelados. Julia lo oyó jadear al teléfono, haciendo esfuerzos para respirar.

—Gracias, Klas, perdone que lo haya molestado. Ya hablaremos más adelante.

Cortó la llamada e hizo señas con la mano para atraer la atención de Flash.

El fotógrafo, que seguía entreteniéndolo a Ulf Karlkvist al teléfono, advirtió sus gestos y alzó la vista. El dedo de Julia señalaba a Klas Hjort, y Flash comprendió lo que estaba a punto de pasar. Interrumpió rápidamente la conversación, tomó la cámara y empezó a disparar. Cuando el comisario Karlkvist, apenas unos segundos más tarde, volvió junto al marido, Janne Flash tenía la posición de tiro perfecta y captó una bonita fotografía del marido desesperado y el guardián de la ley en la nieve. Tanto el fotógrafo como Julia sabían que esa fotografía estaría en la portada del día siguiente.

Cuando cesaron los chasquidos de la cámara de Flash, él se volvió hacia ella y levantó el brazo haciendo el gesto de «¡Choca esos cinco!».

Justo cuando le respondía con el mismo gesto, Julia oyó un resoplido detrás.

—¿En serio? ¿Hay una persona muerta a dos metros de vosotros y lo celebráis?

Una voz que ella una vez amó.

Una voz que todavía amaba.

El eco de un tiempo pasado.

—Hola, Anna. Me estaba preguntando dónde estarías —respondió Julia, volviéndose hacia la mujer que una vez estuvo más cerca de ella que nadie en el mundo, antes de que estallara el infierno.

Anna Eiler se había cortado el pelo. Siempre había llevado el cabello negro corto, pero ahora lucía un corte rapado, casi de chico. Sólo le quedaba un trozo de flequillo que le cubría la mitad de la frente.

Anna no respondió. Sus ojos castaños sólo les dirigieron una rápida mirada a Julia y a Janne antes de agacharse por debajo del cordón policial y dirigirse con paso decidido hacia Ulf Karlkvist.

Flash la miró perplejo.

—No me preguntes —dijo Julia.

Flash no preguntó. Una de las cualidades que ella más admiraba de él.

De vuelta en la redacción, Julia se propuso hacer oídos sordos a la mala conciencia que la corroía. Era buena en lo suyo, pero, joder, cómo odiaba a veces su trabajo. Mentir, manipular y exagerar. Los tres peores ingredientes del trabajo de periodista.

Apartó aquellos pensamientos, se sentó al ordenador y empezó a escribir.

Este hombre buscó sin cesar durante 58 días a su esposa, la madre de sus hijos y la compañera de su vida.

Ayer cesó la búsqueda de Klas Hjort, de 42 años.

El cuerpo de su mujer apareció en el lago Simsjön, a tan sólo cien metros de la casa de la pareja.

«¡Dios mío! ¡Cómo la echo de menos!», ha declarado al *Västgöta-Nytt*.

Julia pensó en el vestido rojo de Elisabeth Hjort. ¿Quizá debería incluirlo en la entrada? Demasiados detalles, decidió, y se dispuso a escribir el cuerpo de la noticia.

Nunca la había visto tan bella como entonces. Elisabeth Hjort y Klas llevaban casados cinco años, y cuando la vio sonriente delante de él, con el vestido rojo que se puso para celebrar su aniversario de boda, era como si estuvieran recién casados otra vez.

*«Estaba tan guapa con él... A ella le gustaba mucho ese vestido», ha declarado el viudo al *Västgöta-Nytt*.*

Elisabeth Hjort nunca volvió a ponerse ese vestido después de aquella cena de aniversario. Según su marido, nunca encontró la ocasión.

Hasta ahora.

Desde su desaparición el 2 de noviembre del año pasado el marido ha buscado incansablemente a la madre de sus dos hijos. Ayer la encontró ahogada en el lago Simsjön. Llevaba puesto su vestido favorito.

«Es terrible, no puedo describirlo... Pero es un consuelo saber al fin lo que sucedió. La incertidumbre nos ha destrozado», ha comentado Klas Hjort.

Julia miró el borrador. Pornografía sentimental, como lo llamaban en el periódico. Un poco exagerado, pero estaba segura de que Klas Hjort no iba a quejarse de la redacción. Dudaba incluso de que recordara la conversación, teniendo en cuenta por lo que estaba pasando.

Debía pulir un poco el texto, pero eso podía servir de base. Esperaba que los del *Skövde Nyheter*, que llegaron al lugar cuando ya se habían llevado el cuerpo, no tuvieran ni idea del vestido. Era un detalle conmovedor que a ella le gustaba, y quería ser la dueña en exclusiva.

Julia buscó en el archivo los artículos que se escribieron en las fechas cercanas a la desaparición de Elisabeth Hjort. Seis artículos. Todos firmados por Ing-Marie

Andersson. Naturalmente. Todos llenos de palabras rimbombantes. A Ing-Marie le encantaban palabras como: «exclusivamente», «conmoción» y «desvelar». «Encajaría como un guante en un periódico vespertino», pensó Julia sonriendo mientras ojeaba los textos. El marido desesperado posaba con dos niños preciosos que parecían no comprender lo que había ocurrido. Una entrevista con Klara Hunnevie, la vecina de cuarenta y cuatro años que puso en marcha un grupo de búsqueda. Y después unas declaraciones de Ulf Karlkvist, el jefe de la investigación, en las que afirmaba que todo apuntaba a una desaparición voluntaria. Unos breves comentarios del psicólogo de Elisabeth Hjort, que no quería especificar si ella había mostrado tendencias suicidas durante las visitas ni si se había sometido a alguna terapia. Y finalmente, una foto patética de dos de las compañeras de Elisabeth Hjort de la sección 55 del hospital Kärn de Skövde, donde trabajaba de auxiliar de enfermería hasta que cogió la baja por fatiga crónica, sólo dos semanas antes de su desaparición.

Julia preparó un resumen basado en los viejos artículos de Ing-Marie, para incluirlo bajo el titular: «Estos son los hechos», y volvió a su propio artículo. Estaba repasando sus apuntes cuando oyó toser detrás de ella.

—¿Terminas ya? Kattis ha invitado a cenar al alcalde y a su esposa, y tengo que salir pronto.

Julia, sobresaltada, se volvió hacia el director.

—¿Qué? ¿Ya te vas a cenar?

—Bueno, son las cinco y llegarán dentro de una hora. Además, es domingo y en realidad hoy no trabajo. Ni tú...

Julia miró el reloj. Las cinco en punto. ¿Cómo era posible?

—Oh, no. Mierda. Bueno, sí, vale —respondió ella.

Sven Lindgren sonrió. Una dentadura tan perfecta y tan blanca como la del periodista Patrick Ekwall. Tan falsa como su sonrisa.

—Buen trabajo. Llámame si necesitas algo, y mañana puedes venir un poco más tarde para compensar las horas extras de hoy —dijo antes de desaparecer por la puerta.

Julia quiso replicar que nueve horas extras un domingo no se pueden compensar razonablemente con las primeras horas de la mañana del lunes, pero se dio cuenta de que no tenía tiempo de discutir.

Volvió a leer el texto. Necesitaba alguna declaración de la policía. Marcó el número de la policía con la esperanza de que el comisario no fuera tan estricto con el horario como Sven Lindgren, que se largaba a casa a las cinco en punto, incluso los domingos. Hasta hacía bien poco habría preferido llamar a Anna, pero en ese instante parecía una pésima idea. «Y quizá ya siempre lo será», pensó con hartazgo en el corazón.

—Almliden...

Animosidad en la voz. Evidentemente no era buen momento para hablar con los representantes de la ley.

—Ha sido una vileza que llamaras al marido.

Julia soltó un taco en silencio. Ulf Karlkvist era un tipo sombrío y no era nada agradable tener que vérselas con él cuando estaba enfadado. No obstante, se sintió aliviada por el hecho de que contestara él, aunque se puso nerviosa.

—Perdón —empezó a decir ella, pero obtuvo un bufido como respuesta.

—¿Qué quieres?

—Saber quién encontró el cuerpo.

—Una mujer que hacía *footing*. Adiós.

—¡Espera! Uffe, por favor. Necesito una declaración.

El comisario guardó silencio. Ulf Karlkvist estaba enfadado, pero nunca se le podría acusar de no ser un profesional. Por suerte.

—A las siete y treinta y dos recibimos una llamada en la central en la que nos informaban de que una mujer había visto un cuerpo humano helado en el lago Simsjön. Nos desplazamos hasta el lugar y pudimos constatarlo. La policía da por sentado que el cuerpo sin vida hallado en el agua es el de la mujer de treinta y cuatro años que desapareció en Skövde, y no existen sospechas de violencia. El cuerpo, siguiendo el protocolo habitual, ha sido trasladado para que le practiquen la autopsia, pero damos el caso por cerrado.

—¿No es extraño que estuviera con los pies en alto, fuera del agua? ¿Hay sospechas de violencia?

Un suspiro.

—No. No. Y no. El cuerpo probablemente ha permanecido en el agua durante bastante tiempo, y la climatología durante los últimos meses ha variado mucho. Oye, Almliden, no tengo tiempo para seguir hablando contigo.

Julia intentó protestar, pero Ulf Karlkvist la acalló.

—Tengo que irme. Como comprenderás, es una historia trágica, en la que hay niños afectados, y naturalmente habría deseado con toda mi alma que hubiera terminado de otra manera.

Ambos guardaron silencio. Un inusual giro poético, tratándose de Ulf Karlkvist. Algo que, al parecer, él también advirtió. Julia oyó cómo carraspeaba.

—Tacha lo último —dijo el comisario antes de colgar.

8

LUNES, 4 DE ENERO DE 2010

Puse la mesa cerca de la ventana: una taza, un vaso de zumo de naranja, y coloqué pan, queso y embutido. Me senté, y contemplé una ciudad dormida con las ventanas llenas de candelabros de Adviento y estrellas de Navidad antes de abrir el periódico del día. Leí sobre el hallazgo del cadáver de Elisabeth Hjort mientras tomaba el café de la mañana. Me imaginé que era mi padre quien estaba allí, en vez del cuerpo que apenas se podía distinguir en la foto. Me lo imaginé atrapado en el hielo, mirando fijamente con los ojos blancos y brillantes a través del bloque helado.

Mi padre tenía miedo al agua. Evidentemente alguien le había hecho una aguadilla de pequeño y después no aprendió nunca a nadar.

El agua estaría bien.

Sí, podría ahogarle.

Me levanté de la mesa y me acerqué al ordenador. Abrí otra ventana y empecé a leer.

Según el registro de la Dirección Nacional de Salud y Bienestar Social, en Suecia mueren ahogadas doscientas cincuenta personas al año. De ellas, poco más de cien mueren en accidentes, y el resto en casos no aclarados o intencionados.

Vi a mi padre en el agua. Sólo se le veía el pelo fino y gris de la nuca, estaba de espaldas, con la cara bajo la superficie del agua.

Me puse de buen humor. Me acerqué a la cafetera y llené la taza, eché un poco de leche y bebí un buen sorbo antes de volver al ordenador, busqué mi cuaderno de notas y seguí leyendo al tiempo que escribía.

Anotaciones en el cuaderno de las magdalenas del 4 de enero:

- 1. El ahogamiento provoca la muerte por la falta de oxígeno, que causa la penetración de agua en las vías respiratorias y en los pulmones.*
- 2. La penetración del agua en las vías respiratorias provoca una contracción refleja de estas; no hay intercambio de oxígeno y dióxido de carbono, aumenta la*

cantidad de dióxido de carbono en la sangre y se produce la pérdida de conciencia. Cuando la contracción refleja cede, el agua llena los pulmones y uno muere.

3. Uno puede morir aun cuando no entre agua en los pulmones. En ese caso la falta de oxígeno provoca una parada cardiaca.

4. Hay diferencias entre ahogarse en agua dulce o en agua salada. En agua dulce se llenan los pulmones, lo cual conlleva un aumento de la presión de la sangre, un aumento del volumen de sangre en la circulación y en ocasiones alteraciones del ritmo cardiaco.

El ahogamiento en agua salada provoca la muerte por asfixia.

Asfixia, parada cardiaca. Eso sonaba bien.

Continué la búsqueda en el ordenador. Encontré un curioso artículo en la página web de Discovery Channel. Aparecía junto a un documental que por desgracia no se podía ver fuera de Estados Unidos. Se titulaba: «Las tres maneras más agradables de morir».

Abrí la lista y vi el ahogamiento en el primer lugar. Leí lo que decía en una entrevista uno de los supuestos expertos:

«Ahogarse debe de ser la manera más bella de morir», afirmaba en el artículo.

Deseché la idea de ahogar a mi padre tan deprisa como se me había ocurrido.

Miré la hora de reojo, me levanté, tiré el resto del café y empecé a prepararme.

Quando ya estaba en la ducha sentí curiosidad por saber cuáles serían la segunda y la tercera en la lista. «Tengo que volver a encontrar esa página», pensé. Tomar nota de todas las alternativas para no emplear ninguna de ellas.

Él no iba a morir de una manera bonita.

9

Eran las ocho menos cuarto de la mañana cuando Anna Eiler comprobó que el hombre que la aterrizzaba se había salido con la suya.

Otra vez.

Apretó con fuerza los puños y reprimió la tentación de gritar su enfado a voz en cuello allí mismo, en medio de los vecinos bien abrigados y de sus niños con las naricillas rojas, que se dirigían a la guardería y al trabajo.

Hacía sólo tres minutos que había salido de su piso en la planta superior de una de las cuatro casas escondidas al fondo de la calle Gudhems. Cruzó la calle para llegar al coche, aparcado al otro lado, junto al seto, habitualmente verde y ahora cubierto por diez centímetros de nieve.

Abrió el maletero y buscó el cepillo, retiró la nieve del parabrisas, el techo y la cerradura, y decidió darles una pasada a las llantas también. Fue entonces cuando descubrió que la rueda derecha estaba destrozada, y fue consciente de que no llegaría a tiempo a la reunión. Pensó en llamar a Ulf Karlkvist para comunicarle que iba a llegar tarde, pero decidió que no serviría de nada. El daño ya estaba hecho. Reprimió las lágrimas y buscó el gato.

Mientras cambiaba la rueda le pedía fuerzas a un Dios en el que había dejado de creer para poder llevar a cabo lo que debía.

MUCHOS AÑOS ANTES

—¡Y tú, maldita puta, te quieres separar! —le oye decir a su padre.

Después se cierra la puerta del baño.

Los vecinos han cenado en casa y ella está despierta en la cama para oír qué dicen sus padres de la velada. Se imagina que hablan del bigote tan ridículo que se ha dejado Jan-Åke Andersson. O de las copas de vino que se ha bebido Britt, su mujer.

Unos minutos antes, mientras se pellizcaba en el brazo para no dormirse, creía que iba a ser agradable. Pero, en vez de eso, ahora está oyendo cómo su madre procura no gritar dentro del baño.

—No, por favor... —se oye. Gimiendo. Suplicando.

Su madre grita, pero en voz baja. Oye cómo su madre ahoga el grito para que suene más como un pequeño chillido.

Luego, un golpe resonante. Su padre que silba algo que no puede entender.

Ella comprende que ha empezado otra vez.

No tiene miedo. Cuando ocurre nunca tiene miedo. No sabe por qué. Se desconecta, empieza a pensar en los detalles. Se pregunta en qué parte del cuerpo le golpea su padre a su madre y en qué parte del cuarto de baño están.

Intenta concentrarse en los ruidos.

¡Clonc!

Otro golpe más. Le recuerda a aquel fontanero tan simpático que les hizo la reforma del baño en la antigua casa de Österäng. Tenía una pelambarrera de color castaño muy tupida y la barba espesa y desgreñada. Recuerda que le hacía gestos y muecas divertidas a ella mientras golpeaba las tuberías para ver cómo sonaban. Era bueno. Cree que se llamaba Ingvar, no está segura.

Así suena ahora. Como si alguien golpeará una tubería con una llave inglesa.

¡Clonc!

Recorre el cuarto de baño mentalmente. Ve la alfombra de plástico naranja en el suelo y las cortinas de la ducha, de color beige con flores de color naranja, que su

madre lleva ya varios años queriendo cambiar. Hay un inodoro con la tapa de plástico y un lavabo blanco con un mueble igual de blanco a lo largo de la pared izquierda. También hay una bañera justo enfrente, bajo dos ventanas estrechas colocadas casi a la altura del techo. Armarios blancos a lo largo de la pared de la derecha.

No hay azulejos.

Eso es lo raro, teniendo en cuenta los ruidos que se oyen. La niña trata de imaginar con qué le pega su padre a su madre para provocar ese sonido tan raro.

¡Clonc!

Le recuerda a Ingvar golpeando con la llave inglesa. Le parece raro que suene tanto. Una llave inglesa es muy dura. Su madre, muy blanda.

¡Clonc!

Se cubre la cabeza con el edredón. Permanece allí en la oscuridad, bajo la sábana blanca con pequeñas flores azules esperando a que vuelva la calma al cuarto de baño.

Que acaben los golpes.

Que su padre ya no esté enfadado.

Que su madre deje de sollozar.

Cuando se despierta a la mañana siguiente se desliza sin hacer ruido en el dormitorio de sus padres. La cama está vacía.

Se dirige con pasos silenciosos al cuarto de baño. Cierra la puerta y se sienta en el suelo.

Mira alrededor. Trata de descubrir de dónde venía el ruido. Cierra el puño y golpea con cuidado la taza. La bañera. El lavabo. El suelo de plástico. No consigue ese sonido. No sonó así anoche.

Tira de la cadena y abre el grifo para que parezca que se está lavando las manos antes de salir.

Su padre sirve el desayuno. Su hermano mayor ya está sentado a la mesa, profundamente concentrado en cargar su cuchara con la cantidad correcta de cacao.

—Mamá no está en casa —dice su padre antes de que ella pregunte.

»Se puso mal anoche, le dio una alergia y tuvo que ir al hospital.

Ella busca instintivamente la mirada de su hermano. Una ola de terror lo dice todo antes de que vuelva rápidamente a clavar los ojos llenos de lágrimas en la mesa. Su hermano tampoco estaba dormido cuando los vecinos se fueron a casa. Su hermano también oyó los golpes.

Ella asiente con la cabeza. Se sienta en la silla enfrente de su hermano y come en silencio los bocadillos de caballa y queso que su padre ha preparado.

MARTES, 5 DE ENERO DE 2010

Cuando me desperté era como si me ardiera cada cabello. Desde la raíz hasta las puntas. Él tenía ese efecto sobre mí. Habían pasado cuatro días desde que tomé la decisión.

Me había perseguido durante cuatro noches. Me había acosado en sueños. Aquel recuerdo que me había costado décadas olvidar salió de mi inconsciente a la luz del día. Al despertar era como si me deslumbrara, y últimamente empezaba los días tumbada en la cama en posición fetal, entornando los ojos hasta que me acostumbraba a la luz cegadora que yo imaginaba que había en el dormitorio.

Pasados un par de minutos me atreví a abrir los ojos. Miré de reojo los irritantes dígitos rojos del reloj. Faltaban más de tres horas para que sonase.

Sabía que no había nada que hacer. Esa noche tampoco volvería a conciliar el sueño. Fui a la cocina y me senté en el suelo. Apoyé la cabeza en la puerta de un armario y miré el cartel pegado en el frigorífico. Temía que algún día se me olvidara quitarlo, pero me gustaba tenerlo allí. Me animaba. Igual que el cuaderno de las magdalenas.

El cartel estaba horizontal. Había escrito con un rotulador negro las palabras:
«Matar a papá».

Se me había ocurrido a mí. Me sentía muy satisfecha de ello. Me gustaba la frase. Me parecía tragicómica. Pues no estaba segura de haber tenido nunca un padre. La palabra «papá» estaba tan llena de cariño. Es tan fuerte. «Matar a papá» es una frase prohibida. La expresión «crimen de honor» me parecía una ocurrencia absurda; un miembro de la familia por alguna razón incomprensible se creía con derecho a asesinar a otro. En Skövde tuvimos un crimen de honor hace unos años. El padre de la chica asesinada logró huir al Líbano antes de que pudieran detenerle.

Trataba de defenderme con que yo, a diferencia de los fanáticos, tenía muy buenas razones para hacer lo que iba a hacer, pero no siempre conseguía autoconvencerme. Por eso me gustaban esas palabras.

«Matar a papá».

Un recordatorio permanente dirigido a mí misma de que lo que planeaba era algo demencial.

Debajo de la frase había pegado una fotografía. Tenía ya muchos años y fue tomada en el hospital Kärn tras el nacimiento de mi hermano pequeño. El superbenjamín.

Nos llevamos tantos años que a mi hermano mayor y a mí casi nos echan del hospital porque la enfermera no se podía creer que fuéramos los hermanos del recién nacido.

La foto es una de las últimas con toda la familia.

Me acerqué al frigorífico y la observé.

—*One big happy family*—susurré.

Al primero que miré fue a mi padre.

Lógicamente.

Valdemar exigía siempre mi atención inmediata. Su nombre procedía del nórdico antiguo, según me habían enseñado. Significaba «dueño del mundo» o «ensalzado por su poder».

Él hacía honor a su nombre. Siempre fue dueño de mi mundo. Y del mundo de muchos.

¿Poder? Sí, gracias.

Eran los ojos, pensé, y los miré directamente en la foto. No había visto nunca a nadie que tuviera los ojos tan grises como los de mi padre. Grises de verdad.

Como el hielo.

Esos ojos podían ver en mi interior.

Recordaba que cuando iba al ciclo medio de primaria la asistente social de la escuela me llamó a la enfermería para preguntarme cómo me sentía. Dijo que yo, según la curva de crecimiento de la escuela, había dejado de crecer, que en once meses no había crecido ni un centímetro. Eso no era bueno.

La asistente social sabía que mis padres se habían separado en ese tiempo y me preguntó si no quería hablar con alguien. Con once años, me enviaron a un psicólogo infantil.

Mi padre al principio se opuso, pero luego decidió que él me llevaría y me recogería después de cada visita.

Los mil doscientos metros que separaban la escuela Västerby del edificio Centrum de Götene, donde estaba la consulta de la psicóloga, eran apacibles la mayor parte de las veces. Mi padre me esperaba los jueves a las once. Justo enfrente de la escuela, junto al aparcamiento de la piscina de Västerby, estaba aparcada la camioneta roja a la hora acordada.

Yo salía por la puerta, veía el coche que siempre me recordaba un semáforo en rojo y preparaba una historia que pudiera contar de algún compañero de clase. Algo que a él le pareciera divertido, algo de lo que pudiera hacer bromas.

A mi padre le gustaba hablar mal de otros, pero era importante que no fuera una persona a la que él menospreciara mucho, porque entonces lo divertido, más o menos ofensivo, se podía convertir en ira. Yo me veía obligada a elegir bien las historias. Casi siempre me salía bien y mi padre estaba contento. Cuando estaba de buen humor me hablaba de alguna persona rara con la que hubiera tenido que vérselas en su trabajo. De mujeres solas con ganas de hablar que fingían que su radiador estaba estropeado para poderle invitar a tomar un café con un bollo. O de padres de chicos que yo conocía que iban retrasados en el pago del alquiler y le ofrecían una mesa de comedor nueva o un cuadro para pagar el mes.

Me gustaba cuando estaba contento y me contaba historias cotidianas. Cuando me dejaba delante del edificio Centrum me sentía de buen humor.

Lo difícil empezaba al volver.

Cuando él me esperaba en la camioneta mirando a la puerta, dispuesto a examinarme de arriba abajo en cuanto yo cruzara las puertas del edificio.

Entonces empezaba el interrogatorio. Entonces sus ojos grises se clavaban en mí. Veían dentro de mí.

Entonces ya no quería seguir hablando de su día. Entonces no quería bromas.

—¿Qué tal?

La voz fría. Alerta. Contenida. Siempre la misma pregunta.

Yo tenía que contar de qué había hablado con la psicóloga. Qué me había preguntado.

—Mmm... ¿Y qué le has dicho?

Yo memorizaba lo que había contestado cada vez, a cada pregunta. Tenía mucho cuidado de no equivocarme en ninguna palabra, ni en la entonación.

Y luego esperaba, anhelando ese gesto de asentimiento casi imperceptible que significaba que podíamos pasar a la pregunta siguiente. Segunda parte del examen. Temía las ocasiones en que reducía la velocidad y me miraba. Cuando quería saber más. O aún peor: cuando repetía palabra por palabra lo que yo acababa de decir.

—¿Triste? ¿Le has dicho que estuviste triste ayer? ¿Cómo que «triste»?

Cuando repetía mis palabras la cosa iba mal. Entonces iba a empezar lo otro, lo espantoso. Siempre era así cuando él repetía lo que yo había dicho.

—¿Cómo que triste, mocosa? ¿Qué motivos tienes para estar triste?

Una y otra vez. Cada vez más alto.

—¿Eres una maldita mocosa? ¿Lloriqueas ahí dentro? ¿Para que te vean? ¿Cómo que «triste»?

Yo no sabía con quién hablaba él entonces. ¿Consigno mismo? ¿Conmigo? Lo

ignoraba. Pero era en esos momentos, en aquellas ocasiones, cuando el viaje de vuelta a la escuela no acababa nunca y yo llegaba tarde a clase, y tenía que inventarme alguna disculpa para explicarle a la tutora por qué llegaba con una o dos horas de retraso.

Era entonces cuando empezaba a golpear el volante con la mano. Cuando se le ponía la voz chillona. Cuando yo lo había traicionado diciendo cosas equivocadas. Yo no quería ser una mocosa repugnante.

Por eso, si la psicóloga tocaba algún tema espinoso, o, Dios no lo quisiera, intentaba hablar de mi padre, yo desviaba el tema inmediatamente.

En mi clase había un chico que era emigrante. Yo recordaba lo que nos contaba de la vida en su país. Pensaba que hablar de mi padre con la psicóloga era como estar fuera, jugando en un país lejano. Eso no acababa bien. Uno podía perder la vida. Lo cierto es que uno no debería intentarlo siquiera.

También procuraba no hablar nunca con la psicóloga de cosas que pudieran hacer que me pusiera a llorar.

Mi padre vería inmediatamente que tenía los ojos rojos.

Los ojos llorosos provocaban su locura.

La psicóloga se cansó pronto de mí. Dijo que si yo no me abría, ella no podría ayudarme. Después de cinco sesiones me dijo con voz cansada que no necesitaba volver allí nunca más.

Mi padre se alegró. Dijo que mejor así.

—Esa gente no hace más que meterte grillos en la cabeza.

Yo no sabía lo que era meter grillos en la cabeza, pero asentí.

Yo siempre estaba de acuerdo con mi padre.

Me obligué a no mirarlo fijamente. Busqué en la fotografía alguien en quien centrar la mirada. Pero era difícil. Él tenía una fuerza casi magnética.

«Centrad toda la atención en mí».

«¡Pero mírame!»

«Mírame, mocosa».

Puse el pulgar sobre su cara y volví la mirada hacia mis hermanos. Entonces ya éramos cuatro, engendrados por él.

Durante mucho tiempo no pude comprender, por más vueltas que le di, por qué mi padre insistía en tener tantos.

Si era evidente que no le gustaban los niños.

JUEVES, 7 DE ENERO DE 2010

—Venga, esclavos. Vamos a ver si podemos despachar la reunión matinal un poco rápido, que tengo que ir al dentista.

Sven Lindgren leyó en voz alta lo que acababa de escribir, fotocopiar y repartir alrededor de la mesa.

—Sí, ya lo veis vosotros mismos en las copias que tenéis delante. Lottie, es la prueba de selección para «Tú sí que vales» en el Commerce, a las cinco; Almliden, la Asociación Nacional de Pensionistas celebra su reunión anual en sus locales de la calle Skol, a las once; e Ing-Marie, el ayuntamiento debatirá hoy el nuevo convenio con los dentistas dentro de una hora en la sala de plenos. No estaría mal que pudieras obrar un milagro allí, porque estoy algo preocupado por la próxima factura de mi dentista...

—No.

Sven Lindgren levantó sorprendido la vista del papel y miró directamente a Ing-Marie Andersson.

—¿Perdón?

—He dicho que no.

Su voz sonó más aguda que de costumbre.

—No voy a hacer milagros. Es más, hoy ni siquiera voy a encargarme del nuevo convenio del ayuntamiento con los dentistas. He decidido concentrarme en lo que va a ser mañana la noticia del día, tal vez la noticia del año.

Julia miró alucinada a su colega diez años mayor que ella. En todo el tiempo que habían trabajado juntas nunca se había envalentonado de esa manera.

Ing-Marie Andersson estaba radiante. Esbozó una sonrisa tan amplia que hasta enseñó un poco las encías de la mandíbula superior.

Julia trató de recordar cuándo había sonreído últimamente de ese modo la reportera criminalista, pero enseguida desistió del intento de escarbar tan profundo en su memoria. Fuera lo que fuese lo que tenía que decir, resultaba fascinante ver tanta pasión en su mirada, por lo general malhumorada.

Sven Lindgren clavó la mirada en su colega. También él estaba manifiestamente sorprendido por su súbita impertinencia.

—Sí, Ing-Marie.

«Tantos años de aburrimiento», pensó Ing-Marie. Y luego, ahora, de repente, todo a la vez.

Ing-Marie dejó los papeles. Se encajó las gafas en la nariz con el índice, se humedeció los labios y empezó a hablar.

—Elisabeth Hjort fue asesinada.

Miró asu alrededor, esperando alguna reacción. Como esta no se produjo de inmediato, tomó aire por la nariz y continuó.

—No puedo desvelar las fuentes de lo que os voy a contar ahora, lógicamente. Acabo de hablar con uno de mis informadores, alguien que conoce de primera mano el trabajo del Instituto Nacional de Ciencias Forenses de Linköping, el SKL.

Ing-Marie recorría con la mirada a sus compañeros, tratando de decidir a quién se iba a dirigir. La elección cayó en Julia. Seguía irritada porque la redactora de actualidad hubiera escrito un reportaje criminalista. Era hora de marcar su territorio.

—Como reportera criminalista del periódico...

Consciente de que el énfasis que había dado a esas palabras era algo exagerado bajó un poco el tono y prosiguió:

—... siento cierta responsabilidad para con mis lectores de ser la primera en informar de las noticias importantes.

Hizo una pausa estudiada.

—Y por eso mañana podré desvelar en exclusiva para el *Västgöta-Nytt* que el informe preliminar de la autopsia ya está listo. En él se dice que Elisabeth Hjort no tenía agua en los pulmones.

Miró a su alrededor. Lo que ella esperaba. Ninguna reacción.

—Eso significa que Elisabeth Hjort ya estaba muerta cuando cayó al lago Simsjön. Los forenses del Laboratorio Nacional de Investigaciones Criminológicas han hallado señales de violencia, una de ellas en la nuca. Por razones comprensibles, después de dos meses en el agua, han desaparecido muchas huellas, pero según parece también han encontrado restos profundamente incrustados en la herida de la cabeza, que han resistido la acción del tiempo. El lago se heló la misma noche que

ella desapareció, por lo que muchos rastros están intactos. Esos restos han sido enviados para su análisis.

Ing-Marie se calló. Se volvió hacia el director. A Lindgren le llegaba la barbilla al suelo y la miraba estupefacto.

—Entonces, ¿sólo parecía un suicidio? ¿Alguien la mató y la tiró al lago? ¿Estás segura? —preguntó.

Ing-Marie Andersson asintió. Comenzó a reír.

—Hay más. No sólo sé que fue asesinada.

Una breve pausa teatral. No lo podía evitar.

—Sé cuándo fue asesinada. Con exactitud.

Cerró los ojos. Sabía que todos la escuchaban en ese momento. Podría decir cualquier cosa. Sabía realmente lo que quería decir, detallar, revelar. Pero, en vez de hablar, tragó saliva, esforzándose por volver a la realidad.

—Mi fuente afirma que hay pruebas de que el reloj de Elisabeth Hjort dejó de funcionar el 2 de noviembre a las 16:02, exactamente. Es decir, la hora a la que la tiraron al lago.

Dos segundos después, el director se levantó bruscamente de la silla y golpeó la mesa con el puño. Una demostración de entusiasmo mayor que la suma de todo el entusiasmo que había mostrado durante los años que llevaba al frente del diario.

—¡Pero, joder, Ing-Marie! ¡Eso es un bombazo! ¿Quiénes lo saben?

La reportera criminalista sonrió.

—Ya he dicho que cuento con material exclusivo. Lo sabe mi fuente, y el personal del Instituto Nacional de Ciencias Forenses de Linköping. Ulf Karlkvist y sus colegas acaban de recibir la información. Y yo. Bueno, y ahora vosotros —contestó Ing-Marie, al tiempo que inclinaba la cabeza ante los presentes.

—¡Por fin!

Sven Lindgren volvió a golpear la mesa con el puño.

—¡El Gran Premio de la Prensa, *here I come!* Venga, vamos a organizarnos. Ing-Marie, tú redactas la historia igual que nos la has contado ahora. Con todos los detalles a los que tengas acceso y que podamos publicar sin desvelar tu fuente. Pasa por alto la hora exacta, eso nos lo reservamos. Después habla también con el marido. Y con Karlkvist, pero espera a hablar con él a última hora. No antes de las cuatro y preferiblemente más tarde, para que lo coja por sorpresa y la competencia no pueda enterarse de nada.

Sin apenas respirar, continuó:

—Almliden, tú hablas con el psicólogo. ¿Puede decir algo acerca de quién querría hacer daño a una madre de dos hijos? ¿Estaba amenazada? Antes de eso tienes que volver a ahondar en los detalles del hallazgo del cuerpo. Describe todos los pormenores. Hasta el más mínimo detalle que recuerdes. Tenemos que repasar todas

las fotografías no publicadas que Flash tomó en el lugar de los hechos y ver si hay algo un poco morboso que podamos publicar ahora que sabemos que se trata de un asesinato y no de un suicidio.

La mirada del director se fijó en el redactor de deportes, Håkan Jansson.

—Tú echarás una mano con la información general, Håcke. La policía dará a conocer hoy los puntos de la provincia donde se llevarán a cabo los controles de tráfico este mes. Prepara esa lista y pon mil señales sobre los lugares donde uno debe evitar pisar el acelerador si quiere conservar el permiso de conducir.

Sven Lindgren se dirigió a la redactora de la sección de ocio:

—Lottie. Tú te encargarás del resto de las noticias.

Al director le temblaba la mano en la que tenía el orden del día y empezó a leer en voz alta los mismos puntos que acababa de exponer.

—Bueno, ¿qué he dicho? En el ayuntamiento hay una reunión sobre el nuevo convenio con los dentistas dentro de una hora, en la sala de plenos; la Asociación Nacional de Pensionistas en la calle Skol a las once; mercadillo en la casa parroquial de Våmb a la una y el *casting* de «Tú sí que vales». Pídele a Bert Karlsson que escriba los comentarios desde allí y así te ahorras ese trabajo.

Dejó el papel y observó a Lottie Strömberg, que miraba enfurruñada por la ventana. Lindgren se encogió de hombros.

—Lo sé, Lottie, va a ser un día largo, pero no hay más remedio. Hoy admitiremos horas extras. Así es cuando las cosas funcionan.

El director sonrió satisfecho.

Lottie Strömberg no estaba tan contenta. La redactora de la sección de ocio le lanzó una mirada hosca a Ing-Marie y después la paseó por la mesa.

Ing-Marie se imaginó la cara de Stephan ahora que Lottie no podía largarse a almorzar y tardar dos horas en volver. Otra oleada de satisfacción. Una Lottie enfadada, un asesinato y Lo Otro. Realmente todo ocurría al mismo tiempo.

Dieron por concluida la reunión. Sven Lindgren se marchó silbando.

Ing-Marie Andersson fue hacia su mesa con un porte más altivo del que había tenido en mucho tiempo. Puede que nunca. Julia se lo pensó un momento, y luego siguió a la reportera criminalista hasta su mesa.

—¿Ing-Marie?

—¿Mmm?

Se volvió hacia ella.

—Sólo quería decirte que ha sido muy hábil por tu parte enterarte de esto. Buen trabajo. De veras. Y como Lindgren se ha marchado... Has conseguido que tengamos un auténtico director por primera vez en muchos años.

Julia observó cómo cambiaban de color las mejillas de Ing-Marie. De ser pálidas empezaban a parecerse cada vez más al pelo rojo de la reportera criminalista.

Julia advirtió que su colega se sonrojaba. Y a ella misma le dio algo de reparo ese descubrimiento. Esa era la mayor intimidad que ambas habían compartido en los cuatro años que llevaban trabajando juntas.

—Sólo era eso —dijo Julia, y se fue rápidamente a su sitio.

Hasta 2008 la comisaría de policía de Skövde tenía el mismo aspecto que presentaba la mayoría de las comisarías en las ciudades suecas pequeñas. Un desangelado edificio de cemento gris pardusco, con largas hileras de ventanas rectangulares, tan feo por dentro como por fuera. Un laberinto con estarcidos en amarillo claro y verde menta en medio de las paredes blancas, sillas de fabricación industrial con las patas de metal y sofás de flores en la entrada.

Pero eso era entonces.

Un revisor diligente, que hizo la prescrita inspección a los sesenta años del edificio, constató que los niveles de radón estaban muy por encima de los límites permitidos; al mismo tiempo, la Dirección General de la Policía Nacional decidió ubicar en Skövde buena parte de las dependencias de la Escuela Superior de Policía, y además empezaba a rumorearse que Kamprad pensaba en la ciudad para abrir su próximo Ikea. Entonces el ayuntamiento, de repente, tiró la casa por la ventana. Skövde se iba a convertir en una ciudad a tener en cuenta. Un modelo de ciudad.

El resultado fue un edificio mastodóntico en la calle Prins, enfrente de la Estación Central, de cemento pintado de blanco y con cristales tintados. Almenas y torres, bóvedas y arcos. Techos inclinados. Altos ventanales. Un vestíbulo con orquídeas. Orquídeas auténticas. No de tela. Todo era ostentoso. Blanco. Indecentemente caro.

Junto a los sesenta y cuatro despachos individuales, una sala de prensa, dos pisos de oficinas para los ciento cuarenta y cinco empleados, tres salas de interrogatorios y tres celdas; había también cuatro salas de reuniones, bautizadas todas ellas con los nombres de la duquesa de Västergötland, la princesa heredera de Suecia, que incluso cortó la cinta en la inauguración del nuevo edificio hacía menos de un año.

En la sala más grande, la sala Victoria, estaba reunido el Grupo de Estupefacientes. En la sala Ingrid se realizaba una entrevista a los padres de un chico que se había fugado de casa. El jefe de la policía provincial había reservado la sala Alice para su encuentro mensual con el comandante en jefe del regimiento de Skaraborg, P4. En la más pequeña de ellas, en la sala Desirée, se encontraban Anna Eiler y su colega del Departamento de Homicidios de la Policía Judicial Central,

Patrik Morrelli, callados y mirando a Ulf Karlkvist, que hojeaba sin prisa sus apuntes; finalmente sacó dos folios y se los pasó por encima de la mesa. Eran copias de una foto que mostraba un reloj de pulsera de color rosa.

—Lo que veis en la foto es un reloj Adidas Original Candy. Cuesta unas seiscientas coronas. En el Instituto Nacional de Ciencias Forenses lo encontraron en la muñeca de Elisabeth Hjort y su marido acaba de confirmar por teléfono que ella tenía uno.

Ulf Karlkvist miró sus papeles.

—Bien, como podéis ver, tiene cronómetro y alarma. No es sumergible, puede soportar una ducha, pero no más.

—¿Partimos de la idea de que las 16:02 es el momento en que la tiraron al agua? —preguntó Anna Eiler.

Ulf Karlkvist no le prestó la menor atención. Buscó la mirada de Patrik Morrelli y se dirigió directamente a él.

—Los técnicos de Linköping dicen que es lógico suponer que se paró cuando lanzaron el cuerpo al lago. Pero también han descubierto otra cosa que es importante comprobar. Junto al golpe en la nuca que le causó la muerte, Elisabeth Hjort, al parecer, tenía también un par de hematomas grandes. Sobre todo en los brazos. Probablemente marcas de dedos. He hecho una comprobación rápida y no se recibió ninguna llamada en comisaría desde su casa, lo cual no tiene por qué significar nada.

Ulf Karlkvist hizo una pausa.

—Puesto que interviene el Departamento de Homicidios de la Policía Judicial Central, cosa que agradecemos, lo mejor será que delimitemos las competencias desde este momento para ponernos de acuerdo. Teniendo en cuenta que ahora estamos ante un asesinato u homicidio, desde esta misma mañana el fiscal Björn Daveus actúa como jefe de la instrucción. Está localizable en la extensión 6513. Yo sigo siendo el jefe de la investigación de la policía local y tú, Patrik, serás el subjefe de la investigación. No obstante, yo permaneceré la mayor parte del tiempo en mi despacho; la agente Anna Eiler, aquí presente, de la Brigada de Homicidios, será tu colega sobre el terreno. Lógicamente, espero recibir informes detallados de forma continuada.

Se volvió hacia Anna Eiler.

—Pues lo dicho... Incluso tú deberías poder hacerlo, ¿no? Vete allí, consigue que Hjort se desmorone y confiese, y vuelve aquí.

Ulf Karlkvist recogió sus papeles y abandonó la sala.

Patrik Morrelli se dirigió a Anna Eiler.

—¿«Incluso tú», Anna? ¿Es así como habláis aquí entre vosotros? ¿En qué lugar he aterrizado?

Anna se encogió de hombros.

—Skövde. O el infierno. Decídelo tú mismo. El comisario lleva ya bastante tiempo así de gruñón. Tiene un síndrome premenstrual inusualmente largo, diría yo.

Patrik Morrelli la observó en silencio. Ella no le preguntó qué opinaba. No quería saberlo. Ya tenía bastantes cosas en que pensar.

Era tan tonto como imprudente, y yo lo sabía, pero una vez tomada la decisión no podía dejar de llevar encima el cuaderno de magdalenas y mi cartel dondequiera que fuese.

A veces me encerraba en el servicio y hojeaba el cuaderno o desdoblaba el papel y miraba la foto unos minutos. Sólo porque sí. Esta era una de esas ocasiones. Oía voces a mi alrededor. Personas cuyas vidas transcurrían allí fuera como de costumbre, mientras yo permanecía encerrada en el servicio.

Desdoblé el papel y volví a mirar la fotografía. La había tenido tantos años sin ocuparme lo más mínimo de ella... Pero ahora, y desde el día en que todo cambió, siempre que la miraba me parecía que la veía por primera vez.

Vi a mi hermano mayor. Tenía tres años más que yo. Pesaba cerca de cien kilos. Medía dos metros.

Al observar su cara me di cuenta de lo mucho que nos parecíamos. Y los dos nos parecíamos a mi padre.

Nuestra expresión dependía de cómo nos sintiéramos, del estado de ánimo en cada momento. Los rasgos podían parecer suaves y afables en un momento dado, y volverse duros y ceñudos al instante.

Mi hermano y yo teníamos los ojos exactamente iguales. Almendrados como los de mi padre, pero no eran del mismo color. La frente alta, como él. Y ambos teníamos la misma expresión triste y anhelante en la mirada que gritaba: «¿Valgo yo?» Los dos sonreíamos en la fotografía. Pero no con los ojos.

Mi hermano mayor se fue de casa en cuanto pudo. Formó su propia familia con su amor de la infancia e intentó olvidar su niñez.

—Conservo, como mucho, cuatro recuerdos anteriores a mi marcha. Y quiero que siga siendo así —respondió una vez que le pregunté si solía pensar en lo que había pasado cuando éramos pequeños.

«¡Más claro que el agua!», pensé al verlo ahora en la foto. A veces me preguntaba hasta qué punto le habría influido el dominio del terror impuesto por mi padre, qué le bullía por dentro a mi bondadoso hermano mayor.

Me acordaba de una vez que mi padre llamó a casa cuando vivíamos con mi madre y pidió hablar con él. Mi padre sonaba normal y yo le pasé el teléfono y salí de su habitación. Cuando volví a entrar media hora después, él ya no estaba.

Lo buscamos durante horas. Llamamos a sus amigos. Me parecía espantoso, pero llamé a mi padre de todas formas. Él no entendía nada en absoluto.

—Sólo hemos estado hablando un poco —dijo.

A las diez y media, la que era entonces nuestra madrastra, que se había unido a la búsqueda, encontró a mi hermano en un camino forestal a las afueras de Götene.

Era otoño. La temperatura era de diez grados, el tiempo desapacible, pero mi hermano mayor, que sólo llevaba una camiseta, vaqueros y unos calcetines blancos, parecía no sentir frío. Con la mirada perdida en el horizonte se puso a caminar sin parar, y eso que iba descalzo.

Nuestra madrastra permaneció unos minutos en la puerta hablando con mi madre en voz baja antes de volver a casa con mi padre.

Mi hermano no dijo ni media palabra cuando volvió a casa; se encerró sin más en su habitación. Al preguntarle por aquella tarde, varios años más tarde, se encogió de hombros y me dijo que ya ni se acordaba.

Lo miré otra vez a la cara. Quería mucho a mi hermano mayor.

«Si es cierto lo que dices, deberías estar contento», pensé.

Estar contento por cada día que no recuerdas.

Volví la mirada hacia la fotografía. Me parecía que yo estaba fea. Había heredado, igual que mi hermano mayor, el hoyuelo de mi padre en la barbilla. Mi padre tenía cinco hermanos y todos fueron agraciados con el hoyuelo. Al igual que la mayoría de sus hijos.

Retiré la mirada enseguida. No me gusta verme a mí misma en una foto.

A mi derecha estaba el chivo expiatorio favorito de mi padre, mi hermano menor. Nació también el 19 de febrero, como yo. Pero habían pasado muchos años entre los dos partos.

Me avergonzaba al recordar cómo me había enfadado con mi hermano por eso. Como si fuera culpa suya que, desde que él nació, dejara de existir el día de mi cumpleaños.

La mujer de mi padre por entonces encargaba una tarta pensando en lo que le gustaba a mi hermano pequeño. Veía la tarta delante de mí, colocada encima de la mesa de la cocina de la calle Göt, número 7, de Götene. Algún año la tarta tuvo la forma de un gran oso marrón de peluche. Al año siguiente, estaba decorada con Pippi Calzaslargas. Nuestra madrastra decidió que la mitad del bizcocho de la tarta sería de color rosa y la mitad azul. Con la protagonista pelirroja de Astrid Lindgren pintada en el centro.

—De esa manera será una tarta para los dos —dijo.

Yo sonreí a mi madrastra. Le di las gracias. Aunque en realidad pensaba que, teniendo en cuenta cuántos cumplía, una tarta de color rosa con Pippi Calzaslargas no era lo más apropiado. Me avergonzaba no ser más agradecida, por estar triste, por no tener una tarta propia. De hecho, la mitad era de color rosa.

Un par de años después fue un enorme campo de fútbol al completo, con figuritas de jugadores.

Actualmente solía pasar sola mi cumpleaños. No podía más. No soportaba ver cómo los invitados llegaban con un paquete para mi hermano pequeño, me saludaban... Y luego: las miradas.

Podía adivinar exactamente en qué segundo caían en la cuenta de que también era el día de mi cumpleaños. Se metían en el despacho de mi padre y salían unos minutos después con un billete de cincuenta coronas arrugado dentro de un sobre blanco con mi nombre escrito con bolígrafo en la parte delantera.

Estaba cansada de no existir.

Traté de sonreír a mi hermano en la fotografía. No me devolvió la sonrisa.

¡Dios, qué pena me daba ese niño! Ninguno de nosotros se había librado del odio, el enfado, la locura.

A todos nos había llamado «mocosos de mierda» una y otra vez. Habíamos tenido que escuchar que éramos repugnantes, no deseados, interesados, tontos, repulsivos, torpes. A todos nos había pegado. Pero de todos nosotros, él fue el que más y más duro recibió.

Una vez le pregunté a mi hermano menor si sabía que lo quería.

Me miró sorprendido.

—¿Qué? ¿De verdad?

La pregunta y la sorpresa eran absolutamente auténticas. Él tenía entonces dieciséis años, y una nula seguridad en sí mismo. No aumentó con el tiempo.

Llevé el índice a la foto y lo deslicé con cuidado hacia el más pequeño. El único de los hermanos al que yo creía que mi padre quería realmente. Nuestro querido superbenjamín.

Lilleman fue un niño encantador desde que nació. Al contrario que su hermano mayor, que había padecido asma, cólicos y alergia a la leche, al gluten y a los colorantes, Lilleman era un niño completamente sano.

Ninguna molestia.

Ningún achaque.

Un bebé alegre, sin más.

A pesar de que habían pasado muchos años, la idea que mi padre tenía de sus dos hijos pequeños seguía siendo la misma. Todavía igual de injusta. Mi padre solía compararles cada vez que llegaban invitados. Decía que Lilleman sería futbolista profesional.

—Él —añadía luego señalando al penúltimo hijo— acabará en alguna fábrica, eso si no se convierte en un delincuente.

Cuando vuelvo a pensar en aquellas conversaciones me avergüenzo de no haberle contestado. De no haberme rebelado. De no haberle replicado.

Pero no me atrevía. No tenía fuerzas.

A mi padre le gustaba comparar a sus hijos y señalar siempre quién era el peor.

Lo que más me avergonzaba era que yo, en secreto, me sentía aliviada por no ser el chivo expiatorio de mi padre en ese momento. Era muy duro ser la peor.

En la fotografía, tomada en la maternidad del hospital, mi hermano pequeño llevaba un *body* que parecía una camiseta de futbolista. Su destino ya estaba decidido.

A mi padre le gusta el fútbol, y Lilleman se reventaba como un animal en el club de fútbol Götene IF todas las semanas para que él se sintiera orgulloso.

Lilleman era un buen chico. Aún no había tenido tiempo de malearse. Me preguntaba qué clase de persona sería cuando mi padre muriese. Cuando tuviera la posibilidad de hacer lo que quisiera. Lo echaba tanto de menos que me dolía.

Él no había hecho nada.

No había pedido ser hijo de Valdemar.

No entendía por qué no iba nunca a verlo.

La última vez que hablé con Lilleman —y con mi padre— fue el día del cumpleaños de Lilleman, el 17 de septiembre del año pasado. Mi padre volvió a vanagloriarse delante de nosotros de su generosidad. Todos nos sabíamos de memoria la historia de su bondad y de sus éxitos económicos.

—Con estas dos manos. —Solía empezar, levantando las manos.

Después teníamos que escuchar el relato de sus éxitos. Cómo había conseguido amasar su fortuna con aquellas dos manos. Nadie lo había ayudado. Todo lo había hecho él solo. Que todos los demás —y en particular sus hermanos— le tenían envidia y lo miraban mal porque Valdemar había triunfado.

Valdemar siempre hablaba de sí mismo en tercera persona cuando se ensalzaba.

Nosotros teníamos que escuchar.

Exclamar «¡ah!» u «¡oh!» en el momento adecuado.

Mirar sus manos extendidas con ojos llenos de admiración.

Asentir y confirmar su éxito.

Decir que era generoso.

Que no había nadie como él.

Que era el hombre más afortunado de Götene.

Que todos los demás eran tan tontos porque no eran tan buenos como él.

Lamer su ego.

¡Dios mío! ¡Lo harta que estaba de aquella historia! De sus malditas manos. Y en el cumpleaños del año pasado no exclamé «¡oh!» en el momento adecuado. En el

coche de camino hasta allí, la mujer de mi hermano mayor y yo habíamos hecho bromas sobre «las dos manos», y luego, cuando las vimos levantadas delante de nosotros, nos miramos y empezamos a reírnos.

Estábamos todos hartos de escuchar a aquel loco.

Deberíamos haberlo imaginado.

Lógicamente se enfadó lo indecible.

Nos habíamos reído de él, dijo.

Insultado.

Humillado.

Mi novio, que asistía por primera vez a un cumpleaños —yo lo había mantenido alejado antes a propósito—, miraba aterrorizado a mi padre mientras su rostro se desencajaba lentamente. Escuchó los horribles improperios que de pronto y de forma tan natural salieron de la boca de mi padre tras el helador silencio inicial.

Nos llamó «hijos repugnantes».

Mocosos de mierda desagradecidos. Malditos asnos. Cerdos asquerosos.

Que no teníamos vergüenza.

Que nos iba a desheredar.

Que hijos como nosotros no deberían existir.

Mi novio se asustó de lo que vio y de lo que oyó. No nos creyó a mí ni a mi hermano ni a mi cuñada cuando más tarde, esa misma noche, intentamos tranquilizarle y le dijimos que ese estallido había sido uno de los más suaves. Mi padre nos había echado de su casa antes de que la locura estallara de verdad.

Estuvimos hablando toda la noche en casa de mi hermano mayor. Respondiendo a las preguntas del recién llegado, que quería saber con qué frecuencia ocurría aquello.

Intentamos describirle el siguiente paso del arrebato, que consistía en permanecer sentados y ver cómo tensaba sus ciento ochenta y cuatro centímetros de altura. Ver cómo ponía la espalda recta como una regla, y hundía la cabeza entre sus anchos hombros. Sabíamos que estábamos perdidos cuando mi padre empezaba a morderse los nudillos o a mordisquearse los labios, cuando su lengua daba vueltas por la parte interior del labio inferior, antes de que abriera la boca y soltara otra peste. Amenazas. Violencia.

Mi novio no lo entendió. Quería saber lo que pasaba después. Pasado el arrebato.

Le contestó mi hermano:

—Dejamos pasar un tiempo. Un par de semanas. Después lo llamamos y le preguntamos qué tal está, y entonces es como si nunca hubiera ocurrido nada.

—¿Vosotros? ¿Y por qué sois vosotros los que os ponéis en contacto? —preguntó mi novio, sorprendido.

Mi hermano y yo nos miramos. Y nos dimos cuenta de que no teníamos ninguna respuesta sensata a esa pregunta. Por primera vez nos mirábamos a los ojos y nos

preguntábamos: «¿Por qué le permitimos que haga eso?»

Aquella noche hicimos un pacto. Nos prometimos solemnemente no volver a llamarle.

Un mes más tarde, nuestra segunda madrastra se presentó en casa de mi hermano en pleno día, cuando sabía que sólo estaba en casa su mujer. Le dijo de parte de mi padre que éramos «un hatajo de cerdos asquerosos que no nos merecíamos un padre como él».

—Vuestro padre, Valdemar —dijo en un tono formal y altisonante—, rompe desde este momento todo contacto con vosotros durante un periodo de seis meses a tres años.

Yo al principio lloré de risa al teléfono mientras mi cuñada imitaba la voz de la mujer de mi padre, pero ahora, casi medio año después, la risa ya se me había atragantado. En castigo por no habernos puesto en contacto con él y por no haberle pedido perdón, no nos permitía hablar ni ver al pequeño de la familia. Ni siquiera nos dejaba enviarle regalos.

Yo tenía ahora un helicóptero teledirigido envuelto en papel de regalo en el armario: el regalo de Navidad de Lilleman del año pasado. Mi hermano mayor y yo lo habíamos comprado juntos y se lo enviamos por correo. Mi padre no fue a recoger el paquete. Cada vez que veía el regalo envuelto en el armario yo empezaba automáticamente a tararear la canción de Elvis Presley *Return to Sender*.

Valdemar era un gran admirador de Elvis.

Me pregunté si mi padre habría tarareado la misma canción cuando devolvió el paquete al remitente y con ello impidió que un niño recibiera el regalo de Navidad de sus hermanos mayores.

Yo solía pensar en mis hermanos como garantes. O como rehenes.

Para mi padre tener más hijos era una manera de atarnos a los mayores a él durante un par de años más.

Quería creer que, de no haber sido porque quería a mis hermanos pequeños y estaba constantemente angustiada por ellos, habría roto totalmente el contacto con él como mínimo diez años antes. La preocupación por los hermanos pequeños hacía que los mayores nos quedáramos, que aguantáramos.

Pero ahora eso había terminado. Yo no iba a aguantar más. Y mis hermanos tampoco tendrían que hacerlo. Aunque no lo sabían.

Doblé el papel, tiré de la cadena y volví al mundo exterior. Tenía una tarea que hacer.

El aire de enero era húmedo y frío. Un copo de nieve salido de la nada se posó en el labio superior de Anna Eiler. Ella sintió cómo se derretía en el mismo segundo que cayó allí y pasó instintivamente la lengua por el labio, al tiempo que alzaba la vista para comprobar si el copo traía compañía. No parecía ser el caso.

En la calle Livboj oyeron música procedente de la casa de ladrillo amarillo cuando estaban aún delante de la escalera de entrada.

«Bandis y Menta y Rulle Yeah, Skopis y Kranis quieren colaborar».

Anna alzó una ceja.

—Pero ¿qué demonios está escuchando?

Patrik Morrelli se echó a reír.

—Pero, bueno... ¿Estás de broma?

Él pulsó el timbre mientras cantaba la canción.

«Bob y sus amigos, ellos trabajan rápido. Trabajan juntos y así va como la seda».

Anna siguió mirándole fijamente. Él se rio.

—Es «Bob el Constructor». A los chavales les gusta mucho.

—No sabía que tenías hijos.

Él sonrió, burlón. Se irguió inconscientemente.

—Milo Morrelli. Cumplirá seis años en octubre.

—Bonito nombre. Me gustan las aliteraciones.

Bob el Constructor calló y Klas Hjort abrió la puerta unos segundos después. Se iban a presentar cuando se oyó la voz cautelosa de un niño desde el cuarto del televisor.

—¿Es mamá que vuelve a casa, papá?

Anna Eiler se fijó en los ojos del hombre. De repente se oscurecieron tanto que parecían casi negros. El hombre tragó saliva.

—No, hijo. Es Anna, la policía que ya conoces.

Klas Hjort suspiró.

—Hemos hablado cien veces del cielo. Pero cada vez que alguien llama a la puerta pregunta si es Elisabeth —dijo en voz baja.

Anna Eiler no supo qué contestar. Intuyó que no cabía esperar una confesión rápida y directa de aquel hombre que quizá había matado a su mujer, y que, con eso, Ulf Karlkvist tendría una razón más para quejarse de ella.

Anna le explicó a Klas que ahora el Departamento de Homicidios de la Policía Judicial Central también intervenía en la investigación de la muerte de Elisabeth; le presentó a su nuevo colega Patrik Morrelli; entraron dentro; colgaron las cazadoras; sonrieron a los dos niños que estaban en el sofá y habían vuelto a subir el volumen del televisor, y comenzaron el interrogatorio al marido de la mujer asesinada.

MUCHOS AÑOS ANTES

Ha hablado de ello toda la tarde.

Mamá tiene que morir.

Ella quiere tirarse de la camioneta roja, pero él no hace más que dar vueltas. Vueltas y más vueltas. Su intención es no llegar nunca a la casa blanca de la calle Ring, a la que recientemente se han mudado su madre, su hermano mayor y ella. Intentar que no lleguen nunca a un lugar seguro.

Al final, ella ya no sabe dónde están y eso que ir desde una punta de Götene hasta la otra sólo lleva unos minutos. Mira los abedules que van dejando atrás y nota el traqueteo del coche sobre la grava estridente. Deben de estar cerca de Sil. Quizá en Bölaholm. En cualquier caso, cerca de la cuadra de caballos.

Intenta mirarle de reojo sin que él lo note. No quiere provocarle, hacer que se enfade más. Ve cómo su padre agita los puños y golpea el volante mientras habla.

—¡Alguien debería hacer algo con esa puta!

Dios, cómo odia ir en coche con él.

Piensa en tirarse. Cierra los ojos y trata de imaginarse el impacto del cuerpo contra la grava al caer al suelo.

Se hará heridas en los brazos. En las piernas. Le duele el coxis, la espalda o el culo, según qué parte de su cuerpo choque primero contra el suelo. Pero mientras pueda mantener la cabeza arriba para que no golpee contra el suelo debería de ir bien. ¿Se atreverá?

—Bueno, uno no puede hacer daño a otra persona. Pero ella no es una persona. Tu madre es una puta. ¿Entiendes lo que quiero decir? Una puta no es una persona.

Silencio.

—Su propio nombre dice que es una puta.

Hace muecas.

—Bodil. Bodil la Puta.

Ella comprende por el gesto retorcido que el nombre que acaba de pronunciar es uno de los más repugnantes que se puedan pronunciar. El nombre de su madre.

—¿Has oído lo tonto que suena? Bodil. Vaya nombre de puta. ¿Entiendes?

No, no entiende. Nada. Ella también tiene nombre de puta. Bodil es su segundo nombre.

Tiene un nombre de puta. ¿Entonces ella también es una puta?

Quiere dejar de escuchar lo que él dice pero es imposible.

—He pensado mucho en ello. Alguien debería encargarse de ella. Sería muy fácil solucionarlo. Imagínate lo que supondría acabar de una vez con ese problema. Sólo hay que esperarla una tarde a la vuelta del trabajo y hacerlo. Sería una cosa rápida y nadie vería nada. Vuelve a casa muy tarde, ¿no? ¿A las once y media o así?

Ella se pregunta cómo es posible que él conozca el horario de su madre. Su madre sólo ha trabajado en el turno de noche de Arla unas semanas y su padre y ella ya no viven juntos.

—¿Cuántos años crees que le pueden caer a uno? ¿Cuánto tiempo tiene que pasar alguien entre rejas por cargarse a una puta?

Ella no dice nada.

Piensa en la pregunta.

Piensa en cuántos años de cárcel le caerían a su padre si matara a su madre. ¿Cinco años? ¿Diez? ¿Cincuenta?

Después empieza a pensar dónde vivirán su hermano mayor y ella cuando su madre esté en el cielo y su padre en la cárcel. Empieza a llorar. Espera que él no vea las lágrimas que le caen por las mejillas.

No las ve.

Valdemar está en trance.

Esa fase de su locura es lo que su hija teme más que a cualquier otra cosa en el mundo. Cuando él desaparece. Cuando ya resulta imposible hablar con él. Cuando te mira a los ojos sin verte. No puede verte. Sólo ve la película que se ha montado en la cabeza.

La Auténtica Realidad.

Le da mucho miedo la cabeza de su padre. Las cosas suelen cambiar muy deprisa allí dentro. Él puede pensar un montón de cosas que han ocurrido y recordarlas de una forma muy rara en comparación con lo que ella recuerda. Si ella recuerda que su madre se rio de las bromas de otro hombre, él dice que su madre se echa en los brazos de otros hombres. Si ella recuerda alguna ocasión en que su hermano mayor le haya pedido algo «por favor» a su padre, su padre recuerda en cambio que el maldito crío insistió e insistió «hasta que a Valdemar casi le estalla la cabeza de tanta maldita insistencia». Ella no entiende lo que pasa dentro de la cabeza de su padre.

—Valdría la pena hacerlo.

Su padre frena, la mira a los ojos. Sonríe.

—Esta noche merecería la pena el castigo.

Su padre asiente. Parece satisfecho. Como si finalmente se hubiera decidido.

—Esta noche —repite—. Lo hago esta noche. Así terminamos de una vez.

Ella vuelve la cara. No es capaz de ver su mirada. Su cara complacida. Prefiere mirar por la ventana. Han llegado a la calle Ring.

Sin embargo, ella no se atreve a moverse. El hecho de que su padre pare el coche no significa que pueda bajarse sin más. Él permanece un rato sentado. Ahora está en la fase silenciosa. Asiente a algo que se le pasa por la cabeza. Ella sabe que el siguiente paso es dejarla salir o bien acelerar el coche y empezar a dar otra vuelta. Le pide a Dios que no acelere.

Y después llega un suspiro desde el asiento del conductor. Seguido de un gesto de asentimiento, apenas perceptible, que le indica que puede bajarse del coche.

Sube las escaleras a trompicones. En su cabeza sólo existe un pensamiento: «Tengo que salvarla. Soy la única que sabe que mamá morirá esta noche. Tengo que salvarle la vida».

Busca en la cocina, revuelve los cajones. Busca a tientas entre los cuchillos del queso y las tijeras, pero se decide por un cuchillo de mesa. Y no de los afilados con los que se corta la carne y las verduras, sino de los normales, esos que se suelen poner a diario junto con el tenedor.

Se esconde en el jardín, detrás del gran roble. La copa, que sobresale por encima de su cabeza, es tan grande que la oculta por completo, a pesar de que se encuentra a tan sólo un metro del sendero de gravilla. Alrededor de sus pies crecen miles de Scillas y nomeolvides. Le gustaría sentarse en cuclillas para acercarse más a ellas, pero no se atreve a moverse. Sin embargo, las florecillas la consuelan, le ofrecen algo que mirar. Concentra la mirada en las flores azules y espera.

A las once y media empieza a oír pisadas en el camino que conduce hasta la casa de cemento pintada de blanco. Los pasos se acercan cada vez más. Le cuesta respirar. No sabe si es su madre, o si es su padre que va a asesinar a su madre. Al fin ve la melena castaña de Bodil. Empieza a llorar y corre hacia ella.

Su madre se asusta al oír que se le acerca alguien. Bodil jadea entrecortadamente y se da la vuelta.

Ella ve los ojos de su madre. El miedo reflejado en ellos. Sus ojos castaños arden de miedo. Ve cómo mira a su hija casi al mismo tiempo que realiza un giro cercano a los trescientos sesenta grados para inspeccionar el jardín, los setos, la parte trasera de la casa y el camino.

Ella observa a su madre y se da cuenta de que no es la única que temía que Valdemar estuviera allí alguna noche, en medio de la oscuridad.

—Tenemos que darnos prisa, mamá —dice ella.

Bodil hace entrar a la niña, cierra la puerta y le pide que le cuente lo que ha

pasado.

Ella obedece.

*Pero antes le hace jurar a su madre que nunca dirá nada de lo que ha pasado.
Nunca jamás. A nadie.*

—Pero ¿hasta dónde se puede llegar realmente con el morbo?

—Bastante lejos. No pondremos ninguna de esas fotos en las que se ve la cara a través del hielo, pero alguna con los pies no estaría mal. Creo que eso estaría bien. De todos modos, ya está muerta. Eso sí, que no salga ninguna de esas en las que parecen hinchados. Es preferible que la gente no vomite sobre la mesa del desayuno.

Podía oír la pesada respiración de Flash en el auricular. Julia se rio.

—Estás loco. A ti esto te pone.

—La fotografía del año, guapa. Pienso en La Fotografía del Año.

Volvió a reír al teléfono. No tenía corazón para recordarle a Janne Flash que, desde que trabajaban juntos, él había enviado sus fotografías al prestigioso concurso todos los años, pero que el premio siempre había sido para alguno de los fotógrafos de los grandes periódicos matinales o vespertinos de Estocolmo.

—Lo comprendo. Tienes muchas posibilidades, Janne, en serio. Pero yo me conformo con la mejor foto para el periódico de mañana, no aspiro a la mejor del año. Envíanos un correo electrónico a Ing-Marie, a Lindgren y a mí con cinco propuestas y luego las miramos. Ahora voy a ver al psicólogo.

—Espero que te arregle.

Julia colgó el auricular y meneó la cabeza. Estaba rodeada de imbéciles y gilipollas por todas partes. Una visita al comecocos quizá no fuera una idea tan tonta a pesar de todo.

Ante la puerta de la consulta del psicólogo lucía la luz roja de «ocupado».

Miró la hora de reojo. Las doce menos cuarto. Le iba a pillar en la hora del almuerzo.

Julia se acercó a un revistero con revistas y echó una ojeada a las portadas antes de elegir finalmente una de decoración, *Sköna Hem*. Se sentó y empezó a hojearla distraída para pasar el tiempo.

No le gustaban las salas de espera, la ponían siempre nerviosa. Julia leyó los

textos que acompañaban las fotos y trató de concentrarse en los caros sofás y las elegantes cocinas, pero lo dejó cuando se abrió la puerta. Luego oyó una voz:

—Entonces, nos vemos la próxima semana. Y cuídate.

Julia devolvió la revista a su sitio, salió al pasillo y se encontró con una cara asustada. Una mujer que vestía vaqueros oscuros y abrigo negro, con una bufanda alrededor del cuello. Pese a la ropa holgada, Julia pudo observar que estaba alarmanamente delgada. Unos treinta años. Piel pálida. El cabello castaño oscuro, casi negro. Ojos castaños llorosos. Mejillas hundidas con pómulos marcados y una barbilla igual de marcada. Julia saludó a la mujer con una ligera inclinación de cabeza y entró en la consulta.

Estaba vacía. Escuchó correr el agua en el cuarto de baño que había enfrente y supo dónde estaba el psicólogo.

Mientras lo esperaba, miró a su alrededor.

La consulta de Göran Hjonåker medía unos treinta metros cuadrados. Encima de la mesa había una lámpara verde de lectura de las que siempre se ven en las películas americanas, pero ahí acababan los parecidos con las consultas frescas, bonitas y blancas de las pantallas de cine. Ninguna cama ni diván en el que tumbarse. En lugar de eso, un escritorio de pino sueco y a su lado una silla negra de oficina con una almohada tan gastada que le salía el relleno amarillo por dos sitios. En una de las paredes pintadas de color beige había un armario blanco. A su lado colgaban dos cuadros asiáticos, los dos con unos diez signos pintados en negro, gris y blanco, con los marcos plateados. Una alfombra persa con dibujos marrones y rojos cubría la mayor parte del suelo y encima de ella había dos butacas con reposabrazos bastante deslucidas. Eran negras y estaban tapizadas con terciopelo rojo; las elegantes decoraciones florales talladas en los brazos recordaban un poco a los tronos reales. Entre las dos había una mesita que combinaba mal. Justo en el centro de la mesita, sobre un tapete blanco de ganchillo, había una caja abierta de pañuelos de papel. Julia pensó en la mujer con los ojos enrojecidos que se acababa de encontrar en el pasillo y se preguntó cuántos pañuelos se usarían en esas sillas un día normal. Si el psicólogo conseguía que la gente llorara en su consulta se le debía dar mejor su trabajo que la decoración.

—Con esto consigo realmente que la gente se relaje.

Ella se sobresaltó y miró asustada hacia la puerta. En el hueco había un hombre de entre cuarenta y cinco y cincuenta años que la miraba sonriendo.

—Los pacientes que se sientan aquí tienen la impresión de que incluso yo soy un poco desordenado y por lo tanto no importa que ellos no controlen muy bien todo lo que pasa en su vida.

Iba vestido con una camisa de cuadritos azules y blancos. El modelo de camisa recordaba un poco a las de Sven Lindgren, con la salvedad de que este hombre tenía

el buen gusto de abotonarse todos los botones. El pelo rubio oscuro, con un corte impecable, bien peinado a raya, y gafas cuadradas con la montura negra. Tras ellas sonreían unos cordiales ojos azules con irisaciones verdes.

—Perdón, yo... ¿Estaba hablando en voz alta?

Él se echó a reír sacudiendo la cabeza.

—No se necesitan poderes sobrenaturales para comprender lo que está pensando alguien cuando arruga la frente tanto como usted lo hacía al mirar a su alrededor.

Ella sonrió disculpándose.

—Bueno..., si funciona, vale. Pero he de decir que la combinación de los muebles es un tanto especial.

Él le tendió la mano.

—Supongo que es la periodista que llamó. Göran Hjonåker. Encantado de conocerla.

—Julia Almliden, del *Västgöta-Nytt*. Gracias por hacerme un hueco.

Él hizo un gesto señalando las butacas negras.

Julia se sentó, sonrojada aún. Quería cambiar de tema. Lo primero que se le ocurrió fue hablar de la silla en la que estaba sentada.

—Es cómoda.

Él asintió.

—Gracias. Son rococó. Auténticas, del siglo XVIII, las encontré en una subasta en Falköping.

—Mi abuelo era subastador —respondió ella—. Pero yo sólo compraba perros de porcelana por cinco coronas. Nada que ver con semejantes antigüedades.

¿Por qué había dicho eso? Empezar sin más a contar recuerdos de la infancia... Se asustó y se asombró al mismo tiempo. ¿Qué le contaría a Göran Hjonåker si estuviera una hora allí sentada?

La cauta sonrisa del psicólogo la devolvió a la realidad.

—Los perros de porcelana también tienen su encanto, pero a mí me encanta este estilo. El rococó es especial. No se parece a ninguna otra cosa. —Göran Hjonåker sacudió la cabeza—. Pero estoy hablando como el apasionado experto del programa «Antikrundan» de la tele... Supongo que no está aquí para hablar de los perros de porcelana ni de su abuelo.

Julia sonrió, y continuó observando la sala. Vio una locomotora roja de madera en la esquina izquierda de la mesa.

—¿De su hijo? —preguntó señalándola.

Él negó con la cabeza.

—Casado. Sin hijos. Pero trato tanto a adultos como a niños.

La miró.

—Bueno, Julia. ¿En qué puedo ayudarle? Es la hora del almuerzo y tengo una

paciente a la una.

—Quería preguntarle un poco acerca de Elisabeth Hjort. ¿Sabe que fue asesinada?

Göran Hjonåker la miró con ojos asombrados.

—¿Asesinada?

Ella asintió.

—Acabamos de enterarnos. Aún lo saben muy pocas personas.

Él permaneció en silencio. Ella continuó:

—Sé que debe guardar secreto profesional, pero ¿sabe si alguien quería hacerle daño?

El psicólogo negó con la cabeza en un gesto apenas perceptible.

—Usted lo ha dicho. Secreto profesional. Lógicamente he ayudado a la policía y lo seguiré haciendo todo lo que pueda sin traicionar la confianza de nadie, pero hablar con la prensa de lo que se dice en una terapia... —Sonrió con gesto torcido—. Entonces no me quedarían muchos pacientes.

—¿Puede decirme algo de la última vez que la vio? Su marido le ha contado a mi colega Ing-Marie Andersson que el 2 de noviembre, el mismo día que desapareció, Elisabeth tenía hora en su consulta por la mañana. ¿Hay algo relacionado con esa visita que no esté bajo secreto profesional?

—Que ella estuvo aquí es algo que dice su marido. Yo no lo confirmo. Lo siento, pero lo único que puedo decir es que el día 2 de noviembre mi consulta estuvo abierta como de costumbre y que tuve pacientes todo el día. No puedo decir quiénes fueron esos pacientes. Tampoco puedo decir si Elisabeth Hjort fue una de ellos.

Julia se levantó y le entregó su tarjeta.

—Si recuerda algo que quiera o pueda contar en relación con Elisabeth Hjort, no dude en llamarme.

Al cruzar el umbral de la puerta oyó que él carraspeaba. Julia se volvió y miró a Göran Hjonåker. Él la observaba con gesto pensativo.

—¿Se le ha ocurrido algo?

—Sí. Bueno, no, nada relacionado con Elisabeth Hjort. Perdón, no se lo tome a mal, pero me da la impresión de que tal vez debería volver por aquí alguna vez. Por su propio bien. —La miró—. Hay algo que la agobia. No sé exactamente qué es. ¿Una pena quizá?

Julia se lo quedó mirando en silencio.

—Muéstreme a una persona sin penas y le mostraré a un mentiroso —le respondió.

Cinco horas más tarde, una patrulla de la policía aparcaba en la calle Kåkind, delante del edificio marrón de cinco plantas. Göran Hjonåker tenía su consulta en la cuarta.

Anna Eiler quiso subir en el ascensor. Patrik Morrelli insistió en subir por la escalera. Otro bobalicón de Estocolmo aficionado al ejercicio físico.

Anna intentaba recuperar el aliento discretamente mientras miraba por el rabillo del ojo a su nuevo colega, que estaba llamando a la puerta.

«En cualquier caso, es guapo —pensó—, un cuerpo agraciado. Pelo negro, fuerte y brillante. Origen italiano garantizado».

Se preguntó si pegaba a su mujer.

—¿Estás segura de que está aquí?

Anna miró el reloj. Meneó la cabeza.

—No, sólo ha sido por probar. Son las seis. La gente normal ya ha dejado de trabajar a estas horas.

Sacó el móvil, llamó a información y pidió que la pusieran con Göran Hjonåker.

—En Estocolmo un psicólogo tendría un número secreto —comentó Patrik.

—No estás en Estocolmo —replicó Anna mientras oía las señales.

Göran Hjonåker respondió a la tercera. Anna le explicó que estaban en la puerta de su consulta.

—Vaya, lo siento. De haber sabido que irían habría esperado, naturalmente, pero el último paciente se fue a las cinco y acabo de llegar a casa. Les ruego que me disculpen. De hecho pensé que hoy se pondrían en contacto conmigo, tal vez debería de haberme quedado a esperarles.

—¿Ah, sí? ¿Y eso? —preguntó Anna.

—Bueno... —Oyó que el hombre tragaba saliva—. Por el asesinato. Elisabeth Hjort.

Anna Eiler sintió cómo se le retorció el estómago. Sabía que debería encontrarse con ese hombre cara a cara, y no quería darle la oportunidad de que pusiera ningún pretexto.

—¿Y puedo preguntarle cómo se ha enterado del asesinato de Elisabeth Hjort?

—Me lo contó la periodista que ha venido hoy a hablar conmigo. Qué horrible, nunca pude imaginarme... Pero no le dije nada de mis encuentros con Elisabeth, lógicamente. Me debo al secreto profesional.

Julia.

Maldita Julia.

Tuvo una corazonada. Anna Eiler se apresuró a terminar la conversación. Tenía que avisar a Karlkvist de que la noticia se había filtrado. Se iba a poner hecho una furia. No tuvo tiempo de llamar, el nombre del comisario apareció en la pantalla de su móvil. El nudo en el estómago le llegaba siempre como por encargo cuando intentaba tranquilizar a un hombre dominante hecho una furia.

JUEVES, 7 DE ENERO DE 2010

Décadas de violencia.

He visto repetirse la historia tantas veces que ya me sé de memoria cómo se suceden los hechos. Mujer muy joven desilusionada conoce a Valdemar, mayor y con dinero en el banco. Se enamora de él. Cree que él es grande y seguro. Se queda embarazada antes de tres meses. Durante el embarazo le toca oír cada día más mierda sobre sus padres. «Se da cuenta» de que ellos siempre se han portado mal con ella, sólo que ella no se había percatado y rompe toda relación con ellos antes de dar a luz. Cuando se encuentra sola en casa con un bebé recién nacido y se ve gorda y fea está ya tan destrozada que se siente agradecida de que Valdemar quiera estar con ella.

Y después.

Los golpes.

Empecé a echar cuentas.

Digamos que mi padre sacaba el puño a pasear cada seis meses, y seguramente me quedo corta. ¿Cuánto tiempo podía llevar maltratando a personas? Esas cosas empiezan ya de joven. Supongo que durante los últimos cuarenta y cinco o cincuenta años. Casi medio siglo.

No era descabellado suponer que mi padre, como mínimo, había ejercido la violencia física una vez cada seis meses durante cuarenta y cinco años.

Noventa maltratos.

Noventa delitos por los que podía haber sido condenado. Si las víctimas lo hubieran denunciado. Y si la policía o los asistentes sociales que hubieran recibido las denuncias hubiesen escuchado.

Era consciente de que mi padre debía haber protagonizado más actos de maltrato. Más delitos. Muchos más. Busqué el Código Penal sueco en la estantería y lo hojeé al azar. Al final encontré lo que ignoraba que estaba buscando, en el segundo capítulo, en la ley de responsabilidad penal, tercer párrafo.

Quien ofenda gravemente a otra persona mediante la comisión de un delito que suponga una

agresión contra la libertad, la tranquilidad o el honor de esa persona deberá compensar el daño que esa ofensa supone.

Ley (2001:732)

Ofensa.

Seguí leyendo:

Ataque contra la integridad de alguien. Si bien es preciso que la persona en cuestión defienda de alguna manera su integridad y no «incite» a la ofensa.

Pensé cuántas veces habría llamado Valdemar a sus hijos, o a otros niños, «hijos de puta» o «putas» a sus mujeres y novias. Una vez a la semana como poco, pero decidí conformarme con esa cifra. No quería exagerar.

Una vez a la semana, durante cincuenta y dos semanas al año, y durante cuarenta y cinco años.

Dos mil trescientas cuarenta ofensas.

Si se sumaban a los delitos por malos tratos, mi padre había cometido dos mil cuatrocientos treinta delitos, y se había librado.

Miré asombrada la cifra en el cuaderno de las magdalenas.

Dos mil cuatrocientos treinta delitos que nunca fueron denunciados. Y que por lo tanto no existían.

¿Cómo era posible?

Siempre me había gustado la estadística. Las cosas eran lógicas. Eran previsibles, al contrario que el humor de mi padre. Por eso pensaba que las posibilidades jugaban a mi favor. Si él se había librado después de maltratar y aterrorizar sistemáticamente a la gente durante casi medio siglo, parecía razonable que yo pudiera librarme por un solo delito. Una sola vez.

¿Qué fue lo que hizo que mi padre se librara de la justicia?

Tenía que averiguarlo. Volví a sentir el cosquilleo en el estómago.

Planificación y minuciosidad.

Si encontraba la respuesta, me libraría.

Si encontraba la respuesta, él no se libraría.

Eran casi las nueve. Había sido un día muy largo y sentí que me dolía la cabeza de tantos pensamientos que me daban vueltas dentro de ella.

Fui al frigorífico y cogí un Red Bull. Me lo bebí de un trago. Volví al sofá y busqué la página que había escrito antes de empezar con las multiplicaciones.

Había escrito la palabra «Matarratas» y detrás un gran signo de interrogación. Sentí cómo el azúcar del refresco me subía al cerebro mientras me concentraba en ese punto del cuaderno y me preguntaba qué tipos de raticidas había. Se me vino a la cabeza la imagen de una botella vieja con una etiqueta amarilla en la que se veía una

calavera. Envenenarlo con matarratas parecía algo anticuado, casi a lo Agatha Christie.

Una búsqueda rápida en la red decía que en 2007 un cocinero chino se envenenó a sí mismo y a cinco clientes al utilizar de manera fortuita matarratas en vez de harina en la salsa. En Austria, tres hombres vendieron en 2002 matarratas como droga en una discoteca, lo que ocasionó dos muertes. En Indianápolis, en enero de 2009, una mujer mató al hijo que llevaba en el vientre y estuvo a punto de fallecer por ingerir matarratas líquido para abortar.

Pensé que existían más venenos y cómo podían conseguirse. Leí la historia de Alexander Litvinenko, excoronel del KGB, envenenado con polonio rociado sobre su sushi.

Mi padre no comía sushi. Y yo no tenía acceso al elemento radioactivo que Marie y Pierre Curie descubrieron en 1898.

Encontré un artículo sobre el laboratorio de que disponía la Lubianka desde 1920, y que se dedicaba a elaborar nuevos venenos cuya eficacia probaban a veces con seres humanos. Fantaseé con la posibilidad de hacer un viaje de estudio a Rusia, pero la descarté enseguida, y justo cuando iba a empezar a leer sobre el cianuro me interrumpió el ostinato de piano del móvil. Detestaba ese tono pero nunca encontraba el momento de cambiarlo. Vi quién era en la pantalla y procuré sonar contenta al responder.

Parecía impaciente.

—¿Dónde estás? Va a empezar pronto. Son las nueve y diez.

Tardé un segundo en saber de qué me hablaba. La película.

—En la escalera. Estaré allí dentro de cinco minutos. Compra las entradas mientras tanto. Besos, besos.

Miré a mi alrededor. Mi novio me acompañaría a casa después del cine. Prepararíamos una cena tardía y nos sentaríamos a ver la tele media hora o así, antes de meternos en la cama a hacer el amor. La rutina habitual que había funcionado sin problemas durante los casi dos años que llevábamos juntos. Pero, quizá, no funcionaría tan bien ahora.

No con el papel que ahora tenía pegado en el frigorífico.

Ni con el cuaderno de las magdalenas abierto.

Ni cuando el sexo parecía tan tentador como una gastroenteritis.

Miré la hora. Quedaban cuatro minutos para *La reina en el palacio de las corrientes de aire*. Me consolé pensando que seguramente tenía doce minutos contando los anuncios, mientras corría por mi apartamento guardando todos los indicios que pude encontrar de mis planes de asesinato.

—Parecía que no estabas muy concentrada en la película —dijo mi novio al salir del cine dos horas y media después.

Lo miré. Me pareció que era..., busqué la palabra correcta. Elegante.

Elegante era la palabra. Doce centímetros más alto. Doce años mayor. Unos cariñosos ojos azules que sonreían cuando me miraba. Unos cariñosos ojos azules que hacían que por unos minutos me sintiera menos despreciada, más aceptada en el mundo. Pelo corto, que en honor a la verdad debería describirse de color gris ratón, profusamente salpicado de blanco, aunque yo prefería llamarlo «color ceniza». Había adelgazado hasta los noventa y siete kilos desde los ciento doce que pesaba cuando nos conocimos. Sí, claro que era elegante, mi chico.

Cogí su mano y entrelacé mis dedos con los suyos. Era un hombre tranquilo. Una persona que preferiría morir antes de hacerme daño. Y yo sentía lo mismo por él. Antes de esa tarde nunca le había mentado. Me preguntaba con pena cuántas mentiras le contaría durante el tiempo que siguiéramos juntos.

—Es que tenemos mucho lío ahora.

Soltó sus dedos de los míos, me puso el brazo alrededor de los hombros y me apretó contra él. Yo respondí deslizando mi mano dentro de su cazadora y agarrándolo de la cintura. Él siempre tenía calor. No importaba que, como ahora, la temperatura fuera de catorce grados bajo cero.

Eso me gustaba. Él me gustaba.

Caminamos en silencio la corta distancia que separa el cine, en la calle Kyrko, de mi apartamento de dos habitaciones. Yo lo agradecí. Mi cerebro estaba totalmente ocupado procesando la información que había recibido durante los últimos ciento cuarenta y seis minutos.

Lisbeth Salander, la protagonista de la película, también había intentado matar a su padre. Y fracasó. ¿Sería una señal?

«No debo cometer el mismo error», pensé yo.

Fui al baño nada más entrar en casa y me encerré, cosa que no solía hacer. Cogí un ejemplar viejo de *Klick!*, que sabía que mi novio no iba a mirar, y garabateé unas breves notas en la página quince, debajo de un artículo titulado: «La alocada vida de lujo de Suri Cruise».

No usar gasolina ni fuego.

No usar hacha.

Cuando llegara el momento sólo tendría una oportunidad. No podía cometer ningún error. Me eché a reír al darme cuenta de lo absurdo que sonaba que tuviera que ejecutar el asesinato de mi padre de una forma más elegante y mejor que la de la

super-*hacker* de Stieg Larsson, considerada poco menos que un genio.

—¿Has dicho algo? ¿Qué te hace tanta gracia, cariño? —se oyó al otro lado de la puerta.

Me apresuré a colocar la revista debajo del montón, tiré de la cadena, hice como si me lavara las manos y salí. Me encontré con sus sinceros ojos azules.

—¿De qué me río? De que pronto vamos a practicar sexo —respondí al tiempo que me inclinaba hacia delante y lo besaba suavemente.

Me avergoncé porque sabía que eso haría que dejara de hacer preguntas.

Y así fue.

MUCHOS AÑOS ANTES

Están viendo una comedia en el canal TV1000.

Ella está tumbada en el sofá blanco de piel con la cabeza apoyada en el reposabrazos. Su padre está sentado enfrente de ella, en el sofá de piel color burdeos. De repente él se inclina hacia delante, coge el mando a distancia de la mesa y baja el volumen. Ella se vuelve hacia él y está a punto de pedirle que vuelva a subirlo cuando llegan las palabras.

—¿Quieres a papá?

La pregunta parece espontánea. Ligera como una pluma.

—Claro —contesta ella.

—¿Te gustaría hacerle daño a papá?

Ella sacude la cabeza y levanta la cara para mirarlo a los ojos.

Y en el segundo en que ve aquellos ojos vacíos comprende que algo no está bien.

Ella susurra entre dientes un no.

Él se incorpora. Estira el cuello, mueve la cabeza hacia delante y hacia atrás. Cierra los ojos. Respira profundamente y empieza a hablar.

Al principio, de forma inconexa. De niños mocosos que quieren hacer daño a sus padres. De que los padres sólo quieren lo mejor para sus hijos, pero que sin embargo hay niños que quieren hacer daño a sus padres. Hijos de puta desagradecidos. ¿Conoce ella por casualidad a alguno de esos auténticos hijos de puta desagradecidos?

Ella quiere levantarse y salir, pero no puede moverse. No puede ni levantar el brazo para sentarse más derecha.

Su cuerpo permanece inmóvil.

Alerta.

Preparado.

Se pregunta qué pasará. Intenta febrilmente recordar qué ha hecho esta vez. Qué película se le habrá metido a su padre en la cabeza hoy.

—¿Quieres matar a papá? —pregunta con un tono de voz nuevo, neutral, que la

asusta más que el habitual tono histérico.

¿Matar a papá?

Qué pregunta más rara.

No entiende nada.

¿Matar a papá? ¿Por qué iba a querer hacerlo?

Contesta que no.

—¿Entonces por qué saliste a esperarme con un cuchillo? ¿Por qué estabas sentada en la calle Ring con un cuchillo grande de cocina en la mano?

De pronto todo es negro. No entiende cómo él ha podido enterarse.

Ella se vuelve hacia él y ve que aquellos ojos grises la miran fijamente. Reconocen la perplejidad en sus ojos y por un momento sonríen, triunfantes.

—Lo ha dicho mamá —aclara él.

Pero ella no quería matarlo.

Mira a su alrededor tratando de encontrar una salida, pero está atrapada en el sofá, pegado a la pared. Le gustaría taparse los oídos. No oír lo que se le viene encima.

—Presumía de ti en una reunión. Contó que me estuviste esperando con un cuchillo de cocina grande y afilado para matarme. Que me ibas a clavar el cuchillo. ¿Es eso cierto? ¿Quieres matar a papá?

«No era un cuchillo de cocina» es lo primero que ella piensa.

«Qué tonta mamá. ¿Por qué ha dicho que era un cuchillo de cocina?»

Abre la boca para explicarlo, pero se da cuenta de que no hay nada que decir. No contesta. No puede hablar, ni explicar. Tiembla de miedo mientras espera su castigo.

Él deja pasar un momento.

Unos segundos.

Tal vez un minuto.

Una eternidad.

Ella ha perdido la noción del tiempo.

—Vamos, habla, mocosa. ¿Por qué quieres matar a papá con un cuchillo grande de carnicero?

«No era un cuchillo de cocina, papá», piensa ella.

No era un cuchillo grande.

No era un cuchillo de carnicero.

Era un cuchillo de mesa normal.

«No pensaba clavártelo. No pensé nada. Sólo quería que no mataras a mamá. Tú dijiste que ibas a matar a mamá».

Lo piensa todo. No dice nada.

Permanecen en silencio. Se miran.

Al final, él le hace un gesto para que se acerque.

Ella avanza lentamente hacia él y su padre la sienta en sus rodillas. Llora cuando él la agarra del brazo y se la acerca bruscamente al pecho.

—Está bien. Dímelo ahora. Indica dónde. ¿Dónde ibas a clavar el cuchillo?

Ella se queda mirando fijamente su polo blanco Lacoste. Se fija en el cocodrilo. Piensa que si sigue mirándolo el tiempo suficiente quizá despierte.

Ya está despierta.

—Vamos, señala. ¿Dónde ibas a clavarle el cuchillo de cocina a papá?

Su voz parece más enfadada, pero sigue teniendo esa espantosa tranquilidad. Esa que ella no reconoce.

Se descubre a sí misma esperando el momento en que la voz de su padre se eleve en falsete. Cuando la locura entre en la siguiente fase. Cuando uno sabe que sólo le queda escuchar, permanecer inmóvil y aguantar. Esa fase ya la conoce. Esta voz nueva y tranquila, no.

Su padre le aprieta los dedos con más fuerza. Cuando las manos le tiemblan tanto que no pueden permanecer quietas, él se lleva la mano que le queda libre al pecho. Señala el lado izquierdo.

—¿Aquí? ¿Pensabas clavarme el cuchillo de cocina aquí, en el corazón?

Apunta con el dedo varios puntos en su pecho. La mira inquisitivamente. Espera a que ella asienta y le indique el sitio.

—Y ahora habla. Cuéntame cómo querías matar a papá con ese cuchillo de cocina grande y afilado.

Ella hace esfuerzos para respirar. Él se la queda mirando un rato, sus ojos están tan vacíos como de costumbre. Ella se pregunta cómo es posible que una persona mire fijamente a otra y sin embargo no la vea, no vea nada.

Le agarra la mano con tanta fuerza que los dedos se le ponen blancos.

Al final, él la empuja al suelo. Valdemar se levanta. Se va.

Ella permanece en el suelo. Le duelen los dedos cuando la sangre empieza por fin a circular por ellos. Intenta respirar. Le cuesta tomar aire.

—Sólo... era... un cuchillo de mesa... papá.

Le cuesta hablar. Pronunciar las palabras. Hacer que él comprenda. Si pudiera hacerle comprender...

—No era un cuchillo... grande. No te iba a matar... No iba a matar a papá.

Él no contesta.

VIERNES, 8 DE ENERO DE 2010

Estaba desnudo encima de la sábana blanca. Tenía el pene duro. Me pareció ver que sonreía. Me pregunté si estaría soñando con nuestro polvo de la noche anterior.

Miré a mi novio mientras oía sus ronquidos. Dormía con un sueño profundo, inconsciente por completo del ruido que sus ronquidos, relativamente suaves normalmente, provocaban en mi aturdida cabeza.

Recordé cómo solía ser. Verlo así podía ponerme tan cachonda que días como aquel lo hubiera despertado subiéndome encima de él y dejado que me penetrara. Me demoré recordándolo. Intenté recordar la sensación de estar caliente. Fue imposible.

No había tenido ganas de sexo desde que tomé la decisión.

No sentía deseo. Me pregunté si me volvería la libido. Si alguna vez volvería a practicar sexo sólo porque yo quisiera y no para salir de una situación embarazosa ante la extrañeza de mi novio.

Sentía asco al darme cuenta de que me había acostado con él sólo para que no siguiera preguntándome de qué me reía. Que me había acostado con él únicamente porque no me atrevía a hablar más aquella noche. Porque temía que se me notara en la cara cómo me sentía, qué estaba planeando.

Sacudí la cabeza y me sequé una lágrima que se deslizaba por mi mejilla. Me había acostado con mi novio sin tener el menor deseo, sólo para conseguir que se durmiera. Qué comportamiento más repugnante.

Maldije a mi padre por haber conseguido destrozar no sólo mi vida, sino también mi vida amorosa.

—Injustamente —murmuré, deslizándome fuera de la cama todo lo silenciosa que pude.

Al cerrar la puerta del dormitorio le di gracias a Dios por haberme podido comprar un apartamento de dos habitaciones. Mi novio dormiría hasta que sonara el despertador a las siete. Cuando follábamos dormía siempre como un muerto. Lo cual significaba que yo disponía de más de una hora para seguir con mis planes antes de que llegara el momento de llenar dos vasos de zumo de naranja, dos tazas de café,

preparar dos bocadillos de queso con salchichas ahumadas y ponerlos en la mesa junto con dos cuencos de yogur de vainilla con cereales. Cielos, qué previsibles éramos en realidad. Como un viejo matrimonio.

Las Navidades pasadas le había comprado un albornoz rojo. Me envolví con él, aunque yo tenía el mío, blanco. Prefería el suyo. Me gustaba su olor.

Fui a la entrada a buscar el periódico. Una fotografía del lago Simsjön y el titular «Mujer asesinada» en letras mayúsculas.

Dejé el periódico en la mesa, puse la cafetera y saqué el cuaderno de las magdalenas que tenía escondido debajo de la alfombra del árbol de Navidad. Pensé dónde podría esconderlo pasadas las fiestas.

Me senté en la silla próxima a la ventana, pensé en Lisbeth Salander y empecé a hacer un listado en una nueva página:

Errores que debo evitar:

1. Creer que podré dominarlo fácilmente.

Me vino a la cabeza una imagen de mi padre. La comida era su gran vicio. Solía rebañar los platos de toda la familia al terminar de comer. Eso me gustaba de pequeña. Me parecía que mi padre jugaba conmigo, un juego de cu-cu-tras-tras, cuando asomaba la cabeza por encima de mi plato. La salsa marrón que hacía mi madre con el jugo de la carne braseada, soja, harina, mantequilla, especias y nata era lo que más me gustaba, sin embargo solía dejar un poco en el plato para que mi padre se alegrara de poder rebañarlo.

Valdemar había pesado siempre alrededor de cien kilos. Grande, fuerte y ancho de hombros. Jugó al fútbol de joven y estaba orgulloso de no haber usado nunca protecciones. Solía decir que él aguantaba lo que le echaran.

Yo le creía. Era una absoluta estupidez pensar que si nosotros dos acabábamos en una pelea cuerpo a cuerpo, no sería una lucha a vida o muerte.

2. No sorprenderlo con un hacha.

Sonreí al imaginarme a Lisbeth Salander delante de mí. Lo que había jadeado escondida en el granero. La probabilidad de que funcionara esconderse detrás de algo y saltar sobre mi padre con un hacha en la mano y sorprenderlo era inexistente. Estaba absolutamente convencida de que él intuiría lo que pasaba y daría la vuelta a mi escondite y me cazaría por el otro lado.

Siempre lo había hecho. Siempre había conseguido leerme el pensamiento mejor que nadie. Yo nunca le había mentado. No me atrevía. Había algo en aquellos ojos

que me conminaba a decir la verdad. Sabía que sucedería algo terrible si no lo hacía.

Dos puntos nuevos en el cuaderno de las magdalenas. Comprendí que *La reina en el palacio de las corrientes de aire* probablemente no me iba a enseñar mucho más en el noble arte del asesinato. Yo no era una *hacker*. Ni tenía millones para invertir en dispositivos fantásticos. Era una simple ciudadana de Skövde con un salario de veinticuatro mil seiscientas coronas al mes, que intentaba matar a un viejo que daba la casualidad de que era mi padre y que quería que no me descubrieran.

Repasé mentalmente otras películas. Pensé que habría mucho que aprender de sus errores y me senté en el suelo, delante de la estantería. Allí advertí, sorprendida, que tenía la película *Un crimen perfecto*, de 1989, protagonizada por Michael Douglas y Gwyneth Paltrow. Qué a propósito; aunque no tenía ni pajolera idea de cuándo la había comprado. Leí el reverso del estuche e intenté recordar el argumento. Una pareja casada que al final tratan de matarse el uno al otro. Pensé en el periódico que había encima de la mesa. ¿Fue eso lo que pasó entre la madre de los dos niños y su marido?

Dejé de pensar en el viudo de Skövde y en su mujer muerta en una morgue de Linköping y me concentré en Hollywood y en la imagen de Michael Douglas en el reverso del DVD. El gran fallo de Douglas en la película fue no hacer él mismo el trabajo. De hecho, era una de las primeras cosas que yo había decidido, pero lo volví a escribir de todos modos para estar bien segura.

3. No dejar que otro haga el trabajo.

Deslicé los ojos por mis películas. Me fijé en *El silencio de los corderos*. Vi a Clarice, el personaje que interpreta Jodie Foster, delante de mí, y la recordé como una pobre chica bastante asustada. Un poco como yo.

Di la vuelta a la funda de la película y miré a Hannibal Lecter. De repente me pareció que mi padre tenía un siniestro parecido con Hannibal: con la coronilla casi calva, el atractivo de las sienes grises y los ojos igual de grises. Introduje la película en el reproductor, apreté el botón de silencio para que no se oyera nada y empecé a pasar deprisa la película. Cuando Anthony Hopkins utiliza un bolígrafo normal y corriente para matar a un vigilante y huir, pausé la reproducción.

4. No liberar sus manos en ningún momento. Eso tampoco puede ocurrir. No puede haber cerca nada que él pueda coger. Podrá matarme con cualquier cosa que encuentre.

Saqué la película y la guardé en la funda antes de mirar el resto de mi colección. Un panorama pobre desde la perspectiva de un asesino. Tenía *Sexo en Nueva York*, tanto la película como la serie. La primera temporada de la serie americana «The

Office», la película sueca *Änglagård*, las dos temporadas de la serie británica «Te House of Eliott» e innumerables comedias románticas. Vi entre otras *El diario de Bridget Jones*, *Grease* y *Love Actually* antes de resoplar en voz alta al ver *Cómo perder a un chico en 10 días*.

—¿Qué puedes enseñarme tú de asesinar? —le pregunté a la imagen sonriente de Kate Hudson que aparecía en la funda al mismo tiempo que sonaba el despertador en el dormitorio.

Västgöta-Nytt, páginas 4 y 5, viernes, 8 de enero de 2010

La madre de los dos niños fue asesinada

DE ING-MARIE ANDERSSON Y JULIA ALMLIDEN

Elisabeth Hjort, 34 años, no abandonó voluntariamente a sus hijos Erik y Elias. Después de haber considerado su desaparición como voluntaria durante más de dos meses, nuevas pruebas obligan a la policía a reconsiderar el caso. «Hemos abierto una investigación por asesinato», ha declarado Ulf Karlkvist, el jefe de la investigación, al *Västgöta-Nytt*.

Los inesperados datos llegaron ayer a conocimiento de la policía. Elisabeth Hjort, que desapareció de su casa el 2 de noviembre del pasado año y cuyo cuerpo fue hallado el 3 de enero, en contra de lo que anteriormente se había pensado, no se suicidó.

Según todos los indicios, fue asesinada.

«Los resultados del Instituto Nacional de Ciencias Forenses de Linköping, el SKL, hacen que tengamos que iniciar una investigación sobre el posible asesinato u homicidio», ha dicho Ulf Karlkvist al *Väst göta-Nytt*.

«Ya muerta»

La policía se muestra muy reservada en cuanto a qué ha descubierto el SKL al practicar la autopsia; pero, según la información de que dispone este periódico, es evidente que la mujer no murió ahogada.

Según las fuentes de que dispone este periódico, Elisabeth Hjort ya estaba muerta cuando la arrojaron al lago Simsjön.

La policía va a realizar varios interrogatorios a lo largo del día.

«Como comprenderán, ahora tenemos mucho que hacer», afirma Ulf Karlkvist, quien no quiere responder a la pregunta de si hay algún sospechoso del asesinato, pero subraya que no se ha detenido a nadie.

Consternación entre los allegados

Para la familia de Elisabeth Hjort la noticia ha sido todo un shock.

«No puedo comprenderlo. ¿Quién podría querer hacerle daño?», ha dicho su marido, Klas Hjort, al *Väst göta-Nytt*.

Ni la policía ni su psicólogo quieren comentar si la mujer había sido amenazada por alguien. La policía intensificará ahora las pesquisas para detener al asesino de Elisabeth Hjort.

«Lamentablemente vamos con dos meses de retraso, pero desde hoy (por ayer) contamos con la ayuda del Departamento de Homicidios de la Policía Judicial Central», ha comentado Ulf Karlkvist.

La policía ha abierto una línea telefónica, 0500-571 999, a la que pueden dirigirse los ciudadanos que dispongan de algún tipo de información sobre el asesinato de Elisabeth Hjort.

Cuando Julia llegó a la redacción a las ocho y veinticinco, sobre su escritorio había un ejemplar del *Skövde Nyheter*.

Apenas tuvo tiempo de echarle una ojeada antes de que Ing-Marie Andersson apareciera a su lado. Su colega saltó de la silla a tal velocidad que Julia tuvo la impresión inequívoca de que Ing-Marie llevaba un buen rato esperando a que llegara.

—Nada. Ni. Una. Palabra.

—¿Qué?

—Ni una palabra. No han publicado ni una palabra. El *Skövde Nyheter* no lleva nada del asesinato. Tenemos la exclusiva. ¿Te das cuenta? ¡Qué puñetera suerte! ¡Seguro que nos llaman los periódicos de la tarde diciendo que quieren colaborar con nosotros!

Julia sonrió. Entre las posibilidades que ofrecía su vocabulario, «puñetera» apenas podía considerarse una palabrota. Pero ¿para Ing-Marie? Aquello era lo más fuerte que le había oído decir a su colega. Jamás.

—¡Bien, Ing-Marie! Lo dicho, has hecho un trabajo realmente fabuloso.

Julia miró el montón de fotografías sobre la desaparición de Elisabeth Hjort que Janne Persson debía de haber dejado en su escritorio a primera hora de la mañana.

—Desde luego, no se puede decir que Flash haya sido muy selectivo —suspiró abatida.

Ing-Marie se echó a reír.

—Te ayudo. Lo haremos juntas.

Julia la miró sorprendida. Su colega saltaba y reía, y no eran ni siquiera las nueve. ¿Qué le estaba pasando?

Ahora me asusto cada vez que veo aparecer el nombre de mi hermano menor en la pantalla. Cuando llamó hace un momento no fue una excepción.

—Soy yo. ¿Molesto?

—Hola y no, hermanito —le contesté procurando que no se notara lo aliviada que me sentía al comprobar que, al parecer, no había ocurrido nada nuevo.

—¿Qué tal tu cabeza?

Me dijo que mejor, y sonaba como si fuera verdad. Quedamos en vernos a la semana siguiente, cuando le iban a quitar los puntos.

La conversación duró, como era normal con mi hermano menor al otro lado del hilo, menos de dos minutos. Él nunca quiere hablar más. Siempre empieza preguntando si molesta. Como si no quisiera abusar del tiempo de los demás. Ser una molestia.

La anterior conversación que mantuvimos, la que iba a cambiar la vida de tanta gente, tuvo lugar en las primeras horas del nuevo año.

—¿Estás trabajando? Estoy en Skövde. ¿Puedes venir a buscarme al hospital de Skövde?

No le pregunté nada. No me atreví. Sólo saqué a mi novio de la cama y me subí al coche.

Ocho minutos después me encontraba en la esterilizada recepción de urgencias del hospital Kärn recorriendo la sala con la mirada. Me pareció que olía a sangre y angustia. Una señora de unos setenta años en silla de ruedas, cerca de la entrada, me miró de arriba abajo.

—No pareces enferma —dijo la señora—. Yo he llegado antes. Tienen que atenderme antes que a ti.

La ignoré y miré hacia la izquierda. Había un niño acostado en una camilla, estaba pálido, tenía cables y cordones alrededor, no tendría más de cinco años. A su lado, en una silla, había una mujer mirándolo. Acariciaba el cuerpo del niño con una mano. Con la otra apretaba convulsivamente un pañuelo de papel arrugado. Tenía los ojos rojos e hinchados, pero trataba de sonreírle. Le susurraba algo que no pude oír.

No importaba. Sus palabras no se dirigían a mí.

Me volví hacia la derecha y vi en una de las camas a un hombre joven a quien le habían afeitado la mitad de la nuca. Me miraba, y levantó una mano lentamente a modo de saludo, como si el esfuerzo fuera superior a sus fuerzas.

Tardé unos segundos en comprender que la figura pálida que yacía allí era mi hermano. En el mismo momento en que llegué frente a él se acercó con paso resuelto una enfermera. Tendría unos cincuenta y cinco años, pelo corto, de color castaño y salpicado de gris en las sienes; ojos oscuros de mirada severa y ropa verde. Tenía en la bata una gran mancha seca que yo supuse inmediatamente que era de sangre.

Volví asustada la mirada hacia mi hermano para ver si podía ser suya. Cuando vi la mancha oscura coagulada en su jersey azul, más grande por arriba, en la tira del cuello, y menor hacia el pecho, quise gritar y salir corriendo de allí.

—¿Es familiar suyo?

Asentí.

—Su hermana mayor.

La enfermera miró a mi hermano. Él le hizo un gesto apenas visible para confirmar que era cierto antes de que ella empezara a hablar:

—La policía ya lo ha interrogado. Habríamos preferido que hubiera venido a buscarlo su padre o su madre, pero su hermano dice que ninguno de ellos puede venir ahora. Habida cuenta de que usted es bastante mayor que él, puede hacerse cargo.

Yo me sentía fatal por el hecho de que la mujer hablara de mi hermano como si él no estuviera presente.

La gente había hablado sin tener en cuenta a mi hermano a lo largo de toda su vida. Alargué una mano para coger la suya. La retiró.

La enfermera, que todavía no se había presentado, clavó los ojos en él.

—Bueno, mejor dicho, lo han intentado de todas las maneras. La policía, quiero decir. Su hermano no ha dicho casi nada de lo que ocurrió.

Él apartó la mirada.

—Era noche cerrada y algún chico me golpeó en Götene cuando yo iba caminando por la ciudad. No sé quién era.

La enfermera sonrió burlona.

—En Nochebuena y Nochevieja tenemos bastante jaleo aquí, así que no tenemos sitio para dejarlo ingresado. Un médico hablará con usted antes de darle de alta. Tiene que permanecer vigilado las próximas veinticuatro horas. Ha sufrido una fuerte conmoción cerebral y no debe dormir solo. Si empieza a vomitar tiene que volver a traerle al hospital, inmediatamente.

Yo asentí.

—Mi novio está esperando en el coche. Nos turnaremos para cuidarlo. No estará solo.

La enfermera asintió.

—Voy a comunicarle al doctor que usted está aquí. Vendrá enseguida.

Me senté en el borde de la cama. Miré a mi hermano pero él bajó la mirada.

Ninguno de los dos dijo nada.

Volví a cogerle la mano. Esta vez no la rechazó.

Puede que pasara un minuto. Diez, quizá. Posiblemente veinte.

Después vino hacia nosotros una bata blanca. Levanté la vista y vi que se acercaba un hombre calvo. Pantalones verdes y jersey verde bajo la bata. Zuecos azules en los pies. Del bolsillo de la bata sobresalían cuatro bolígrafos. Un estetoscopio alrededor del cuello. Una carpeta marrón en la mano. Tenía la mirada puesta en mi hermano.

—¿Cómo te encuentras?

Por toda respuesta, mi hermano se encogió de hombros.

El hombre me tendió la mano.

—Soy el doctor Hansson, yo soy quien lo ha atendido esta noche. Usted es su hermana, ¿no es así?

Yo asentí. Respondí a su saludo. Me presenté.

Él abrió el historial y hojeó los papeles. Pasó las páginas una y otra vez. Ni mi hermano ni yo abrimos la boca. Ambos mirábamos al hombre que pasaba las hojas en silencio delante de nosotros.

Cuando hubo transcurrido medio minuto me dieron ganas de interrumpirlo. Pero no me atreví.

Esperé mirándolo a aquellos ojos que sólo observaban los papeles continuamente. Finalmente, el doctor Hansson cerró la carpeta y me miró fijamente.

—Este joven ha tenido una suerte increíble en medio de la desgracia. —Y se calló. Nos miró alternativamente al uno y al otro—. ¿Y tú sigues manteniendo que no recuerdas lo que te pasó?

Mi hermano se volvió a encoger de hombros.

El doctor Hansson abrió de nuevo su carpeta.

—No sé cuánto le ha contado la enfermera, pero su hermano ha sufrido un maltrato grave. La incisión es profunda. Le hemos dado catorce puntos y habrá que quitárselos dentro de una semana, quizá, diez días, según cómo se vayan secando. El golpe que ha recibido en la cabeza ha sido muy violento y es un milagro que con una conmoción cerebral se haya librado. Le hemos hecho una tomografía para observar si había daños más graves. Cuando uno recibe un golpe tan fuerte en la cabeza pueden producirse hemorragias, el cerebro se puede hinchar y el cráneo puede sufrir daños. No hemos visto nada de eso en la radiografía y por esa razón hemos tomado la decisión de que puede irse a casa.

El doctor Hansson intentaba que su mirada y la de mi hermano coincidieran, y

esperó hasta que lo consiguió, antes de continuar:

—Lo más probable es que te duela la cabeza y te sientas mareado los próximos días. Eso es normal después de una conmoción cerebral. No debes hacer deporte ni tomar alcohol hasta que vuelvas a sentirte totalmente recuperado. También deberías evitar todo aquello que requiera mucha concentración, como ver la tele o los juegos de ordenador.

Me miró a mí.

—Necesita estar bajo vigilancia continua las próximas veinticuatro horas. Como ya he dicho, el malestar es normal, pero si empieza a vomitar quiero que lo vuelvan a traer aquí.

El doctor se calló. Lanzó una mirada larga y profunda a mi hermano.

—Podrías haber muerto. Espero que no estés protegiendo a nadie, porque la agresión que has sufrido es muy grave.

Mi hermano no respondió. El médico se inclinó hacia delante y le dio una palmada en la pierna.

—Está bien. Ahora cuídate. Espero que no tengas que volver por aquí.

Mi hermano asintió y estrechó la mano que el médico le tendía. Yo hice lo mismo.

Nos quedamos mirando la espalda del doctor Hansson hasta verla desaparecer al fondo del pasillo, luego le alcancé su plumas negro a mi hermano y le ayudé a ponérselo.

El corazón me latía con fuerza mientras recorríamos con paso lento los interminables pasillos de salida del hospital, en dirección al aparcamiento, donde mi novio seguía esperando en el coche. Vi cómo abría los ojos al ver a mi hermano pequeño; sin embargo, consiguió esbozar una sonrisa al tiempo que le ponía la mano en el hombro con cuidado.

—Hola, chaval. Me alegro de volver a verte —dijo con afecto.

Vi que mi hermano sonreía por primera vez desde que había ido a buscarlo.

Lo que había ocurrido realmente durante la Nochevieja lo supimos una hora y cuarenta y ocho minutos más tarde, en el sofá blanco.

Yo no había preguntado nada. Fui incapaz de abrir la boca. Sabía instintivamente lo que él iba a responder y no estaba segura de cuál sería mi reacción. Presentía que estaba a punto de pasar algo. No sabía si me iba a subir al coche, ir hasta Götene, llamar a la puerta y, cuando la abriera, matarlo con una violencia enloquecida allí mismo.

Estábamos tranquilos en el sofá, mi hermano echado en un extremo, nosotros dos sentados en el otro. En la mesa, al lado de mi hermano, había un vaso de refresco. Mi novio y yo tomábamos café. Nadie había tocado su bebida.

El silencio caía a plomo sobre el cuarto. Al final fue mi novio quien tomó la

palabra.

—No voy a hablar ahora por tu hermana, si no que hablaré sólo por mí. Me alegro de que llamas aquí y de que hayamos podido ayudarte.

Volví a ver que los labios de mi hermano dibujaban una tímida sonrisa.

«Él lo ve», pensé. Es un hombre adulto, lo suficientemente mayor como para ser su padre, y lo comprende. Lo trata como a una persona. De pronto entendí por qué mi hermano parecía que se relajaba siempre en presencia de mi novio.

—Y no quiero de ninguna manera culparte por andar mintiendo, pero los tres sabemos que tú seguramente recuerdas cómo ha ocurrido el accidente. ¿No puedes contárnoslo?

Se dirigió a mi hermano con una mirada amable, pero inquisitiva.

—No saldrá de esta habitación.

Finalmente empezó a hablar. Mi padre se enfadó cuando él iba a salir. No precisó el motivo. Quizá mi hermano era..., gentuza. O iba a salir con gentuza. Él sólo recordaba que el enfado de mi padre aumentó y que enseguida perdió el control.

—Dijo que me iba a matar. Describió detalladamente cómo lo iba a hacer. Me iba a empujar contra la pared, levantándome con las manos alrededor del cuello. Después se iría, dejándome allí colgado hasta que muriera.

Bajó la voz.

—Pero luego, lo peor, fue lo que dijo después. Se reía diciendo que merecía la pena el castigo. Yo sentí pánico. Parecía que lo decía en serio. Parecía muy contento al decirlo. Que merecía la pena ir a la cárcel, con tal de que yo muriera.

Mi hermano contó que entonces él se levantó para irse y le dio la espalda a mi padre. A Valdemar le enfureció que no siguiera sentado hasta que hubiera concluido su castigo y alargó la mano para coger una jarra de ron con coca-cola. La jarra estaba encima de la mesa dispuesta para celebrar la llegada del nuevo año. Pero en vez de eso, unos segundos después la jarra golpeó directamente la coronilla de mi hermano.

La jarra se rompió.

La cabeza de mi hermano, también.

La herida, según dijo el doctor Hansson, tenía una longitud de doce centímetros.

—¿Cómo llegaste al hospital? —me atreví a preguntar, abriendo la boca por primera vez.

—Papá me dio dinero para el taxi cuando vio cómo sangraba. Él había bebido y no podía conducir. Según él, sólo tenían que ponerme unas tiritas, y no me dejó llamar a una ambulancia. Tardé un poco en llamarte porque había cola en urgencias, por lo que tuve que esperar un buen rato. Celebré allí las doce campanadas.

Se hizo el silencio.

Dejé correr mis lágrimas y permanecí sentada acariciando suavemente el brazo de mi hermano, sin decir nada. No había nada que decir.

—Deberíais denunciarle.

La voz de mi novio parecía abatida. Me miró.

—No puedes consentir que se vaya de rositas. Por esto puede acabar en la cárcel.

La escueta mirada que mi hermano dirigió a mi novio contenía todo un abanico de sentimientos. Traición. Odio. Miedo. Al final me miró a mí.

—Si lo denuncias, no volveré a hablar contigo. ¿Me oyes? Diré que te lo has inventado todo y no volveré a hablarte nunca. Habrás muerto para mí. Ya no tendré ninguna hermana.

Había rechazado mi mano. Su mirada fluctuaba entre nosotros dos. Al principio con odio. Luego empezó a llorar sin poderse contener.

—Lo digo en serio. Papá me mataría.

Le volví a poner la mano en el brazo. Procuré hablar tranquila.

—Yo no voy a denunciarle. Y él tampoco.

Miré intencionadamente a mi novio. Esperé.

—No —respondió él. Escuetamente.

—Ahora quiero que te acuestes y descanses. Nos turnaremos para sentarnos a tu lado. Voy a preparar algo de comer. Nadie va a denunciar a nadie. Ni yo. Ni él —dije, asintiendo con la cabeza hacia mi novio.

—Sólo queremos que descanses.

Mi hermano me dirigió entre lágrimas una mirada larga e interrogante, antes de que su respiración se tranquilizara lo suficiente como para que yo comprendiera que confiaba en mí.

Mi novio lo rodeó con un brazo protector, lo acompañó al dormitorio y lo acostó, luego acercó una silla y se sentó al lado de la cama. Yo me encerré en el cuarto de baño, donde di rienda suelta a un ataque de llanto.

Pensaba que me merecía lo que mi padre había hecho conmigo durante muchos años. Pero ahora, al darme cuenta de que marchándome de casa y rompiendo el contacto no había resuelto nada, sino que había abandonado el barco y había permitido que la siguiente generación de hermanos cargara con el problema, pensé que había llegado el fin. Vi delante de mí a mi hermano pequeño, inseguro, bueno, asustado, y comprendí que podía haber muerto en el último arrebato de mi padre. El médico dijo que había tenido «una suerte increíble».

Mi padre había traspasado demasiados límites.

Ese día había traspasado uno más. El más importante.

Yo había vivido demasiado tiempo con mi padre.

Lo sabía.

Empezaba con amenazas y luego pasaba del maltrato psíquico al maltrato físico puro y duro. Normalmente este iba en aumento y cada vez era un poco peor. Hasta ahora al menos no había pegado a ninguno de los hijos, sólo golpeaba a sus mujeres.

Ahora ya había traspasado ese límite. Algún día mataría a alguien. A cualquiera.

«Que no sea ninguno de mis hermanos el que se encuentre a su lado entonces», pensé. A ser posible, tampoco mi segunda madrastra. Aunque, en honor a la verdad, ella estaba la última en la lista.

Lloré hasta quedarme sin lágrimas.

Allí y en ese momento miré la hora y tomé la decisión.

15:51. Día de Año Nuevo, 1 de enero de 2010.

Mi hermano pasó la noche con nosotros. Nos turnamos para acompañarlo, dos horas por turno.

Por la mañana, mi novio llevó a mi hermano a casa de su madre. Yo fui al trabajo. Mi novio me llamó nada más dejar a mi hermano. Estaba muy enfadado. Por primera vez en los años que llevábamos juntos levantó la voz. Rugió. Dijo que no podíamos seguir bailando al son que tocara mi padre.

«No lo vamos a hacer», quise decir. No lo dije.

Me dijo que era una idiota por no denunciarle. Que yo debería saber que hay mejores formas de actuar que callarse.

«No vale la pena denunciarle», quise decir. Pero tampoco lo dije. No dije nada.

Que no servía de nada denunciar a mi padre a la policía fue algo que aprendí bien pronto.

Por las malas.

MUCHOS AÑOS ANTES

—Mi pequeña zorra. Eso es lo que eres, ¿no? ¿Una zorra?

Ella mira las espaldas de su padre mientras él escupe esas palabras. Está en el lavadero del número 7 de la calle Göt. Inclinado sobre su madrastra.

La espalda recta.

Las piernas en tensión.

Los puñetazos le alcanzan en el estómago y en el pecho en una sucesión casi rítmica, y Valdemar respira pesadamente mientras sus manos golpean a su mujer.

Su madrastra no dice una palabra. Sólo lanza un gemido cada vez que un puño golpea sus partes blandas.

Ella abre la boca, pero no puede articular palabra. Es como si se le hubiera acabado el aire del cuerpo. Siente por primera vez cómo se le cierra la laringe y se le hace un nudo en la garganta. Una sensación que desde ese día vivirá dentro de ella. La visitará con frecuencia. Siempre de forma inesperada. Siempre mal recibida. Toma asiento en el sofá como una visitante imprevista. Se adueña de su vida. Ella hace esfuerzos para tomar aire y recuperar el habla. Al tercer intento consigue decir algo.

—Papá... —resuella.

Él se vuelve. Con los ojos muy abiertos. Está en trance. Continúa con la mano derecha levantada, apretada en un puño. ¿Le pegará un puñetazo?

—¿Sí?

Respira. Le cuesta respirar.

—No..., no se pega, papá.

Su padre la mira sorprendido. Ella ha interrumpido la película que se proyecta en su cabeza. Ha obstaculizado el proceso. No se pega. Claro que no se pega.

—No, no, no nos estamos pegando —responde levantando a su mujer maltratada.

Su madrastra pasa delante de ella con una mano en el estómago, la cabeza agachada. Entra en la cocina.

Ni ella ni su padre dicen nada. Sólo se miran. Oyen ruidos en la cocina. La mujer

ha abierto un armario, ha empezado a sacar las tazas del café. Valdemar entra en la cocina.

Ella se queda en el lavadero. Le tiemblan las piernas. Aún le duele el pecho tras las dificultades para respirar. Les oye hablar dentro. Hablan en voz baja de lo que hay que poner sobre la mesa. Ella se pregunta si lo habrá soñado todo. Ve frente a ella la cara sorprendida de su padre.

«No se pega», dice ella.

«Claro que no se pega», contesta él.

Evidentemente.

«No es consciente de ello», piensa.

Es otro el que hace eso. Alguien que se adueña de él.

Mientras permanece allí, en el lavadero, le asalta una idea. Va a ser valiente. Va a salvar a su madrastra. Va a salvar a su padre de sí mismo. Va a llamar a la policía.

En su cabeza empieza a sonar una fanfarria heroica. El toque de clarín que suena en los dibujos animados cuando hace su entrada el personaje que salva la situación.

«¡Tararí!, ¡tararí!», suena el toque de clarín.

Va a hacer lo correcto. Lo que nunca se atrevió a hacer aquellas noches en que los golpes resonaban en toda la casa, cuando era a su madre a quien pegaba.

«¡Tararí!, ¡tararí!»

Sale del lavadero. Los oye desayunando a tan sólo unos pasos, en la cocina. Parecen muy ocupados en aparentar que todo es normal en el número 7 de la calle Göt.

Entra en el despacho de su padre, donde tiene prohibido entrar. Ve su móvil encima del escritorio y se lo guarda en la manga del jersey. Es un aparato pesado y parece como si llevara un ladrillo cuando se desliza hacia la escalera y sube hasta el desván.

Allí dentro, en medio de una oscuridad negra como la pez, marca un nueve y cuatro ceros.

«¡Tararí!, ¡tararí!»

Contesta una mujer.

Ella empieza a llorar.

—Él la pega. —Es todo cuanto acierta a decir.

La operadora le pregunta cuántos años tiene, dónde vive y desde qué teléfono está llamando.

Se avergüenza al confesar que ha entrado en el despacho de su padre y ha cogido

un móvil que tiene prohibido usar.

—Pero tenía que hacerlo —se justifica—. Él no puede seguir pegándola más.

La mujer le contesta en un tono bastante seco, pero le dice que no pasa nada por tomar prestado el móvil de su padre y que van a mandar un coche de policía.

A ella le entra pánico.

—Por favor, que no sea un coche con «¡niinoo, niinoo!» —le ruega, incapaz de recordar la palabra «sirena».

—Nada de «¡niinoo, niinoo!» —responde la operadora, y cuelga.

Al principio él parece sorprendido cuando los dos policías aparecen en la puerta.

—¿Una pelea familiar? No, no sé nada. ¿Sabes algo de una pelea?

Sus ojos grises buscan los de ella.

Más tarde cae en la cuenta de que su padre probablemente no ha intuido que había sido ella quien había llamado, que él creyó que la policía se fiaría de una niña que decía que todo estaba tranquilo, cerrarían la puerta y se largarían.

Pero en ese momento no piensa eso. Está convencida de que él sabe la cosa tan fea que ella ha hecho. Que ha llamado a la policía y le ha ido con chismes.

No puede mentir. Sus ojos grises la miran y entonces ella tiene que decir la verdad. No puede mentir a su padre.

—He sido yo la que he llamado.

Le caen las lágrimas por las mejillas. No puede evitarlo.

—Tú no puedes seguir pegándole más.

Los policías se llevan a la mujer de su padre al cuarto de estar para interrogarla. Mientras tanto a ella la dejan con su padre en el sofá de la cocina, esperando. Su padre y ella solos en una habitación. A ella le habría gustado que uno de los policías se hubiera quedado con ellos. Con ella. No quiere estar a solas con su padre.

—¿Qué demonios has hecho? —sisea él—. ¡Tonta, más que tonta de mierda! ¿Qué van a decir los vecinos al ver un coche de la policía en la calle?

Ella llora. Pide perdón una y otra vez. Intenta recordar el toque de clarín. El valor. «¡Tararí!, ¡tararí!» Imposible.

—Tú eres tonta. Muy tonta, muy tonta, muy tonta. Eres patética, ¿lo sabes? Lloras por una tontería. No llorabas tanto cuando se murió la abuela. Eso era lo mucho que la querías. Pero ¿ahora lloras? Estúpida mocosa de mierda. ¿Qué crees que pensará la abuela?

Ella piensa en su abuela y se avergüenza. Se pregunta si estará en el cielo decepcionada porque llora más ahora que cuando ella murió.

—Ha sido sin querer —dice, tratando de explicar que los policías son tontos por venir en un coche con «¡niinoo, niinoo!»—. Que ella les había pedido que no lo

hicieran. Pensando en él.

—Diremos que nos han robado. ¿Lo oyes? Un robo. Y luego, cuando se vayan, le pides perdón a tu madrastra. Piensa en lo que le has hecho, ahora tiene que estar ahí dentro con los policías. ¡Joder! Le pides perdón por lo que has hecho, mocosa de mierda, ¿me oyes?

Ella asiente.

Es una mocosa de mierda que hace que él pase vergüenza delante de los vecinos. Sólo han sufrido un robo.

Los policías permanecen allí poco más de media hora.

Ella no vuelve a saber de ellos.

Su padre dice que todo ha sido un malentendido. Pero que, de todos modos, a su mujer le gustaría que ella se disculpara por haber llamado a la policía y haberles hecho pasar vergüenza y mentir a los vecinos.

Me di cuenta de que seguía con el teléfono en la mano tras la conversación con mi hermano.

«Pobre niño», volví a pensar. Lo que le había ocurrido era horrible. Inaceptable. Pero también una revelación.

El instante en que yo dejé, por fin, de encubrir a mi padre.

El instante en que empecé a ver a los demás.

A las víctimas. No al agresor.

El instante en que se invirtieron irrevocablemente los papeles.

Hasta entonces había tenido en mi mente imágenes de patadas y golpes. Palabras llenas de odio, contra las que era imposible defenderse. Siempre pronunciadas por mi padre. Pero el 1 de enero, a las 15:51, cambiaron esas imágenes. No era mi hermano quien estaba encajonado contra la pared. No era mi madre quien recibía los golpes en el cuarto de baño. Ni mi madrastra quien yacía en el suelo del lavadero.

Era mi padre.

Ensangrentado, sucio y hecho pedazos.

Ahora la víctima era él.

Mi hermano no lo sabía. Si de mí dependiera, tampoco lo sabría nunca. Pero lo que él tuvo que soportar en Nochevieja había despertado algo en mi interior.

Una máquina de matar en reposo llena de fuerza y de odio que era más grande, más potente y más peligrosa que todo lo que yo había sentido hasta entonces.

Lo amaba por eso.

Por primera vez no me sentía como una víctima.

Por primera vez mi padre se iba a convertir en víctima.

Sacudí la cabeza e intenté concentrarme.

«Ahora, no —me dije a mí misma—. Ahora, no».

Seguro que había sido guapa.

Elisabeth Hjort tenía treinta y cuatro años. De haber seguido viva habría cumplido los treinta y cinco el 12 de mayo.

Anna Eiler estaba echando un vistazo a las fotos de la mujer asesinada. Observó que en todas las fotografías familiares llevaba el pelo recogido en una coleta descuidada. Que un sujetador deslucido por los muchos lavados siempre parecía verse bajo unos jerséis demasiado grandes. Que bajo los ojos color avellana tenía bolsas oscuras de un centímetro de espesor y patas de gallo que no estaban en consonancia con su edad.

Miró las fotografías de la mujer y observó que Elisabeth Hjort también llevaba el mismo collar en todas. Dos pequeños pies de plata. «De los niños», pensó. Anotó en sus papeles que tenía que preguntar a Klas Hjort y al Instituto Nacional de Ciencias Forenses si alguno de ellos tenía el collar.

Anna Eiler trató de imaginarse el aspecto de la mujer si hubiera engordado un par de kilos. Si hubiera ido a la peluquería. Si se hubiera cortado las puntas y hubiera hecho algo divertido con sus rizos. Si se hubiera puesto una crema hidratante en la cara. Un poco de rímel. Si hubiera usado ropa interior de la talla adecuada. Si hubiera podido dormir ocho horas. Si hubiese sonreído.

Sí, entonces Elisabeth Hjort habría sido guapa.

Antes de desaparecer había estado dos semanas de baja. A juzgar por las fotos, Elisabeth Hjort debería haber cogido la baja mucho antes.

Julia cogió una fotografía de la familia y observó a los hijos de la mujer asesinada. Sabía que los niños tenían cuatro y siete años, pero la fotografía que tenía en las manos debía de haber sido tomada antes. Seguro que precisarían buena parte de su energía. Se fijó en el mayor. Erik. Un rubiales con la pelambreira del padre y los ojos castaños de la madre. Su hermano pequeño, Elias, también tenía los ojos castaños, y además había heredado el pelo castaño y rizado de su madre. «¡Qué niños tan guapos!», pensó con la esperanza de que no fuera Klas Hjort el que había asesinado a su mujer. Sería trágico que perdieran a sus dos padres.

Al lado de Julia estaba sentada Ing-Marie, en silencio. Miraba las fotografías que tomó Flash el 2 de noviembre, cuando desapareció Elisabeth Hjort. Él se encontraba como de costumbre escuchando la radio de la policía y llegó al lugar casi al mismo tiempo que el coche patrulla, media hora antes de que llegara Julia.

Flash no había desperdiciado aquellos treinta minutos. Cuando los técnicos terminaron su trabajo, le preguntó a un desesperado Klas Hjort si él también podía tomar fotografías. Para mayor «seguridad». El resultado era la impresionante colección de fotos que tenía delante de ella.

Ing-Marie se imaginó la vida de la familia Hjort en la casa de ladrillo amarillo de los años cincuenta, situada en el número 2 de la calle Livboj. Casi la abochornaba lo minucioso que había sido Flash. Pensó en su propia casa y se sonrojó al darse cuenta de lo que Flash podría encontrar allí en una inspección similar. Sentía que estaba invadiendo la esfera privada de los Hjort al curiosear a través de las fotos de su cuarto de baño de llamativos azulejos de color azul turquesa, donde pudo ver que Elisabeth Hjort utilizaba champú Fructis de Garnier y suavizante Barnängen. Que todos los miembros de la familia —incluso los niños— usaban cepillos dentales eléctricos y que Klas Hjort o sus hijos no bajaban la tapa del váter.

Observó la bañera. Según las estadísticas, el baño era el lugar más peligroso de una casa. Se preguntó si Elisabeth Hjort habría muerto allí. Si habría resbalado en la bañera y después su marido se vio en la necesidad de hacer que pareciera un accidente. O si él, en un acceso de cólera, le había golpeado la cabeza contra el borde de la bañera.

Ing-Marie sintió que aquellos pensamientos la hacían temblar. Se ajustó la chaqueta de punto aún más alrededor del cuerpo.

Las fotografías de la cocina mostraban un desorden total. Las sillas descolocadas. Manchas en el suelo. En la mesa un pegote reseco de color marrón que ella suponía —o al menos deseaba— que fuera de paté o de cacao. El fregadero estaba asqueroso y había un paquete de leche semidesnatada volcado en la encimera. Pero tal vez era así en las casas de todas las familias con niños pequeños. ¿Qué sabía ella de la vida

en familia? Aún se sentía como una principiante en los temas de pareja.

Ing-Marie siguió mirando el montón de fotografías y llegó al dormitorio del matrimonio. La vieja cama con un sólido armazón de madera de pino le resultaba familiar. Ese tipo de cama era habitual en Suecia en las casas de la gente mayor. Probablemente la habían heredado de alguno de los padres, o tal vez la habían comprado de segunda mano. La cama estaba hecha, no obstante, con dejadez. Cuatro almohadas, dos edredones con estampados azules y estrellitas rojas. Conocía el modelo del último catálogo de Ikea. Un espejo oval de la misma madera maciza colgaba sobre la cama, donde se reflejaba el destello de Flash.

—Vaya descuido —musitó pensando en el fotógrafo.

Dos mesillas de noche a juego completaban el conjunto. Ing-Marie miró más de cerca los libros que había encima de las mesillas. Klas Hjort leía *Echo Park* de Michael Connelly, mientras que Elisabeth tenía cuatro ejemplares de la revista *Mama* en la mesilla. El que estaba encima tenía a Pernilla Wahlgren y su hijo pequeño en portada. O tal vez fuera al revés, y la señora de la casa leía a Michael Connelly, aunque a Ing-Marie le costaba creerlo.

La habitación de los niños estaba limpia. Llamativamente limpia en comparación con la cocina. Supuso que para Elisabeth Hjort arreglar bien la habitación de sus hijos era lo prioritario.

Los juguetes estaban colocados en orden. A uno de los hijos, ella supuso que a Erik, el mayor, le gustaba jugar con piezas de Lego. Seguro que era Elias el que prefería jugar con los coches. Contó dos coches de carreras, tres vagones de tren, un camión, una ambulancia y un coche de policía, los cuales aparecían en la foto perfectamente ordenados encima de una mesa.

Ing-Marie volvió a mirar las fotografías. Había algo que no encajaba, pero por más vueltas que le daba no era capaz de decir qué era. Buscó su artículo del 4 de noviembre y volvió a leerlo.

Mujer de 34 años, desaparecida

DE ING-MARIE ANDERSSON

Elisabeth Hjort, vecina de Skövde y madre de dos niños, ha desaparecido. La mujer de 34 años salió de su casa el lunes y —pese a las intensas pesquisas de la policía— no ha vuelto a ser vista desde entonces. «No hay indicios de delito», ha dicho Ulf Karlkvist, de la policía de Skövde.

Aparentemente parecía un lunes normal.

El 2 de noviembre empezó como todos los días entre semana en casa de la familia Hjort, en la calle Livboj de Skövde. Klas, el padre, se llevó a sus hijos de camino al trabajo a las siete de la

mañana.

En la casa quedó su mujer, Elisabeth, de baja laboral, que los despidió desde la puerta.

«Ha estado un poco deprimida, estresada y eso. Elisabeth ha estado acudiendo a la consulta de un psicólogo, pero nada hacía suponer que pudiera suceder una cosa así», ha declarado al *Västgöta-Nytt* un Klas Hjort conmocionado.

«Comprendí inmediatamente que algo no iba bien»

Cuando el marido volvió a casa después del trabajo, a las cinco menos cuarto, encontró la carta que su mujer le había dejado.

«Comprendí inmediatamente que algo no iba bien nada más cruzar la puerta. La casa estaba demasiado silenciosa. Vi la carta, salí y llamé a la policía. Estaba en estado de shock y permanecí sentado en la escalera hasta que llegaron», ha dicho el marido.

«Parece un hecho voluntario»

La policía se muestra reservada acerca de la desaparición y el agente que lleva la investigación no quiere comentar el contenido de la carta con la reportera criminalista del *Västgöta-Nytt*.

«Todo parece indicar que se trata de una desaparición voluntaria, eso es cuanto puedo decir», ha manifestado el jefe de la investigación, Ulf Karlkvist, en una declaración exclusiva.

Los últimos días se ha llevado a cabo una intensa búsqueda en los alrededores de la casa de la calle Livboj. Patrullas caninas, grupos de voluntarios de la zona así como las patrullas locales han ayudado a la policía, sin resultado.

«No podía quedarme en casa cruzada de brazos con Elisabeth desaparecida. Volveremos a salir mañana. Naturalmente todos los que quieran ayudar serán bienvenidos», ha afirmado Klara Hunnevie, vecina y amiga de Elisabeth, mientras se secaba las lágrimas de las mejillas.

Petición de ayuda

La policía solicita la colaboración de los ciudadanos.

«Agradeceríamos que quien haya visto a esta mujer, o haya notado algo raro en la zona donde desapareció el día 2 de noviembre, se ponga en contacto con la policía», ha solicitado Ulf Karlkvist.

Ing-Marie miró el texto que acababa de leer. Sacó las fotografías que Flash tomó en casa de Elisabeth Hjort.

Y entonces lo vio. Abrió la boca para compartir con Julia lo que había descubierto, pero la cerró enseguida.

Era viernes.

Era por la tarde.

Era importante, muy importante, solucionar aquel asesinato, pero Ing-Marie tenía planes que eran aún más importantes. Planes que no estaba dispuesta a can celar.

—Tendrás que esperar hasta el lunes —le dijo a la mujer de la fotografía, apagó el ordenador y se marchó a casa.

SÁBADO, 9 DE ENERO DE 2010

Al principio, cuando me habló de su nueva novia, pensé que se trataba de una broma sin gracia de mi padre. Se conocieron mientras ella estaba aún en el instituto. Él ya era abuelo.

Miré la fotografía de la joven pelirroja con pecas que acababa de dar a luz al cuarto hijo de mi padre. Aparentaba más años de los veinte que tenía cuando se tomó la foto.

Antes de conocer a mi nueva madrastra estaba segura de que me encontraría con una cazafortunas que iba tras los millones de Valdemar. Por eso, cuando finalmente la conocí, me quedé desconcertada. Parecía normal. Relativamente, en todo caso. Reservada hasta rozar el mutismo. Y, sin embargo, bastante normal.

Sólo cuando estuve a solas con mi padre descubrí la explicación.

—¿Qué te parece?

Yo tragué saliva y me lo pensé. Aquello podía ser peligroso.

Debía responder rápido. Responder correctamente.

—Buena. Es callada.

—Sí, es tímida, eso es lo que le pasa. Pero quizá no sea tan raro, aunque pueda molestarme. Tiene la cabeza un poco destrozada.

—¿Destrozada?

—Estuvo en una fiesta en Skara y la violaron dos chicos. Al parecer eso ocurrió poco más de medio año antes de que nos conociéramos. No lo denunció. Se quedó totalmente destrozada y no se atrevió, me dijo. Yo al principio estaba un poco sorprendido porque ella no quería... acostarse, ya sabes. Pensé que era por mi culpa.

Cloqueó. Sacudió la cabeza.

—Qué raro, ¿no? Que fuera un fallo de Valdemar...

Buscó mi mirada y como de costumbre se lo confirmé, asintiendo con la cabeza. Siempre había que confirmar lo que él dijera. Parecía satisfecho y continuó:

—Pero luego me lo contó, lloró y todo. Yo la dejé tranquila. Estuvo un poco fría un tiempo, pero luego se fue soltando. Ahora funciona bien —afirmó, sonriendo

satisfecho.

Después, muchos años después, al recordar aquella conversación sentada en mi apartamento, comprendí que yo, mientras ocurría aquello, ni siquiera reflexioné acerca del comportamiento de mi padre. Al contarme la violación sufrida por su última mujer estaba traicionando, ¡y de qué manera!, la confianza de ella. Probablemente confió en él con todo su corazón destrozado. Pensaría que su secreto estaba a salvo. Que Valdemar era su caballero de brillante armadura, aunque enmascarado en el cuerpo de un hombre viejo, con sobrepeso, en lugar de una armadura resplandeciente como en los cuentos.

Pasé el dedo por la frase «Matar a papá» y volví a la fotografía. Al hombre viejo y la mujer joven. Valdemar elegía a todas sus mujeres cuando ellas apenas habían cumplido los veinte años, independientemente de los que él tuviera. Eran jóvenes e inseguras. Heridas por una u otra razón. Me preguntaba si él podía olerlas. Su inseguridad. Su desesperación. Y me preguntaba cuál era la historia de mi madre antes de conocer con diecinueve años a Valdemar. ¿Por qué se convirtió en una de ellas, en una mujer atrapada en la violencia de él? Sospechaba que nunca me atrevería a preguntárselo.

Mi primera madrastra había tenido un «padre difícil», como decía Valdemar, y un novio que la maltrataba antes de conocer a mi padre. Yo aún podía recordar la mirada horrorizada en la cara de mi padre cuando hablaba de ello.

—¿Puedes entender que su chico le pegara? —me preguntó. Como si fuera algo absolutamente incomprensible para él. Como si él mismo no se hubiera abalanzado sobre ella y le hubiera cosido el estómago a puñetazos.

La historia de mi última madrastra, por qué quedó atrapada en su red, sí era evidente.

Primero mi madre.

Después mi primera madrastra. Y ahora la segunda.

Miré a aquella joven aterrada.

Pobre mujer.

Se me ocurrió preguntarme si habría empezado a maltratarla ya. Si él había seguido su costumbre, ya lo habría hecho. Desde hacía tiempo.

Mi hermano mayor y yo a veces bromeábamos con el tema. Adivinar en qué fase se encontraba nuestro padre en un momento dado. Al pensarlo, después de tanto tiempo, me avergonzaba de aquel humor macabro, de nuestra jerga, pero supuse que era nuestro mecanismo de supervivencia.

Si permitiera que la historia siguiera su curso, el siguiente paso sería que mi segunda madrastra encontrara otro hombre dentro de un par de años. Y entonces, finalmente, tendría valor para abandonarlo.

Eso fue lo que hizo mi madre al final. Conoció a Bengt.

Mi primera madrastra igual. Se enamoró de un colega de la escuela donde trabajaba.

No es que su actual mujer quisiera dejar a mi padre. Mi segunda madrastra adoraba a Valdemar y poco a poco se había ido convirtiendo en una espantosa copia femenina de él. Exactamente como la primera madrastra antes que ella. Una réplica más baja y más delgada de mi padre, que nos hablaba y se burlaba de nosotros, los hijos mayores, igual que mi padre.

Su actual mujer luchaba como un animal para no convertirse en la mala. La diana del odio. Estaría dispuesta a vendernos a cualquiera de nosotros con tal de librarse de cargar con esa mierda.

Volví a mirar la fotografía. Me pregunté cómo se sentiría realmente mi segunda madrastra.

Probablemente como el resto de nosotros.

DOMINGO, 10 DE ENERO DE 2010

—Ya sólo necesito su tarjeta de crédito y estamos listos.

Anna Eiler miró las llaves del coche encima del mostrador de Hertz de la Estación Central y luego a la chica sonriente que estaba detrás de él.

Tenía ocho o nueve coches disponibles, en la comisaría, incluido el suyo, y sin embargo en ese momento estaba allí. A punto de alquilar un pequeño Fiat Punto de color blanco.

Sabía que era una locura. Pero se consolaba pensando que a pesar de todo era policía y sabía ocultarse.

Él no la vería. Pero ella sí que lo vería a él.

Necesitaba verle. Ver aquellos ojos que aún le hacían despertarse con sudores fríos. Ese cuerpo enorme que ella unas veces había odiado y otras amado. El hombre que le había hecho tanto daño.

Entregó la tarjeta de crédito y diez minutos después inició aquel viaje de veinte kilómetros. Contraviniendo todos los reglamentos del mundo, llevaba en la guantera su arma reglamentaria, cargada de balas. Por si acaso.

LUNES, 11 DE ENERO DE 2010

La respiración de Ing-Marie era agitada. Se miró la mano y vio que estaba apretando el dictáfono de tal manera que tenía los dedos blancos. Intentó agarrarlo sin hacer tanta fuerza.

—Está bien. ¿Quién de nosotras es el poli bueno y quién el poli malo?

Miró a su colega. Parecía que Julia trataba de contener la risa.

—¿Nos hemos convertido de repente en Gunvald Larsson y Martin Beck? Si te vas a convertir en una Persbrandt y vas a empezar a estampar a la gente contra la pared y a comer como una cerda quizá deberíamos haber pedido permiso a Lindgren antes de viajar hasta aquí.

—Lindgren pasa de lo que hagamos mientras pueda colgarse la medalla. Entonces, ¿cómo lo hacemos? ¡Decídetes!

Ing-Marie sonó más enfadada de lo que pretendía. Vio que Julia la miraba en silencio. Le pareció como si pasaran varios minutos.

—Esto lo arreglamos fácil, Ing-Marie. Tú eres la que más sabe de este caso. Así que tú te presentas como el poli malo, y yo seré el bueno, que sólo interviene si es necesario. ¿Estás de acuerdo?

Ing-Marie asintió con tanto entusiasmo que las gafas se le deslizaron hasta la punta de la nariz. Se las ajustó e intentó volver a tomar el control de la situación. Julia no tenía que saber lo importante que era para ella resolver ese asesinato. Se dio cuenta de que estaba demasiado entusiasmada.

—Recuerda. Sabemos que miente. Sólo que no sabemos en qué —dijo intentando sonreír.

Julia asintió al mismo tiempo que pulsaba el timbre.

No tuvieron que esperar mucho.

Klas Hjort abrió la puerta y las hizo pasar dentro.

—Los niños están en casa de su primo, la casa está inusualmente silenciosa. ¿Un café? —preguntó, dirigiéndose a la cocina.

—No, creo que lo mejor será que aclaremos esto cuanto antes. ¿No le parece,

Klas?

Ing-Marie se asustó de su propia voz. Nunca había sonado tan autoritaria.

Se sentaron en la cocina. Klas Hjort a un lado de la mesa, Ing-Marie enfrente de él. Julia a la derecha de su colega.

«Bastante más limpia que en las fotos», pensó Ing-Marie mirando a su alrededor. El desayuno recogido. El fregadero reluciente. Las sillas bien colocadas. Se preguntó si él sería más meticuloso de lo que había sido su mujer, o si limpiaba movido por la mala conciencia. «Poli malo», se repetía como un mantra una y otra vez. Iba siendo hora de atrapar a ese asesino.

—Klas, supongo que sabe por qué estamos aquí.

—No, la verdad es que no —respondió vacilante.

—El motivo es que sabemos que ha mentido a la policía. No acababa de llegar a casa después del trabajo cuando encontró la carta de Elisabeth. Podemos demostrarlo.

Tragó saliva. No se le notaba en la voz lo nerviosa que estaba. «Podría dirigir perfectamente un interrogatorio», pensó Ing-Marie. Al menos los que salen en la tele. Era dura. ¡Zas! Confiaba en que eso funcionara de igual manera en la realidad.

—¿Cómo..., cómo pueden saber eso? —tartamudeó Klas con los ojos como platos.

Ing-Marie esbozó una sonrisita, en su opinión, demasiado teatral antes de sonreír abiertamente con desprecio.

—Klas, esto no funciona así. Ha visto demasiada tele. Esto no es «CSI», Beck o Wallander. ¿No creerá que vamos a revelar lo que sabemos y luego darle la posibilidad de que se invente excusas? Lo único que le digo es que tenemos pruebas de que ha mentido acerca de lo que pasó ese día y que desde aquí pensamos ir directamente a la comisaría. Ahora tiene la posibilidad de salvarse y explicarse. ¿Por qué mintió?

Tragó saliva. Los pensamientos le daban vueltas en la cabeza. Agradeció que Klas Hjort permaneciera en silencio mirando fijamente la mesa. Ing-Marie necesitaba tranquilizarse.

Fue la declaración de Klas sobre su vuelta a casa lo que a ella le había llamado la atención.

Comprendí inmediatamente que algo no iba bien nada más cruzar la puerta. La casa estaba demasiado silenciosa. Vi la carta, salí y llamé a la policía. Estaba en estado de shock y permanecí sentado en la escalera hasta que llegaron.

Ing-Marie había buscado las fotos del cuarto de baño y volvió a fijarse en un detalle que le había llamado la atención desde el principio.

La tapa del servicio estaba levantada.

Ing-Marie Andersson evitaba al máximo ir al servicio en el trabajo por dos

razones: Sven Lindgren y Håkan Jansson. Los dos tenían la mala costumbre de dejar la tapa levantada, a ser posible con una o dos gotas amarillas sobre el asiento. Todos los miembros con pene de la familia Hjort se habían ido al trabajo o a la guardería a las siete de la mañana, y Klas afirmaba que había llegado a casa a las cinco menos cuarto. Ing-Marie dudaba de que Elisabeth no hubiera ido al baño en diez horas. La última persona en usar el servicio había sido un hombre. Probablemente Klas Hjort, que, por tanto, mentía al afirmar que se dio cuenta nada más cruzar la puerta.

Julia advirtió que el viudo la miraba. Le sonrió con amabilidad. «Poli bueno», pensó.

—Lo mejor será que diga la verdad, Klas. Luego se sentirá mucho mejor, ya lo verá.

Klas Hjort hundió los hombros. Echó la cabeza hacia delante y cerró los ojos.

Julia vio que empezaba a temblarle el cuerpo y, pasados apenas unos segundos, se formó un charquito en la mesa de las lágrimas que le corrían por la cara.

—No quería que se supiera. Por los niños. No significaba nada. No sé qué estaba haciendo...

Ing-Marie y Julia se miraron. Ambas alzaron las cejas.

—Continúe, Klas. Va bien —susurró Julia con la esperanza de no sonar tan insegura como se sentía.

—Elisabeth se encontraba mal desde hacía mucho tiempo. Y ella, ella ya no quería, bueno, no quería intimidad. Por eso cuando surgió lo de Klara, bueno, Elisabeth..., nunca notó nada. Nos estuvimos viendo medio año o así. Una vez a la semana. Siempre los lunes. Yo salía antes del trabajo y llegaba a su casa a las tres, aparcaba el coche en la calle de al lado, al final, y pasaba a su jardín a través de los arbustos. Luego, pues teníamos... ¡Oh, Dios!, no puedo ni decirlo.

Klas Hjort jadeó. No podía contener las lágrimas.

—¡Oh, Dios! Y mientras yo estaba allí...

Se le contrajo el rostro. Se llevó las manos a la boca para contener una arcada.

—Mientras yo estaba dentro de ella. De ella... Alguien mató a Elisabeth.

La nariz le moqueaba. Se pasó la mano derecha por los labios para limpiarse, pero sólo se extendió la mucosidad por la mejilla izquierda. Estaba temblando. Sollozaba.

—Entonces...

Julia se aclaró la garganta. Insegura de lo que tenía que hacer en esa situación.

—¿Entonces usted no estuvo en su casa ese día?

Klas Hjort alzó la vista.

—No. Mentí y dije que estaba en el trabajo, cuando en realidad estaba en casa de Klara. Si hubiera estado aquí, Elisabeth estaría viva.

Volvió a llorar. Se levantó y se acercó al fregadero. Cortó un trozo de papel de cocina y se sonó con fuerza antes de volverse hacia las dos periodistas.

—No sé cómo han podido enterarse... He conseguido salir del trabajo a las tres y volver a las cuatro y veinticinco para fichar todos los lunes durante cerca de medio año sin que nadie lo notara.

Ing-Marie sonrió.

—Eso era lo que usted creía.

Klas Hjort la miró asintiendo.

—Sí... Lo creía.

Miró hacia el suelo. Tragó saliva. Tomó aire y continuó:

—Gracias. No comprendo por qué lo he hecho. Ahora mismo voy a la policía y se lo cuento.

Se irguió y comenzó a caminar hacia la entrada.

—¿Pueden cerrar la puerta al salir? —le oyeron decir antes de que se oyera un portazo.

Ing-Marie y Julia la vieron justo en el momento en que apareció en la plácida calle.

Klara Hunnevie parecía fuera de lugar caminando entre los jardines cubiertos de nieve de los chalés y casas adosadas. Como si no encajara realmente entre las casas de arquitectura funcional, jardines salpicados de abetos, los charquitos amarillos en la nieve dejados por los perros y los trineos de vivos colores colocados junto a las fachadas. Julia no podía determinar qué era exactamente, pero había algo en Klara Hunnevie que decía a gritos que aquel no era su sitio.

Lo primero en lo que Julia se fijó fue en las piernas de la mujer. Largas y estilizadas, con medias negras y con los pies embutidos en unas botas negras de piel de tacón alto. Bajo el abrigo rojo asomaba una chaqueta larga de punto gris y una falda negra un poco más larga. Llevaba el pelo negro parcialmente oculto bajo un gorro negro, pero le caían algunos rizos sobre los hombros. Tenía la cara pálida, si bien las mejillas sonrosadas.

Julia observó con la ayuda del vaho producido por el frío la respiración de Klara Hunnevie a medida que la mujer se iba acercando. Cuando llegó donde ellas estaban sus ojos azules no mostraron ninguna sorpresa ante la presencia imprevista de dos personas sentadas en su porche.

Klara asintió al reconocer a Ing-Marie y le dio la mano a Julia antes de abrir la puerta. Las dos periodistas entraron tras ella en el chalé de arquitectura funcional sin esperar a que las invitara a hacerlo, se quitaron los abrigos y luego se sentaron en la cocina de la mujer.

Julia miró a su alrededor. El aspecto de la cocina era tan intachable como el de su propietaria. Las baldosas blancas del suelo relucían. La mesa a la que se sentaban estaba impecablemente limpia y, cuando Klara abrió la despensa para sacar el bote del café, Julia advirtió que las conservas y el resto de los productos del armario estaban perfectamente alineados. Miró a su colega, preguntándose cómo iba a empezar Ing-Marie su interrogatorio.

—A ver, Klara. ¿Tuvo una aventura con el marido de Elisabeth Hjort y organizó

al mismo tiempo una patrulla de voluntarios para buscarla? Qué vecina más solícita. Evidentemente echa una mano a todo el mundo. Literalmente.

Klara Hunnevie, que estaba de espaldas llenando la cafetera, resopló. Le tembló la mano y se le cayó café en la encimera resplandecientemente limpia. Ing-Marie notó la mirada de sorpresa de su colega y, levantando discretamente una mano, le hizo una señal a Julia antes de continuar:

—Consiguió engañarme de verdad, Klara. He de reconocerlo. Me da vergüenza haber escrito un artículo tan elogioso sobre usted. Sobre cómo buscó incansablemente a Elisabeth. Sobre sus lágrimas. Y tengo muchas ganas de publicar un artículo en el periódico de mañana que muestre otra cara de usted completamente distinta. Ahora quiero que se siente y nos cuente exactamente todo lo que sabe acerca de la desaparición de Elisabeth Hjort. Y de su lío con su marido.

Klara Hunnevie se volvió. Sus ojos azules no eran más que un recuerdo. Ahora lanzaban rayos negros.

—¡Al parecer a usted le da pena! La pobre Elisabeth para acá. La pequeña Elisabeth para allá. ¡A todos les daba pena Elisabeth Hjort!

Resopló.

—Sí, éramos amigas, o como quieran llamarlo. En esta calle, por desgracia, uno está obligado a relacionarse con los vecinos que parecen más o menos normales y son de tu misma edad. Hay días de trabajo vecinal para recoger las hojas secas todos los otoños, fiestas en los jardines todo el verano y las mujeres han de intercambiar recetas todo el año, mientras los hombres se prestan los taladros. Así que sí, nos veíamos. Siempre. Tablas de cangrejos y ponches navideños, y fiestas del solsticio de verano y su puta madre. Lo harta que estaba ya de todas sus monsergas acerca de la maldita comunidad...

Al pronunciar la última frase Klara Hunnevie tiró el bote al suelo, provocando un estrépito. El café en polvo revoloteó por la cocina.

—¿No lo comprenden? Cuanto más conocía uno a esa espantosa mujer, más la despreciaba. La culpa era de los niños. De su marido. De su trabajo. De sus colegas. Mía. ¡Todos tenían la culpa de todo menos ella!

Klara Hunnevie se contuvo. Al parecer se dio cuenta de lo que había dicho. Tragó saliva, se puso la mano en el pecho y respiró lentamente antes de levantar el bote de café del suelo y colocarlo en la encimera. Después abrió un armario y sacó un cepillo y un recogedor, y empezó a barrer en silencio.

Ing-Marie la miraba estupefacta. Un minuto después el suelo estaba tan brillante como antes.

Klara Hunnevie sacó una silla, se sentó y se pasó las manos por la falda negra para alisársela. No dijo nada más. Ya había dicho lo que pensaba. Ahora estaba esperando.

—¿Sabía Elisabeth que Klas y usted estaban liados? —preguntó finalmente Ing-Marie.

Klara Hunnevie negó con la cabeza.

—Nadie lo sabía. Entiendo que se lo ha contado Klas, por eso han venido, pero no lo sabía nadie. Éramos muy discretos.

Ing-Marie le preguntó cuánto tiempo había permanecido Klas en su casa el día que Elisabeth Hjort desapareció. Klara Hunnevie se encogió ligeramente de hombros.

—Se marchó entre las cuatro y cuarto y las cuatro y veinte. Klas era siempre muy estricto para volver al trabajo a tiempo para fichar.

Klara Hunnevie fijó la mirada en la mesa.

—Yo termino en la escuela a las tres menos cuarto los lunes. Volvía corriendo a casa, casi volando, para estar aquí, en la puerta, cuando él llegara a las tres en punto.

Meneó la cabeza.

—Caliente, alegre y agradecida. Así tenía que estar...

Dirigió la mirada hacia la ventana. Permaneció un rato en silencio, antes de volver a abrir la boca.

—¡Qué vida!

Ing-Marie tragó saliva. Una doble vida. Ella sabía muy bien lo que se sentía al llevar una vida así.

—¿Se alegra de que ya haya terminado? —le preguntó.

Klara Hunnevie la miró fijamente. Perpleja.

—¿Qué? No, me refería a la que tengo ahora. Mientras duró nuestra relación lógicamente yo fantaseaba con que Elisabeth desapareciera para poder estar con Klas. Lo que no sabía es que él desaparecería para siempre de mi vida el mismo día en que ella desapareció de la suya.

Ing-Marie permaneció callada esperando a que continuara. De pronto Klara parecía una mujer muy sola.

—Él ni siquiera me ha mirado desde entonces. Nunca ha vuelto a poner los pies aquí. Cruza la calle si, Dios no lo quiera, nos encontramos en la acera.

Se despachó con un aspaviento.

—Ese gallina. Cuando estaban casados no podía dejarla porque estaba muy débil, y ahora que ha muerto tiene tan mala conciencia por lo que hizo que se resiste a dejar de pensar en ella.

—¿Lo dice él? —preguntó Ing-Marie.

Klara Hunnevie se encogió de hombros.

—Así es como yo lo interpreto. De lo contrario no entiendo por qué me ha dejado.

Ing-Marie miró a la mujer y pudo imaginar fácilmente varios motivos, pero abandonó el asunto y pasó al tema que les interesaba tanto a Julia como a ella.

—¿Mató usted a Elisabeth Hjort?

Klara Hunnevie alzó las cejas. Las miró fijamente. Su voz se volvió fría como el hielo.

—Aquí se acabó la hospitalidad. Aunque he de reconocer que no recuerdo haberlas invitado. Ya va siendo hora de que se vayan de aquí.

Fueron a la entrada y se pusieron los zapatos. Julia e Ing-Marie estaban a punto de salir cuando Ing-Marie vio un cuadro en la pared, medio tapado debajo de una cazadora. La levantó y se encontró con las caras sonrientes de Mats y Klara Hunnevie. Eran mucho más jóvenes. Vestidos de boda. Estaban en un prado con las manos entrelazadas, volviendo la vista hacia atrás para mirar directamente a la cámara.

—Qué foto más bonita —dijo Ing-Marie al darse cuenta de que Klara Hunnevie estaba detrás de ella.

Ella no respondió.

—Y el marco es precioso —añadió Julia.

Klara arrugó la nariz.

—El marco está roto. Se cayó al suelo. Había pensado llevarlo a la tienda para cambiarlo, pero no encuentro el momento.

Las tres miraron el marco de madera de casi quince centímetros de grosor. Parecía de ébano, con un maravilloso dibujo de rosas tallado, pero en la esquina de abajo había saltado una astilla grande.

Klara Hunnevie resiguió la línea de las flores con los dedos.

—Pero es bonito, eso es cierto. Será por eso por lo que me resisto a tirarlo. Me gusta más el marco que la foto.

Ing-Marie y Julia salieron de la casa y caminaron en silencio hasta el coche. Vieron que entraba en la calle un coche de la policía y reconocieron el perfil de Anna Eiler en la ventanilla. Frenó y las miró airadamente antes de aparcar delante de la casa blanca de Klara Hunnevie.

—¿Vosotras no sois amigas? —preguntó Ing-Marie.

Vio que una sombra oscureció la cara de su colega.

—Por lo visto teníamos ideas totalmente diferentes de lo que significa la amistad —respondió Julia, sin más.

Ing-Marie la observó en silencio durante unos segundos.

—Qué lástima. Ahora necesitaríamos una buena fuente policial.

—Entonces busca una. Al fin y al cabo, tú eres la reportera criminalista.

No estaba enfadada. Estaba que se subía por las paredes.

Anna Eiler detestaba que le pisaran el terreno y odiaba sentirse como una tonta. Cuando Klas Hjort entró en la comisaría arrastrando los pies, con los ojos rojos de llorar y las mejillas sonrojadas, para confesar que tenía un lío con la vecina, a ella le habría gustado que se la tragara la tierra. Aquella era su investigación. Ella no cometía este tipo de fallos. Y menos delante de un colega del Departamento de Homicidios.

Patrik Morrelli pidió a Anna que lo acompañara fuera de la sala de interrogatorios, donde Klas Hjort, de forma lenta pero constante, había dado cuenta de una caja entera de pañuelos de papel mientras confesaba la aventura amorosa con horario fijo que había mantenido con su vecina.

—¿No se comprobó su coartada? —preguntó Patrik.

Anna Eiler cerró los ojos.

—Sí. Claro. Estaba en el trabajo. Su jefe nos lo confirmó. Debió de producirse algún fallo en la comunicación.

Lo presionaron con más dureza que en los interrogatorios anteriores. Nunca había pegado a su mujer, aseguró. Adúltero, sí. Violento, no. Además la quería. No sabía a qué se debían los hematomas hallados en el cuerpo de su mujer. Y el sexo con su vecina no significaba nada.

A Anna aquella frase le pareció fascinante. «No significa nada». Cuántos decían lo mismo. Cuántas mujeres se lo creían. Olvidó deliberadamente que ella misma había pasado una y otra vez por una situación semejante. No era como ellas. Las débiles. Las víctimas. Esa era la diferencia.

En ese momento, al encontrarse cara a cara con Klara Hunnevie, Anna odiaba a Julia aún más por el rumbo que había tomado su vida. Podría decirse que todo era por su culpa.

—Ya he dicho todo lo que quería decir —declaró la mujer perfecta que le abrió la puerta.

—¡Y una mierda! —le espetó Anna Eiler entrando en la casa.

Estaba harta de mentiras, cotilleos y palabras vacías.
Las había oído ya demasiadas veces.

MUCHOS AÑOS ANTES

Cierra los ojos y le pide a Dios que le pegue.

Su padre está a dos pasos de ella en la cocina de la calle Göt. Con la cara crispada de odio. Las mejillas rojas. La frente arrugada como suele ocurrir cuando el cerebro le funciona a gran velocidad. Un puño en alto, amenazando con caer sobre su cabeza. El otro tan apretado que puede ver con claridad cómo le bombea la sangre azulada a través de las tres venas visibles en el dorso de su mano. Heridas en los nudillos. Se ha pasado dos días mordiéndoselos, el acceso era de esperar.

«Y a pesar de ello —pensó—, a pesar de ello me quedo igual de sobrecogida cada vez».

Su boca habla como una ametralladora. Las palabras caen como una granizada a tal velocidad que a ella no le da tiempo a entender lo que dice.

—... ¡Eres una hija de puta desagradecida! Una mocosa, eso es lo que eres, tú y los que son como tú.

Su padre cambia de tono. Su voz se eleva en falsete. Perdigones de saliva vuelan de su boca cuando habla. Si ella hubiera estado un poco más cerca, la saliva habría acabado en su mejilla. No sería la primera vez.

De pronto siente una ola de agradecimiento hacia su padre por no escupirle.

—¿Pero es que no me escuchas? ¿Me oyes, hija de puta? Los que son como tú son unos hijos de puta. Ya te voy a enseñar a ti. ¿Quieres que te enseñe? ¿Que te enseñe a tener un poco de vergüenza, cerda asquerosa?

Ella observa sus ojos grises y recuerda una conversación que mantuvo unos días antes en la que, por primera vez, se sinceró con una de sus mejores amigas y le contó que su padre era violento, y que ella solía tener miedo.

—¡Vaya! ¿Y te pega? —le preguntó la amiga.

Ella le contestó que no, y la amiga se encogió de hombros y empezó a hablar de

otra cosa. Pero ella escuchó todo lo que no se dijo después de aquel no.

Que entonces no había ningún motivo para tener miedo.

Que entonces no era tan peligroso.

Que todos los padres se enfadan y gritan a sus hijos a veces.

Que no era tan peligroso vivir con alguien que gritaba un poco.

La amiga no dijo una palabra. Su gesto habló por ella. Y su silencio lo decía todo.

Vuelve a mirar los ojos de su padre. En ese momento está en trance. Trata de recordar qué ha desatado su locura en esta ocasión, pero le resulta imposible, a pesar de que el ataque acaba de empezar. A veces tiene la sensación de que ella podría decir lo que le viniera en gana sin que eso cambiara la situación.

Piensa en ello como si se tratara de una película. La versión que tiene su padre de la realidad. Se imagina una pantalla de cine. Se sienta con una bolsa de palomitas en la mano para ver la realidad tal como la ve su padre. Así quizá pueda comprender qué le pasa.

—Te ríes, ¿eh? ¿Te ríes, mocosa?

No se reía. Ni mucho menos.

—Ya te voy a enseñar yo a que no te rías. Eres como tu madre. Como la zorra de tu madre. Como Bodil la Puta.

Bodil la Puta.

Resuena en su cabeza.

«Bodil la Puta. Bodil la Puta. Bodil la Puta».

¿Por qué dice eso de su madre? ¿Sabe algo que ella no sepa?

Vuelve a pensar en su amiga. ¿Cómo podría explicarle lo que significa no vivir, sino sólo existir? ¿Que cada segundo de cada día ella ha de funcionar como un sismógrafo, dispuesta a detectar los más sutiles cambios?

¿Cómo puede ella explicar el terror donde no hay violencia física?

Que todo es cuestión de matices. Tonos de voz. Ojos en blanco. Una marca blanca en el labio inferior. Unos ojos grises que hacen que el mundo se detenga.

¿Cómo va a explicarle que ella advierte en un nanosegundo que el mundo ha cambiado y que a partir de ese momento puede ocurrir cualquier cosa?

—¡Hay que joderse! ¡Mocosa asquerosa, cría de mierda! Pero ¿qué cojones he hecho yo para tener una hija tan jodidamente asquerosa como tú?

Él la mira. Odio. Asco. Sus ojos irradian un desprecio total.

Ella sabe que él no ha visto nunca nada tan repugnante como lo que ve ahora. A ella.

—¡Es que hay que joderse!

Frunce el ceño. La mira de arriba abajo. Sacude la cabeza.

—Alguien te va a enseñar a ti. Te va a enseñar lo que se hace con las mocosas de mierda como tú. No sabes las ganas que tengo de verlo.

A ella le gustaría que su amiga comprendiera. Que alguien comprendiera. No importa quién. Pero ¿cómo puede ella describir lo que supone escuchar un relato detallado —con sus correspondientes efectos de sonido— que trata de lo zorra que es su madre, de que le pone los cuernos y cabalga con otros hombres? ¿Que tu padre te cuente con todo detalle cómo los cabalga tu madre, moviendo el cuerpo hacia delante y hacia atrás, y cómo grita cuando deja que la penetren otros hombres? ¿Va a describir ella a su madre, delante de otras personas, como su padre se la describe, les va contar cómo folla su madre pidiendo más? Entonces tal vez piensen que su madre es una persona repugnante. Entonces quizá empiecen también a llamarla a ella Bodil la Puta. Y no quiere eso.

¿Cómo va a explicar lo que significa que la machaquen con ese tipo de imágenes mientras intenta desesperadamente engullir la excesiva cantidad de espaguetis con salsa boloñesa que su padre le ha puesto en el plato, sabiendo que no puede levantarse de la mesa antes de terminárselo?

—Y ese maricón al que prefieres como padre antes que a mí. Bengt el Maricón. ¿Sabes que lo llaman así? ¿Que eso dicen en la ciudad a sus espaldas?

No lo sabe. Ella suele llamarlo Bengt. Le ha dicho que ese es su nombre. Bengt. No debe contarle nunca a Bengt lo que dice la gente. Se pondría triste si supiera que todos lo llaman Bengt el Maricón.

—No puede ocultar que es maricón. ¿A ese quieres tener de padre? ¿Es mejor que yo? ¿Es mejor que yo, mocosa? ¿Te gusta Bengt el Maricón?

De nuevo la cara de su amiga.

¿Cómo va a explicarle que por una sola mirada de su padre ella sabe que los próximos minutos, horas, días van a ser una auténtica pesadilla?

Lo que significa dormirse y despertarse con un miedo en el estómago que duele más que cualquier otro dolor físico que ella haya experimentado... ¿Que se ha

pasado toda su vida tratando de evitar esa mirada gris, furiosa y enloquecida antes de que asomara?

—Sois tal para cual. La mocosa, la puta de tu madre y el maricón de Bengt. Vete allí. Lárgate ya, vete a tomar por el culo. No quiero volver a verte jamás.

No sabe cómo podría explicárselo. Por eso decide que su amiga será la primera y la última persona con la que se sincerará.

«No», piensa volviendo a la pregunta de su amiga. No, él no le ha pegado nunca. Y todo apunta a que hoy tampoco lo hará. Ella ya conoce sus retahílas, sus monsergas. Está en la fase final. Si se queda quietecita donde está, no le pegará.

Por eso se queda quieta.

Pero cuando se le pasa el ataque, ella siente de nuevo que habría preferido que le pegara. Ha fantaseado con ello muchas veces. Ha deseado muchas veces que llegara el golpe. ¿Qué sentiría cuando al fin llegara? Una bofetada en la mejilla, quizá. Le asustan sus puños.

Ha visto cómo su madrastra retorció la cara cuando él le daba un puñetazo. Los puñetazos seguro que duelen. Pero una bofetada. Puede sentir la quemazón en su piel. A veces se pega ella sola imaginándose que son las manos de su padre. Dios, cuánto le gustaría que le pegara.

Sólo una vez. Por favor, papá, sólo una vez.

Quizá baste con eso.

Quizá entonces su amiga no se encogerá de hombros.

Quizá entonces ella pueda por fin odiarle.

MARTES, 12 DE ENERO DE 2010

Hacía mucho tiempo que había dejado de llamar con educación.

Ahora aporreaba la puerta. Golpes secos, irritantes.

Julia miró a su alrededor, en la calle Livboj, mientras esperaba a que se abriera la puerta.

Había acabado con las casas que estaban en el mismo lado que la de la familia Hjort. Ahora estaba en la casa de enfrente y advirtió, contrariada, que le faltaba la mitad. Qué trabajo de mierda. Además, no estaban consiguiendo nada.

La brillante idea de que Julia fuera llamando puerta por puerta fue de Lindgren, después de que Ing-Marie y ella descubrieran la infidelidad de Klas.

—Puede que alguien viera algo y en ese momento ni lo pensara. Ahí hay un reportaje. Sólo tienes que ir llamando a las puertas hasta dar con ello. —Esas habían sido las órdenes en la reunión matinal.

Julia pensó que Ing-Marie bien se había librado de estar allí, llamando a las puertas con el culo helado. Cuando se trataba de realizar trabajos de mierda propios de una reportera criminalista siempre había alguna cuestión municipal que de repente se volvía interesante, a pesar de que estaban investigando un asesinato. A veces era como si Ing-Marie se fuera a algún otro sitio absolutamente distinto. No es que a ella le importara. Salvo en ese preciso momento.

—¿Sí?

Julia se estremeció. No había oído ni abrir la puerta.

Supuso que la mujer que le había abierto tendría entre setenta y ochenta años. Parecía despierta, llevaba el pelo gris recogido en un moño bien peinado, aunque con algún rizo rebelde sobre las sienes. Unas gafas estrechas y alargadas con la montura fina y gris enmarcaban sus ojos azules, con unas alegres arrugas que le llegaban hasta las orejas. Una sonrisa que dejaba ver unos dientes pequeños oscurecidos por el paso del tiempo y posiblemente mucho café. Sus mejillas grandes y suaves le recordaron a su abuela. Julia sintió un deseo compulsivo de pellizcárselas.

No lo hizo. Se presentó, y la señora la invitó a pasar.

Anna-Maj Hansson la guio hasta la cocina, donde preparó café y sacó las tazas.

Julia levantó su taza y admiró los capullos de color rosa primorosamente pintados, los pequeños detalles dorados y las elegantes hojas. Su abuela tenía unas tazas iguales.

—Una historia terrible. ¿Cómo es posible que haya ocurrido en esta calle? Uno piensa que semejantes asesinatos sólo ocurren en las grandes ciudades.

Julia asintió.

—Supongo que la policía ya habrá estado aquí y habrá hablado con usted.

—Llamaron a la puerta hace unos días. Me preguntaron si había visto algo raro el día que Elisabeth desapareció. Yo ese día no estuve en casa. Los policías tenían prisa. No se quedaron ni a tomar una taza de café.

Anna-Maj Hansson asintió con un gesto triste mirando las tazas.

Julia sonrió. Entendía a los policías. Se preguntó si habría sido Anna quien había hablado con la mujer.

Miró de soslayo el reloj. A esa anciana le podía conceder un cuarto de hora.

—¿Cómo era Elisabeth?

—Bueno, no se sentía muy bien últimamente. Muy sola. A menudo enfadada... ¿Ya sabes que estaba de baja?

Anna-Maj Hansson continuó hablando sin esperar respuesta.

—Yo apenas la veía en los últimos tiempos. Estaba muy desmejorada, la pobre. Se vestía de cualquier manera e iba con el pelo sin lavar. No se maquillaba. Dejó incluso de saludar cuando salía a tirar la basura. Se aisló totalmente.

—¿Qué tal se llevaba con su familia?

—Los niños daban pena. Parecía que ella sufría cuando salía con ellos fuera y se sentaba a vigilarlos mientras jugaban. No jugaba nunca con ellos. Sólo se sentaba con una taza de café en la mano mirando las musarañas. Los reñía cuando trataban de atraer su atención. Se me partía el alma al ver aquel cuadro. No sé cómo era la relación con su marido. No los veía juntos. Siempre uno de ellos y los niños. Nunca los dos.

Julia tomó otro sorbo.

—¿Y la vecina? ¿Notó algo particular en lo que se refiere a su relación con Klara Hunnevie?

—No, ella iba alguna vez a su casa a tomar un café. Algo menos últimamente. Elisabeth evitaba a todo el mundo, como ya le he dicho. Y luego no sé si pasó algo con su marido que hizo que el contacto disminuyera.

Julia sonrió. Las ciudades pequeñas. Si dos personas se acuestan juntas está claro que los vecinos se enteran, con independencia de lo que crean los protagonistas.

—¿Se refiere a Klas?

Anna-Maj Hansson la miró sorprendida.

—¿Qué? No, a Mats, claro.

Ahora era Julia la que parecía sorprendida. Anna-Maj Hansson, al parecer, no lo advirtió.

—Mats Hunnevie, el marido de Klara. Estuvo en casa de Elisabeth. Sólo una semana antes de que ella desapareciese. Gritó y se enfadó. ¿Qué fue lo que dijo...?

Permanecieron calladas.

—«¡Te vas a arrepentir de esto!» —gritó de repente Anna-Maj Hansson. Miró a Julia y continuó—: Eso fue lo que dijo, y salió dando un portazo. Yo había estado en la tienda y acababa de llegar en ese momento a casa en el transporte municipal para personas mayores. Había pensado pedirle que me ayudara con las bolsas, pero parecía tan enfadado que las metí en casa yo sola. Tuve que hacer tres viajes, ya no tengo tanta fuerza. Iban a venir mis nietos a verme y salí a comprar algo.

—Espere... ¿Salió dando un portazo? ¿De la casa de Elisabeth?

—Sí, exacto. Por eso supuse que a lo mejor había alguna disputa entre ellos y que ese era el motivo de que Elisabeth y Klara hubieran perdido el contacto.

—¿Le contó eso a la policía?

—No. La verdad, no pensé en ello entonces..., y los policías tenían mucha prisa. Esto sucedió una semana antes. Ellos me preguntaron si había visto algo el día que ella desapareció. Y yo entonces no vi nada.

La anciana le volvió a llenar la taza de café a Julia antes de que ella pudiera evitarlo.

—Pero no importa que no les dijera nada. Era Mats. Es un hombre muy bueno. Un ángel. Me corta el césped en verano.

Miró fijamente a Julia y le pareció de inmediato diez años más joven.

—Hija, hágame caso de lo que le digo. Ese hombre es incapaz de matar una mosca.

—Ahora mismo viene.

Julia hizo una leve inclinación de cabeza a la recepcionista y se levantó del incómodo —pero tan moderno...— sofá de piel blanco dispuesto para las visitas.

Después de la visita a Anna-Maj Hansson se sentó en el coche y condujo directamente hasta la factoría de Electrolux en Mariestad. No quería que la anciana tuviera ocasión de informar a su servicial ángel y vecino de lo que le acababa de contar. Quería pillarle desprevenido.

Ahora, mientras esperaba a Mats Hunnevie, dudaba de la sensatez de su decisión. No había que olvidar que él trabajaba montando frigoríficos que se enviaban a todo el mundo. En el peor de los casos, si algo salía mal y él se cabreaba, ella podría verse encerrada en un contenedor de camino hacia alguna dictadura asolada por la guerra al otro lado de la Tierra antes de que alguien notara su ausencia. E Ing-Marie se pondría agria como el vinagre cuando se enterara de que Julia se había adjudicado una entrevista ella sola. No podía contar con que acudiera en su socorro.

Julia ya había empezado a tratar de recordar el francés que aprendió en la escuela para poder decir: «Me han secuestrado» (¿podía ser *J'ai été kidnappée?*), cuando oyó que unos pasos se acercaban.

Levantó la vista y comprendió que era él nada más verlo. Por su complexión se podía deducir que no sólo ayudaba a la vecina con las tareas domésticas, sino que además retiraba la nieve, recogía las hojas secas y cortaba el césped de su propia casa. Julia observó el corpachón de Mats Hunnevie y pensó que también podría dedicarse a partir leña en su tiempo libre. Cuando no arrastraba camiones por la nacional 49. O doblaba barras de hierro delante del televisor.

El musculoso hombre, que ya estaba a sólo unos pasos de ella, tenía sin lugar a dudas la fuerza física necesaria para matar a alguien. Julia esperaba que no tuviera la mental. En ese caso ella estaba en apuros.

Se dieron la mano y Julia forzó una sonrisa zalamera.

—Gracias por acceder a la entrevista. ¿Podemos hablar en algún sitio algo más discreto?

La condujo a una sala de reuniones en el piso superior. Se sentaron junto a una mesa blanca de madera en sillas blancas, de nuevo muy incómodas. Julia se fijó en las paredes blancas, en las cortinas blancas de la ventana, y observó la pizarra blanca, al parecer sin estrenar.

—Se nota que trabajan en la línea blanca —dijo sonriendo.

Él respondió con otra sonrisa.

«Los dientes blancos, también», pensó Julia.

—Bueno, es posible. En realidad no lo sé. En mi mundo todo es blanco y negro.

Él vio la mirada de sorpresa de ella. Otra sonrisa.

—Soy daltónico. Pero ¿supongo que no habrá venido para hablar de la decoración interior de Electrolux? No puedo ausentarme mucho tiempo de la sala de montaje. Me echan de menos enseguida.

Julia había pensado en el coche cómo debería hacerlo. Cuál sería la mejor manera de abordarlo. Pero ahora, sentada allí frente a Mats Hunnevie y con la mirada clavada en sus bíceps, que parecían a punto de reventar la tela de la camiseta en cualquier momento, olvidó toda lógica.

—¿Qué opina de que su mujer esté liada con Klas Hjort?

Él se quedó mirándola. La cara seria. Las mandíbulas apretadas. La tristeza ensombreció sus ojos.

—¿Van a publicar eso? ¿Por qué?

—No. Mejor dicho, no solemos escribir sobre adulterios. A no ser que sea de suma importancia. Pero no parece que este sea el caso. Aunque tengo motivos para preguntar. ¿No?

Mats Hunnevie respiró aliviado. Una respiración prolongada que sonó como un suspiro.

—Lo primero, ella no me es infiel. Me *ha sido* infiel —aclaró él.

Julia estaba a punto de susurrar una disculpa por el erróneo tiempo verbal cuando él agitó la mano.

—Yo entendí muy pronto lo que estaba pasando. Se dice que una mujer lo nota, pero créame, un hombre también. Notas como te evita. Notas que de repente está perdida en sus pensamientos. Que prepara una comida más rica sin motivo aparente y una voz interior te dice que lo hace porque tiene mala conciencia.

La miraba, pero su mirada estaba muy lejos.

—Normalmente cuando uno lee o ve películas sobre infidelidades se dicen cosas como que el infiel, que casi siempre es un tío, envía sms a escondidas o que recibe llamadas raras y se va a otra habitación, donde habla en voz baja. En mi caso no fue así. Todo lo contrario. Ella pasó de tener el móvil en su bolso, lo cuál no era nada raro, a dejarlo de repente a la vista todo el tiempo en los sitios más extraños. Como si quisiera gritar que no guardaba ningún secreto.

»Que no me era i-n-f-i-e-l —siseó Mats.

—¿Cómo se enteró de que su amante era Klas?

—Muy sencillo. Él ya no podía mirarme a los ojos. Dejó de jugar al *floorball* con nosotros. Dejó de venir a las carreras de caballos con el grupo de vecinos. No porque fuera a verse con ella, yo sabía que se veían los lunes porque siempre cambiaba las sábanas entonces, sino porque él se sentía incapaz de seguir saliendo conmigo.

—¿Y no se enfadó?

—Mucho. Quería matarlos.

Se calló. Se mordió el labio superior hasta dejárselo totalmente blanco. Parecía estar reflexionando antes de continuar.

—Eso ha sonado mal, teniendo en cuenta las circunstancias. No quería decir eso. Me sentí humillado, evidentemente. No comprendía en qué estaba fallando yo. Por qué no podía él conformarse con su mujer... Pasé una temporada muy cabreado.

—Y entonces fue a ver a Elisabeth.

Mats Hunnevie se estremeció.

—¿Cómo se ha enterado de eso?

Julia se encogió de hombros.

Él se quedó mirándola antes de seguir.

—Como le he dicho antes, normalmente hay mucho que hacer aquí en el trabajo, pero es cierto que fui a casa de Elisabeth. ¿Cuándo fue? Quizá una o dos semanas antes de que desapareciera. Ese día tuvimos que hacer una reparación urgente en Skövde en la que yo no podía faltar. Así que, mientras los compañeros se tomaban un café después, yo fui a su casa. Sabía que Klara tenía clase y que Klas estaba trabajando.

Se calló.

—Quiero decir que no era lunes.

Mats Hunnevie tragó saliva.

—Bueno, es igual. Llamé a la puerta y nos sentamos a hablar. Estaba hecha una mierda. Desmejorada. Cansada. De mal genio. Le dije que sabía que Klas y Klara estaban liados.

Meneó la cabeza.

—Me esperaba algún tipo de reacción, lágrimas, gritos..., pero no hubo nada. ¿Entiende? Nada. Le pregunté si no se había dado cuenta y me contestó que sí, que lo sabía. Y entonces le dije algo del estilo: «Tenemos que hacer algo. Tenemos que vengarnos». Yo no tenía ni idea de cómo lo íbamos a hacer, pero estaba tan enfadado que quería hacer algo. Y entonces va ella, me mira y dice: «Pero Mats, la culpa es nuestra, evidentemente».

Julia permaneció en silencio. Temiendo que él dejara de hablar si ella abría la boca.

—Le pregunté qué quería decir, y lo volvió a repetir. Que nosotros éramos los culpables. Que si hubiéramos cuidado mejor nuestros matrimonios ni Klara ni Klas se habrían necesitado. Yo me enfadé mucho. Empecé a gritarle que no estaba bien de la cabeza. No paré de gritar hasta que llegué al coche. No sé ni lo que dije, pero algo así como que ellos nos iban a dejar y se iban a largar juntos, y entonces ella se iba a arrepentir de no haber hecho nada. Ella permaneció sentada, y no dijo nada.

Mats Hunnevie se retrepó en la silla. Cerró los ojos y respiró profundamente.

—Me fui a recoger a mis colegas, pero me di cuenta de que no era capaz de conducir. Estaba tan enfadado que me temblaba todo el cuerpo. Aparqué al borde de la carretera y aporreé el volante hasta que me cansé. Luego empecé a pensar en lo que ella había dicho.

Miró a Julia tratando de sonreír.

—¿Y sabe una cosa? Ella tenía razón. Yo no me había ocupado de Klara. Trabajaba mucho, no la escuchaba por las tardes cuando ella me hablaba de sus alumnos difíciles. No le daba las gracias porque hacía la comida y era la que más limpiaba de los dos, aunque ambos trabajábamos a tiempo completo. Así que decidí cambiar, decidí que iba a trabajar para volver a conquistar a Klara.

—¿Cómo reaccionó ella?

—Al principio, se quedó sorprendida. Y luego desapareció Elisabeth y entonces yo creo que Klas dejó de visitarla. O puede que fuera Klara la que rompiera con él. Ojalá que haya sido esto último, aunque no lo creo. De todos modos, nunca hemos hablado de ello, yo creo que Klara ni sabe que yo lo sé.

—Pero...

Su voz cambió. Sonaba más esperanzada.

—Pero ahora parece que los dos estamos trabajando en ello. En salvar nuestro matrimonio. En ayudarnos. Nos hemos dado otra oportunidad y no pienso desaprovecharla.

—¿Entonces usted no le gritó a Elisabeth porque estaba enfadado y quería matarla?

Él se la quedó mirando.

—Pero ¿por qué me pregunta eso? Claro que no quería matarla. Además, tenía razón.

Pronunció en voz baja las últimas palabras:

—Elisabeth salvó mi matrimonio.

VIERNES, 15 DE ENERO DE 2010

Anna Eiler se caló la gorra hasta las orejas. Era la tercera tarde seguida que se perdía en aquella calle, cuando en realidad tenía cosas bastante más interesantes a las que dedicarse.

No le quedaba más remedio. Tras el fallo con Klas Hjort no pensaba dejar nada al azar o en manos de sus incompetentes colegas.

Hasta ahora lo de ir llamando puerta por puerta había sido un fracaso. Si había ocurrido algo en el número 2 de la calle Livboj, los vecinos parecían ignorarlo totalmente. Ya sólo le quedaba una casa en la lista, la casa de madera pintada de azul al otro lado de la calle, justo enfrente de la casa de los Hjort.

De pronto, al abrirse la puerta, le sonrieron unos amables ojos azules.

—Seguro que tiene frío, hija. Pase, pase.

Anna Eiler sopesó aleccionar primero a la señora para que no se fiara de los extraños y pidiera siempre la placa a la policía, pero el frío hizo que prefiriera obedecerla y entrar.

Anna-Maj Hansson y Anna Eiler se presentaron. Anna-Maj la invitó a tomar café. Anna aceptó. Sólo de pensar en aquella bebida negra y caliente su cuerpo congelado quiso dar saltos de alegría.

La porcelana tintineó en el armario cuando Anna-Maj Hansson sacó dos bonitas tazas. El aroma de la cafetera de émbolo era delicioso. Le encantaba el café filtrado.

—Sé que mis colegas ya han estado aquí preguntándole, pero de todos modos quería interrogarle otra vez para asegurarme de que no se nos escapa nada. ¿Recuerda ahora algo que pasara el día que Elisabeth desapareció?

Anna-Maj Hansson negó con la cabeza.

—Lo siento, hija, pero no estuve en casa ese día.

Anna sonrió, quitándole importancia.

—Entiendo. No importa. Hay otra cosa que me pregunto. Parece que Elisabeth tenía un par de hematomas en el cuerpo cuando murió. Me pregunto... ¿notó algo alguna vez? ¿Hematomas extraños?

Anna-Maj permaneció en silencio un largo rato. Abrió la boca como para decir algo, pero la volvió a cerrar. El gesto no le pasó desapercibido a Anna.

—¿En qué estaba pensando, Anna-Maj?

—Bueno, ahora que lo dice... Elisabeth no solía tener cardenales, pero pasé por su casa unos días antes de que desapareciera. Para pedirle unos huevos. Iba a preparar mi bizcocho preferido, porque la chica que me hace la limpieza una vez a la semana, tengo eso que llaman «ayuda en el hogar» los domingos, bueno, pues iba a venir y quería invitarla a tomar café...

—¿Y qué pasó entonces?

—Sí, llamé a la puerta, como ya he dicho no la había visto mucho últimamente. Ese día abrió ella la puerta y, ahora que lo dice, tenía cardenales por el cuerpo. Sí, sí, claro que los tenía. Y además eran grandes.

Los misteriosos hematomas que el Instituto Nacional de Ciencias Forenses había observado. Anna tomó un sorbo de café para tranquilizarse. No quería parecer demasiado impaciente, eso podía espantar la memoria de la mujer.

—Vaya, ¿se había caído?

Anna-Maj se revolvió.

—Sí, eso fue lo que me dijo Elisabeth cuando yo le pregunté. Estaba casi desnuda, sólo llevaba encima una camiseta de esas ligeras, en pleno otoño, pero como no salía nunca pues puede que no tuviera frío, ya sabe, los jóvenes de ahora no llevan mucha ropa encima...

—¿Y qué le contestó cuando le preguntó usted?

Anna habló de una forma demasiado impetuosa. Y advirtió que Anna-Maj se estremecía. Entonces se apresuró a poner su mano encima de la mano de la señora.

—Seguro que no es nada, como ha dicho, pero es bueno ir sobre seguro. Puede contármelo. No le va a pasar nada.

Anna-Maj Hansson tomó un sorbito de café.

—Me dijo que se había caído por la escalera.

—¿No la creyó?

Anna-Maj se retorció en la silla. Miró nerviosa a la agente sentada a su mesa.

—Viven en una casa de una sola planta. No tienen ninguna escalera.

Anna Eiler resopló. Se tomó el resto del café, dio las gracias y se apresuró a salir. Cruzó la calle hasta la casa de enfrente y empezó a aporrear la puerta y tocar el timbre. Pasados unos minutos sacó el móvil. Él contestó a la segunda señal.

—Estoy en la puerta de su casa y quiero hablar con usted inmediatamente. ¿Dónde está?

Klas Hjort parecía sorprendido.

—Los niños y yo hemos salido un par de días. Sus abuelos maternos querían verles. Volvemos el domingo.

—El lunes por la mañana a las nueve preséntese en la comisaría. Es una orden.

Anna Eiler cortó la conversación y envió un sms a Patrik Morrelli. Sintió que el corazón le latía cada vez más deprisa. La escalera. ¿Había utilizado Elisabeth realmente esa excusa? Que se había caído por la escalera...

Las mujeres no se caen por las escaleras.

Anna odiaba a los hombres que odiaban a las mujeres. Casi tanto como odiaba a las mujeres que los amaban. Casi tanto como se odiaba a sí misma.

MUCHOS AÑOS ANTES

La fiebre se ha adueñado de su cuerpo y está tiritando.

Oye a su madre ahí fuera. Está limpiando la cocina y viene a su habitación con frecuencia, le pone la mano en la frente, le acaricia la mejilla.

Su padre no está en casa. Su trabajo de instalador de moquetas le ha llevado a Helsingborg.

No tiene fuerzas para comer ni para beber. Se siente mareada y procura alejar la niebla de la fiebre durmiendo.

Después de unas horas le despierta el crujido de la cama. Gira la cabeza embotada y ve a su padre sentado al pie de la cama. Su padre, que no podía venir a casa hasta el fin de semana.

Él le sonrío.

—¿Estás enferma, mi pequeña Linja?

Linja.

A veces él la llama así. Cuando está contento. Entonces ella es la Linja de papá. No sabe de dónde viene ese apodo, pero le gusta.

—¿Estás en casa? —le pregunta con la voz seca y ronca.

Él vuelve a sonreír.

—Me llamó mamá y me dijo que estabas enferma. Me dio tanta pena que vine a verte y te compré esto.

Le acerca una cesta. Es de mimbre trenzado pintado de blanco. En la cesta hay un tiesto con un rosal pequeñito en flor. Los diminutos capullos son de color rosa. Su color favorito.

Es el regalo más bonito que le han hecho en su vida.

Su padre coloca el rosal en la mesilla. Después la arropa y sale de la habitación. Ella lo oye hablar con su madre en la cocina y piensa en el viaje tan largo que ha hecho para verla.

No sabe exactamente a qué distancia se halla Helsingborg, pero está segura de que se encuentra muy lejos. Se imagina que su padre tendrá que conducir toda la

noche para estar de vuelta en Helsingborg al día siguiente por la mañana. Pero lo hace con agrado. Para ver a su Linja.

Mira el rosal.

Él la quiere.

Ella es la pequeña Linja de papá.

Se duerme con la cabeza llena de imágenes del padre más bueno del mundo, que la quiere más que a nada.

SÁBADO, 16 DE ENERO DE 2010

Me despertó mi propio llanto. Me presioné las sienes con los dedos tratando de expulsar las imágenes de mi cabeza.

No soportaba más recuerdos. Me volvían loca.

Tener las imágenes de mi hermano con la cabeza rota, cada vez más fijas en mi mente, ya era suficientemente doloroso. Pero esas imágenes despertaban al mismo tiempo mi nuevo odio, que me llenaba de ardor y me daba fuerzas para continuar.

Pero soñar con las pocas ocasiones en que él había sido realmente normal, en que Valdemar había sido mi padre...

Eso era una tortura, pura tortura.

Intenté explicárselo una vez a mi novio cuando masculló algo así como que yo debería haber roto el contacto con Valdemar hacía mucho tiempo. Entonces eché mano de uno de los dos o tres recuerdos buenos que conservaba de Valdemar, como para demostrarle que era un padre estupendo. A veces. De cuando en cuando.

Mi novio escuchó la anécdota y me miró con tristeza.

—¿Recuerdas dos ocasiones similares? ¿En las que haya sido bueno?

No esperó a mi respuesta.

—Yo tengo dos recuerdos semejantes de mi padre..., de cada día que pasamos juntos. Dos al día. No dos de toda una infancia. Que una persona te trate como a una mierda novecientos noventa y nueve días de mil y luego sea buena el último...

Sonrió un poco al mirarme. Pero sus ojos azules no brillaban como solían hacerlo cuando sonreía.

—Eso no está bien, cariño. No tiene que ser así. Eso hace que sea aún peor.

Lancé una mirada al cuaderno de las magdalenas, pero fui consciente de que tenía que echar mano de la artillería pesada. Levanté el teléfono e hice una llamada.

—Soy yo. ¿Puedo ir?

Tres minutos después estaba en la puerta.

Mi madre había sacado sus tazas de Filippa K, decoradas en blanco y negro. Humeaban. Reconocí inmediatamente el fuerte aroma del café de mamá recién hecho en la cafetera de émbolo y me senté a la mesa.

Me incliné hacia delante y olí el plato con cuatro bollos. Sabía que eran congelados, sacados apenas unos minutos antes de que yo llamara a la puerta.

—¿O prefieres un desayuno, hija?

Respondí con una sonrisa negando con la cabeza.

Miré a mi madre, y me admiraba que siempre tuviera bollos hechos. ¿Cuándo los hacía?

No podía recordar haber visto a mi madre haciendo bollos ni una sola vez en los últimos veinte años, y sin embargo siempre estaban allí cuando más se necesitaban. Esos bollos caseros con una deliciosa mezcla de mantequilla, azúcar y canela tan profundamente relacionados con mi madre.

—¿Qué pasa?

Me quedé mirándola.

«Qué guapa eres», pensé.

Mi madre era todo lo que yo no era. Tenía algo que yo no tenía.

Una alegría, facilidad para relacionarse con los demás, fuerza interior. Eso que la gente, para expresarlo con sencillez y a falta de una buena palabra, llama «algo especial».

Mi madre ahora nunca se sentía insegura al entrar en una sala.

Mi madre entraba y la llenaba con su presencia.

Mientras que yo, si pudiera elegir, preferiría quedarme fuera.

Noté que ponía su mano sobre la mía. Levanté la vista y me encontré con sus cálidos ojos castaños esperando a que yo dijera algo. Quería contarle lo que le había pasado a mi hermano pequeño. Pero mi madre, que hacía mucho tiempo que se había librado de las garras de mi padre, lo denunciaría y con ello daría al traste con mis planes. Me aclaré la voz.

—Mamá. Sé que esto va a sonar raro. Pero me gustaría saber qué pasó cuando

papá te pegó por primera vez.

Mi madre se estremeció. Siempre se estremecía cuando se mencionaba a Valdemar.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—Bueno...

¿Por qué le hacía tanto daño a mi madre? Quise levantarme y salir; sin embargo, respiré profundamente y continué:

—Bueno. Hace tiempo que no hablo con él. Y me parece que es muy agradable no tener nada que ver con él. Pero pronto será su cumpleaños y sé que pensaré en llamarlo, como de costumbre. Quizá suene terrible, pero me gustaría saber un poco más de cómo lo pasaste cuando vivíais juntos, cómo era, para tenerlo en la memoria y así evitar llamarlo.

Mi madre me miró. Era evidente que sufría y comprendí que analizaba qué alternativas tenía. O abría su corazón y rebuscaba unos recuerdos que le había costado décadas enterrar o se negaba a ayudar a su hija a liberarse de aquel hombre del que ella había huido muchos años antes.

Enseguida se decidió.

—La primera vez —dijo apoyándose en el respaldo de la silla antes de empezar a hablar— fue a finales de un verano. Estábamos recién casados, yo estaba embarazada y fuimos a Bengtstorp a visitar a mis padres. Mis hermanos entonces tenían un amigo que se llamaba Benke. Siempre había estado por casa cuando yo era joven, así que para mí era también como un hermano mayor.

Bodil se encogió mientras hablaba. Seguro que ella no era consciente de ello, pero para mí, acostumbrada a ver a mi madre con la espalda bien recta, era evidente que los recuerdos le hacían mella. Me arrepentía de haberle preguntado.

—No fue más que una broma. Benke se burló de lo grandes que yo tenía los pies, como solían hacer Hasse, Lefte y Stig.

Mi madre avanzaba a tientas. Parecía que buscaba la palabra correcta.

—Para mí no tenía la menor importancia que fuera él quien hiciera la broma y no uno de mis hermanos.

Miré a mi madre y sentí cómo se me erizaba el pelo de la nuca. Estábamos allí, décadas después, y todavía se disculpaba.

—Yo fui y lo pellizqué.

Mi madre se levantó y dio la vuelta a la mesa.

—Así.

Se puso detrás de mí y me cogió por las clavículas y apretó con suavidad.

—Así fue cómo lo pellizqué. No era más que una broma. Él se había burlado de

mí, y yo tenía que desquitarme.

Me contó que antes de acostarse tuvo necesidad de ir al baño y salió a los aseos que sus padres tenían fuera de la casa. Salió descalza, paseando por el césped húmedo de verano y disfrutando de la fragancia del seto de frambuesos que había a la izquierda de la casa, antes de entrar.

Yo la escuchaba, vi ante mí el pequeño habitáculo con las tres tazas unas al lado de las otras, y recordé cuántas veces había hecho mis necesidades en alguna de ellas. De niña, sentada allí, solía mirar los cuadros que colgaban de las paredes. Los había pintado mi madre. Siempre eran ratones.

Ratones royendo grandes quesos.

Ratones que viajaban en barco sobre grandes quesos.

Ratones que conducían grandes coches de queso.

Los ratones de mi madre eran muy bonitos.

—Estaba allí dentro haciendo pis cuando entró tu padre y cerró la puerta. No sé ni cómo empezó, pero lo primero que recuerdo es que me dio un puñetazo en la cara. «Me engañas, guarra asquerosa», dijo.

Mi madre no apartó la mirada de mí al hablar.

—Me golpeó una y otra vez. En esa ocasión no tomó precauciones. Al principio me golpeaba en la cara sin miramientos. Luego aprendió.

Guardó silencio, cerró los ojos, lo revivió. Bajo los párpados cerrados de mi madre asomó una lágrima solitaria. Fue creciendo en el lagrimal y cuando resbaló finalmente por la mejilla estaba teñida del color negro de su lápiz de ojos y su rímel.

—Perdón, mamá. Podemos dejarlo.

Ella negó con la cabeza.

Era demasiado tarde para dejarlo.

—Había tres palabras que repetía constantemente. Que yo era una perra, una guarra y una puta. Esas tres palabras. Había coqueteado con otros tíos delante de él, decía.

Se tapó la cara con las manos. Se palpó las mejillas como para comprobar que aún seguían ahí. Que las conservaba todavía enteras.

—Pasado un tiempo empezó a centrarse en el estómago. Me preguntó si el hijo que llevaba dentro era suyo... y entonces me pegó. Puñetazos directos al ombligo. Por los dos lados. Desde abajo. Alrededor de todo el vientre.

Se puso una mano en el vientre. Sin darse cuenta. Estaba allí sentada con la mano en el vientre, mirándome de frente, con la mirada arrasada de lágrimas, dejando que las palabras fueran saliendo solas.

—«Voy a matar a ese hijo de puta».

Hablaba en voz baja.

—Eso decía. Cuando me golpeaba. «Voy a matar a ese hijo de puta».

Tenía las mejillas llenas de rímel.

—Estaba en el sexto mes del embarazo de tu hermano. Estaba segura de que Valdemar iba a matarlo.

Me contó que mi padre al final se cansó de pegarle, pero que ella para entonces ya no podía ponerse en pie. Se arrastró a cuatro patas por la hierba para volver a la casa.

—Me pasé toda la noche mordiendo una almohada para no gritar en voz alta. Para no aullar de dolor. Me dolía tanto que no podía moverme.

Volvió a mirarme. Suspiró. Esbozó una sonrisa.

—¿Sabes qué fue lo más demencial? Lo único en que pensé aquella noche fue en un terreno que yo tenía en Funäsdalen puesto a mi nombre. Que no podía separarme porque no habíamos firmado la separación de bienes. Que él se iba a quedar con el terreno que pertenecía a mi familia si yo me separaba de él.

Meneó la cabeza.

—Parece tan absurdo al decirlo ahora en voz alta... Pero fue cuanto pude pensar entonces. Me había hecho tanto daño... Tenía diecinueve años y carecía de seguridad en mí misma. No quería que me quitara también el terreno que poseía.

A la mañana siguiente, me contó mi madre, él se mostró profundamente arrepentido. Acarició el vientre que la noche anterior había cosido a puñetazos. Le susurró al bebé, que había dejado de moverse, que todo se iba a arreglar. Mi madre me contó que había mirado a los ojos grises de mi padre y que percibió arrepentimiento en ellos.

Y después los dos rompieron a llorar de alegría cuando por fin ella sintió una patada dentro del vientre. Ella confió en Valdemar cuando él le prometió que jamás volvería a hacerlo. Mi madre se prometió a sí misma abandonarle si él no cumplía su promesa.

—Cuando han pasado ya tantos años es difícil explicar por qué se queda una. Todo parece una locura al tratar de ponerlo en palabras. Pero entonces...

Parecía estar pensando cómo iba a continuar.

—Has de saber que cuando llega el primer golpe una está ya tan hundida que es demasiado tarde. Piensas que no te mereces otra cosa. Una ha recibido ya tantos insultos que casi parece lógico que llegue la violencia física. No pegan hasta que saben que estás fuera de toda salvación.

Volvió a llevarse las manos a las mejillas. Una palma en cada una. Abrió la boca y se acarició las tersas mejillas. Apretó ligeramente sobre ellas los dedos índices.

—Tendrías que haber visto...

Sacudió la cabeza.

—Dios mío, cómo estaba aquello. Encontré sangre en las paredes de aquellos aseos varios años después, aunque la fregué aquella misma noche y limpié todo lo que vi. Manchas pequeñas que yo sabía que estaban allí desde entonces. Y yo...

¡Cómo quedé yo! Mi cara. La tenía totalmente hinchada. Con hematomas por todas partes. Dije que me había caído por la escalera que iba del piso superior al de abajo, donde dormíamos Valdemar y yo.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Lo sé. ¿Has oído qué tontería? La típica excusa, como en las películas malas. Pero eso fue lo que dije. Que me había caído por la escalera. Fue lo primero que se me ocurrió.

Después se le llenaron los ojos de lágrimas otra vez.

—Y mi padre..., mi querido padre. No lo sospeché. Se sintió culpable cuando dije que me había caído. La escalera la había hecho él. Él había construido toda la casa. Salió a comprar cinta antideslizante y se pasó todo el día pegándola. Pegó cinta antideslizante en todos los peldaños de la escalera. Sentía que me hubiera hecho tanto daño en su casa.

La imagen del abuelo con un rollo de cinta adhesiva antideslizante en la mano fue demasiado para las dos. Permanecimos un rato en silencio pensando en aquel hombre mayor pegando la cinta en cada peldaño de su escalera.

—Si alguien hubiera hecho algo... Bueno, mis padres eran ya mayores. Tenían más de sesenta años. Estoy segura de que estaban dormidos. Pero aún me lo pregunto. Mis tres hermanos y Benke estaban allí dentro. Los cuatro. ¿No me oyeron? Con lo que grité y aullé dentro de aquella letrina, a tan sólo noventa metros de la casa. ¿Con el ruido que él hacía mientras me cosía a puñetazos? ¿No lo oyeron? Lo he pensado mil veces. Con todas las veces que me pegó, ¿realmente nadie oyó nada? Vieron qué aspecto tenía yo. Deberían haberlo comprendido. ¿Por qué no me preguntaron? La gente se acercaba a mí después, cuando ya lo había abandonado, y me decía cosas como que ya se habían imaginado que Valdemar tenía algún problema. Esas gilipolleces.

Me miró de frente.

—Me habría gustado gritarles: «¿Y si lo sabías por qué no hiciste nada?» Me habría gustado preguntarlo muchas veces. Si alguien hubiera hecho algo...

Seguí a mi madre con la mirada cuando se levantó para cortar un trozo de papel de cocina.

«Alguien lo va a hacer, mamá», pensé yo.

«Nadie te ayudó. Nadie me ayudó. Nadie ayudó a mi hermano mayor. Pero ahora alguien va a hacer algo. Yo ayudaré a mi hermano pequeño y a Lilleman. Ellos se librarán de lo que nosotros hemos tenido que soportar. ¿Te sentirás entonces orgullosa de mí, mamá?»

Mi madre se sonó y volvió a su silla.

—Pero ya no importa. Y tampoco estoy segura de que lo hubiera dejado si realmente alguien hubiera reaccionado. Me habría matado si lo hubiera hecho. Es

muy fácil decir que lo que hay que hacer es marcharse, pero eso no funciona así exactamente. Sientes un miedo tan terrible y todos los insultos que has oído sobre ti misma hacen no sólo que lo creas, sino que estés convencida de que no te mereces más.

Tragó.

—Me decía que valía la pena ir a la cárcel con tal de matarme.

Mi madre calló. Asintió de manera casi imperceptible.

—Me mataría. Nunca tuve la menor duda. Ni por un segundo. Hubo una vez que..., entonces no me pegó, entonces fue sólo una bofetada.

Iba a abrir la boca para decir que una bofetada también es pegar, pero lo dejé pasar.

Mi madre continuó hablando.

—Estaba acurrucada en el suelo, contra la pared, y él estaba hablando encima de mí. Estaba completamente tranquilo. Hablaba del piso en el que vivíamos entonces. Era al principio de nuestro matrimonio, cuando vivíamos en Mariestad. «¿Sabes que han asesinado a una persona aquí?», me dijo. Y entonces me contó que el hombre que vivía allí antes que nosotros había matado a su mujer con una plancha.

Bajó la mirada a la mesa.

—Comprendí muy bien que aquella conversación, en realidad, se refería a nosotros. Era su manera de contar lo que pasaría si lo dejaba. Después lo repitió muchas veces sin rodeos. Más tarde hablaba de que valdría la pena que lo encarcelaran con tal de matarme. Yo era una puta que no tenía derecho a vivir. Eso lo decía a menudo. Pero fue esa vez la que se me quedó grabada. La manera en que lo dijo. Parecía disfrutar al hablar de aquella plancha.

Mi madre sonrió.

—Tu padre es un maldito loco. De eso estoy segura.

No contesté. Pensé en mi hermano pequeño. En que mi padre entonces también había dicho que valía la pena hacerlo.

Me estremecí. Vi ante mis ojos una lápida funeraria, pero no pude distinguir el nombre que estaba grabado en ella, de quién se encontraba debajo de ella. No era mi padre. Él mataría pronto a alguien.

Yo lo sabía.

Lo presentía.

Iba a evitarlo.

Recordé el heroico toque de clarín que sonó en mi cabeza de niña cuando llamé a la policía para denunciar a mi padre después de que maltratara a mi madrastra. ¡Tararí!, ¡tararí! Ahora no lo oía. En esta ocasión no era una heroína. Sencillamente no tenía elección.

La voz de mi madre interrumpió mis reflexiones:

—¿Sabes? Ciertas cosas no desaparecen. Hay dos cosas a las que yo llamo tics, o como quieras llamarlo, que conservo después de tantos años con tu padre. Siempre cierro la puerta por dentro cuando voy al cuarto de baño y no soporto ver películas de boxeo.

Se calló. Volvió a mirarme.

—Siempre solía pegarme en el cuarto de baño. No sé por qué, pero casi siempre entraba en el cuarto de baño cuando yo estaba allí. Se sentaba en el borde de la bañera mientras yo hacía pis, o en la taza cuando me estaba cepillando los dientes. Siempre tenía que controlar todo y a todos, no podía estar tranquila ni siquiera en el baño.

Durante un segundo escaso pareció que casi le hacía gracia.

—Ahora, incluso cuando estoy sola en casa, me cierro por dentro. Tengo que cerrar la puerta para poder relajarme. Si no, no puedo hacer pis.

Tragó saliva.

—Y cuando hay boxeo en la tele, la apago inmediatamente porque veo delante de mí la cara de Valdemar. Su semblante al golpear. La mirada de sus ojos. Siento el golpe en el mismo instante que oigo el ruido en la tele. Ya sabes..., cuando el puño golpea contra la cabeza. Sé exactamente lo que se siente.

Miró a través de la ventana.

—Han pasado ya muchos años desde que me separé de él, pero una parte de mí aún tiene miedo de que venga aquí a terminar lo que empezó. Dijo tantas veces que me iba a matar que no me sorprendería que estuviera esperándome aquí alguna noche.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Estoy convencida de que las dos nos imaginábamos a un Valdemar hecho pedazos.

Entonces volví a oír aquel ruido. El que me había perseguido durante tantos años.

—¿Puedo preguntarte una cosa más? ¿Te quedan fuerzas para hablar?

Asintió con un gesto casi imperceptible.

—Recuerdo una vez que te estaba pegando en el cuarto de baño de Götene, justo antes de que te marcharas. Sonaba muy raro.

Intenté reproducir el sonido.

—¡Clonc! ¡Clonc! ¡Clonc!

Mi madre resopló. Se llevó la mano a la boca.

—¿Lo oíste?

Yo bajé la mirada y la dirigí a la mesa. Asentí, pero no fui capaz de mirar a mi madre a los ojos. Las palabras llegaban como un susurro.

—Antes has dicho que te preguntabas si nadie oyó nunca nada. Yo sí. Pero no me atreví a hacer nada.

Oí cómo mi madre tragaba antes de empezar a hablar.

—Me levantaba y me dejaba caer en la bañera. Una y otra vez. Me cogía. Me levantaba y me dejaba caer. Eso era lo que sonaba. Mi cuerpo contra la bañera. Entonces ya no oponía resistencia. Sabía que no servía de nada. Así que me acurrucaba cuanto podía y cuando él me levantaba yo era como una pelota, para protegerme cuando me soltaba.

Me pasé las manos por las mejillas para contener las lágrimas. No querían dejar de salir.

—Perdón —susurré de nuevo.

Mi madre se levantó. Dio la vuelta a la mesa y se puso de rodillas delante de mi silla. Me abrazó con fuerza.

—Pero, pequeña, tú eras una niña. ¿Qué podías hacer?

Matarlo, mamá.

Lo hubiera matado.

Sollozaba. Mi llanto era tan violento que no podía apenas respirar. Tuve que hacer esfuerzos para coger aire.

Mi madre siguió abrazándome hasta que se me pasó. Cuando por fin se levantó su chaqueta de punto azul estaba llena de lágrimas y de mocos. Ella le restó importancia haciendo un gesto con la mano antes de que yo pudiera decir algo.

—Sé lo que vas a decir. Te conozco. No pienses siquiera en la chaqueta. ¿De acuerdo? No pienses en ella.

Se sentó.

—He tenido mala conciencia por lo que te ocurrió en el cuarto de baño durante veinte años —dije finalmente.

Mi madre volvió a esbozar una sonrisa triste.

—¿Vamos a hablar de mala conciencia?

La sonrisa murió. Respiró profundamente.

—Faltaban unos días para tu bautizo. Él estaba enfadado y me dio una paliza. Ya no recuerdo ni siquiera el motivo. Pero aquella vez le planté cara. Yo me enfadé también y le grité que parase. Le recordé la vez que me pegó estando embarazada de tu hermano y le dije que sólo fue una cuestión de suerte que no hubiese matado a su propio hijo o le hubiese causado graves lesiones. Y después le dije que no estaba bien de la cabeza, que pegar a su propia esposa era de locos.

Se echó a reír.

—Se volvió completamente loco, naturalmente. Cómo se lanzó sobre mí entonces...

Sacudió la cabeza como para quitarse aquel recuerdo de la mente.

—Aguanté los golpes un rato, pero al final sentía que mi cuerpo no podía más. Que no podía soportarlo mucho más.

Se le quebró la voz.

—Corrí hasta tu habitación. Él vino detrás de mí y yo me acerqué corriendo a ti y te levanté. Te coloqué delante de él con la esperanza de que no me pegara si te tenía en brazos.

Mi madre se quedó primero totalmente quieta mirándome. Después le empezaron a temblar los hombros al mismo ritmo al que le caían las lágrimas.

—Ahí... Ahí podemos hablar de mala conciencia. Utilizar a mi hija recién nacida como escudo humano.

No me atrevía casi a preguntar. Miré en silencio a mi madre hasta que no pude contenerme más:

—¿Dejó de pegarte entonces?

Susurré las palabras.

—Mamá, ¿dejó de pegarte?

Mi madre asintió. Aún le temblaban los hombros. Aquel llanto desesperado era el más intenso que yo había oído en mi vida. Asentía. Lloraba. Hacía esfuerzos para coger aire. Temblaba. Sollozaba. Asentía. Lloraba.

—Mi idea funcionó. Él me miró. Te miró, y luego dio media vuelta y salió de la habitación.

Se mordió los labios. Esperó a tranquilizarse un poco antes de mirarme a los ojos.

—Pero nunca me he perdonado a mí misma lo que hice.

»Te habría matado de un solo golpe.

LUNES, 18 DE ENERO DE 2010

Olía a su loción para después del afeitado.

Últimamente no se necesitaba mucho para irritar a Anna Eiler, y precisamente esa loción la molestaba sobremanera. El tipo había follado con otra mujer. Le había dado una paliza a su esposa y después probablemente la había matado. Y ahora estaba allí delante de ella, y se había puesto loción.

Anna miró fijamente a Klas Hjort. «¿A quién coño tratas de impresionar?», pensó. No lo dijo. No dijo nada. Dejó tiempo para que él confesara. Para tranquilizarse a sí misma. Para que Patrik Morrelli entrara en la sala; el tren X2000 procedente de Estocolmo, donde Patrik había pasado el fin de semana, naturalmente llegaba con retraso ese día, y Anna quería que alguien, quien fuera, salvara la situación.

Una cosa estaba clara de todas formas. Ese no iba a ser Klas Hjort.

El hombre rubio de cabello rizado, vestido con pantalones chinos y camisa de rayas, permanecía sentado al otro lado de la mesa, esperando. El silencio de un campo...

—¿Sabe cuántas denuncias relacionadas con la violencia machista recibe la policía todos los años?

—Yo no pegué a Elisabeth.

—Veinte mil. ¿Sabe cuántas llegan a los tribunales?

—Ya lo he repetido varias veces. Yo no pegué a Elisabeth. ¿Por qué no me cree?

—Dos mil.

Anna Eiler sacudió ostensiblemente la cabeza.

—Dos mil de veinte mil. Sólo el diez por ciento. Y luego están los casos no denunciados.

—No me escucha. Yo No Pegué A Elisabeth.

—¿Sabe que el año pasado la Oficina Nacional para las Víctimas del Crimen realizó un estudio por encargo del Gobierno según el cual el cuarenta y seis por ciento de las mujeres preguntadas, de entre dieciocho y sesenta y cinco años, manifestaban que habían sufrido violencia de algún hombre después de cumplir los

quince años? ¿Sabe cuántas de ellas habían sido víctimas de malos tratos por parte de un hombre al que conocían, con el que incluso convivían?

En esta ocasión, él ni se molestó en contestar.

—El ochenta por ciento, Klas. El ochenta por ciento de esas mujeres habían sufrido la violencia física de un hombre al que conocían. Un hombre en el cual confiaban.

—Eso es terrible.

Sus ojos lanzaron chispas.

—Klas, en la vida de todas las personas llega un momento en que la situación cambia. En que surge algo, aparece algo nuevo. Se encuentra en ese momento, Klas.

Él dijo con voz lastimera:

—No sé qué decir. Yo no pegué nunca a Elisabeth. La quería.

Se abrió la puerta y entró Patrik Morrelli. Saludó a Anna con una ligera inclinación de cabeza, dio la mano a Klas y se sentó a la derecha de su colega. Todo sin decir una palabra.

—¿Sabe cuál es la excusa más frecuente que da una mujer cuando sufre un maltrato físico? Que se ha caído por la escalera. Su mujer tenía hematomas. Y cuando le preguntaron dijo que se había caído por la escalera.

—¿Y?

Anna Eiler esbozó una sonrisa desdeñosa.

—¿Y? Klas, en su casa no hay ninguna escalera. ¿Puede contarnos cómo se hizo realmente esas lesiones?

Klas Hjort vaciló. Un microsegundo más de lo debido. Anna estaba a punto de iniciar un nuevo ataque cuando Patrik Morrelli abrió la boca.

—No debe tener miedo, Klas. Sabemos que no quería hacerle daño.

Anna lo miró estupefacta. ¿Qué estaba haciendo?

—Sólo trató de detenerla, ¿no es así?

Dos segundos. Dos segundos llevaba este tipo en la sala y ya estaba tomando el mando. Incordiando. Maldito urbanita.

Anna estaba a punto de abrir la boca para recuperar la iniciativa cuando la sala se llenó de sollozos alternados con profundos resuellos. Levantó la vista y vio a Klas sacudido por el llanto y asintiendo al mismo tiempo.

—E... E... Ella le estaba pegando.

Patrik Morrelli asentía también lentamente.

—Y usted, Klas, sólo quería protegerlo. Lo comprendemos. Cuéntenos qué pasó realmente.

Le dejaron que terminara de llorar. Klas, sentado allí, delante de ellos, al otro lado de la mesa, mantuvo una conversación consigo mismo delante de sus ojos. Presenciaron sus sacudidas de cabeza una y otra vez. Pero de repente el hombre se

tranquilizó, dirigió la mirada a Patrik Morrelli y empezó a hablar.

Västgöta-Nytt, página 7, miércoles, 20 de enero de 2010

La policía no tiene ninguna pista

DE ING-MARIE ANDERSSON

La policía ignora dónde buscar al asesino de Elisabeth Hjort. Setenta días después de su desaparición, aún no hay ningún sospechoso.

«Mantenemos todas las líneas de investigación abiertas», ha declarado el jefe de la investigación, Ulf Karlkvist, al *Västgöta-Nytt*.

Elisabeth Hjort, de 34 años y madre de dos hijos, fue vista por última vez la mañana del día 2 de noviembre del pasado año. Desde entonces la mujer estuvo desaparecida hasta que su cuerpo apareció en enero en las aguas heladas del lago Simsjön.

Buscan a ciegas

El Laboratorio Nacional de Investigaciones Criminológicas pudo confirmar enseguida que la mujer había sido asesinada; pero, a pesar de la gran cantidad de interrogatorios y registros, la policía, a día de hoy, setenta días después de su desaparición, no tiene ningún sospechoso.

«No va bien, aún no hemos encontrado ninguna pista que nos permita avanzar en la investigación. Mantenemos todas las líneas de investigación abiertas, pero al mismo tiempo parece que nos encontramos en la casilla de salida», ha comentado el resignado comisario Ulf Karlkvist.

Muchas mentiras

Este periódico puede revelar en exclusiva que varias personas del entorno de la mujer han presentado coartadas que posteriormente se han demostrado falsas. Pero, a pesar de ello, ninguno es sospechoso de haber perpetrado el espantoso crimen.

«En nuestra opinión, estas personas han tenido otros motivos para no decir la verdad. Pero no voy a ahondar en el tema», ha afirmado Ulf Karlkvist.

Investigación secreta

«Ahora estamos analizando cómo vamos a continuar con esto. Estamos adoptando ciertas medidas, pero por razones técnicas de la investigación nos las reservamos», ha dicho Ulf Karlkvist.

La policía vuelve a apelar a la colaboración ciudadana para que aporte más pistas.
«No hemos renunciado en absoluto a encontrar al asesino», ha declarado Ulf Karlkvist.

Estrujó el periódico y lo tiró al suelo. Se levantó de la mesa del desayuno y fue al cuarto de baño.

Anna Eiler abrió el grifo de agua fría, cogió un poco con las manos y se mojó la cara. La piel se le tensó con el frío, y se sintió un poco mejor.

Volvió a la cocina, miró de reojo la mesa donde seguían los restos del desayuno, pasó de largo, se dejó caer en el sofá y cerró los ojos.

«En nuestra opinión, estas personas han tenido otros motivos para no decir la verdad. Pero no voy a ahondar en el tema», ha afirmado Ulf Karlkvist.

Ella estaba totalmente convencida de que Klas Hjort había golpeado a Elisabeth. Había dejado que sus propios demonios interfirieran en su trabajo. Había sido muy poco profesional. Cuando terminó el interrogatorio y Klas Hjort abandonó el edificio resplandecientemente blanco, ella se volvió hacia Patrik Morrelli.

—¿Cómo demonios lo supiste?

Él se encogió de hombros.

—Miré las fotografías de la autopsia en el tren y observé que los hematomas eran mucho más grandes por la parte delantera del cuerpo que por la espalda.

Se puso en pie.

—Levántate.

Ella lo obedeció. Patrik Morrelli la agarró, presionando los pulgares contra las clavículas de Anna y los otros cuatro dedos de cada mano en la parte posterior de sus hombros.

—Imagínate que te ataco. Entonces te aprieto contra la pared de esta manera, ¿no?

Los recuerdos cayeron sobre ella como un diluvio. Las piernas le fallaron. Se tambaleó y cayó de rodillas al suelo.

—¡Dios! Pero ¿qué te ha pasado?

Patrik Morrelli parecía aterrado. Anna sintió que le daba vueltas la cabeza, pero se levantó con cuidado.

—He perdido el equilibrio, simplemente. Continúa.

Él la volvió a mirar con esa mirada que Anna había llegado a detestar. Parecía como si le pudiera leer el pensamiento. Él tragó saliva, vaciló, continuó:

—Bueno, el procedimiento habitual en los casos de violencia en el ámbito familiar es un ataque de frente. Este tipo de hombres no atacan a las mujeres por la espalda, no tienen ningún problema para plantarse delante de ellas y golpearlas, o empujarlas contra una pared. Si Klas Hjort fuera un típico maltratador que agrede a su mujer, los hematomas más grandes estarían en la espalda y en las escápulas de ella. Por los dedos y la resistencia al toparse con algo, por ejemplo, una pared. Pero en el caso de Elisabeth Hjort las contusiones más grandes aparecen en su parte delantera, junto a las clavículas. Pensé que eso indicaba más bien que alguien la separó de algo en vez de empujarla. Por eso, de camino hacia aquí, realicé una llamada de comprobación al Laboratorio Nacional de Investigaciones Criminológicas y me lo confirmaron.

Anna apretó los dedos contra sus cejas, como para ahuyentar el dolor que sentía ahí dentro. Había estado convencida de que el maltratador de la familia era él. No ella.

Klas Hjort les contó que aquel viernes, cuando volvió a casa después del trabajo, oyó los gritos nada más entrar por la puerta. De nuevo con las lágrimas corriendo por sus mejillas, les relató que fue corriendo hasta la habitación de Elias, vio a su mujer inclinada sobre el niño, abofeteándolo una y otra vez. Les dijo que se abalanzó sobre ella y la apartó. Que Elisabeth estaba furiosa, fuera de quicio, y que él la apretó contra él muy, muy fuerte, hasta que ella se tranquilizó.

Klas les contó que Elias lo había pasado muy mal desde que su madre desapareció, estaba convencido de que ella estaba enfadada con él, y que por esa razón se había ido.

Patrik Morrelli había mirado las pruebas.

Anna Eiler había permitido que su vida privada interfiriera en su trabajo, y eso la ponía furiosa. No con él, sino consigo misma. Se le escapó una lágrima.

Algunos días echaba tanto de menos al hombre que le había destrozado la vida que le dolía todo el cuerpo.

Dos horas después el rostro de aquel hombre desapareció por fin de su cabeza, sustituido por otro que pertenecía a un niño pequeño muerto de miedo.

Cuando por fin tuvo la cinta del interrogatorio del día anterior con Elias Hjort transcrita del todo, pudo respirar tranquila. Había sido duro. El niño de cuatro años que había tenido sentado enfrente estaba asustado y nervioso.

Al principio Klas Hjort se negó a que Anna y Patrik interrogaran a su hijo, pero al final cedió cuando le prometieron que él podría estar presente y que ellos

interrumpirían inmediatamente el interrogatorio si este se volvía demasiado duro. Anna repasó el texto una última vez para no darle a Ulf Karlkvist la posibilidad de que le criticara ninguna falta de ortografía.

Interrogatorio con: Hjort, Elias Samuel. DNI. 20051006-6751.

Dirige el interrogatorio: Patrik Morrelli.

Otras personas presentes: Anna Eiler (policía), Klas Hjort (padre del interrogado).

Objetivo del interrogatorio: Al niño se le oye a título informativo en relación con el asesinato u homicidio de Elisabeth Hjort y posibles malos tratos llevados a cabo por la finada contra el interrogado.

Lugar del interrogatorio: Comisaría de Skövde.

Fecha del interrogatorio: 19-01-2010

El interrogatorio empieza: 13:06

El interrogatorio termina: 13:11

Director del interrogatorio, Patrik Morrelli (PM): Ahora voy a apretar este botón para grabar lo que digamos. ¿De acuerdo? Hola.

Elias Hjort (EH): Hola.

PM: Me llamo Patrik. Nos hemos visto antes. ¿Te acuerdas?

EH: Mmm.

PM: Y a mi lado está sentada Anna. Es policía, como yo.

EH: Pero chica.

PM: (risas) Sí. Una chica policía.

EH: ¿Por qué eres policía? (La pregunta va dirigida a Anna Eiler).

Anna Eiler (AE): Bueno..., para coger a los malos.

EH: Pero es raro que las chicas sean policías. ¿Por qué eres policía?

AE: Por mi padre.

EH: Ajá.

EH: Mi papá quiere que sea futbolista.

PM: Los padres suelen querer eso. Yo también tengo un hijo. Es un poco mayor que tú. Tiene seis años. Y también espero que sea futbolista profesional.

EH: Mmm.

PM: ¿Qué quería tu mamá que fueras de mayor, Elias?

EH: Bueno.

PM: Estoy seguro de que eres bueno. Pareces un chico bueno.

EH: Mamá (apenas audible).

PM: ¿Qué has dicho, Elias?

EH: Mamá lo dijo.

PM: ¿Que eras tonto?

EH: Mmm.

PM: ¿Cuándo te lo dijo?

EH: Antes.

PM: ¿Antes de que desapareciera?

EH: Mmm.

PM: Yo quería hablar de una vez en que tu mamá se enfadó mucho contigo. Fue unos días antes de que desapareciera. ¿Sabes a qué vez me refiero?

EH: No.

PM: Tu hermano y tú estabais en casa con mamá, y ella estaba enfadada. Y luego tu papá llegó a casa. ¿Lo recuerdas?

EH: No.

PM: Está bien. Y si te pregunto si tu mamá ha sido alguna vez tonta contigo...
(No hay respuesta.)
PM: Elias, ¿quizá te cogió con fuerza del brazo, o se portó mal de alguna otra manera?
EH: Mamá no es tonta, yo soy tonto.
PM: ¿Qué quieres decir?
EH: Tonto y pesado.
PM: No creo que seas pesado. Creo que pareces un buen chico.
EH: (Sacude la cabeza. Empieza a llorar.)
PM: Entiendo que esto es un poco difícil para ti, Elias. Me parece que eres un niño muy listo.
EH: Quiero irme a casa.
PM: Está bien. Quizá hablemos contigo en otra ocasión. Has sido un chico muy listo, Elias.
EH: (Inaudible.)
PM: Termina el interrogatorio.

—Esta mierda no dice nada.

Anna Eiler se quedó en la puerta del despacho de Ulf Karlkvist mientras él leía el interrogatorio.

—Si el crío te hizo preguntas a ti y habló contigo, mientras que a Morrelli no le dijo ni mu, ¿por qué no llevaste tú el interrogatorio?

—Patrik era el director del interrogatorio. No yo.

—¿Así que haces de esto una maldita cuestión feminista? ¿O sea, que, si no puedes manejar todo a tu antojo, entonces no piensas hacer tu trabajo?

—No quería decir eso. Quería decir que creía que mi tarea consistía en mantenerme en segundo plano.

—Pues creíste mal. Como de costumbre.

Anna Eiler cerró la puerta y los ojos. Pensó de nuevo en cómo había llegado a esa situación. Cómo había podido dejar que llegara tan lejos. Y tan mal. Aquello tenía que acabar pronto.

Oyó que Ulf Karlkvist levantaba el auricular y marcaba los números furioso. Se apresuró a alejarse por el pasillo para no oír lo que iba a decir cuando el otro respondiera. Sabía a quién estaba llamando. Estaba segura. Temía que se le paralizara el corazón si oía su voz.

Julia estaba echando una ojeada al artículo de Ing-Marie en la reunión matinal. Procuró ignorar toda la palabrería que su colega insistía en deslizar en los textos, como «espantoso» y «lacerada», y ver si contenía realmente algo de sustancia, más allá de las frases retóricas. No encontró mucho. Setenta días y la policía sabía tan poco como Ing-Marie y ella acerca de quién había asesinado a Elisabeth Hjort.

—Karlkvist no tiene realmente ni idea —dijo Julia.

Ing-Marie asintió.

—Fue extraño cuando me senté ayer con él. Pienso que, bien mirado, se ha comportado de una forma muy rara en toda esta investigación, pero ayer precisamente había algo, no sé qué..., pero está como ausente. Yo sé que ha delegado la mayor parte del trabajo relacionado con esta investigación en sus subordinados, pero, a pesar de todo, él es quien dirige la investigación y sin embargo parece apático, casi como si no le importara.

Håkan Hansson soltó unas risitas.

—Aunque no es así. Es justo al contrario. Como comprenderéis a él también le estará resultando duro.

Julia se volvió hacia el redactor deportivo.

—¿Cuándo te has vuelto una persona con tanta empatía? Ese rasgo es nuevo.

—Tú nunca has visto empatía en mí porque no te hago ni puto caso. Pero imaginaos que vosotros tuvieseis que investigar el asesinato de una ex que os ha dejado plantados. No debe de ser tan divertido.

Las dos mujeres se quedaron de piedra.

—¿Qué has dicho? —preguntó Julia.

—Sí, Elisabeth y yo somos de la misma edad. O éramos, debería decir. Fuimos a la misma clase en el instituto Helena. Ella empezó a salir entonces con Karlkvist. Dio un poco que hablar. Ella tenía diecisiete años y él era casi diez años mayor. Pero Elisabeth era una tía de esas, ya sabéis... De las baratas, por decirlo de alguna manera. Era chulo salir con un poli joven. Poder meterse mano en un coche patrulla. Salieron juntos durante todo el bachillerato y luego unos años más, hasta que ella lo

dejó por Klas Hjort. Dicen las malas lenguas que, al parecer, Karlkvist quería que formalizaran la relación, pero que ella le decía todo el tiempo que no se sentía preparada. Después empezó a salir con Klas Hjort y se quedó embarazada a la primera. Está claro que esta situación es dura para Karlkvist. Deberíais ser un poco más comprensivas con él.

Se produjo un silencio estupefacto durante unos segundos antes de que Ing-Marie diera un puñetazo en la mesa.

—¿¡Y nos lo dices ahora!? —Y añadió con voz chillona—: ¿Y si fue él quien lo hizo y por eso está investigando tan mal? ¡Puede que él sea el asesino, joder!

«Joder», pensó Julia y, a pesar de lo grave de la situación, no pudo por menos de sonreír. Primero «cojonudo» y ahora «joder». Parecía que Ing-Marie empezaba a coger un poco de fuelle.

Sven Lindgren levantó la mano derecha.

—Está bien, vamos a tranquilizarnos. Håcke, es evidente que toda información referida a Elisabeth Hjort nos habría sido muy útil desde hace tiempo, pero las cosas son como son. Ing-Marie y Julia. Tendréis que sentaros a pensar qué podemos hacer con esta nueva información.

Permanecieron junto a la máquina de café un buen rato después de que el burbujeo hubiera cesado. Bebieron la inmunda aguachirle de la máquina en silencio.

Un silencio agradable.

Julia pensó que ahora no se sentía incómoda en compañía de su colega. Aquella pelirroja rara no era tan tonta.

—Acabo de recordar una cosa. Cuando Flash y yo estuvimos en el lago el día que apareció el cuerpo, Karlkvist le puso la mano en el hombro a Klas Hjort, pero Klas lo apartó. Entonces pensé que era simplemente porque estaba desesperado, pero ¿crees que él podría sospechar algo?

Ing-Marie sopló dos veces el líquido de la taza antes de beber un sorbo con cuidado.

—La cuestión es saber quién lo sabe. ¿Podríamos conseguir la agenda de Karlkvist?

Julia reflexionó un instante antes de asentir. Sacó el móvil y llamó al recepcionista de la comisaría.

—Hola, Robert, soy Julia Almliden y trabajo para el *Västgöta-Nytt*. Oye, necesito confirmar rápidamente una fecha y no quiero molestar a Ulf Karlkvist para una tontería. ¿Dispones de un segundo?

Oyó algo parecido a un balbuceo afirmativo.

—Estupendo. El caso es que mi colega Ing-Marie Andersson entrevistó a

Karlkvist por un asunto en noviembre y ahora está fuera, haciendo un curso, y yo tengo al editor gráfico encima porque quiere que busque en el archivo la foto que ella tomó. Pero no encuentro el artículo, quiero decir, en el periódico, así que no sé si se vieron el 2 o el 3 de noviembre. Recuerdo que salió pitando hacia la comisaría por la tarde, pero no sé exactamente qué día fue. ¿Puedes mirar su agenda y comprobar si trabajó alguno de esos días? Si tenemos suerte quizá pueda encontrar la foto por descarte.

Esperó. Ing-Marie la miraba sentada. Agarrando la taza, pero sin beber. Parecía que no quería perderse ni un segundo de aquella farsa representada a través del auricular.

—Ajá, ¿seguro? Está bien, ahora ya lo sé. Muchas gracias.

Julia cortó la llamada y miró a Ing-Marie.

—Robert dice que Ulf Karlkvist trabajó como de costumbre el día 3 de noviembre. Pero el día 2 sólo trabajó media jornada. Karlkvist se fue a casa a la hora del almuerzo.

LUNES, 25 DE ENERO DE 2010

Klas Hjort parecía cansado cuando abrió la puerta.

—¿Qué quieren ahora?

No era precisamente la reacción que Ing-Marie se había imaginado.

—Por favor, Klas. Sólo queremos hablar un poco con usted. Estamos tratando de encontrar a la persona que mató a su mujer y esperábamos que pudiera ayudarnos con algunos cabos sueltos.

Klas entró de nuevo en la casa sin decir una palabra, pero dejó la puerta abierta. Ellas lo interpretaron como una invitación.

La misma cocina.

En las mismas sillas.

«Y tan limpio como la última vez», pensó Ing-Marie Andersson. Este Klas Hjort parecía un hombre ordenado.

—Sólo queríamos hacerle unas preguntas acerca de Ulf Karlkvist. ¿Cómo es su relación? —preguntó Ing-Marie.

Klas Hjort se quedó pensando.

—Bueno, regular, diría yo. He hablado sobre todo con los otros agentes de homicidios, con Anna y con el de Estocolmo, el de la Policía Judicial Central, Patrik, pero, en las pocas ocasiones en las que hemos hablado, Karlkvist ha mostrado un tono bastante duro, pero claro, no es tan raro.

—¿Cómo era su relación con Elisabeth? ¿Seguía enfadado con ella porque lo había dejado por usted?

Klas alzó las cejas y miró a Ing-Marie.

—¿Enfadado? No, no sé si estaba enfadado, pero casi ninguno de nosotros tenía trato con él. Aunque no solía saludarnos de manera espontánea cuando nos veíamos en la ciudad, me cuesta creer que siguiera enfadado por algo que sucedió hace tanto tiempo. Todo ocurrió muy deprisa. Nos conocimos. Cortó con él. Se quedó embarazada, nos casamos y compramos esta casa. Santo cielo, han pasado muchos años desde entonces.

Las miró.

—¿Y después de Elisabeth, Karlvist no volvió a tener una pareja?

Era más una constatación que una pregunta. Klas Hjort negó con la cabeza.

—Que yo sepa, no. ¿Por qué quieren saberlo?

Ing-Marie lanzó una mirada a Julia antes de contestar.

—No estuvo en la comisaría el día 2 de noviembre por la tarde. Nos gustaría saber dónde pudo estar esas horas después del almuerzo. Digamos que alrededor de las tres, o las cuatro...

Ing-Marie miró a Klas Hjort. Esperó a que lo asimilara. Vio la sorpresa reflejada en su cara cuando comprendió lo que ella estaba tratando de decirle. Sacudió la cabeza instintivamente.

—No, ¿no estará pensando que él tuvo algo que ver con su desaparición? Eso no me lo puedo creer.

Ing-Marie lo miró fijamente, sin apartar la mirada.

—Alguien mató a Elisabeth, Klas. Si él no fue, entonces, ¿quién lo hizo?

Ninguno de ellos dijo nada durante un rato. Julia se concentró en el murmullo del lavavajillas y en el goteo de la cafetera. Notó que el ruido hacía que empezara a sentir presión en la vejiga y preguntó si podía utilizar el cuarto de baño, contenta por poder abandonar la tensión que reinaba en la cocina.

Era curioso sentarse en un cuarto de baño que ya conocía de memoria gracias a unas fotografías.

Julia se sintió abatida al pensar en la familia cuando observó que tanto el suavizante Barnängen como el cuarto cepillo de dientes seguían en el mismo lugar que en las fotografías de Flash. Otro tiempo, otra vida, pero nadie tenía corazón para limpiar las huellas de una mujer que ya no existía.

Julia tiró de la cadena, se lavó las manos y salió. Al cerrar la puerta oyó un ¡brrrrum!, ¡brrrrum! en la habitación de al lado. Miró y vio a Elias sentado, jugando con sus coches de carreras. Hacía ruido con la boca mientras conducía con sus manitas un Ferrari amarillo.

—Hola —saludó.

Él levantó la vista y le contestó de la misma manera.

Ella se sentó y cogió uno de sus coches.

—Me llamo Julia. Qué rápido conduces.

El sonido se aceleró. El coche de carreras fue acelerando por toda la habitación. Julia rebuscó entre el resto de los vehículos que había en un montón.

—Qué trenes más bonitos tienes —continuó ella cogiendo uno.

El niño se volvió.

—No puedo jugar con ellos. Mamá tiene la locomotora.

Julia se quedó de piedra.

—¿La tiene ella? —preguntó en voz baja.

Elias asintió.

—Se rompió la rueda de la locomotora hace muchísimo tiempo. Mamá tenía la locomotora en su bolso para arreglarla, pero luego mamá se fue al cielo, y ahora tiene la locomotora allí.

Julia no sabía qué contestar.

—Si yo fuera al cielo, también me gustaría viajar en una locomotora —dijo finalmente.

Elias Hjort se la quedó mirando. Parecía estar pensando en lo que ella había dicho.

—A mí me gustaría ir en helicóptero —dijo.

—No es mala idea —admitió Julia, riendo.

Puso su mano en la cabeza del niño.

—Pero Elias, yo creo que tu mamá está muy contenta por haber podido viajar al cielo con tu locomotora. Creo que viaja con ella allá arriba y piensa en ti. Seguro que te echa de menos y piensa que tiene el niño más bueno del mundo aquí abajo en la Tierra.

Él le sonrió y Julia volvió a la cocina.

Parecía que Ing-Marie estaba esperando a que ella estuviera lista. Se levantó para marcharse.

—Sólo una cosa más —dijo Ing-Marie—. ¿Fue usted quien ordenó la habitación de sus hijos?

Klas parecía no comprender.

—¿A qué se refiere?

—Al día que Elisabeth desapareció. El caso es que... Sí, perdone si le molesta, pero toda la casa estaba manga por hombro, salvo la habitación de los niños, que estaba muy bien recogida. Los juguetes estaban ordenados en filas. Me pregunto sencillamente si fue usted quien limpió su habitación.

Klas negó con la cabeza.

—No, supuse que la habría limpiado Elisabeth. Ya sabe, como un último gesto hacia los niños antes de irse. Bueno, digamos que últimamente no había sido la mejor de las madres, llevaba bastante tiempo enfadada y malhumorada con los niños, así que creí que lo había hecho movida por la mala conciencia.

Klas miró a su alrededor.

—La echo de menos todos los días. Todo el tiempo. Pero..., cuando estaba en casa, deprimida, esto estaba siempre terrible. Y se enfadaba conmigo si yo trataba de limpiar. Era un poco antigua en ese sentido. Creía que ese era un trabajo de las

mujeres a pesar de que yo era el metodoso de la familia. Es lo único que...

Se interrumpió. Parecía estar pensando si debía terminar la frase. Decidió no hacerlo.

—Sí, yo procuro simplemente ser ordenado y que la casa esté un poco limpia. Siempre me ha gustado el orden.

Se volvió y miró de reojo hacia la habitación de los niños.

—Aunque claro... No se suicidó. Entonces, ¿quién recogió la habitación?

48

MIÉRCOLES, 27 DE ENERO DE 2010

Miré la tarjeta de crédito y escribí las dieciséis cifras en la pantalla del ordenador. Cuando apareció la ventana en la que tenía que volver a confirmar la orden vi el pedido.

Asesinos natos, treinta y nueve coronas, con el descuento.

The Alphabet Killer, ciento veintinueve coronas.

Diary of a Serial Killer, por sesenta y nueve coronas.

«Los archivos del FBI» ascendía a doscientas sesenta y nueve coronas.

«CSI: Las Vegas», octava temporada, por doscientas sesenta y nueve coronas.

«CSI: Miami», primera temporada, ciento noventa y nueve coronas.

«Dexter», primera, segunda y tercera temporada, ciento noventa y nueve coronas cada una.

«Mentes criminales», la tercera temporada, por doscientas veintinueve coronas y la cuarta por cuatrocientas cuarenta y nueve coronas.

El pedido de CDON a través de internet ascendía a dos mil setenta y nueve coronas.

Lo valía.

JUEVES, 28 DE ENERO DE 2010

—Ha vuelto.

Julia entró y se sentó en el sillón de la derecha.

—He leído que el noventa y ocho por ciento de las personas que visitan a un psicólogo por primera vez empiezan con las palabras: «No sé qué decir». ¿Es cierto?

Göran Hjonåker sonrió.

—Más bien el noventa y nueve. Y cuando un buen día se siente voluntariamente en ese sillón para iniciar su propia terapia y no lo diga, entonces ya sabré por qué es.

Se sonrieron. Julia comprendió por qué iba allí Elisabeth Hjort. Fantaseó con la idea de sentarse en el sillón de terciopelo rojo y aliviar sin más su corazón de todo lo que le pasaba.

—Bueno, psicólogo, el caso es que...

Se preguntó cómo reaccionaría él.

—Sonríe. ¿Tiene algo divertido que contar?

Julia meneó la cabeza.

—No, no mucho. Se trata de Elisabeth Hjort otra vez.

Göran Hjonåker abrió la boca, pero Julia levantó la mano para hacerlo callar.

—Antes de que diga nada sobre su obligación de guardar secreto profesional, quiero que sepa que esto no tiene nada que ver con la terapia de Elisabeth. Estoy interesada en conocer las preguntas de la policía.

Él cerró la boca. Julia siguió hablando antes de que él intentara protestar de nuevo.

—Lo que me gustaría saber es qué preguntas le hizo Ulf Karlkvist. No creo que eso pueda resultar, en modo alguno, ofensivo para la memoria de Elisabeth.

Permaneció callado. Julia, nerviosa, empezó a morderse las uñas mientras esperaba.

—Pero mis respuestas pueden serlo —dijo finalmente el psicólogo cuando ella ya se había mordido la uña del dedo índice con tal avidez que esta había empezado a sangrarle a ambos lados de la uña. Se chupó el dedo para mitigar el dolor.

—Por supuesto. Pero no me interesan las respuestas. O, mejor dicho, claro que me interesan las respuestas, pero no le voy a preguntar por ellas. Sólo quiero saber qué preguntas le hizo.

Göran Hjonåker asintió.

—Está bien. No veo nada malo en ello. He hablado con varios policías desde entonces, pero como me pregunta por Ulf Karlkvist... Me preguntaría lo normal en una investigación, supongo. Cómo se encontraba aquel día. De qué estuvimos hablando. Si yo había advertido si ella se sentía amenazada por alguien. Si tenía yo algún otro punto de vista u otra perspectiva.

Julia asintió.

—¿Lo ha interrogado Ulf Karlkvist en otras investigaciones relacionadas con asesinatos? ¿Y hubo alguna diferencia en su manera de tratar este caso en comparación con los otros?

—Por suerte en Skövde no se cometen asesinatos tan a menudo, como sabe. Nuestros caminos no se habían cruzado de esa manera hasta ahora. Y seguro que he tenido, como ya le he dicho, el mismo contacto con los otros policías que llevan la investigación, así que no sé muy bien qué decir. A mí me dio la impresión de que estaba muy interesado.

—¿Interesado o implicado?

Le salió sin pensar. Göran Hjonåker arqueó las cejas.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Olvídelo.

Julia se disponía a salir pero lanzó una ojeada a la mesa del psicólogo y de pronto se le hizo un nudo en el estómago. Vio el mismo objeto que le había llamado la atención la última vez que estuvo en la consulta.

Una locomotora de Brio.

Del mismo tipo que la que tenía Elias. La que su madre tenía ahora en el cielo.

Tragó saliva. No sabía qué hacer, pero no pudo resistir la tentación.

Se acercó a la mesa y cogió la locomotora.

—Me dijo que tenía esto para sus pequeños pacientes, ¿no?

Göran Hjonåker asintió.

—Se sorprendería si supiera lo mucho que uno puede averiguar con una simple locomotora.

«¿Se puede descubrir a un asesino?», pensó Julia dando la vuelta al juguete.

No podía apenas respirar. Le temblaba el dedo índice al ponerlo en la rueda delantera. Hizo girar la rueda con cuidado. Funcionaba correctamente. Hizo lo mismo con las otras tres ruedas. Todas rodaban perfectamente. No había que arreglar ninguna.

—También tengo esto, por si le interesa.

Julia se volvió hacia el psicólogo y se encontró con un osito marrón.

—Este lamentablemente se emplea más cuando tratamos casos de abusos —oyó que le decía él.

»El osito se convierte en un amiguito, alguien con quien hablar. La locomotora es buena manera de jugar, empezar a hablar y soltar las tensiones. Tengo una caja llena de juguetes en el armario, pero la locomotora es la que más se utiliza. —Meneó la cabeza. Julia vislumbró una sonrisa triste.

»Es lo más duro de este trabajo. Los niños que lo pasan mal. Las historias que oigo... Algunos no deberían ser padres.

Julia asintió.

MUCHOS AÑOS ANTES

Ella nunca sabe con total certeza de qué humor estará él. Cuando llega allí los viernes por la tarde, las semanas que le toca con él, suele haber una nota encima de la mesa de la cocina esperándola.

Dirigida a «Mis queridos niños», «Mocosos» o «Sinvergüenzas». Según el humor del día. Cuando la nota es muy desagradable, ella suele esconderla en el cubo de la basura, abajo del todo. Si la empuja hasta el fondo del cubo es casi como si no existiera.

La nota es un aviso de cómo va a ser el fin de semana. Pero la verdad es que uno nunca puede estar seguro.

A veces la nota es muy alegre. Los ha echado de menos. «Mis queridos hijos», pone. No «malditos niños». «Queridos hijos». Y al lado de la nota hay una bolsa de patatas fritas. Sus preferidas. Con eneldo.

Entonces ella se relaja. Será un buen fin de semana. Cuando oye que el coche gira para entrar en el garaje corre para saludarlo.

Es su querida hija.

Su Linja.

La mirada de su padre le hace pararse en seco. Sus ojos grises parecen casi negros de furia y les dice a ella y a su hermano mayor que se suban al coche.

Salen de Götene, y Valdemar empieza a hablar de que él ya no puede más. De lo harto que está de sus propios hijos. De que lo traicione su carne y su sangre.

—Esto se acabó. He conseguido pastillas. Las tengo en el botiquín del lavadero. Unas de esas y se acabó. Por fin.

Parece relajado.

—Qué alivio ahora que por fin la decisión ya está tomada —dice—, qué alivio abandonar esta vida.

Valdemar les ordena que preparen sus discursos de despedida y conduce hacia Mariestad. Cuando aparca delante del piso de su hermana les pregunta qué le van a decir cuando entren en su casa, porque ya no volverán a ver a su tía nunca más.

Porque ellos han decidido dejarlo de lado, a él. Porque no lo quieren como padre. Porque prefieren estar con Bodil la Puta y Bengt el Maricón. Porque lo odian. Porque ellos quieren que él muera.

Ahora, van a conseguir lo que quieren. Finalmente.

—Ahora ya podéis estar contentos —dice, mirando por el espejo retrovisor.

Su hermano se hace el dormido. Ella escucha sus falsos ronquidos lamentando que no se le haya ocurrido a ella antes. Intenta convencer a su padre de que está equivocado.

Ella quiere volver a ver a su tía.

Le gusta su tía.

Su tía es muy buena.

Permanecen sentados en el coche mucho tiempo. Su padre no deja de hablar. Ella intenta seguir lo que dice, intenta comprender, pero es imposible. Él no tiene fuerzas para seguir viviendo. Todo lo que quiere es terminar de una vez con las continuas traiciones de sus malditos hijos, eso dice.

Ella se avergüenza de haberlo traicionado hasta tal punto que él quiera morir, y, para no empezar a llorar, fija desesperada la mirada en el edificio de la calle Haggårds de Mariestad. Se imagina que camina hacia el edificio de cinco plantas, de ladrillo amarillo, y se imagina que presiona el botón para llamar al ascensor. Que sube hasta el tercer piso en el ascensor pintado de verde y que llama a casa de sus tíos. Ve cuánto se alegran de la visita. Su tía saca las bonitas tazas azules en las que siempre les sirve su delicioso zumo de fresa, de sabor fuerte y de color rojo claro. Ella preferiría estar allí ahora. En vez de estar sentada en la furgoneta roja de su padre escuchando que su madre es una puta.

Advierte que él ahora la ha vuelto a tomar con Bengt.

Ella se pregunta cómo es posible que su padre sepa tantas cosas de Bengt. Ella suele mirar a veces a su padrastro tratando de ver esos signos repugnantes de que es homosexual de los que su padre habla tan a menudo. Pero nunca los ve. A ella le parece que Bengt es bueno, y se avergüenza de no ser capaz de verlo como lo hace su padre. Pero, claro, ella no es más que una mocosa de mierda que debería morir también.

Permanecen sentados en el coche, fuera de la casa de su tía, casi una hora. Su hermano continúa pacientemente simulando ronquidos en el asiento de atrás. Los tres saben que los ronquidos son falsos, pero a su padre no le importa.

Él tiene la atención de ella.

Su miedo en sus manos.

Eso le basta, de momento.

—Ajá —dice finalmente. Pone la mano en la llave del coche y la gira. Ella respira al fin, aliviada cuando empiezan a salir del aparcamiento de la calle

Haggårdsvägen.

Parece que no irán a despedirse de su tía.

Volverán a casa.

Cuando aparcan en la calle Göt ella sale corriendo del coche, deprisa, antes de que su padre la detenga. Entra corriendo en el lavadero y abre el botiquín. Quiere coger las pastillas y tirarlas por el váter.

Su padre no se va a suicidar sólo porque ella lo haya traicionado. Ella nunca ha querido traicionarle. Haya hecho lo que haya hecho nunca ha sido con intención de traicionarlo.

Pero en el botiquín no hay pastillas para quitarse la vida. Sólo hay paracetamol. Se pregunta dónde las habrá guardado su padre.

Ese día aprende a no volver a fiarse nunca de lo que diga la nota de la mesa, diga lo que diga. A partir de entonces, los viernes —cada quince días—, en vez de fiarse de la nota, se va a la cama a las seis menos cuarto y finge dormir después de comprobar en el botiquín que allí dentro no hay pastillas para matarse. De esa manera los fines de semana con su padre se vuelven un día más cortos.

Un día menos de angustia.

Un día menos de dolor de estómago.

Un día menos de estar alerta.

SÁBADO, 6 DE FEBRERO DE 2010

El club de tiro de Lövsjötorp está a nueve kilómetros de Skövde. Después de los dos primeros empecé a relajarme y a disfrutar a medida que me alejaba de Skövde. El ruido de la ciudad se vio sustituido por los susurros propios de la naturaleza. Iba conduciendo despacio, contemplando cómo el viento jugaba con la nieve. Cómo los copos que cubrían el suelo de repente se levantaban y se arremolinaban delante de las ruedas como en una danza. Los abetos al parecer preferían inclinarse cargados de nieve. El bosque me tranquilizó.

Cuando salí de la N-26, mientras recorría los últimos kilómetros por la llana carretera, aunque con poca sal, que conducía hacia Lövsjötorp, empecé a notar un hormigueo en el estómago que aumentaba con cada minuto que pasaba. Sentía que, si jugaba bien mis bazas, la respuesta a cómo debía actuar, la solución, estaba allí, al otro lado de la cima.

El presidente del club de tiro, Conny Jejder, ya estaba esperándome cuando entré en el aparcamiento. El hombre, de unos cuarenta y tres años, vestido con un jersey naranja Helly Hansen y pantalones azules de la marca Fristads similares a los que solía llevar siempre mi padre, estaba apoyado en la casa de madera. Seguro que en su día fue del color del sol, pero la superficie ya había perdido el color y la pintura se había desconchado.

Conny llevaba una visera verde con el emblema de la Confederación Nacional de Agricultores de Suecia. La llevaba calada y le cubría buena parte de la cara, pero me pareció entrever una sonrisa allí debajo cuando me tendió la mano.

—Hola. Conny. Encantado de recibir nuevas visitas.

—Gracias. Le agradezco de veras que haya podido recibirme con tan poco tiempo de antelación.

Conny Jejder me miró. Tenía cara de buen chico. Curioso.

—Nada, soy el conserje y el presidente, así que estoy aquí todos los días. Entonces usted quería empezar un curso de tiro, ¿no es así?

Yo asentí. Demasiado impetuosa.

—Sí, la caza empieza a ser cada vez más popular entre las mujeres. Y como este es un mundo bastante dominado por los hombres y tradicionalmente han sido los hombres quienes manejaban las armas, pues algunas de mis amigas están algo nerviosas. Somos ocho y hemos decidido que viniera yo aquí para informarme de cómo funciona esto.

Fijé la mirada en un brote de hierba que sobresalía por encima de la nieve en el camino de gravilla. Tragué saliva, sin atreverme a mirarle mientras esperaba su respuesta.

—Ajá. Muy bien. Más mujeres es lo que nos gustaría ver por aquí. Tuvimos una jornada para señoras en el mes de junio de hace un par de años, pero el interés fue así así.

Cuando me enseñó las instalaciones pude empezar a relajarme. A Conny se le llenaba la voz de orgullo al hablar de aquel club del que había sido miembro desde niño y del que ahora era presidente.

—Fue mi padre quien me animó a empezar. Bueno, él murió, pero lo cierto es que me acompaña todos los días por aquí fuera. Heredé su colección de armas. Eso me hace sentir bien.

Conny miró hacia el cielo y sonrió.

—A él le gustaba mucho este sitio.

Asentí. Yo también iba a tener pronto un padre en el cielo.

Me corregí a mí misma inmediatamente.

Joder, no. Si existía alguna justicia, mi padre acabaría en el infierno.

—Realmente disponen de mucho terreno.

—Sí. Los militares del Regimiento P4 también entrenan aquí. Eso hace que podamos disponer de una extensión tan grande. Pero, sí, el club de tiro de Lövsjötorp dispone de unas instalaciones grandes. Se construyó en 1914. Va a ver las mejores pistas que pueda imaginarse. Tenemos pistas de tiro al alce, de tiro al plato, de tiro deportivo y pistas para entrenamiento para el ejército.

—Nosotras, francamente, estamos más interesadas en el tiro con pistola —comenté yo, confiando en que sonara natural.

Él miró hacia abajo buscando mi mirada. Conny Jejder me sacaba más de una cabeza. Yo no me atreví a esquivar la suya, pero tenía miedo de lo que pudiera revelar si él continuaba observándola el tiempo suficiente.

—Ah, bien, pues entonces empezaremos con eso. Entre aquí. —Indicó abriendo la puerta roja que daba acceso a la pista 1B. La puerta chirrió.

Al cruzar la puerta estaba convencida de que paseaba bajo el Pórtico de la Gloria.

Pude oír las trompetas de los ángeles. Creí ver cierto parecido entre Conny Jejder y san Pedro. Apenas podía respirar. Aquello era todo lo que yo había soñado. Era el cielo.

Mis ojos se concentraron en los blancos. Había una hilera de cabinas y en cada cabina una ventana que se podía abrir, luego la diana y un muro de contención, que supuse que serviría para detener las balas que atravesaran la diana.

—Las cabinas de la galería están numeradas. Tenemos treinta cabinas de tiro con pistola de veinticinco metros de longitud. Así que tiene treinta posibilidades de dar en el blanco —explicó, dándome una palmadita en la espalda.

«Treinta posibilidades de pegar un tiro certero a mi padre», pensé, sonriendo a Conny.

—El mérito estará en no necesitar más que una. Si se dispara a algo en concreto, quiero decir.

—Ja, ja, sí, usted lo ha dicho. Pero tendrá que practicar un poco, ¿no? Tenemos cursos para principiantes en enero, mayo y septiembre, si sus amigas y usted se deciden.

Mientras Conny fue a abrir el armero para sacar una pistola, yo miré a mi alrededor. Conté las cabinas y me coloqué en la número diecinueve. La fecha de mi cumpleaños. Ese día en el que mi padre solía ignorarme.

Cerré los ojos y respiré tan profundamente como pude. Aspiré el olor a cerrado del local. Olí a heno pero me imaginé que en alguna parte sentía también el olor al humo viejo de la pólvora quemada, y me enamoré inmediatamente de aquel olor.

—Esta es una Magnum. Normalmente, si este fuera un curso de verdad, usted y sus amigas habrían tenido que ocupar una cabina asignada y después preparar su equipo. No voy a entrar ahora en ello, pero tendría que comprobar que dispone de un reloj para verificar el tiempo de tiro, su arma y su munición. Ahora digamos que sólo va a sujetar, apuntar y disparar. Y a ser posible, no sobre mí. Póngase los cascos de protección, porque pronto sonará el disparo.

Se echó unas risitas, pero pronto se calló y me miró. Cogí la pesada arma con las manos. La pistola estaba fría. Me estremecí y sentí cómo se me erizaba el bello de los brazos bajo la cazadora.

No podía apartar los ojos de la Magnum que reposaba ahora en mis manos. Era lo más bello que había visto nunca.

Me coloqué con las piernas separadas medio metro. Me balanceé un poco hacia delante y hacia atrás para encontrar un buen centro de gravedad. Siguiendo las instrucciones de Conny, flexioné un poco las rodillas para conseguir mayor estabilidad en las piernas. Levanté la pistola y entorné los ojos para enfocar la mira.

—Si le parece que la idea de disparar le resulta desagradable, puede pensar en algo. Ya sabe, un monstruo o un dragón o algo así.

Oí su risa a mis espaldas, pero la ignoré.

Intenté apuntar, pero la diana que tenía delante de mí empezó a borrarse de mi campo visual. En su lugar apareció Valdemar. Estaba en la escalera de la casa de Götene. Le gritaba a mi madre, que se encontraba dos peldaños más abajo. Se respiraba la primavera en el aire y yo era una niña pequeña.

Mi madre se disponía a abandonar la casa de Götene.

Se disponía a abandonarlo a él.

Y a mí.

Y a mi hermano.

Vi la boca de mi padre delante de mí. Vi cómo preparaba un escupitajo. Cómo carraspeaba y cómo ponía los labios al lanzar el escupitajo, que salió volando entre sus labios y aterrizó en la mejilla de mi madre.

Aún recordaba el aspecto que tenía aquel escupitajo. Su saliva era casi blanca, la mejilla de mi madre se llenó de pronto de pequeñas burbujas. Mi madre se volvió, miró por última vez a Valdemar, antes de dirigir la mirada hacia mi hermano mayor y hacia mí mientras se pasaba la manga por la mejilla y se limpiaba la saliva de mi padre. Después echó a correr hacia su Saab 99 de color marrón y se marchó.

Apunté a la boca de mi padre y estaba a punto de disparar cuando la imagen cambió. La boca desapareció. Ya no la veía. Estaba apuntando a la espalda de mi padre. Intenté apuntar al centro de su espalda, pero me distrajo su puño derecho, que no paraba de moverse acompasadamente hacia arriba y hacia abajo. Cambié de blanco e intenté seguir el puño con la pistola, pero cada vez que él bajaba la mano y le pegaba un puñetazo a mi madre en el estómago, tenía miedo de dispararle a ella. Volvía a mover la pistola. Intenté concentrarme. En su espalda. En el escupitajo. En la boca. En el puño.

Disparé.

—Quizá sólo necesite un poco de práctica. No es fácil hacer blanco a veinticinco metros de distancia con un arma que pesa casi un kilo.

Conny Jejder trataba de consolarme, pero yo sabía que aquello no era para mí.

Habíamos pasado juntos más de tres horas. Él había intentado ayudarme con la pistola. Habíamos salido a la pista de tiro al plato y me había prestado incluso el rifle de su padre. Pero no cabían paliativos. Yo era mala disparando. Peor que mala. Era un desastre. Tal y como mi padre había dicho siempre.

Parecía muy fácil en las películas.

Los asesinos profesionales sólo montaban la pistola, apuntaban al que iba a morir y disparaban. Yo creía que tenía a Valdemar en la mira todas las veces. Sin embargo, erraba el tiro.

—A algunas personas no les sale —afirmó Conny—. Algunos asocian tanto las armas con la idea de matar a una persona que no son capaces de disparar. No es nada de lo que haya que avergonzarse.

Dio una patada en la nieve con su bota marrón. Siguió removiendo el manto blanco hasta apartar las piedras congeladas del camino. Me miraba. Miraba al suelo. La gravilla salpicaba a nuestro alrededor. Su mirada se volvió impaciente.

—Entonces... ¿Qué va a decirles ahora a sus amigas sobre el club de tiro?

Lo miré tratando de sonreír.

—¿Sabe? Me ha parecido la mar de divertido. Pero como se me ha dado tan mal, quizá deberíamos hacer sencillamente como si yo nunca hubiera estado aquí. ¿No le parece? No quiero que lo que diga se interprete mal y vengan menos chicas aún. Diré que no he podido ponerme en contacto con usted y enviaré a alguna de mis amigas. Seguro que la mayoría no son tan negadas como yo.

Él pareció aliviado. Me tendió la mano dándome las gracias.

Se la estreché.

—Esto nunca ha ocurrido —dijo, guiñándome un ojo.

Yo asentí, me subí al coche y salí de allí. Lloré sin cesar durante los nueve kilómetros. Matar a mi padre iba a resultar más complicado de lo que pensaba.

MIÉRCOLES, 10 DE FEBRERO DE 2010

—¡Ven, Ing-Marie, ven, mira esto!

Julia parecía una niña la víspera de Navidad.

Ing-Marie se levantó, estiró el cuerpo hasta que le crujieron los hombros y la espalda y luego caminó los siete pasos que la separaban de la mesa del editor, Kenneth Sviréns, donde estaba Julia dando brincos.

—¡Tranquila, mujer! —exclamó, sonriendo a su colega.

Ing-Marie miró por encima del hombro de Kenneth la portada en la que estaba trabajando. Tres retratos alineados iluminaban la pantalla. El primero de Elisabeth Hjort, un rostro tristemente familiar. El segundo era de un hombre moreno de grandes ojos castaños y labios carnosos que sonreían bajo un bigote bien cuidado. El tercero era de una joven rubia de pelo lacio y ojos tristes profusamente maquillados. Y por encima de todos ellos el titular:

**TÚ PUEDES RESOLVER
SUS ASESINATOS**

Satisfecha, asintió a Julia, que le dio una palmadita en la espalda a Kenneth Sviréns.

—Estupendo, Kenta. Realmente queda muy bien.

—Lo mismo digo: ¡buen trabajo!

El editor volvió la mirada hacia Ing-Marie.

—También me refiero a ti.

Ella se encogió de hombros, avergonzada, pero sabía que él llevaba razón. Tanto Julia como ella habían hecho un fantástico trabajo la última semana.

Al principio le molestó un poco que a su joven colega se le ocurriera la idea de relacionar el caso de Hjort con otros asesinatos no resueltos en Västergötland.

—Aquí la reportera criminalista soy yo —replicó Ing-Marie sin poder contenerse cuando Julia soltó la propuesta el viernes anterior en la reunión matinal.

Julia se la quedó mirando. Al principio con asombro. Luego con una sonrisa

torcida.

—¿Y? Nadie está poniendo eso en duda.

Ing-Marie se ruborizó. Se dio cuenta de que lo único que le pasaba era que le habría gustado que la idea hubiera sido suya. Debería habersele ocurrido a ella. ¿Por qué demonios no se le había ocurrido? Ese era su asesinato. Su investigación. En Skövde trabajaba uno de los tres grupos de la policía sueca especializados en analizar e investigar antiguos homicidios y delitos graves no resueltos, y teniendo en cuenta que el asesinato de Elisabeth Hjort aún estaba sin resolver, no era mala idea relacionar aquellos crímenes. Al contrario. Se volvió a maldecir a sí misma. Ciertamente se le debería haber ocurrido a ella.

Sven Lindgren se puso a delirar en voz alta:

—Esto es lo que vamos a hacer. Vosotras aprovecháis todo el tiempo libre que tengáis a lo largo de la semana y, cuando los artículos de información diaria estén listos, trabajáis con eso. Lo quiero para el próximo fin de semana. Salimos a lo grande jueves, viernes y sábado.

Se sentaron a discutir la propuesta nada más salir de la reunión. Ing-Marie se apresuró a recuperar su papel de líder.

—Bien, ¿qué has pensado?

Julia extendió las manos, rendida.

—¿Es que no me conoces a estas alturas? No he pensado nada en absoluto. Estábamos hablando de la incompetencia de la policía y de pronto empecé a pensar en el capítulo de «Caso abierto» que vi ayer en el Kanal 9 y ¡zas!, algo empezó a bullir.

Miró tranquilizadora a Ing-Marie.

—De nosotras dos, tú eres la que piensas, ¿cuándo te lo vas a meter en la cabeza?

Ing-Marie frunció la boca, aunque se sentía satisfecha de que se hubiera restablecido el orden.

—Está bien, asesinatos no resueltos. Yo recuerdo perfectamente lo que pasó cuando desapareció Helena Andersson en 1992. No se hablaba de otra cosa.

Julia se echó a reír.

—Yo era pequeña entonces, tú eres una vieja, pero también lo recuerdo. Estábamos en casa de mis abuelos y los mayores hablaban en clave sobre lo que le podría haber ocurrido para que nosotros no lo entiéramos.

Alzó las cejas.

—Como si no lo supiéramos.

—En cualquier caso necesitamos una entrevista con el grupo de la policía que se encarga de los asesinatos no resueltos.

Julia tragó saliva. Abrió la boca como para decir algo. Ing-Marie le lanzó una mirada.

—Tú decides si quieres aprovechar la ocasión. Puede ser una manera de que liméis asperezas.

Julia apretó los labios.

—No sabes lo que estás diciendo. No la conoces. No depende sólo de mí.

Ahora, apenas una semana después, allí estaban las dos. Mirándose de reojo por encima de los hombros del editor. Ing-Marie estaba contenta. Muy, muy, contenta.

La serie de artículos que empezaría a publicarse en el *Västgöta-Nytt* del día siguiente contaba a los lectores que en ese momento había en Suecia más de trescientos cincuenta y seis asesinatos sin resolver. Ni siquiera la policía tenía una relación completa a escala nacional de todos los asesinatos que seguían sin aclarar, pero Ing-Marie y Julia habían trabajado codo con codo para llamar a todos los distritos policiales y podían presentar en su diario el listado completo, provincia por provincia.

Setenta y siete de los asesinatos se habían cometido en la provincia de Västra Götaland. Dos de ellos en el municipio de Skövde. En uno de los casos, el de una joven, acababan de cumplirse los veinte años de prescripción del delito, y de otro, de un hombre, estaba próximo el día en que se cumplirían exactamente diez años y el asesinato seguía entre los casos no resueltos.

El primer artículo de la serie, escrito por Ing-Marie, se centraría en Elisabeth Hjort y en las pistas halladas hasta el momento. Que no eran muchas. Ing-Marie estaba convencida de que Julia y ella ya habrían resuelto el asesinato si hubieran tenido acceso a los informes que tenía la policía. Eso la irritaba. Estaba empeñada en resolver aquel asesinato.

El segundo día estaría dedicado a Nabhan Beydoun, un hombre de cincuenta años, padre de cuatro hijos, que desapareció hacía diez años. Se comunicó su desaparición en mayo de 2000, pero sus restos no aparecieron hasta seis meses después en un pozo de drenaje en Mölltorp. A pesar de que la policía inspeccionó ocho mil kilos de barro en busca de alguna prueba, no consiguieron detener al responsable del asesinato.

En el artículo, que ocuparía tres páginas del periódico, Julia describiría el relato de los hechos desde que el hombre desapareció, y mencionaría también al joven de veintidós años, residente en Karlsborg, a quien se había señalado como rival amoroso de Beydoun. El joven fue acusado del asesinato —cuando aún no habían encontrado el cuerpo de Beydoun—, pero el Tribunal de Primera Instancia lo absolvió. Cuando el caso llegó a la Audiencia Provincial, el joven de veintidós años fue condenado en cambio por un delito de profanación del cadáver, porque la policía había encontrado manchas de sangre en su coche. Pero cuando el caso llegó al Tribunal Supremo quedó de nuevo en libertad. La persona que asesinó a Nabhan Beydoun andaba libre en la calle.

Julia buscó al policía responsable de aquella investigación diez años atrás. Jörgen Hermansen ya estaba jubilado, pero tenía buena memoria. Compartieron una charla agradable.

—Fue una investigación larga, con muchos interrogatorios. Y al final su cuerpo apareció de pura casualidad. Lo encontraron unos operarios de la Red de Carreteras cuando iban a limpiar una zanja de drenaje justo al lado del lago Vättern.

El policía le contó que cuando los operarios echaron agua en la tubería notaron que había algo que obstruía su paso.

—Se formó un tapón. Y al observar con mayor detenimiento comprobaron que lo que impedía que el agua fluyera por la tubería eran restos humanos.

El sábado terminaría la serie. El artículo se centraría entonces en Kristina Larm. Ese artículo lo habían escrito juntas.

La víctima, a quien llamaban Kicki, apareció asesinada y tirada en una cuneta junto a la carretera de Gunnhaga, en las afueras del barrio de Tidan, el 11 de julio de 1989. También en ese caso hubo un hombre sospechoso, pero nunca fue juzgado.

Habían escrito el artículo del sábado basándose en el trabajo del grupo de casos no resueltos, el grupo de «Caso abierto», creado en 2005 y compuesto por tres policías para retomar los asesinatos que llevaban más de diez años sin esclarecerse en Västergötland. El nombre exacto del grupo, que actualmente, a causa de los recortes, había pasado de tener tres policías a tiempo completo a tener sólo uno a media jornada, era Grupo de Análisis e Investigación de Antiguos Asesinatos, pero Julia agradecía que las víctimas de sus entrevistas aceptaran el nombre de la serie de televisión «Caso abierto», porque así se evitaba repetir demasiadas veces el triste nombre sueco del grupo. Junto a la foto y el texto que narraba el trágico destino de Kicki Larm, Ing-Marie y ella adjuntaron también un mapa elaborado por ellas en el que indicaban los asesinatos en los que estaba trabajando en ese momento el grupo de asesinatos no resueltos, así como los tres casos que habían logrado resolver sus colegas en el resto de Suecia: el asesinato de una mujer de treinta años en Gotemburgo en 1997, el asesinato de una joven de dieciocho años en Höganäs en 1998 y el asesinato de un chico solicitante de asilo en Klippan en 1992. Tanto a la policía como a los lectores les gustaba que la realidad superase la ficción. Cuando el malo finalmente recibía su castigo.

—El asesinato es el delito más grave contemplado por la ley. Un suceso terriblemente traumático para los allegados. Todos quieren una respuesta a la pregunta: ¿por qué? La necesidad de resolver incluso los crímenes antiguos es una cuestión de justicia. Que no se aclare un robo, es algo con lo que uno puede vivir, pero no se puede vivir con un asesinato que sigue sin resolverse —le había explicado Anna Eiler.

No fue un reencuentro lleno de lágrimas. Anna incluso se negó a recibirla y fue

necesario un correo electrónico en el que Julia la amenazaba con dirigirse al jefe de Anna quejándose de la falta de colaboración de la policía con la prensa por las trabas que ponía para conseguir una entrevista. Julia temblaba al recordar la entrevista.

Sabía todo sobre la persona que tenía enfrente en la sala de interrogatorios pintada de blanco. Todo y nada. Julia observó aquellos ojos castaños oscuros que cuando le miraban a uno de frente exigían respuesta, y comprendió que la persona que tenía sentada enfrente era una interrogadora competente. Nunca había visto a Anna Eiler como interrogadora. La había visto como su mejor amiga.

Todo comenzó con el yoga.

Cuando Anna vivía en Estocolmo y estudiaba en la Escuela Superior de Policía asistió a una sesión. Quizá con la esperanza de encontrar de una vez la paz interior, no estaba segura.

No encontró la paz. Pero conoció a Julia.

«En realidad era curioso que nuestros caminos no se hubieran cruzado antes», pensó mirando a la mujer que hacía anotaciones sentada en la silla de enfrente al otro lado de la mesa. Tenían la misma edad, las dos eran del mismo pequeño rincón del planeta. Habían elegido institutos diferentes, la una había cursado el bachillerato de ciencias sociales en Skara y la otra el bachillerato de ciencias naturales en Linköping. Habían vivido a tan sólo unos kilómetros pero nunca coincidieron. Hasta que ambas se trasladaron a estudiar a Estocolmo, durante dos años y dos años y medio respectivamente, para poder acceder al trabajo de sus sueños.

Anna se enternecía cada vez que pensaba en el tiempo que pasó con Julia en Estocolmo. Fue como un flechazo. Julia se convirtió en su mejor amiga. La confianza era mutua. Dormían la una en casa de la otra, como hacen los niños. Se susurraron secretos, se contaron cosas que no pensaban que le contarían nunca a nadie. Julia era la única persona del mundo que conocía la verdadera razón por la que Anna se había hecho policía.

Quiso mucho a Julia Almliden. Aún la quería. Su amistad fue una de las cosas más fuertes que había experimentado, y al inicio de su relación, cuando paseaban del brazo por las calles de la capital, ella creyó que las dos juntas, como en los cuentos, podrían hacer frente a cualquier cosa. Estaba equivocada.

Anna advirtió que la mujer que tenía al otro lado de la mesa la estaba observando. Una mirada que interrumpió inmediatamente su paseo por la alameda de los recuerdos. Anna se forzó a volver a la sala de interrogatorios. Tenía trabajo. Llorar y odiar a Julia Almliden podía hacerlo después.

—El interrogatorio es el mejor modo de conseguir pruebas en una investigación. Las claves están en saber escuchar, la corrección en el trato, estar bien preparada,

tomarse tiempo y saber qué quiere uno conseguir con la conversación.

Julia asintió.

—Y vuestro grupo de casos abiertos, ¿cómo funciona si lo comparamos con las series?

—Aquí estamos hablando de asesinatos cuyos expedientes de investigación son habitualmente tres veces más voluminosos que en una novela policiaca inventada. Y considerablemente más difíciles de resolver. Los policías del grupo no sólo estudiamos los montones de documentos que forman parte de la investigación, también inspeccionamos los antiguos escenarios del crimen. Recorremos las calles. Estudiamos los detalles sobre el terreno. Intentamos ponernos en el lugar del autor del delito para imaginar lo que pensaba.

—Entonces exactamente igual que los polis de la tele —concluyó Julia.

—Sí. Salvo que ninguno de mis colegas se parece a Gunvald Larsson.

—Te olvidas de Karlkvist —contestó Julia, sonriendo.

Anna se echó a reír. Cuando se dio cuenta se puso seria.

Julia y ella jamás volverían a reír juntas.

Anna no volvería a reír nunca.

De eso ya se había encargado Julia.

SÁBADO, 13 DE FEBRERO DE 2010

Los tres periódicos estaban abiertos sobre la mesa, uno al lado de otro. Un trabajo bien hecho. Yo estaba muy contenta. Había aprendido muchas cosas. Conocimientos que ya estaban celosamente anotados en el cuaderno de las magdalenas.

Lo más importante era esconder bien el cuerpo.

Volví a hojear el segundo artículo, que ya había leído varias veces. La policía declaraba que el asesino de Nabhan Beydoun, el padre de cuatro niños, quienquiera que fuese, había cometido un error al tirar el cadáver a un pozo de drenaje cerca del camino Gamla Karlsborgs entre Mölltorp y Karlsborg.

«El barro no contiene apenas oxígeno. Por eso el proceso de descomposición es mucho más lento de lo normal y esa es la razón de que el cadáver, a pesar de todo, estuviera bastante bien conservado, teniendo en cuenta que había pasado allí seis años», afirmaba Jörgen Hermansen, el policía que dirigió la investigación del caso.

Definitivamente, yo escondería el cuerpo de mi padre en un sitio mejor.

Buena parte del periódico del sábado trataba del ADN.

«Ahora tenemos tantas posibilidades que es absolutamente increíble. Basta con un solo pelo minúsculo para que podamos condenar a los malhechores. Hace veinticinco años no contábamos con esas posibilidades», decía la agente Anna Eiler.

Había sopesado la posibilidad de raparme la cabeza cuando llegara el momento, para minimizar el riesgo de dejar rastro. Pero los artículos habían despejado también ese problema. Buena parte de los casos abiertos eran «desapariciones voluntarias». Cuando la policía no tenía sospechas de que se hubiera cometido algún delito, la investigación técnica —y el seguimiento de los allegados— no eran tan exhaustivos aunque el caso siguiera abierto. Lo cual era exactamente lo que había ocurrido en noviembre cuando Elisabeth Hjort desapareció de su casa.

«Todos quieren ver resultados, y estos se cuentan en sentencias condenatorias. Pero resultado es también volver a repasar la investigación, comprobar que uno ha hecho todo lo que podía antes de cerrar el caso. Eso es lo que ocurre con muchas desapariciones voluntarias. Uno verifica las pruebas hasta quedar satisfecho y

después sigue adelante», decía el policía.

Ergo, si no parecía un asesinato me libraría de problemas con el ADN y de buscar una coartada.

El punto número 76 del cuaderno de las magdalenas —de momento el más importante de todos ellos— era por tanto:

76. Tiene que parecer que mi padre se ha suicidado.

Seguí leyendo.

«Luego nuestro trabajo tiene mucho que ver también con las declaraciones de los testigos. Al principio, cuando se ha cometido un asesinato, las lealtades son muy fuertes. Muchos de los interrogados son allegados del sospechoso y puede que quieran protegerlo. Pero si le preguntas a la misma persona diez años después la situación puede ser distinta. La mala conciencia ha ido royéndolos. Quizá ya no sean tan amigos. Una mujer que anteriormente ha protegido a su marido puede que se haya separado. Hay muchas razones para hablar con la gente que en una fase anterior no hizo avanzar la investigación».

Bien sabe Dios que me sentí aliviada por enésima vez de no haberle contado nunca a mi novio los planes que estaba tramando.

En Suecia, el periodo de prescripción para los casos de asesinato era de veinticinco años. Pronto, gracias a la incompetencia de los investigadores del asesinato de Palme, desaparecería totalmente. Estaba convencida de que mi novio no me soportaría tanto tiempo. Veinticinco años o toda una vida daba igual.

A la larga nadie me aguantaba.

Eso había dicho mi padre.

Cuaderno de las magdalenas, 13 de febrero:

Datos: SUICIDIOS

873 000 personas se quitan la vida al año en el mundo.

En Suecia, la cifra es de algo más de 1500.

Cada suicidio le cuesta a la sociedad más de 18,6 millones de coronas por la pérdida de productividad y otros costes económicos.

Se suicidan más hombres que mujeres, y la mayoría de los que se quitan la vida tiene más de cuarenta y cinco años.

En Suecia, el método más habitual es el envenenamiento. Otros métodos habituales son ahorcarse, dispararse o ahogarse. Más de la tercera parte del total de hombres que se suicidan lo hacen ahorcándose. Entre las mujeres lo más frecuente es

tomarse algún tipo de pastillas, eso es lo que hacen casi la mitad. El diez por ciento de los suicidas se pega un tiro. De ellos, pocas son mujeres.

MUCHOS AÑOS ANTES

El enebro que crece en el jardín del número 7 de la calle Göt acaba de echar brotes.

Ella está toqueteando las suaves acículas de color verde claro y escuchando a su padre. Él está enfadado, pero como están en el jardín habla en voz baja para que no le oigan los vecinos.

—Nunca te aguantará nadie.

Se ríe. No es una risa bondadosa. Es esa otra. Esa risa que hace que una se sienta tonta. Porque no entiendes lo que entiende él. Es la risa que te da a entender que él sabe algo que tú deberías saber, pero que eres demasiado tonta para entenderlo.

—¿Me oyes? Tienes un carácter endiablado. Nadie querrá estar contigo. A la larga nadie aguantará a alguien como tú.

Habían estado jugando con las Barbies. Su amiga se había cansado de ella y se había ido a casa. Ella está triste y le ha contado a su padre que su amiga no quería jugar con ella. Ahora le gustaría no haberle dicho nada. Se podría haber inventado que la amiga tenía que irse a casa. ¿Por qué es incapaz de mentirle?

Valdemar se da la vuelta y entra en casa. La espalda recta. Los puños cerrados. El estallido de hoy es corto.

Pero las pocas palabras que ha dicho le hacen mella. Cavan un agujero en su alma y anidan allí.

Nunca la aguantará nadie a la larga. Tiene un carácter endiablado. Eso es lo que él ha dicho.

Aprieta la acícula. Siente cómo se desprende del arbusto y se le clava en la piel. Piensa en esas palabras, que desde ese día nunca van a desaparecer de su cabeza. Tarda sólo unos segundos en darse cuenta de que su padre tiene razón, como de costumbre.

Ella no le gustará nunca a nadie.

Nunca la aguantará nadie a la larga.

La culpa es suya. De su carácter.

Siente asco de sí misma. Se mira los pantalones de color rosa de estar en casa, y descubre una mancha en la camiseta. Es lógico que la niña que se ha ido no quiera ser amiga suya. Se llena de odio hacia sí misma.

Es realmente repugnante.

Mira a su alrededor en el jardín. No hay nadie con quien jugar. No se atreve a entrar en casa. Por miedo a lo que pueda pasar.

Mira al cielo con los ojos entornados para tratar de averiguar qué hora es. Cuánto falta para que se haga de noche y pueda irse a la cama. Suspira al darse cuenta de que aún quedan unas cuantas horas antes de que sea la hora de acostarse.

Abre la puerta del garaje, entra y se sienta en una de las viejas ruedas de invierno de la autocaravana. Allí podrá estar tranquila, mientras se pueda aguantar. Ya tenía necesidad de ir al baño cuando su padre empezó. Ahora tiene muchas ganas de hacer pis.

Se sienta con las piernas cruzadas y aprieta hacia dentro. Intenta no pensar en la vejiga. Piensa en lo que ha dicho su padre y tiene miedo de escuchar más porquerías sobre sí misma. Es mejor esperar. Sigue en el garaje hasta que fuera se hace tan oscuro como allí dentro.

Cuando por fin entra sin hacer ruido al cuarto de baño le duele tanto la vejiga que llora todo el tiempo mientras orina. De todos modos su padre ya está dormido. Ha merecido la pena.

DOMINGO, 14 DE FEBRERO DE 2010

Toqueteaba nerviosa el paquete mientras esperaba a que se abriera la puerta.

«¿Qué hago aquí?», pensó Julia, y estaba a punto de volver al coche cuando la puerta se abrió.

—¿Usted otra vez? ¿Y dónde está la otra torturadora?

Su tono de voz no era positivo ni negativo. Sólo una constatación. Ella otra vez. Una torturadora.

Julia trató de sonreír.

—No quiero molestarle. No he venido por trabajo. Me pregunto si podría charlar con Elias...

Mostró el paquete. Él lo vio, y su cara se dulcificó. Klas Hjort abrió la puerta y la dejó pasar.

—Está en su habitación.

La puerta estaba abierta. Julia vio una espalda pequeña y los rebeldes rizos castaños que cubrían la cabeza del chico. Respiró profundamente y golpeó con los nudillos en el marco de la puerta. El niño levantó la vista.

—Hola, Elias.

—Hola, Julia.

Ella se sentó.

—¿Te acuerdas de mí?

El niño asintió.

Sin saber muy bien cómo seguir, Julia empezó a toquetear el paquete que llevaba en la mano.

—Yo también me acuerdo de ti. Y he estado pensando en una cosa desde la última vez que estuve aquí. Me parecía que tus vagones eran tan bonitos que es una pena que no puedas seguir jugando con ellos ahora que la locomotora está en otro lugar. Así que si te parece bien y si lo quieres te he traído esto.

Notó cómo temblaba al darle el paquete. La cara del chico se iluminó.

—¡La que tiene pilas! Esa no la tenía antes. Tenía la otra locomotora.

Abrió el paquete y empezó a jugar con la locomotora roja y amarilla con lucecitas que se encendían y apagaban. Julia lo observó un par de minutos hasta que el chico recordó que no estaba solo en la habitación.

—Puedes coger el coche de policía. Las chicas pueden ser polis —le dijo.

—Sí, claro que pueden —contestó Julia mirando a su alrededor. Vio un coche de policía que asomaba debajo de la cama y se inclinó para cogerlo, pero se estremeció al ver algo oscuro metido al fondo, junto a la pared. Dudó pero luego alargó el brazo y sacó el objeto. Era un Buda de madera, negro, de unos veinte centímetros de alto. A juzgar por el polvo que lo cubría debía llevar allí bastante tiempo. Julia pasó el dedo por los recargados bordes finamente tallados.

—¡Qué muñeco tan bonito tienes debajo de la cama! —exclamó Julia.

Elias levantó la vista.

—Tienes que volver a colocarlo donde estaba —contestó en voz baja.

El chico se llevó un dedo a los labios y la miró haciendo una mueca expresiva.

—Es un muñeco especial. Es nuestro muñeco secreto, mío y de papá.

—¿Un muñeco secreto? ¿Para qué?

El niño la miró.

—Ya te he dicho que es secreto.

Ella sonrió y volvió a colocar rápidamente la estatuilla de Buda debajo de la cama.

—Sí, claro. Perdona, Elias. Mira, ya no está.

Julia se llevó un dedo a los labios justo como el niño había hecho antes.

—No diré nada. Secreto.

El niño parecía satisfecho con la respuesta. Se pasaron un cuarto de hora jugando con la locomotora nueva y el coche de policía antes de que ella se levantara para marcharse.

—Me voy, Elias —se despidió—. Gracias por dejarme ser policía.

El niño levantó la vista.

—El padre de Anna decidió que ella fuera policía.

Julia lo miró sorprendida y volvió a ponerse de rodillas.

—Es cierto. ¿Tú cómo lo sabes?

—Lo dijo ella.

—¿Cuándo lo dijo?

—Cuando hablamos.

—¿Cuándo estuvo aquí?

El chico sacudió la cabeza.

—En la comisaría.

—¡Guau! ¿Pudiste ver la comisaría? ¿Fue divertido?

—No. Yo quería volver a casa. Y me dejaron.

Un carraspeo hizo que ella se estremeciera. Levantó la vista y vio a Klas Hjort en la puerta.

—*You better not question* a mi hijo —le dijo.

Julia lanzó un suspiro. Sus padres también solían hablar *svenglish*, una mezcla de sueco e inglés, cuando no querían que los niños entendieran lo que decían. Como si los niños no entendieran por el tono de voz, con independencia del idioma, que algo no iba bien. Ella vio cómo temblaba Elias al oír el tono irritado de la voz de su padre. Ella sonrió a Elias, después a Klas.

—Ha sido muy divertido jugar un poco —dijo levantándose de nuevo.

—Adiós, Julia.

—Adiós, Elias.

Klas Hjort la siguió hasta la puerta. Cuando se alejaron lo suficiente de la habitación de Elias, Julia se volvió hacia él.

—En serio, sólo quería darle la locomotora.

—Eso espero. Por su bien.

Ya en el coche buscó el móvil para llamar a Ing-Marie y contarle lo del interrogatorio policial, al que sin duda habían sometido a Elias Hjort. ¿Por qué quería Anna hablar con Elias? Esperaba que Ing-Marie supiera la respuesta. Pero el móvil de su colega estaba apagado. Otra vez.

Julia soltó un taco. Arrancó el coche y olvidó enviar un sms.

LUNES, 15 DE FEBRERO DE 2010

Abrirían las puertas a las once. Cincuenta minutos antes cogí el coche y me puse en camino. Demasiado impaciente, pero no pude evitarlo. Había visto en el periódico de la mañana el anuncio de una nueva exposición en el Museo Provincial de Västergötland. Supe que tenía que ir. Inmediatamente. Me levanté, me disculpé con la excusa de que había olvidado una cita con el médico y salí del trabajo a toda velocidad.

Cuando enfilé a la carretera nacional 49 sentí el nudo en el estómago. Como si mi cuerpo notara instintivamente que kilómetro tras kilómetro iba acercándome a Götene. Acercándome a mi padre.

Encendí la radio y dejé que la música ahuyentara esos pensamientos. Había pasado una noche dura, lejos de las simpáticas ovejitas lanosas que saltan el cercado, o lo que sea que sueñen por las noches las personas equilibradas. Después de veinticinco minutos giré junto al parque Stadsträd y aparqué en el camino de gravilla. En la radio sonaba *Si me dejas ahora* de Lars Winnerbäck y Miss Li y quería escucharla hasta el final.

Dejé puesta la llave y me eché hacia atrás en el asiento. Cerré los ojos y dejé que mi cabeza se moviera al suave ritmo de la música.

«Probaría mis labios en los de otra, si me dejaras ahora», cantaba Lars Winnerbäck.

Una lágrima silenciosa me recorrió la mejilla. Mi novio había dormido en mi casa, y yo había esquivado sus besos. Él se sintió molesto y me preguntó cuál era el problema. Me dijo que había notado que yo había cambiado durante el último mes y que si había algo que no iba bien prefería saberlo.

—Ya no estás alegre —me dijo con voz apesadumbrada—. Cuando nos conocimos irradiabas alegría. Nunca había conocido a nadie tan alegre. Estar contigo era como estar en una película. Ya sabes, esa secuencia que dura uno o dos minutos. Donde suena una canción y todo ocurre a cámara lenta. La pareja se besa en el agua, corren de la mano por un prado soleado y alzan sus copas para brindar mientras hacen

picnic bajo un árbol al atardecer. Lo nuestro solía ser así. Tú solías ser así. Estar contigo era no querer dormir nunca por miedo a perder un minuto. Yo no estaba nunca cansado cuando estábamos juntos.

Los ojos se me llenaron de lágrimas cuando me miró.

—Ahora casi siempre estoy cansado —añadió.

Yo le juré mi amor. Pero cuando por fin nos dormimos no lo hicimos abrazados como solíamos, sino dándonos la espalda. Yo había dormido mal toda la noche. Tenía miedo de perderlo. Tenía miedo de que descubriera quién era yo en realidad. Miedo a no gustarle.

Cuando acabó la canción apagué la radio, pero continué sentada unos minutos, mirando el museo. Dejé que la tristeza desapareciera poco a poco. Si no me hubiera sentido tan miserable, la vista que tenía delante de mí probablemente me hubiera parecido atractiva.

El museo de Västergötland estaba en las afueras de la ciudad, en un edificio enorme de ladrillo rojo al lado de Fornbyn, un museo al aire libre conocido como el Pequeño Skansen de Skara, que era el orgullo de la ciudad. La nieve cubría como un manto grueso los bellos tejados de turba de las casas antiguas de madera, y el hielo de las ventanas hacía que no se pudiera ver el interior de aquellas diminutas casas que en su día albergaron familias de hasta seis personas, y a veces incluso sus animales domésticos.

Fornbyn era bonito, sobre todo en primavera, cuando las anémonas nemorosas se adueñaban del césped y el perfume de las hierbas aromáticas se mezclaba con el aroma a pan recién hecho procedente de la pequeña panadería.

Me preguntaba si volvería a visitar Fornbyn en primavera. O si me pasaría encarcelada como mínimo las dieciséis próximas primaveras.

Miré la hora en el reloj del salpicadero. Las 10:52. Ya debería poder entrar. El tema de la exposición era evidentemente el motivo de mi visita; pero, aparte de eso, sentía cierta curiosidad por el simple hecho de ver una nueva exposición. El Museo Provincial de Västergötland había vivido demasiado tiempo de la fiebre de Arn, el caballero templario. Parecía saludable que hicieran algo nuevo.

Cerré la puerta del coche mientras me preguntaba si Jan Guillou sabía realmente la que había liado con sus libros. Desde que se publicaron había tenido que contestar, durante los meses de verano, más de doscientas veces a la pregunta que hacían los turistas alemanes y de Estocolmo.

—Perdona... ¿Sabes dónde está enterrado Arn?

«¡Dios mío!», pensaba siempre, pero sonreía, y les explicaba que Arn era un personaje ficticio. Un personaje de novela. No había existido en la realidad.

Los turistas solían sentirse decepcionados. Luego, descorteses, porque se sentían tontos. Cosa que también eran.

El enorme museo acaparó mi atención, atrayéndome hacia la entrada.

Era la primera en llegar. Cuando vi a una persona sonriendo de pie al otro lado de la puerta maldije mi impaciencia. Debería haber esperado media hora. Entonces habría pasado más desapercibida entre la gente. Ahora esa mujer me recordaría.

—Nuestra primera visitante. ¡Qué alegría, bienvenida! Me llamo Sakineh Mazra y soy la directora del museo.

Nos dimos la mano. Me presenté sólo con el nombre. Dije que tenía una reunión en el centro a las doce y que había visto el anuncio de casualidad en el periódico. Me pareció que sonaba muy falso, pero la mujer parecía contenta de recibir a su primer visitante. Era sorprendentemente guapa para ser directora de un museo. Baja, quizá metro cincuenta. Delgada y con una espléndida melena suelta de color castaño oscuro que le caía por los estrechos hombros. Ojos oscuros, que presentí podrían volverse negros como el azabache si Sakineh Mazra se ponía de mal humor, y una cara bonita.

—Estoy esperando un autobús con alumnos del instituto, pero como es nuestra primera visitante puedo guiarle personalmente hasta que vengan, si quiere.

—Encantada. Gracias.

Mierda.

Empezamos a caminar hacia las puertas interiores.

—¿Es de la zona? Si es así supongo que habrá estado en el castillo de Läckö...

Asentí.

—Muchas veces.

—La idea de toda esta exposición parte inicialmente de Magnus Gabriel de la Gardie y sus años en el castillo de Läckö. El castillo original se empezó a construir en el año 1298, pero cuando De la Gardie se convierte en señor del castillo, a mediados del siglo XVII, mandó instalar una cámara de tortura en los sótanos. ¿Lo sabía?

—No. ¿O se refiere a la cárcel?

Sakineh Mazra meneó la cabeza.

—No, no. La cárcel es lo que la mayoría ha visto. La cámara de tortura no está incluida en la visita. Dentro verá fotografías de ella. Era un cuarto pequeño, alargado y sin ventanas donde De la Gardie empleaba aplastapulgares con las personas de las que quería obtener información.

Empezó a gesticular con las manos y levantó los pulgares como para explicarlo.

—Los aplastapulgares eran dispositivos con dos placas de metal, de poco más de veinte centímetros de longitud, que aplastaban los pulgares o los dedos de los pies. Aquí dentro podrá ver varios tipos. En Suecia empezaron a utilizarse en 1462 y doscientos años después seguían siendo populares, cuando instalaron la cámara. Eran eficaces para..., sí, bueno, para sacar la verdad —dijo riendo.

Yo sonreí y Sakineh continuó:

—En todo caso, tras el éxito de Arn hemos notado un gran interés por toda la

Edad Media en general y por el sufrimiento en esa época en particular. Hace un tiempo hicimos una encuesta entre los visitantes del museo en la que se demostraba que lo que mejor recordaba la gente de las películas de Arn era, por ejemplo, la escena de la ejecución junto a la iglesia de Varnhem en *Camino a Jerusalén*. Existe un enorme interés por conocer esas costumbres tan bárbaras. Yo acababa de participar precisamente en una conferencia sobre la cámara de tortura en Läckö, lo tenía reciente y pensé que tal vez fuera posible mostrarlo todo. Una orgía de barbarie, podríamos decir. Decidimos centrarnos en ello y empezamos a buscar exposiciones adecuadas. Me puse en contacto con algunos colegas extranjeros y me hablaron de una exposición que se había mantenido abierta durante cuatro años en el Museo Nacional de México. Empezamos a negociar hace poco más de un año y al final hemos conseguido que nos prestaran algunos objetos durante tres meses, antes de que ellos tengan que devolvérselos a sus respectivos dueños, que son quienes se los han prestado a su vez al Museo Nacional. Y por eso somos los primeros en Suecia, bueno, en realidad en todo el norte de Europa, que podemos ofrecer una exposición sobre la tortura, sobre los diferentes métodos de torturar y castigar a la gente en diferentes países, con el enfoque puesto sobre todo en la Edad Media. Hemos conseguido incluso que nos presten los aplastapulgares del castillo de Läckö.

Sakineh Mazra me ofreció un folleto.

Cogí el papel amarillo y clavé la mirada en la imagen de un hombre atado en un potro de tortura. Leí el texto de encima:

Tortura en el mundo – Tortura en Västergötland
Un viaje alrededor del mundo entre las almas torturadas

Levanté la vista y me volví a encontrar con la sonrisa de Sakineh Mazra.

—Estamos muy contentos de haber conseguido llevar a puerto este proyecto. Nos parece realmente una respuesta interesante, que abarca todo el mundo, y por la que nuestros visitantes han mostrado interés. Acompañeme ahora dentro, y empezamos.

Pasamos las puertas de cristal y entramos en la sala grande de exposiciones. Miré el primer cuadro colgado en la pared blanca. Dentro de un enorme marco negro de madera se veía un texto en cursiva.

Tortura es todo acto por el cual se inflija intencionadamente a una persona dolores o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales, con el fin de obtener de ella o de un tercero información o una confesión, de castigarla por un acto que haya cometido o se sospeche que ha cometido.

—Es de la Convención de Naciones Unidas contra la tortura. Me pareció que podía ser un arranque apropiado para la exposición, ¿no le parece? —me preguntó

Sakineh Mazra.

Me quedé sin palabras. Miré el texto y volví a leerlo despacio. Detenidamente.
«... *castigarla por un acto que haya cometido...*»

Ojo por ojo.

Mi padre me había torturado durante décadas. Yo iba a acabar con su sufrimiento en mucho menos tiempo. Pero iba a sufrir de verdad, y Sakineh Mazra podía tener la solución de cómo hacerlo.

A la derecha del cuadro había una muñeca que representaba a una mujer enterrada. Lo único que sobresalía por encima de la tierra eran los brazos y la parte superior del cuerpo, a partir del pecho. La muñeca llevaba un chador. El vestido la cubría por completo, salvo una abertura alargada alrededor de los ojos. Caían gotas de sangre pintada de una herida muy bien hecha en el ojo izquierdo de la mujer y resbalaban por su mejilla izquierda.

—Esto no forma parte de la exposición de México sino que lo he incluido yo — continuó Sakineh Mazra, mirando a la mujer enterrada.

—Nací en Irán. Llegué aquí de pequeña con mi abuela, como refugiada. Mi madre y mi hermano no nos acompañaron. Mi padre acusó a mi madre de adulterio. Ella negó el delito pero lo reconoció después de noventa y nueve latigazos.

Me estremecí.

—Imagínese que le dan noventa y nueve latigazos mientras la gente, hombres y mujeres, la rodea y grita. Aúllan porque quien le da los latigazos no lo hace con la fuerza suficiente.

—Eso puede forzar a cualquiera a reconocer cualquier cosa.

Sakineh Mazra me miró, asintiendo con seriedad.

—Exacto. Una vez que confesó la condenaron a muerte. La enterraron de la misma manera que a la mujer que tenemos delante de nosotras. Tres hombres eran los responsables de su ejecución. Se pasaron un día entero buscando piedras. Tienen que ser del tipo adecuado, ya sabe. De esas que hieren y hacen daño, pero no matan. Al menos al principio. Tiene que llevar su tiempo.

Cerró los ojos.

—Fue el 14 de marzo de 1982.

—Lo siento.

No sabía qué decir. Le pregunté qué había pasado con el hombre con el cual se sospechaba que su madre había engañado al padre de Sakineh Mazra.

—También recibió su castigo —contestó la directora del museo—. Les pareció que cuarenta latigazos eran suficientes. Pues se trataba de un hombre.

—¿Y qué pasó con su padre? ¿Y con su hermano?

La directora del museo se encogió de hombros.

—No lo sé. Mi abuela materna me cogió y huimos. Se vio obligada a dejar a

Sanjar, mi hermano, porque no habría podido salir nunca del país con un niño sin el permiso de su padre. Para mí, mi padre está muerto. Al menos, eso es lo que le deseo. Del mismo modo que deseo que Sanjar esté bien, aunque lo dudo.

—Comprendo que quisiera incluir esa muñeca en la exposición.

Sakineh Mazra asintió de manera casi imperceptible y se dirigió con paso resuelto hacia dos medios cilindros.

—Esta es la bota malaya —dijo la directora del museo.

Parecía aliviada al cambiar de tema.

—La llamaban también aplastapiernas.

Miré los medios cilindros provistos de púas romas. Al lado de ellos, un dibujo mostraba a un hombre con una pierna machacada, un líquido le corría por los pies.

—La gracia consistía en ir apretando la pierna de la víctima entre los dos medios cilindros hasta romperle los huesos y que fluyera la médula.

Yo la escuchaba algo distraída. Estaba pensando en el padre de Sakineh Mazra. En cómo había causado la muerte de su mujer. Yo pensaba en mi padre. En la cantidad de veces que había hablado de matar a mi madre. Intenté imaginarme a mi padre delante de mí con la pierna sujeta, pero enseguida comprendí que la construcción de ese artilugio estaba fuera de mi alcance. Yo era una experta montando muebles con las instrucciones de Ikea, pero no solía lanzarme a hacer cosas más complicadas. Mi padre podría conservar la médula. Aunque perdiera la vida.

Seguí a Sakineh Mazra hasta lo que al principio pareció una cuba normal y corriente.

—Ahora nos encontramos en Italia, durante la Baja Edad Media. Allí estaban entonces encantados con la cuba de clavos. Roma se construyó, como se sabe, sobre siete colinas, y una de las diversiones preferidas a finales del siglo xv y principios del xvi era utilizar las siete colinas para esto.

Levantó la tapa y me mostró los clavos afilados como punzones que atravesaban la cuba por todas partes.

—Primero metían a la víctima en la cuba. Después clavaban los clavos y finalmente la dejaban caer rodando desde una colina. De esa manera el cuerpo se va destrozando hasta llegar al final de la cuesta. Si es larga y empinada, claro.

Yo nunca tendría la fuerza suficiente para meter a mi padre en una cosa así. Demasiado complicado. Y aunque la cuesta de Billingen estaba a la altura de las colinas de Roma, cuatrocientos metros de recorrido, con una caída de cien metros, el caso es que no tenía ni idea de cómo subir a mi padre hasta la cima sin ser descubierta.

—Ahora llegamos a Suecia. Junto a los aplastapulgares teníamos también predilección por obligar a la gente a pasar las baquetas. Este tipo de tortura se

practicó desde finales del siglo xv hasta que el rey la abolió hace casi doscientos años. El último castigo con baquetas tuvo lugar el 26 de noviembre de 1812.

—¿En qué consistía?

—La verdad es que es interesante porque exige la participación activa del reo. Él, porque solía ser un hombre, tenía que correr, desnudo o con poca ropa, por un estrecho callejón formado por personas a ambos lados que lo golpeaban con palos y ramas.

Y continuó:

—Hoy la postura es muy distinta. Pocos presos correrían voluntariamente delante de las personas a las que ellas mismas han causado algún daño y les dejarían tomarse la revancha. ¿No le parece?

Cerré lo ojos y vi delante de mí a mi madre con una rama en la mano. Yo estaba al lado con un buen palo. Mi hermano pequeño tenía un garrote. Mi hermano mayor y Bengt, igual. Mi primera madrastra. Mi segunda madrastra. Lilleman. Vi a todos a quienes mi padre había hecho daño, humillado, vituperado. Todos armados. Hambrientos de venganza. Ojo por ojo. Diente por diente.

La carcajada que sonó en la sala me sacó de mis fantasías y me obligó a volver al presente. Al museo de Västergötland.

—Se ríe. ¿Así que le ha gustado?

Sonreí a Sakineh Mazra, pero mi sonrisa murió enseguida.

No podía decidir qué era lo más inverosímil de la fantasía que había surgido en mi cabeza. Si que todas esas personas buenas de mi entorno, a las que mi padre había hecho daño, se pusieran de acuerdo para castigarlo públicamente, o que mi padre acatara órdenes y corriera para encontrarse con sus víctimas y recibir su castigo como un hombre.

Probablemente esto último.

Sakineh Mazra ya estaba al lado de una camilla donde había un muñeco atado. Sobre el muñeco había una vasija boca abajo. Del pequeño orificio goteaba agua sobre la frente del muñeco con dos segundos de intervalo.

—Esto es un descubrimiento chino. Sencillo pero genial. Muchos instrumentos de tortura no estaban pensados para matar sino, como su nombre indica, para torturar. Lo cual no tiene por qué ser difícil ni complicado; la gota china es un estupendo ejemplo de ello. Si uno está inmovilizado y le caen gotas de agua en la frente, llega un momento en que el cerebro no puede soportarlo. Uno se vuelve loco.

Eso despertó mi interés. El ahogamiento ya lo había descartado, pero, a pesar de todo, lo cierto era que mi padre le tenía miedo al agua. Me quedé pensando si no sería algo a lo que podría someterlo antes de matarlo.

—... Y ahora estamos ante un fenómeno extendido por todo el mundo. Los electrochoques.

Me apresuré hasta la siguiente pieza de la exposición. Una figura se inclinaba sobre otro muñeco atado a una camilla.

—Como verá, los electrodos están colocados en las partes más sensibles del cuerpo. El pecho, el vientre, las piernas y los genitales.

Yo siempre había asociado los electrochoques con los manicomios. De alguna forma me parecía bastante acertado, teniendo en cuenta que estaba convencida de que era allí donde mi padre debería estar desde hacía mucho tiempo.

—Los electrochoques, como he dicho, se utilizan en todo el mundo, incluso en la actualidad. Una razón por la que se han vuelto tan frecuentes es porque, a diferencia de otros métodos, no dejan marcas físicas en el cuerpo. Aquí dejamos a la gente probar lo que se siente cuando recibes una descarga de corriente eléctrica. Uno tiene que levantar esta tapa, introducir el dedo, y...

Sakineh Mazra dio un respingo y empezó a toquetearse el dedo. Sonrió.

—Tiene el mismo voltaje que un cercado electrificado. No puede causar ningún daño, pero es desagradable. La idea es que quienes lo prueben comprendan el fenómeno.

Miré los muñecos y me gustó lo que vi. Cuando puse el dedo índice en el botón y sentí cómo penetraba la corriente en el dedo y se extendía por el cuerpo disfruté.

Sería difícil y complicado de montar, pero darle electrochoques a mi padre realmente me seducía.

Pasamos por delante de varios cinturones de castidad, un potro de tortura y dos picotas. Sakineh Mazra hablaba. Yo hacía preguntas. Asentía. Elogié a la directora del museo por el trabajo que habían realizado para la nueva exposición.

—¡Gracias! Ha sido un poco complicado últimamente porque Arn ha sido la atracción durante mucho tiempo y ahora el interés empieza a declinar. Pero esto seguro que atrae a muchos visitantes nuevos. Ya tenemos reservas de escuelas de cinco municipios, por lo que pensamos que nos esperan tres meses buenos. Después hemos programado una breve exposición de fotografía durante el verano, antes de poner en marcha nuestro próximo gran proyecto: «Skara en la Edad Media», dentro de seis meses. Traeremos hasta aquí los muebles más antiguos de Suecia y la famosa casulla del obispo Brynolf Algotsson. Además, tras varios años de negociaciones, la biblioteca diocesana por fin ha accedido a prestarnos el libro más antiguo de Suecia, el *Skaramistralet*, El misal de Skara. Vamos a construir aquí dentro una Skara en miniatura para que los visitantes puedan sentir cómo era vivir en esta ciudad un día normal de 1288. Puede volver entonces.

Calculé mentalmente los meses. Dentro de seis meses estaríamos en agosto.

Si no estaba en la cárcel podía interesarme ver una vieja casulla.

Si no estaba en la cárcel podía interesarme cualquier cosa.

—Hasta entonces —contesté, dándole las gracias una vez más por la visita guiada

mientras un autocar hacía su entrada en el aparcamiento. Desaparecí entre un hormiguero de escolares con la esperanza de que fuera cierto lo que acababa de decir.

Cuaderno de las magdalenas, 15 de febrero, 22:34.

Investigar las posibilidades de los electrochoques:

1. *¿Cuántos voltios se necesitan?*
2. *¿Cómo se conecta?*

Gota china:

1. *Probar: llenar una bolsa con agua y hacer en ella un agujero pequeño con una aguja. Calcular cuánto tarda el agua en salir y controlar que el agujero no se agrande y el agua salga toda de una vez.*

2. *¿Existe algo parecido a un reloj de arena pero para agua que se pueda comprar?*

MIÉRCOLES, 17 DE FEBRERO DE 2010

Ing-Marie cortó un trozo de su pizza caprichosa. Se lo llevó a la boca y lo masticó pensativa.

—¿Y Klas Hjort? ¿Lo has tachado de tu lista de posibles asesinos? —preguntó.

Julia vio al marido delante de ella. Recordó que le había contado que no echaba de menos la incapacidad de su mujer para tener la casa ordenada, pero se avergonzó de haber pronunciado esas palabras. Su desesperación por haber estado con su amante cuando ella murió.

—No, creo que lo más probable es que sea inocente. Pero ¿quién sabe? Tampoco podía imaginarme que se acostara con la vecina.

Julia apartó el plato.

—Necesitamos algo más. Alguna pista —se quejó.

—Esto es más fácil en la tele. ¿Dónde está Gil Grissom cuando una lo necesita?

Ing-Marie sonrió y sacó su bloc de notas.

—En Las Vegas. O perdido en la selva, depende de la temporada. ¿Hacemos un listado de lo que tenemos de momento?

Julia asintió. Extendió los dedos y empezó a contar.

—Uno: creemos que hay un hombre implicado porque la tapa del váter estaba levantada. A no ser que a Elisabeth Hjort le diera de repente por limpiar la taza cuando tenía el resto de la casa manga por hombro. Dos: sabemos que alguien recogió la habitación de los niños, lo cual significa que él o ella es un tiquismiquis. Tres: a Elisabeth la mataron con un objeto romo. Cuatro: sabemos que en su casa había una carta de contenido impreciso. A propósito, ¿sabes algo más de eso?

Ing-Marie negó con la cabeza.

—No. La última vez que hablé con mi fuente la respuesta fue que se podía demorar un poco.

—¿Cómo conseguiste realmente una fuente tan buena en el Instituto Nacional de Ciencias Forenses? Desde luego, es una mina.

Ing-Marie se sonrojó.

—En otra ocasión, quizá. Ahora vamos a continuar —contestó de forma evasiva. Julia levantó la otra mano.

—¿Y sospechosos? Uno: Klas Hjort. Las estadísticas dicen que el asesino es una persona cercana. Y además le era infiel. Dos: Klara Hunnevie. Es evidente que odiaba a Elisabeth y quería quitarle el marido. Dicen que estaban follando a la hora que mataron a Elisabeth, lo cual puede significar que son inocentes o que la mataron juntos. O bien lo hizo uno de ellos y el otro le ha proporcionado una coartada al asesino.

Julia hizo una pausa y bebió un sorbo de su agua mineral.

—Y luego está el sospechoso número tres. Ulf Karlkvist. Puede que supiera lo del adulterio, que fuera hasta allí para contárselo pensando que podría conseguir que Elisabeth volviera con él y que ella le diera calabazas. Tiene un humor de perros. ¿Es posible que se enfadara tanto como para llegar a matarla?

Ing-Marie alargó el brazo y cogió un palillo. Se limpió la boca despacio mientras parecía sumida en sus pensamientos. Al final esbozó una sonrisa, de esas que ahora se veían tan a menudo en su cara.

—Tengo que decir que esto me apasiona. Por fin, un auténtico asesinato en Skövde que hay que resolver, y nosotras estamos en el centro de los acontecimientos.

Julia le sonrió burlona.

—Ya se lo diré a Elisabeth, si me tropiezo con su alma en algún sitio, que su asesinato te apasiona.

Ing-Marie alzó las cejas.

—Sabes lo que quiero decir. Está bien, se acabó el tema —dijo la reportera criminalista dejando el palillo en la mesa.

—Vamos a dejar a un lado a los tres clásicos y pensar en otras personas de su alrededor. Yo digo un nombre y tú dices lo primero que se te ocurra, en cuanto al motivo o la coartada.

Julia enderezó la espalda y esperó.

—Mats Hunnevie.

Julia negó con la cabeza.

—Francamente, no. Demasiado bueno. No tenía ningún motivo para estar enfadado con ella.

—¿Göran Hjonåker?

Julia recordó la locomotora del psicólogo y se sonrojó al pensar que había desconfiado de aquel hombre tan amable. Volvió a negar con la cabeza.

—Demasiado bueno también. Y la policía ha comprobado su coartada. Estuvo con una enferma mental toda la tarde hasta las cinco menos cuarto.

Ing-Marie la miró con dureza.

—¿Así que uno es un enfermo mental si va al psicólogo?

Julia hizo un gesto agitando la mano.

—Ya sabes lo que quiero decir. Continúa.

—¿Un amante secreto?

Julia respondió con una media sonrisa.

—¿Un amante? ¿Y cómo lo consiguió un ama de casa deprimida que no tenía apenas fuerzas para ocuparse de sí misma?

—Está bien. Anna-Maj Hansson, ¿entonces?

Julia se echó a reír.

—Eso sería el colmo. Que esa anciana de ochenta años fuera la asesina. ¡Anda ya!

—¿Los niños?

Julia alzó las cejas.

—Buena idea, Ing-Marie. De veras. Si no fue esa anciana senil tal vez fueran sus hijos, que acaban de dejar el pañal. Ahora estás haciendo realmente honores a tu título: reportera criminalista.

Ing-Marie Andersson extendió las manos dándose por vencida.

—Entiéndeme, me gustaría mucho resolver este caso y creo, hablando en serio, que estamos haciendo un buen trabajo. Pero tengo la impresión de que se nos está escapando algo.

—Mejor dicho, alguien —musitó Julia.

VIERNES, 19 DE FEBRERO DE 2010

Era el día de mi cumpleaños.

Mi novio me había despertado trayéndome un pastel de chocolate y una coca-cola a la cama. Mis golosinas favoritas. Servidas por mi hombre favorito. Sonreí al recordarlo, pero me llevé enseguida la mano a la tripa y comprobé dónde había dejado esta vez el pastel de chocolate su huella indeleble. Odiaba esa tendencia mía a coger peso con tanta facilidad. Otro regalo de mi padre. Muchas gracias, Valdemar.

Estaba delante del espejo negro de la entrada maquillándome para ir al trabajo. La luz no era la mejor, pero me parecía que no importaba.

Me observé la cara. No mejoraría gran cosa con unos polvos de Kanebo, un rizador de pestañas y un poco de rímel. No dejaría de ser la misma mierda debajo del maquillaje.

Mi novio se deslizó por detrás de mí y me abrazó. Colocó la nariz contra mi cuello y aspiró profundamente.

—¡Qué guapa eres! —le dijo a la imagen del espejo.

Yo enarqué las cejas.

—Pero mírate... —insistió él.

Se colocó detrás de mí, mantuvo el brazo izquierdo alrededor de mi cintura y con la mano derecha señaló mi cuerpo.

Me acarició la mejilla.

—Tus mejillas son tan suaves... Eres blandita como un bebé cuando te acaricio aquí.

Retiró la mano de mi mejilla y señaló mis ojos.

—Los más bonitos del mundo.

Sus manos se iban moviendo. Me cogió de la punta de la nariz y la levantó de manera que pareciera el hocico de un cerdo. Gruñó detrás de mí, riéndose.

—Amo tu nariz.

Movió las manos y las colocó alrededor de mis pechos.

—De esto no vamos a hablar. Son fantásticos. Tú eres fantástica. ¿Qué es lo que

no te gusta de ti? No lo entiendo.

Me daba vueltas la cabeza. Los ojos se me llenaron de lágrimas. Me miré a mí misma. Traté de ver lo que él veía.

Mis ojos. Pero si tenía los ojos de mi padre...

Las mejillas de mi padre.

Y esa asquerosa nariz de patata que yo tanto detestaba. Así de fea era. Nadie me soportaría. A la larga nadie me aguantaría porque tenía muy mal carácter. Era una mocosa. Una cría de mierda. Una maldita cría.

—No puedo ver nada que me guste —susurré al espejo.

Empecé a llorar. Me solté de sus brazos y me encerré en el baño hasta que se me pasó el ataque. Cuando volví a salir, él estaba esperándome sentado en una silla de la cocina.

—Alguna vez tendrás que empezar a plantearte cuál es el motivo. Y lo que tienes que hacer.

No le conté que ya sabía cuál era el motivo, y lo que tenía que hacer.

Oyó un clic y supo automáticamente que había un fotógrafo de la prensa arriba, en el coro de la iglesia.

Anna Eiler pensó subir ella misma y echarlos, pero había visto el coche de Julia en el aparcamiento y no quería encontrarse con ella ni con ninguno de sus colegas. Ese día, no.

Estaba en la parte de atrás de la iglesia, cerró los ojos y se recostó contra la rugosa y fría piedra caliza traída directamente de Västgötaberget para construir la iglesia de Våmb. Que subiera Patrik si quería que dejaran de hacer ruido. Para eso era el encargado de aquella maldita e interminable investigación. No ella.

La iglesia de Våmb sólo tenía espacio para cincuenta personas pero, incluso así, sólo estaba a la mitad, y los chasquidos de las cámaras interrumpían el silencio. Cuando empezaron a doblar las campanas y su sonido sordo acalló el ruido de las cámaras, Anna se sintió aliviada y esperó que el fotógrafo fuera sensato y se comportara durante el resto del entierro.

Vaya día de perros.

Miró el ataúd blanco que había delante, adornado con rosas rojas. Los restos mortales de Elisabeth Hjort habían sido propiedad del Estado durante seis semanas. Ya habían hecho todas las pruebas, aunque los resultados no estaban listos aún, y era hora de que el marido y los dos hijos pudieran enterrar a su mujer y a su madre.

Observó las cabecitas que sobresalían en el primer banco de la iglesia, cada uno a un lado de su padre, bastante más mayor y mejor peinado. Los dos niños tenían la misma cabellera rizada, pero de distinto color. Iban vestidos para la ocasión. Vaqueros negros, camisas blancas y pequeñas corbatas blancas. Habían avanzado por el pasillo central cada uno a un lado de su trajeado padre. Los dos niños apretaban con fuerza su mano. En la otra mano llevaban una rosa roja.

Elias, que iba a la izquierda de su padre y por lo tanto pasó más cerca de ella, miró a Anna a los ojos un breve instante, antes de que su mirada volviera a concentrarse en los dibujos del suelo de piedra que conducían hasta el féretro. Klas Hjort y sus hijos se detuvieron frente al altar. Anna vio que el hombre se agachó para

ponerse a la altura de los niños, señaló el ataúd, dijo algo a sus hijos, los abrazó, y luego, con las manos de los niños de nuevo en las suyas, se retiraron y se sentaron delante.

Se preguntó qué pintaban Patrik y ella allí.

Órdenes de Karlkvist.

En las películas americanas siempre había superpolicías fuertemente armados con auriculares en las orejas que hablaban entre ellos a través de pequeños micrófonos e iban analizando a todos los asistentes. Ella dudaba de que existieran esos auriculares en su brigada. Había dejado su arma reglamentaria en la comisaría y estaba casi segura de que Patrik había hecho lo mismo.

Anna miró a su alrededor en la iglesia. Tal vez estaba allí el asesino de Elisabeth. Tal vez no.

El organista empezó a tocar, y segundos después los asistentes y el sacerdote se unieron al coro entonando *Espléndida es la tierra*. Anna escuchaba la letra con las manos entrelazadas y mirando hacia delante. Se preguntó con qué frecuencia realmente iba uno al paraíso acompañado de canciones como decía el salmo. Sus experiencias de encuentros con la eternidad le decían que en contadas ocasiones esos encuentros eran apacibles. De hecho, no podía recordar que en el ejercicio de su profesión hubiera visto a una sola persona muerta que tuviera el aspecto de haber tenido una muerte apacible. Ni siquiera en los suicidios.

El salmo terminó y ella miró al sacerdote, que a su vez miraba a Erik y a Elias mientras hablaba. Escuchó sus palabras, dirigidas a los niños. Parecía evidente que en el fondo era un buen sacerdote, con las mejores intenciones, pero que de todos modos no podía reprimir totalmente al actor que llevaba dentro. Demasiado alta la voz. Demasiado clara la pronunciación. Demasiadas pausas escénicas. Sencillamente, era demasiado obvio que le agradaba la idea de pronunciar un bello discurso a los niños huérfanos. Anna deseaba que aquel día terminara pronto.

De camino a la comisaría pensó por qué se habría quedado Ulf Karlkvist fuera, sentado en su coche en el aparcamiento de la iglesia, durante la ceremonia, y si debería decirle algo a su colega.

Cuando nos acostamos por la noche él se acurrucó a mi lado. Tuve que contener el impulso de volverme de espaldas. Me preguntó si padecía alguna crisis relacionada con la edad. Yo asentí.

—El tiempo se escapa —contesté, llevándome las manos a la frente con gesto teatral.

En parte era verdad.

Me estresaba cómo corría el tiempo. Pero no el mío. Mi cumpleaños había pasado inadvertido en el trabajo, lo cual no me molestaba lo más mínimo, más bien al contrario. Pero había decidido que mi padre no iba a poder celebrar su próximo cumpleaños. Iba a cumplir un número redondo, igual que yo. Los años de tiranía pasados eran más que suficientes. Quedaban menos de tres semanas. Él cumplía años el 10 de marzo. No me iba a dar tiempo.

—¿Estás triste porque no te ha llamado tu padre? ¿Es en eso en lo que estás pensando?

Lo miré fijamente. ¿Había vuelto a pensar en voz alta? Después caí en la cuenta de que quizá fuera una pregunta adecuada de un novio a su novia el día de su cumpleaños.

—Ya me he acostumbrado. Fue más duro las primeras veces.

Le conté que una vez hacía muchos años pasé el día en mi piso y cené allí con unos amigos. Que estuve todo el tiempo mirando de reojo el reloj de la pared. Preguntándome cuándo llamaría mi padre. Que cuando el reloj marcó las nueve y media no pude contener la tentación de llamar a mi hermano pequeño al móvil.

—¡Felicidades! —le dije con la voz más alegre que pude sacar.

—¿Qué?, igualmente. Pero me llamaste esta mañana y me felicistaste.

—Lo sé, pero quería felicitarte otra vez y preguntarte si has tenido un buen cumpleaños.

Mientras mi hermano hablaba oí la voz de mi padre de fondo. Se reía de algo.

—Ya oigo que aún tenéis fiesta. No te molesto entonces.

Colgamos. La voz de mi padre me taladró la cabeza el resto de la noche. Su

carcajada fue lo último que oí antes de quedarme dormida.

Traté de recordar qué había hecho mal aquella vez. Si habíamos discutido por dinero. O por algún novio. O cualquier otra cosa imperdonable que yo hubiera hecho. Bien sabían los dioses que, en cualquier caso, él no tenía la culpa, fuera lo que fuese.

Espanté los recuerdos y me volví hacia el hombre al que amaba.

—Entonces estuve triste. La segunda vez fue un poco más fácil. ¿Ahora? Ahora no me importa tanto.

Su cuerpo grande y cálido me abrazó.

—No debería comportarse así —dijo en voz baja.

Asentí.

En ese momento sonó el teléfono. Miré el nombre que aparecía en la pantalla. «Papá Casa». Lo levanté para enseñárselo a mi novio.

—Pero contesta —dijo.

Apreté el botón verde y susurré un «¿Sí?».

—¡Felicidades!

Era la voz de mi hermano pequeño. No sabía si reír o llorar.

—Felicidades a ti también. Otra vez.

—¿Qué haces?

—Me iba a dormir, pero me gusta mucho oír tu voz antes. ¿Qué ha pasado desde la última vez que hablamos? ¿Has tenido una fiesta divertida?

Lo había llamado por la mañana y le había cantado el *Cumpleaños feliz* al teléfono. Que volviera a llamar significaba que había pasado algo.

—Sí... Papá, Lilleman y yo hemos salido a cenar.

El nudo en el estómago apareció tan de repente como un puñetazo propinado por Valdemar.

Le pregunté. Aunque sabía lo que me iba a responder.

—¿Los tres? ¿No os acompañó su mujer?

—No...

Cerré los ojos. Esperé a que continuara. Oí el miedo en su voz.

—Es una lástima. Se ha caído por la escalera. Lleva varios días en la cama. No podemos verla porque le duele mucho.

Algunos recuerdos relampaguearon en mi cabeza como flashes de una película. Mi hermano mayor midiendo el cacao con los ojos aterrados. El abuelo con la cinta antideslizante en la mano. Mi hermano pequeño en el hospital. La voz de mi madre: «Si alguien hubiera hecho algo».

La violencia de mi padre iba en aumento. Me apresuré a cambiar de conversación.

—Pobre mujer, espero que pronto se ponga bien. ¿Ha pasado algo más?

—Sí. Nos vamos a mudar.

Su voz sonó enseguida más alegre.

—Papá ha conseguido que Lilleman pueda empezar a jugar en el club de fútbol Helsingborg IF.

—¡Ooh!

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Puse la mano en el teléfono para que no pudiera oír cómo resoplaba. Cerré los ojos e intenté respirar por la nariz para que no lo notara. Esperé a que mi respiración recuperara la normalidad. Lo último que quería era desmayarme con mi hermano pequeño al otro lado del teléfono.

—He dicho: «¡Huy!» —dije finalmente—. Está un poco mal la línea. Ya sabes que en mi casa la cobertura es mala. ¿Estás contento?

—Sí, y sobre todo Lilleman. Si va a ser un futbolista profesional tenemos que vivir en Helsingborg. Eso es lo que ha dicho papá.

«No, no tenéis que hacerlo», pensé, pero me di cuenta de que habría sido hablar a oídos sordos.

Mi hermano pequeño continuó. Mi segunda madrastra y mi padre ya lo habían arreglado todo, me dijo. Lilleman iba a jugar de suplente en el Helsingborg IF, y mi padre ya había empezado a buscar escuela para los dos.

—Nos mudamos antes de verano. Papá ha comprado una casa muy bonita. Tiene seis habitaciones. Sólo a cuatrocientos metros del estadio Olympia.

Charlamos un poco más. Le dije que lo quería y colgué.

Me dejé caer en el suelo. Intenté que el pánico no me arrastrara.

Si dejaba escapar ahora a mi padre ya no tendría ningún control sobre los pequeños cuando su locura volviera a adueñarse de él. Si mi padre rompiera otra jarra, quizá esta vez en la cabeza de Lilleman, yo nunca lo sabría. Si mi segunda madrastra acudía con hematomas al hospital de Helsingborg la próxima vez que «se cayera por la escalera» no habría ninguna sospecha anterior de maltrato.

Mi padre se convertiría en un ciudadano modelo recién mudado a Helsingborg. Un próspero hombre de negocios con millones en el banco. Inocente a los ojos de la ley.

Odiaba todo y a todos los que habían contribuido a que Valdemar no estuviera en ningún registro de delincuentes.

Entre ellos a mí misma.

Maldije la cobardía de todos.

Lo maldije a él.

Mi hermano pequeño, sin saberlo, me había dado una fecha límite de regalo de cumpleaños.

Se iban a mudar «antes de verano», había dicho.

Por lo tanto, mi padre debía morir antes de las vacaciones de verano.

Volví a la cama, donde me estaba esperando mi novio, y me di cuenta de que

tenía que darme prisa. No podía perder ni un solo día.

SÁBADO, 20 DE FEBRERO DE 2010

Miré enfadada a mi novio.

Gilipollas.

Puede que él notara que yo lo estaba mirando. En cualquier caso, apartó la mirada de la ventanilla del avión y me sonrió.

—¿No me digas que no es esto justo lo que necesitamos?

«¡Y una mierda!», pensé, pero respondí con un ligero asentimiento y una sonrisa forzada.

Me despertó a las cuatro de la mañana y me dijo que no había recibido mi último regalo de cumpleaños. Que teníamos un viaje de dos días a Nueva York que empezaría unas horas más tarde. Que estaríamos de vuelta el lunes por la mañana y que sólo llegaría con una hora de retraso a mi trabajo.

Intenté preguntarle si no podíamos posponer el viaje, le pregunté si realmente teníamos que hacer el viaje esos días.

Mi novio se sintió muy ofendido. Bajó la vista a la copia de las reservas que acababa de agitar y empezó a hablar de que eran billetes que no se podían cambiar de fecha ni anular. Dijo que no me quería obligar a nada, pero que a él le parecía que yo lo necesitaba.

Que los dos lo necesitábamos.

Que le parecía que yo había estado muy triste y ausente últimamente, y que él quería que hiciéramos juntos algo romántico.

La mala conciencia me pudo y dediqué las últimas horas a convencerle lo mejor que pude de que era una idea estupenda dejar todo a un lado y pasar cuarenta y ocho horas en Manhattan nosotros solos.

Miré mi bolso de mano. El cuaderno de las magdalenas estaba en la parte superior. Lo sopesé una y otra vez, pero sentí que tenía que llevarlo conmigo. Merecía la pena correr el riesgo. Mi novio no curioseaba en mi equipaje de mano y confiaba en que el personal de aduanas norteamericano no supiera sueco. Con el poco tiempo del que disponía cada minuto era oro. No podía perder dos días en Nueva

York sin el cuaderno de las magdalenas.

Volví a mirar a mi novio.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Ing-Marie se encontraba en la cama de un hotel escuchando el agua de la ducha. Quizá debería entrar y meterse debajo del chorro de agua caliente. Hacer compañía a aquel cuerpo desnudo. Pero no tenía fuerzas.

Miró su teléfono y pensó si debería encenderlo. No tenía fuerzas.

Pensó en la tarde. En cómo sería estar en una ciudad desconocida en la que nadie sabía quién era. Debería arreglarse. Pero no tenía fuerzas.

Cerró los ojos y se cubrió el cuerpo y la cabeza con el edredón. Se quedó bajo el esponjoso edredón de plumas aspirando profundamente el perfume del detergente del hotel. La consumía llevar una doble vida. Estaba agotada. Deseaba que terminara pronto. Pronto terminaría.

Julia puso la tele y fue cambiando de canal hasta que se encontró con el rostro serio de Horatio Caine. El actor pelirrojo de «CSI» le hizo pensar inmediatamente en Ing-Marie, y se preguntó qué andaría haciendo su colega aquel sábado que tenía libre.

Notó como cambiaba la música en el televisor y fijó la mirada en el aparato justo en el momento en que dos todoterrenos negros chocaban de frente a gran velocidad. Después sólo silencio. En la escena siguiente se veía cómo una persona que pasaba por allí haciendo *footing* llamaba a la policía.

Una reposición. Julia había visto el capítulo, recordaba cómo terminaba. El corredor era en realidad el conductor de uno de los coches y el culpable, como pronto se demostraría.

Siguió haciendo *zapping* pero sintió una irritación difícil de explicar. Algo la molestaba.

Apagó la tele y cerró los ojos. Ing-Marie. «CSI». Horatio. Alguien haciendo *footing*. Alguien haciendo *footing*.

De repente cayó en la cuenta.

Agarró el teléfono y llamó.

El teléfono de Ing-Marie estaba apagado. Qué extraño. Dejó grabado un mensaje confuso que esperaba fuera más comprensible para la receptora de lo que lo era para ella misma, y colgó.

Bellas rosas rojas de tallo largo llenaban la suite del hotel. Eran perfectas. Todo era perfecto. Menos él. Menos ella.

Anna Eiler se deslizó de sus brazos y salió de la cama. Cuando fue al servicio notó el líquido tibio resbalándole por las piernas. No le había pedido que usara condón. Ya sabía que él nunca se lo pondría.

Se sentó en la taza, orinó confiando de manera algo simplona, aunque sabía perfectamente cómo funcionaba aquello de las flores y las abejas, en que la orina expulsaría todo lo que él le había dejado dentro.

Humedeció el papel higiénico y se lavó bien, intentando limpiarlo todo. Se preguntó cuántas veces querría él follar antes de que ella abandonara esa habitación, esa ciudad.

Tiró de la cadena y se acercó al lavabo para lavarse las manos, pero evitó mirar su cara en el espejo porque no quería llorar delante de nadie, ni siquiera delante de su propia imagen.

Aquellas palabras me llegaron directamente al corazón.

Sentí literalmente cómo salían de la boca roja y bien dibujada de Stephanie J. Block, cómo volaban a través del público del teatro Marriott Marquis, penetraban en mis oídos y seguían atravesando mi cabeza hasta el cerebro, pasaban a la sangre y luego se propagaban a través de mi cuerpo y finalmente impactaban en mi corazón.

Something got you down, got you chained and bound?

We'll break it.

If you've built a wall and know it needs to fall?

Ten shake it.

Something that you know, is dammin' up the flow.

Tear the damn dam down. Let me explain it.

If you don't take the reigns, it's gonna stay the same.

Nothing's gonna change if you don't change it.

Cámbialo.

Había llegado la hora de cambiarlo. Nada iba a cambiar si yo no lo hacía. Si no me encargaba de que cambiara.

Se trataba de derribar el muro.

De reamueblar la casa.

De limpiar la mierda.

Apreté la mano de mi novio. Él había insistido en que teníamos que ver *9 to 5 The Musical*. Yo me resistí. Me gustaba Dolly Parton, pero a mi padre también. Uno de los mejores recuerdos de mi infancia —o, para ser exactos, el segundo recuerdo positivo de mi padre junto con el del rosal en miniatura que me regaló cuando estuve con fiebre— fue cuando me llevó por primera vez a una montaña rusa. Estábamos en Liseberg, el parque de atracciones de Gotemburgo, yo tenía ocho años y estaba muerta de nervios. Cuando nuestra vagoneta empezó a subir la primera rampa, papá se inclinó hacia mí.

—Canta, Linja. Canta algo que te guste. Será más divertido.

Me acordé de *Joleen*; mi padre la había puesto en el coche en el viaje a Gotemburgo. Y la canté a pleno pulmón. Todos los pasajeros pudieron escuchar una versión de *Joleen* con acento sueco durante el trayecto. Me gustaban las montañas rusas desde aquel día. Y *Joleen* seguía siendo una de mis canciones preferidas. Por eso era bastante escéptica ante la idea de dedicar toda una tarde a un musical del que Dolly Parton había escrito el texto y la música. No tenía fuerzas para más recuerdos bellos de mi padre. Había perdonado lo imperdonable demasiadas veces.

Tenía que acabar con aquello.

Por mi propio bien.

Por el de mi madre.

Por el de mis hermanos.

Antes de que alguno de ellos muriera.

Pero mi novio había insistido en que teníamos que ir.

—Sé que te gusta. Me he informado. Parece que es el típico musical para tías. «Las mujeres podemos», y todo eso. ¿Por qué te pones tonta? Es tu regalo de cumpleaños.

Me rendí. Y ahora, cuatro horas después, con su mano en la mía cuando el musical se acercaba a su punto álgido, le estaba más agradecida que nunca.

Las canciones eran fantásticas. Las mujeres del musical estaban hartas de hombres que las hacían sentirse como personas de una categoría inferior. Exigían que les devolvieran sus vidas. Mandaban a tomar por el culo a los idiotas.

Todas las canciones me habían dicho algo. Letras como «Estoy harta de tíos como tú, que me hacen sentir más pequeña de lo que soy» se mezclaban con estrofas más bravuconas como: «Cuando esto acabe no volveré a estar sometida a tu violencia».

Qué verdad. Los papeles habían cambiado. Yo ya no estaba sometida a su violencia. Estaba convencida de que las canciones estaban escritas para mí. Que Dolly Parton se había sentado allí, en su Dollywood, en Tennessee, y había sentido mi dolor y por eso había escrito un musical expresamente para mí. Puro narcisismo, por supuesto.

Salí corriendo en la pausa y compré la banda sonora. Pensaba escuchar el CD tan pronto como llegáramos al hotel.

—Ya te dije que te iba a gustar —afirmó mi novio, satisfecho.

—No me gusta. La amo. Y a ti.

Me abracé a él tan pronto como entramos en la habitación del hotel.

—Estoy caliente —le dije besándolo.

Noté su respuesta y sentí cómo la vergüenza —que no el deseo— se adueñaba de mi cuerpo. ¡Cuántas ganas tenía de mí! Lo contento que se puso de que yo tomara la iniciativa; susurrara sentimientos, deseo.

Lo besé suavemente por debajo del lóbulo de la oreja susurrándole al oído lo que pensaba hacer con él.

Me miró embelesado cuando dejé de susurrar. Parecía feliz. Yo sentía tanta vergüenza que no me atreví a mirarle a los ojos. Me incliné hacia delante y le besé el cuello para evitar sus ojos. Si nuestras miradas volvían a encontrarse rompería a llorar y nunca podría parar.

Quince minutos después estaba desnuda llorando bajo la ducha. Mi novio ya dormía profundamente. Se durmió con una sonrisa.

Me froté todo lo que pude, pero no servía de nada. La mierda estaba como pegada a la piel. Me avergonzaba haber utilizado mi cuerpo de aquella manera. No para gozar. Sabía que él se quedaría dormido como un tronco después de hacer el amor. Esa era la idea.

Abrí el grifo de agua caliente al máximo. Me escaldaba. Sentí cómo quemaba en la espalda y vi cómo el agua que caía me ponía la piel cada vez más roja. Me acurruqué en posición fetal y permanecí así hasta que no pude soportar más el calor. Entonces me sequé con cuidado la espalda irritada, me envolví en el suave albornoz del hotel y volví sin hacer ruido a la cama.

Él no notó que me metía en la cama y me sentaba. Observé su cuerpo desnudo, que subía y bajaba con ritmo suave. Ronquidos y una erección. Como de costumbre.

—Perdón... —susurré.

Pensé en lo triste que se pondría si lo supiera. Era una buena persona. Nunca habría querido hacer el amor conmigo si yo no quería. Comprendí que, por muy mal que me sintiera yo por lo que acababa de hacer, él probablemente se sentiría aún peor.

Pero nunca se enteraría. Y yo necesitaba realmente estar sola, me dije para

consolarme. Y la única manera de poder estar tranquila era hacer el amor con él para que se durmiera.

Era curioso, pensé mirando el cuerpo relajado que tenía al lado. Las noches que no follábamos él tenía el sueño ligero. Se despertaba en cuanto yo me levantaba al baño. Cuando habíamos hecho el amor, podía caer una bomba al lado de la cama y él seguiría durmiendo.

Saqué el CD recién comprado y lo puse en el ordenador. Busqué en el bolso los auriculares del iPod y los conecté. Pulsé para reproducir la canción número quince: *Change it*. La volví a escuchar. Después de escucharla tres veces me sabía la letra de memoria.

*There's a great new world out there,
for those who
dare to claim it.
A better day is on the way and only you can change it.
[...]
Get your life in order, clean house and rearrange it.
Raise your voice and make a choice,
committed
now to tear the damn dam down...
And change it.*

Yo canté también. Sin prestar atención a las lágrimas que me resbalaban por las mejillas y que junto con los mocos habían empapado hacía rato el albornoz. Iba a limpiar mi casa. Iba a derribar el muro. Iba a recuperar mi vida.

Mis ojos se volvieron de nuevo hacia mi novio, que dormía a mi lado. Mi querido novio desnudo.

Iba a recuperar también mi cuerpo. Cuando mi padre estuviera muerto nunca jamás volvería a hacer el amor contra mi propia voluntad.

Volvería a sentir el deseo, cuando recuperase mi vida.

Miré las canciones que tenía en el ordenador. Repasé las listas de reproducción y escuché viejas canciones. Después abrí el cuaderno de las magdalenas y escribí algunas estrofas de las canciones que me habían llegado con más fuerza al corazón.

Cuando vi la nueva lista me di cuenta de que el viaje a Nueva York en absoluto había sido tiempo perdido. En cuanto llegara a casa me iba a grabar un CD. Pensaría en lo que le iba a decir a mi padre después de escuchar aquellas estrofas. Iba a atarlo. Y lo obligaría a escuchar los mejores fragmentos.

Cuaderno de las magdalenas, 20 de febrero:

Canciones para cuando lo mate:

1. Not Ready to Make Nice – Dixie Chicks

*Forgive, sounds good. Forget, I'm not sure I could.
They say time heals everything. But I'm still waiting.*

2. Entre un padre y un hijo – Peter Jöback

*Heredé tus ojos y tu porfía.
Me diste tu modo de andar. Nunca tu atención.
Y hablabas de mí cuando no estaba allí,
orgullosa de que hubiese llegado tan lejos.
Y me habría gustado conocerte.
Comprender de dónde venías.
Pero ahora transito el páramo desierto
entre un padre y un hijo.*

3. Daughters – John Mayer

*Fathers, be good to your daughters.
Daughters will love like you do.
Girls become lovers who turn into mothers...
So mothers, be good to your daughters too.*

4. Change it – 9 to 5 Ensemble

*Stand up, grab a hold give everything you've got.
When the road is dark and cold walk on, fearing not.
Get your life in order, clean house and rearrange it.
Raise your voice and make a choice.
Committed now to tear the damn dam down
And change it.*

5. Look Ma, No Hands – Elton John

*Look Ma, no hands. Look Ma ain't life grand?
I'm a super power. I'm a handy man.
Didn't I turn out... Didn't I turn out to be,
Everything you wanted Ma,
Ain't you proud of me?*

6. Can't Hold Us Down – Christina Aguilera

*This is for my girls all around the world.
Who've come across a man who don't respect your worth.
Thinking all women should be seen not heard.*

So what do we do girls? Shout out loud!

7. Hallelujah – Jeff Buckley

Well maybe there's a god above.

*But all I've ever learned from love,
was how to shoot somebody who outdrew you.*

It's not a cry that you hear at night.

It's not somebody who's seen the ligh...

It's a cold and it's a broken hallelujah.

LUNES, 22 DE FEBRERO DE 2010

—¿Qué pasó realmente? Estabas borracha cuando me llamaste.

Julia se rio.

—No, más bien cansada. Pero no importa, seguro que entendiste lo que quería decir. Oye, ¿y tú? ¿Por qué estaba apagado el teléfono de la reportera criminalista?

Ing-Marie abrió la boca para contestar, pero no le salió nada.

Para regocijo de Julia.

—Ah, estabas en plena fiesta, ya comprendo. Huy, huy, huy... Espero no haber molestado demasiado.

Julia pestañeó.

Ing-Marie le lanzó una mirada irritada.

—Estoy conduciendo. Me molestas.

Iban desde la calle Mörke en dirección a Havstena en el pequeño Nissan Micra del periódico. Ing-Marie conducía. Se mantenía en el centro del carril y no superaba el límite de velocidad ni en un kilómetro siquiera.

Julia observó la correcta postura de su colega al volante, con los brazos a las dos menos diez, sonrió y se hundió en el asiento del copiloto, decidida a echar una cabezadita. Los próximos minutos, en manos de Ing-Marie, estaría más segura de lo que probablemente pudiera sentirse el resto de su vida. Se adormiló y no despertó hasta que Ing-Marie estaba aparcando en la entrada principal del hospital Kärn.

—Está bien, ¿me lo puedes contar ahora? Te has pasado toda la mañana ridículamente misteriosa.

Ing-Marie se volvió hacia Julia sonriendo:

—Tu idea de localizar a la corredora que encontró a Elisabeth Hjort ha sido genial. Se llama Dragana Jovanovic y trabaja en la sección 55 del hospital Kärn.

Miró a su colega esperando alguna reacción.

No llegó ninguna.

—Esa sección es la de nefrología. La misma en la que trabajaba Elisabeth. La mujer que la encontró era una compañera de trabajo.

Julia se espabiló al instante.

Entraron a través de las puertas giratorias y siguieron la línea amarilla por el pasillo de la izquierda. Julia observó las tristes paredes de color verde menta y luego siguió con la mirada la línea amarilla pintada en el suelo. Se preguntó quién decidía que los hospitales tuvieran que ser tan deprimentes. Pintados con colores tan feos. Tomaron el ascensor hasta la quinta planta.

—Espero que esté trabajando —dijo Ing-Marie.

Entraron en la sección. Se encontraron con una mujer de unos cincuenta años que vestía un pantalón y una camisa blancos.

—¿A quién van a visitar?

Julia se quedó mirándola. La mujer era rubia y llevaba el pelo corto. Un corte anticuado del que sólo podía decirse que era práctico. Lo único que destacaba en ella era una pequeña pegatina brillante con un elefante de color rosa que llevaba pegada en la placa de identificación justo por encima de las palabras: «Marianne, enfermera».

—Supongo que ver elefantes de color rosa es lo más normal cuando se está en un hospital... —dijo Julia señalando la pegatina.

—Eso es. Incluso los que no tienen la suerte de estar atiborrados de morfina deberían ver un elefante de color rosa al día —contestó Marianne, esbozando una amplia sonrisa.

Julia también sonrió, pero se preguntó qué droga se metería aquella enfermera, y pensó que ella se habría vuelto loca con aquella persona de tan buenos sentimientos si hubieran tenido que trabajar juntas todos los días. Le tendió la mano.

—Julia Almliden. Y ella es Ing-Marie Andersson. Tal vez pueda ayudarnos. Buscamos a Dragana Jovanovic.

—¿Dragana? Estaba en la habitación doce la última vez que la he visto. ¿Por algo en especial?

—No, pasábamos por aquí cerca y queríamos saludarla. Muchas gracias.

Camaron por el pasillo hasta que llegaron a la habitación número 12. Oyeron que dentro hablaba una mujer con ligero acento extranjero.

—Y ahora dejas de meterte más tonterías. ¿Estamos de acuerdo?

Una voz de hombre murmuró algo. Oyeron una risa que se acercaba.

—*Dobro. Ajde, chao.*

La puerta se abrió. Dragana Jovanovic salió y se quedó mirándolas.

—¿Han venido a ver al señor Walfridsson?

Julia miró a la mujer tratando de recordar dónde la había visto antes. La cara pálida. El pelo negro. Los ojos. Había visto antes aquellos ojos. Pero entonces

estaban llenos de lágrimas.

—No. A usted. Acude a la consulta de Göran Hjonåker, ¿no? Somos del periódico *Västgöta-Nytt* y estamos cubriendo la muerte de Elisabeth Hjort. Nos gustaría hablar con usted —dijo Julia.

Dragana Jovanovic las hizo pasar rápidamente a la habitación número 13 y cerró la puerta con cuidado.

—Aquí había un paciente que ha sido dado de alta esta mañana. Aquí podremos estar tranquilas —explicó Dragana, y se sentó en la cama.

Señaló las dos sillas que había junto a la pared. Julia e Ing-Marie buscaron cada una, una silla y se sentaron enfrente de Dragana Jovanovic. Se presentaron.

—¿Qué quieren?

—Estamos intentando encontrar al asesino de Elisabeth —dijo Ing-Marie—. Y sabemos que fue usted quien la encontró. Nos gustaría que nos contara un poco lo que pasó aquel día.

Dragana Jovanovic se derrumbó.

—Fue horrible. Yo siempre suelo salir a hacer *footing* por las mañanas, cuando trabajo en el turno de tarde. Este trabajo hace que a una le duela mucho la espalda, y yo he notado que cuando hago ejercicio me duele menos. Así que salí, era por la mañana temprano. Hacía frío. Me detuve para recuperar el aliento. Entonces fue cuando los vi. Los pies. Sobresalían.

Se abrazó el cuerpo. Hacía muecas al recordarlo.

—Apenas se veía que eran pies. Estaban muy hinchados. Azules. Agrietados. Grotescos. Le rogué a Dios que no fuera Elisabeth, aunque algo me decía que era ella.

—¿Suele correr alrededor del lago Simsjön?

Dragana Jovanovic negó con la cabeza.

—No. Sólo desde que ella desapareció. A veces salía de paseo y, de pronto, cuando me quería dar cuenta, estaba al lado de su casa. Así que hice algo positivo de mi deseo de estar cerca de ella y la necesidad de hacer *footing*.

Las observó en silencio un par de segundos antes de continuar de manera espontánea:

—Supongo que no parecerá muy sensato merodear alrededor de la casa de alguien...

—¿Eran muy amigas?

Dragana Jovanovic tragó saliva. Se le pusieron los ojos brillantes y asintió con la cabeza dirigiéndose a Ing-Marie, que era quien le había preguntado.

—*Najbolje prijateljice* —susurró en voz baja—. Mi mejor amiga.

—¿Qué tal se llevaba usted con su marido?

Ing-Marie se aclaró la garganta.

—La verdad es que hemos hablado bastante con él y, en honor a la verdad, no la ha mencionado nunca.

Dragana Jovanovic frunció la boca y sonrió burlona.

—¿Klas? No me sorprende. Él no es un hombre. Irse a buscar otra mujer teniendo una esposa como Elisabeth... Eso no lo hace ningún hombre de verdad.

—¿Entonces usted sabía que le era infiel? —preguntó Julia, sorprendida.

—¿Hablaron Elisabeth y usted de ello?

Dragana Jovanovic asintió.

—Por supuesto. Elisabeth estaba agotada. Yo intenté hacer que cogiera la baja antes, pero ella se negó. Seguía peleando, a pesar de que el cuerpo le pedía a gritos que descansara. Ella cargaba con la responsabilidad de todo. Tenía que trabajar a jornada completa, ser madre a jornada completa, señora de la limpieza a jornada completa y ama de casa a jornada completa. Me daba mucha pena. A ella le parecía que todo era culpa suya. Era culpa suya que Klas le fuera infiel, que los niños no estuvieran bien educados, que no les llegara el dinero. Y al final llegó a un punto en el que no podía más. Decía a menudo que no tenía fuerzas ni energía para arreglarse. Que los niños ocupaban todo su tiempo. Que quería ponerse guapa, peinarse y eso, pero que había como un muro entre ella y el tocador. Así lo describía. Que existía como una pared entre ella y todo lo que pudiera hacerla estar más guapa.

Julia recordó la descripción que hizo Anna-Maj Hansson de Elisabeth Hjort. Dijo que parecía que Elisabeth sufría cuando estaba fuera, con los niños.

—Dice que los niños ocupaban todo su tiempo. ¿Cree que les echaba la culpa de ello?

Dragana asintió con tristeza.

—Sin duda. Estaba harta de ellos. Al final yo estaba realmente preocupada por Erik y Elias. A ella le parecía que ellos tenían la culpa de que ella no estuviera guapa para su marido.

Ing-Marie intervino.

—Dragana. ¿Qué cree que le pasó a Elisabeth el 2 de noviembre del año pasado?

La oscura mujer le clavó los ojos.

—No creo nada. Sé que la mató su marido. Quería deshacerse de ella para poder seguir con su amante.

—Pero Klas y Klara ya no están juntos. Han puesto fin a su aventura.

Dragana Jovanovic bufó al oír el comentario de Ing-Marie.

—¿Puesto fin? Puede que eso sea lo que les han dicho a ustedes, sí. Pero si ha terminado, ¿por qué los vi ayer juntos, escondidos en el bosque, cuando corría alrededor del lago?

MUCHOS AÑOS ANTES

Mi padre está de buen humor. Ha estado de buen humor todo el día. Cuando salen y viajan en coche su hermano y ella se atreven a pedir que les compre golosinas.

—Papá, por favor, ¿no nos puedes comprar unas pocas? —pide ella.

—Papá, por favor —insiste su hermano.

Mi padre suelta una risotada y entra en el aparcamiento de Margareta Livs, en Götene. Su hermano y ella no suelen ir solos al centro de Götene, por lo que miran por toda la nueva tienda de golosinas con los ojos como platos. Ellos siempre van en bicicleta a Sil-Jouren cuando van a comprar golosinas.

Ella se fija en que en esa tienda los caramelos a granel están junto a la caja, en unas cajas de plástico. Hay una veintena de distintas clases de caramelos en cajas pequeñas. Todas con el precio por unidad marcado. Mira todas las golosinas y se le hace la boca agua. Los arenques negros cuestan veinticinco céntimos. Los toffees blancos envueltos en un vistoso papel amarillo y azul en el que pone «Refreshers» cuestan cincuenta céntimos. Las monedas con mucha sal que pican en la lengua cuestan una corona. Piensa en cuánto se podrá gastar y hace mentalmente una lista con las que más le gustan, depende de lo que se pueda gastar. Por lo menos dos monedas saladas. Cuatro Refreshers y cuatro arenques salados. Cuestan cinco coronas en total, seguro que puede comprarlo. Después descubre las cebras de color rosa con sabor a frambuesa y unas golosinas que ella sabe que se llaman Fuego de Dragón, saladas, duras y de color marrón, rellenas con una crema verde espesa. A veinticinco céntimos, igual que las cebras.

Ojalá pudiera gastarse siete coronas en golosinas. Entonces podría comprar cuatro cebras y cuatro Fuegos de Dragón. Y espera que sea así.

—¿Y qué es lo que desean estos niños?

La mujer de la tienda es joven y rubia. Tiene las tetas grandes y sonrío a mi padre. Él le devuelve la sonrisa.

—Quieren golosinas —le dice mi padre a la mujer.

Saca la cartera y empieza a contar billetes. Ella ve que su padre saca sus billetes de quinientas coronas delante de la mujer como suele hacer para demostrar que tiene dinero. Mira a la mujer y espera a que ella se fije en el fajo de billetes. Ella se fija enseguida. La sonrisa detrás de la caja se vuelve todavía más grande.

—Ponles diez coronas a cada uno —le dice a la mujer de las tetas grandes.

Diez coronas. Ella se pone más contenta que unas pascuas. Cuántas golosinas. Está a punto de abrir la boca para decir por cuáles va a empezar cuando la mujer coge dos bolsas y empieza a llenarlas de golosinas sin apartar la mirada de mi padre.

—Caramba. Qué padre más bueno —exclama la mujer, sonriendo de nuevo mientras empieza a echar golosinas en una bolsa. Coge las repugnantes bolas verdes de mermelada. Cuestan una corona cada una y tanto ella como su hermano las detestan. La mujer pone unas cuantas, en cada bolsa.

—Pero... —empieza a decir ella.

No le da tiempo a decir más antes de sentir el empujón que le da su padre en el costado.

—A callar.

Ella traga saliva. Piensa si debe intentarlo de nuevo. Ve desesperada cómo se va llenando la bolsa de golosinas asquerosas. La mujer parece no darse cuenta ni de lo que está echando. Está ocupada hablando con mi padre.

—Pero... —intenta de nuevo.

No alcanza a decir más antes de que le caiga un manotazo en el brazo.

—Esperad en el coche, niños —les dice.

Su hermano y ella salen y se sientan en el coche a esperar. Ninguno de los dos dice una palabra. Cuando vuelve su padre, les da una bolsa a cada uno. Se sienta en el coche y conduce hasta casa.

—¿Qué se dice, chicos? ¿No estáis contentos con las golosinas que os he comprado?

Ella mira su bolsa. Mermelada, caramelos ácidos, chocolate y nubes. Y regaliz dulce. Ni una sola golosina salada. Quiere mentir, está a punto de hacerlo, pero se cruza con esos ojos grises en el espejo retrovisor. No puede mentir a esos ojos grises.

—No me ha puesto las golosinas que yo quería —contesta.

Después su hermano y ella son unos niños malcriados, unos mocosos repugnantes el resto de la tarde.

—Eso es lo que pasa cuando uno trata de ser bueno con vosotros —se queja su padre mientras tira las golosinas a la basura.

»No se puede ser bueno con mocosos como vosotros.

MARTES, 23 DE FEBRERO DE 2010

Cuando oí sonar el despertador en el dormitorio solté un taco en voz alta.

—¡Para! —le grité al aparato.

No respondió. Sólo continuó con su ruido.

Ni siquiera me levanté para detener la alarma. Que se despertaran los vecinos si querían. Siempre me movía de puntillas para no hacer ruido, ¿por qué debía tener tanto maldito respeto? Era imposible que dejara ahora a Dexter Morgan. Llamé al jefe y modulé la voz lo mejor que pude para decir que estaba enferma, luego puse la cafetera, me preparé una tostada y volví a la tele.

Habían pasado cuatro horas desde que me despertaron las pesadillas, o bueno, los recuerdos. Cuatro horas que habían cambiado mi vida y, sin que él lo supiera, la vida de mi padre. Cuando desistí de seguir intentando volver a quedarme dormida, me levanté, me senté en el sofá y saqué la caja de las películas.

Al abrirla me sentí esperanzada. Las repasé para ver qué tenía y leí la parte de atrás del estuche de *The Alphabet Killer*:

«En el oscuro bosque a las afueras de Churchville aparece una niña de diez años violada y asesinada. Su nombre y apellido tienen las mismas iniciales que la ciudad. ¿Existe alguna relación?»

Eché una ojeada al reloj. Las 03:06. Encendí la tele y bajé rápidamente el volumen, puse la película y abrí el cuaderno de las magdalenas, dispuesta a tomar apuntes.

Veinte minutos después, cuando el loco del protagonista ha visto tres fantasmas y termina en un psiquiátrico, deseé con toda mi alma haber podido dar marcha atrás al reloj. Me parecía que el director me había robado unos minutos muy valiosos de mi vida que nunca podría recuperar.

Pensé en darme por vencida y tratar de dormir unas horas, pero eché otro vistazo a la caja y decidí volver a probar suerte.

—Roma no se construyó en un día —murmuré mientras me levantaba para servirme un café.

Después de tomar la primera taza me sentí más despejada. Tiré *The Alphabet Killer* a la basura y volví a abrir la caja. Lo primero que atrajo mi atención fue un tipo elegante con el pelo corto, castaño rojizo, y guantes de plástico en las manos. Había sacado la primera temporada de «Dexter» y leí en la parte de atrás lo que decía de Dexter Morgan, forense de la policía de Miami experto en rastros de sangre durante el día y asesino en serie por la noche. Nuevo control de la hora. Las 03:48.

Me envolví en la manta gris de lana y me tumbé en el sofá.

Diez minutos después estaba sentada. Totalmente despejada. Con el ordenador en las rodillas y el cuaderno de las magdalenas en la mano. Tomando notas frenéticamente.

Por lo visto, Dexter Morgan asesinaba a sangre fría. Pero sólo mataba a personas malas. Personas que se lo merecían. Personas como mi padre.

Y cuatro horas después seguía allí sentada con mi nuevo maestro delante de mí. De baja laboral y dispuesta a aprender todo lo que él quisiera enseñarme. Estaba navegando entre las páginas de seguidores para averiguar qué tipo de morfina usaba Dexter Morgan para dormir a sus víctimas, cuando sonó el teléfono. El nombre de mi novio en la pantalla.

—He visto tu sms. ¿Estás enferma, cariño?

Me costó un buen rato convencerlo de que era la peor idea del mundo que viniera a verme antes de comenzar su turno en la Volvo. Se disgustó. Otra vez. Me contó que pronto tendría que hacer un viaje de trabajo a la fábrica de la India. Otra vez.

Tuve que esforzarme para no dar saltos de alegría. Colgamos y volví al ordenador. Me sentí satisfecha cuando encontré el nombre de la droga. Etorfina. También conocida como M99. Lo estudiaría después.

Me recosté en el sofá y pulsé *play* para seguir.

Después de doce capítulos de cincuenta y dos minutos cada uno terminó la primera temporada. Pasé las hojas de mi cuaderno de las magdalenas y me di cuenta de que había llenado casi nueve páginas. Leí marcando con círculos las anotaciones más importantes:

1. *Hay que sorprender a la víctima en un lugar donde uno pueda retirar fácilmente el cuerpo.*

2. *La mejor manera de dormir a alguien es anestesiarlo con etorfina.*

3. *Se necesita una puerta amplia en el maletero para poder meter el cuerpo.*

4. *Forrar bien con plástico el sitio donde se va a perpetrar la muerte minimiza el riesgo de dejar restos de ADN.*

5. *El lugar del crimen ha de ser un sitio donde uno esté seguro de que podrá estar solo varias horas, y donde nadie oiga los gritos de la víctima.*

6. *El descuartizamiento es necesario. Se necesita sierra. Para poder manejar el cuerpo con facilidad hace falta serrarlo al menos en seis trozos: cabeza, tronco,*

brazos y piernas. Es posible que haya que partir el tronco en dos.

7. Si el cuerpo está envuelto en plástico se minimiza el riesgo de dejar restos del ADN de la víctima en el lugar del descuartizamiento.

8. Trocear y empaquetar un cuerpo lleva su tiempo cuando es la primera vez que lo haces.

9. Cada trozo ha de ir empaquetado como mínimo en una bolsa de plástico. Mejor dos, para que no manche o se rompa.

10. Hay que tirar el cuerpo en algún lugar donde nunca pueda ser encontrado.

Descuartizar.

Tragué saliva.

Qué asco. Qué bestia. Y sin duda necesario. Santo cielo, ¿cómo iba a ser capaz de descuartizar a mi propio padre?

Una nueva búsqueda en internet me mostró que desde 1907 se habían registrado exactamente cincuenta asesinatos de ciudadanos suecos con posterior descuartizamiento de la víctima. Cuarenta y seis habían tenido lugar en Suecia. Uno en Mónaco. Uno en Estados Unidos. Dos en España.

Fui a servirme otra taza de café antes de sentarme cómodamente en el sofá y repasar minuciosamente cada uno de ellos. Uno de los descuartizamientos, el de la viuda sueca Emma Levin, a quien robaron y posteriormente asesinaron la pareja formada por Marie y Vere St. Leger Goold en Montecarlo en 1907, había servido de inspiración para una novela de Marie Belloc Lowndes, *The Chink in the Armour*, publicada en 1937. Escribí el título en el cuaderno de las magdalenas para acordarme de mirar si la tenían en la biblioteca municipal.

En Suecia, el descuartizamiento más sonado de la historia, el de Catrine da Costa, había prescrito hacía tan sólo ocho meses. Da Costa, de veintisiete años, fue hallada descuartizada en Talludden, debajo de la autopista Essingeleden de Estocolmo, el 18 de julio de 1984. El caso nunca se resolvió. Ni siquiera se recuperó un cuerpo entero que sus allegados pudieran enterrar. La cabeza de la joven, los órganos internos y uno de sus pechos jamás se habían encontrado. Presentí que eso le iba a pasar también a mi familia. No tendrían una tumba a la que acudir.

Me estiré para coger la funda de la película y pasé el dedo por la cara de Dexter Morgan. Dexter tiraba a sus víctimas descuartizadas al mar. Teniendo en cuenta que la serie se desarrollaba en Florida, la corriente del golfo se llevaba consigo las partes del cuerpo minuciosamente envueltas en bolsas de plástico lejos de la playa. Pensé en el lago Simsjön y en que el cuerpo de Elisabeth Hjort al final había salido a la superficie.

Todo sale a la superficie.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Ahora ya sólo quedaban algunos puntos.

Tenía que conseguir —y aprender a usar— etorfina. Comprobar si era efectivamente una anestesia tan rápida en la realidad como lo era en la serie.

Necesitaba encontrar un lugar donde matar a mi padre y un sitio donde tirar el cuerpo.

Me levanté y examiné mi apartamento. ¿Podía hallarse delante de mis ojos la solución a al menos uno de los problemas?

Mi apartamento, de dos habitaciones, tenía algo más de cincuenta metros cuadrados. El dormitorio medía cuatro metros de largo por dos de ancho. Una cama de ciento ochenta centímetros de ancho, vestida totalmente de blanco y ocho almohadas grandes y esponjosas encima del edredón ocupaban la mayor parte de la habitación. Un armario blanco de Ikea de dos metros de largo y cincuenta centímetros de fondo con puertas correderas llenaban la pared libre. El modelo se llamaba Pax. Me cansaba sólo de pensar en lo duro que fue montarlo. Un espejo de cuerpo entero con el marco negro era lo único que colgaba de las paredes, además de una pequeña estantería fijada a la pared, a la derecha de la cama. Era mi mesilla de noche y allí tenía un despertador y un paquete de pañuelos de papel. Y cuatro libros de bolsillo. Una novela romántica de Kajsa Ingemarsson, una policiaca de Anne Holt y otra de Giles Blunt, así como el imprescindible *Veronika decide morir* de Paulo Coelho. Mi libro favorito. Los otros libros de bolsillo cambiaban normalmente de sitio después de haberlos leído, pero Veronika podía quedarse allí. No es porque lo leyera una y otra vez —nunca lo haría por temor a que me decepcionara—, sino porque me conmovió mucho la primera y única vez que lo leí. Me identifiqué con Veronika. Había llorado con su desesperación, porque cuando supo lo que la vida podía ofrecerle ya era demasiado tarde para ella, porque ya había intentado suicidarse y estaba moribunda.

Había decidido no dejar que la vida se me escapara de la misma manera. Otra persona la controlaba desde hacía demasiado tiempo. Veronika decidió morir. Yo había decidido, por fin, empezar a vivir.

Dudé sólo un instante antes de resolver que Valdemar no podía entrar en mi dormitorio. El dormitorio era para dormir y para follar. Él ya había causado bastante destrozo en esos dos aspectos de mi vida. Si matara a mi padre allí dentro ya me podía despedir de toda esperanza de recuperar el sueño y el deseo sexual.

Salí del dormitorio y pasé a la sala de estar, en la que había una isla de cocina. Estudié la situación y por un momento pensé en colocar a mi padre sobre la encimera. Como si fuera una ofrenda en un altar. Cuando me di cuenta de que no era posible atarlo a ningún sitio, y de que era imposible subir tan arriba a alguien que pesaba tanto como él, deseché la idea y continué. Mi cocina y mi sala de estar eran grandes. El amplio sofá blanco, una mesa de cocina cuadrada de color negro con sus cuatro sillas negras, con cojines blancos, ocupaban parte del espacio. Pero aún quedaba

mucho espacio entre la cocina y la parte ocupada por la sala de estar. Me imaginé a mi padre tumbado en medio de la sala mientras yo daba vueltas a su alrededor diciéndole más de cuatro verdades. Se iba a cagar *de miedo*. Lo atormentaría hasta matarlo. Las imágenes bailaban de nuevo en mi cabeza. Ahora la víctima era Valdemar.

Subí al desván a buscar una cama plegable de metal azul que había comprado en Ikea por menos de quinientas coronas. La abrí y retiré el colchón de rayas azules y blancas. Me tumbé sobre la incómoda estructura metálica y cerré los ojos. Sentí cómo se me clavaba en la espalda, el culo y las piernas.

No era agradable.

Bien.

Continué tumbada mirando alrededor. Sentí una enorme satisfacción.

Ese era el lugar.

Allí tendría espacio suficiente para trabajar.

Allí iba a morir mi padre.

Me lo imaginé como en la serie de televisión. Dexter Morgan colgaba siempre fotos de las personas a las que el asesino había matado. Traté de imaginarme colocando una serie de fotografías para mi padre. Darle una última oportunidad de ver a sus víctimas. Parecía un poco tonto. Demasiado Hollywood. Esa parte tendría que volver a considerarla con más detenimiento.

Me fijé en las paredes y decidí no descuartizar a mi padre en la sala de estar. El riesgo de salpicar las paredes de sangre era demasiado grande.

Me levanté con dificultad de la incómoda cama plegable y entré en el cuarto de baño, alicatado hasta el techo con azulejos blancos. Parecía pequeño y cerrado. Me tumbé en el suelo. Yo, que era veinte centímetros más baja que mi padre, apenas podía estirarme todo lo larga que era. Pero, además, había que serrarlo. Iba a resultar estrecho y pringoso. Pero podría servir.

Agradecí a todos los santos del cielo que mi novio nunca me hubiera pedido una llave de mi apartamento. Yo tenía una del suyo. Me la dio después de la primera noche que pasamos juntos, hacía ya más de dos años. Pero durante todo ese tiempo yo no le había dado ninguna llave. Nadie entraba en mi casa cuando yo no quería.

Me pregunté si era esto lo que yo inconscientemente había estado esperando.

Eso, o sencillamente que me costaba dejar que la gente entrara en mi vida.

Pronto se produciría un cambio.

Yo ya no iba a seguir siendo la víctima.

La víctima iba a ser mi padre.

MIÉRCOLES, 24 DE FEBRERO DE 2010

Quería dar saltos de alegría. Dar volteretas por la redacción. Quizá hacer una pequeña pirueta. Pero tales manifestaciones no eran propias de ella. Al menos, no eran propias de la imagen que sus compañeros tenían de ella. Por eso, Ing-Marie colgó despacio y entrelazó las manos en un minúsculo gesto de victoria justo en el momento en que Julia entraba por la puerta. Y, pese a que el gesto fue casi imperceptible, a Julia no le pasó desapercibido. Sus ojos se encontraron. Ing-Marie sonrió.

—¡Alucina! ¡Fue Elisabeth Hjort quien escribió la carta!

Al ver la mirada de sorpresa de Julia, Ing-Marie asintió entusiasmada.

—¿Te das cuenta de lo que significa eso? ¡Eso quiere decir que alguien la obligó a escribir una carta de despedida antes de asesinarla! ¡Es demencial!

Sven Lindgren apareció de repente detrás de ellas.

—¿Es de tu fuente?

Ing-Marie asintió, excitada.

—El Instituto Nacional de Ciencias Forenses no ha terminado aún el análisis de los restos. Pero acabo de enterarme de que un experto grafólogo contratado ha examinado la carta. No existe ninguna duda de que se trata de su letra. Klas Hjort tenía razón cuando insistía en ello.

Hizo una pausa y dirigió la mirada a Sven Lindgren.

—Y hay más. Sé lo que ponía en la carta.

Ing-Marie les pasó un papel. Sven y Julia lo leyeron en silencio.

—Aquí hay algo raro, ¿no te parece? —le preguntó Ing-Marie a Julia, que asintió musitando. Luego se levantó, fue hasta su escritorio y abrió el segundo cajón. Sacó el cuaderno que había encima y empezó a hojearlo.

—Hablé con Anna de la carta de despedida cuando la entrevisté. El tema salió cuando hablábamos del trabajo del grupo de casos no resueltos. Dijo que probablemente en muchos de los casos se trataba de suicidios, pero que no se podía demostrar. Espera...

Julia siguió hojeando su bloc hasta que encontró lo que buscaba y lo empezó a leer en voz alta:

—«En general no se suelen encontrar cartas; si fuera tan fácil... Una despedida para los familiares. En eso las películas engañan a menudo a la gente, de manera que se sienten aún más dolidas. Los allegados esperan una explicación, pero sólo el diez o el quince por ciento de todos los que se suicidan dejan una carta de despedida. Normalmente sólo un montón de palabras incoherentes. No se piensa con mucha claridad en esa situación».

Julia dio la vuelta a la página.

—«Las cartas de despedida, en principio, sólo existen en la tele. Pero la gente prefiere ignorarlo. El malo debe recibir su castigo y el que se quita la vida tiene que dejar una carta dando explicaciones. Contando detalladamente qué pensaba y qué sentía antes de saltar, colgarse o volarse la cabeza».

Ing-Marie miraba a su colega mientras leía. Volvió a pensar en lo que había ocurrido entre Julia y Anna.

—Supongo que es imposible volver a llamar a Anna...

Julia enarcó las cejas. Ing-Marie se encogió de hombros.

—Supones bien. Pero valdría la pena preguntar. Ulf Karlkvist tampoco va a decir nada. Y estoy segura de que Klas Hjort también está bastante cansado de nosotras.

Sven Lindgren sonrió.

—Qué raro. Con lo encantadoras que sois. Pero quizá haya alguien que pueda ayudarnos. Me refiero a alguien que sepa al menos qué demonios pensaba Elisabeth Hjort cuando escribió esa carta.

Diez minutos después, cuando Julia e Ing-Marie estaban en el coche, fue Ing-Marie quien tomó la palabra.

—¿Pensaste lo mismo que yo?

Julia soltó la carcajada.

—¿Que de repente somos *nosotras* según Sven Lindgren? Sí, claro, Ing-Marie. Cuando el diablo se hace viejo...

—... lo nombran director del *Västgöta-Nytt* —respondió riendo Ing-Marie.

—¿Tiene un par de minutos?

Göran Hjonåker miró primero su reloj y después a las dos mujeres que estaban en la sala de espera.

—De todos modos, si espera a algún paciente, él o ella se han retrasado. Aquí estamos nosotras solas —dijo Julia haciendo un gesto envolvente con la mano.

El psicólogo asintió y se sentó enfrente de ellas en una silla de la sala de espera. Julia se aclaró la garganta.

—Bueno, hemos sabido que Elisabeth Hjort escribió efectivamente esa carta de despedida, o como quiera llamarla. Lo cual, francamente, nos parece muy raro. Si no le importa, nos gustaría leérsela. Hemos pensado que podría escuchar lo que pone y ver si nos puede decir algo, puesto que usted la conocía. Algo con lo que podamos seguir trabajando.

—¿Con lo que *podamos* seguir trabajando? ¿A qué se refiere?

Julia se sonrojó y miró a Ing-Marie.

—A la policía —contestó su colega.

—Algo con lo que la policía pueda seguir investigando.

Él las miró con una ligera sonrisa en los labios.

—Ah. Ya entiendo. ¿Y desde cuándo, señoras mías, son ustedes policías?

Julia se revolvió en la silla.

—Vale. Ya sabe que no lo somos. Pero Ing-Marie y yo también queremos que detengan al asesino de Elisabeth Hjort. Creemos que la policía es un poco... lenta.

Se volvió hacia su colega, que asentía con entusiasmo.

El psicólogo las miró a la cara a las dos durante unos segundos y luego se encogió de hombros.

—De acuerdo. Léanla. Pero no estoy seguro de que pueda serles de ayuda.

Ing-Marie sacó su cuaderno y empezó a leer.

No quiero escuchar a los niños.

Sus gimoteos. Desgracias. Exigencias.

No quiero estar fea.

*No quiero tener la casa revuelta.
No quiero discutir con mi marido.
No puedo más.*

Cuando Ing-Marie terminó la lectura en voz alta, Göran Hjonåker la miraba tenso.
—Léala otra vez —le pidió.

Ella hizo lo que le pidió mientras Julia observaba que Göran Hjonåker cerraba los ojos y asentía después de cada frase.

—¿Es esa la carta que encontraron en su casa? ¿La que la policía dice que es su carta de despedida?

Ing-Marie asintió.

—A nosotras nos ha parecido que la redacción es un poco rara. Uno no se imagina así la carta de despedida de alguien que se va a suicidar.

Göran Hjonåker se quedó mirándolas un buen rato. Cuando por fin abrió la boca para hablar, lo hizo muy despacio. Con precisión.

—Eso es porque no lo es. Julia e Ing-Marie... Creo que las dos se han convertido, ciertamente, en una parte de la policía.

«Ojalá Julia no se entere de esto», pensó Anna cuando pulsó el altavoz del teléfono para cortar la comunicación con la mujer que había llamado del Instituto Nacional de Ciencias Forenses de Linköping para informarle de las novedades del caso de Elisabeth Hjort. Patrik Morrelli estaba sentado enfrente de ella, tomando notas.

—Siento haberme perdido el principio. ¿Qué ha dicho de la nota de despedida?

—Que no es ni habitual ni raro, ha sido una respuesta preliminar.

Anna resopló y le sonrió brevemente.

—¿Es que nunca ves series de policías en la tele?

—¿Estás de broma? Me cabreo. Si esto hubiera sido una serie, algún obseso de la informática, aquí en la comisaría, ya habría conseguido comprobar desde hace varias semanas que justo ese papel procedía de un tipo de madera especial que sólo crece en Herrljunga y que el papel se había prensado con una máquina concreta con una presión concreta un día concreto. Luego ese cerebritito habría conseguido rastrear la compra con una tarjeta de crédito que conducía a una dirección determinada que a su vez conducía hasta el asesino...

Patrik negó con la cabeza.

—No, yo prefiero «Bob el Constructor». Me temo que me volvería tonto de remate si viera series de policías.

—¿Y con «Bob el Constructor» no te vuelves tonto?

—No tanto.

Se callaron y miraron sus notas.

—En realidad, de todo lo que ha dicho sólo hay una cosa interesante —dijo Anna. Patrik asintió.

—Eso mismo he pensado yo. ¿La ausencia de estrés?

Anna se chupaba el labio inferior mientras daba vueltas al bolígrafo entre los dedos.

—Así pues, se puede constatar que Elisabeth no estaba estresada cuando escribió la carta de despedida. No hay en su letra ningún trazo brusco ni ninguna otra cosa que

revele nerviosismo. Es decir, que nadie la obligó a escribirla —añadió.

—La cuestión es saber si se trata realmente de una carta de despedida. ¿Qué dices tú? ¿Damos un paseo hasta la casa de Klas Hjort para intentar aclararlo?

—No me parece mal.

Ya se habían levantado para salir cuando vieron que Ulf Karlkvist venía echando chispas por el pasillo.

—Vamos a ver a Hjonåker —dijo—. Ahora.

—¿Qué hacen ellas aquí?

Ulf Karlkvist miró airadamente a Ing-Marie y a Julia, sentadas en la sala de espera aguardando la respuesta del psicólogo.

—Me han leído la carta —respondió Göran Hjonåker.

—¿¡Y cómo la habéis conseguido!?

Tenía la cara roja de ira.

Ing-Marie miró al policía que tenía delante y tragó saliva.

—¿No deberías estar más interesado por lo que tenga que decir Hjonåker que en tratar de husmear en algo que, como muy bien sabes, está dentro del derecho de la prensa a no revelar sus fuentes?

—Esto es más bien obstrucción a la justicia. Os denunciaré —bufó Karlkvist.

—Ulf, ¿por qué no se sienta? —intervino Göran Hjonåker tratando de que el policía se calmara.

—Y ustedes también —añadió dirigiéndose a Anna y a Patrik, que estaban detrás de Ulf Karlkvist con los brazos cruzados.

Cuando los tres policías se sentaron, Göran Hjonåker empezó a hablar.

—Les voy a dar muy poca información porque yo insisto en que lo que se dice entre un paciente y su terapeuta es sagrado. Elisabeth, como todos saben, no estaba bien. Pero no mostraba en absoluto tendencias suicidas. Durante una de nuestras últimas sesiones, la penúltima si no recuerdo mal, hablamos de lo cansada que estaba. De la cantidad de cosas que le resultaban penosas.

Se calló y miró al comisario.

—Ulf, sé que esto le resultará extraño, pero, por favor, ¿puede dejarme el papel que le pedí que trajera?

Ulf Karlkvist miró irritado a Ing-Marie y a Julia antes de sacar del bolsillo de la chaqueta un papel guardado en una bolsa de plástico y dejarlo sobre la mesa de la sala de espera. Julia e Ing-Marie se inclinaron hacia delante y observaron con detenimiento el papel en el que supuestamente Elisabeth se había despedido del mundo. Leyeron su caligrafía ondulada y observaron el dibujo triangular impreso en

el margen inferior.

Julia vio que Göran Hjonåker sacaba su maletín. Tras varios segundos de búsqueda sacó de él un bloc de notas y lo colocó al lado de la fotocopia de la carta de Elisabeth Hjort. Julia, Ing-Marie, Anna, Patrik y Ulf Karlkvist, todos contuvieron la respiración. Era el mismo tipo de papel. El mismo dibujo triangular.

—Le pedí yo que lo escribiera.

—¡Hijo de puta!

Ulf Karlkvist saltó de su silla y estaba a punto de abalanzarse sobre Göran Hjonåker, que levantó las manos para defenderse.

—Ulf, por favor. ¿No debería sentarse y respirar profundamente? Lo que quería decir es que eso no es una carta de despedida. Lo escribió durante la terapia, varias semanas antes de que desapareciera.

Ulf Karlkvist vaciló. Estuvo un rato con el puño cerrado y temblando antes de volver a sentarse.

Göran Hjonåker le dio tiempo, tragó saliva y recuperó el aliento.

—Estábamos aquí hablando y decidimos que escribiera en un papel lo que le resultaba más penoso. Lo que quería cambiar. Al principio solamente estaba pensado como un método para purificar sus angustias. Un proceso en la terapia. Pero luego hablamos de lo que ponía en el papel, de lo que estaba harta y no le gustaba, y entonces llegamos a un acuerdo: ella iba a conservar ese papel e intentar eliminar los problemas. Uno tras otro. E iba a tomar el control de su propia vida.

Volvió la mirada hacia Anna.

—Esa lista la ayudaría. Tenía que centrarse cada vez en una cosa. Limpiar una habitación. Jugar con los niños. Ponerse un vestido bonito. Buscar alguien que cuidara a los niños una noche y salir a cenar con su marido. Pequeños trucos para tratar de hacer soportable lo que se le hacía insoportable.

Los recorrió con la mirada a todos.

—Cuando salió de aquí con el papel en la mano me pareció que habíamos logrado un avance. Pero el asesino debió de encontrar ese papel en su casa y lo colocó de manera que pareciera una carta de despedida. Además, todo estaba recogido. Y ella llevaba un vestido bonito. Alguien leyó el papel e hizo que pareciera que ella se había quitado la vida, con esa supuesta carta de despedida para hacerlo más creíble.

Ulf Karlkvist se meció en la silla y se echó hacia atrás. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared. Despacio, muy despacio, empezó a darse cabezazos contra ella. Al principio flojos, como si estuviera pensando, pero luego cada vez con más fuerza.

Julia miró a Anna, que observaba petrificada a su jefe mientras él se golpeaba la cabeza contra la pared.

—¡Joder! —rugió Ulf Karlkvist al final.

Ninguno de los presentes se atrevió a respirar. Permanecieron sentados unos

minutos. Nadie dijo nada. Al final, Ulf Karlkvist levantó una mano y empezó a frotarse la nuca.

Los otros cinco se rieron. Una risa amable pero asustada, que resonó falsa en la sala y pronto murió. Julia aprovechó la ocasión:

—Ulf, ¿dónde estabas tú cuando desapareció Elisabeth?

Esperaba una respuesta del tipo: «¿Y a ti qué te importa?» Pero no se produjo. Ulf Karlkvist permaneció callado, con los ojos cerrados y frotándose la nuca.

—Enterrando a mi madre.

Miró a Julia directamente a los ojos. Se le quebró la voz cuando continuó:

—Parece mentira. Trabajo por la mañana, cojo el coche a la hora del almuerzo para enterrar a mi madre, y por la noche, cuando ya creo que no puede pasar nada más, recibo una llamada y me dicen que Elisabeth ha desaparecido.

Se calló.

Ing-Marie tosió.

—Hay otra cosa que deberíais saber. Hemos hablado con la mujer que encontró el cuerpo, Dragana Jovanovic. Asegura que vio a Klara Hunnevie y a Klas Hjort junto al lago Simsjön hace tres tardes.

Ulf Karlkvist cogió la carta de despedida, se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y desapareció por la puerta antes de que nadie tuviera tiempo de decir nada.

Anna miró a Julia.

—¿Por qué le habéis preguntado qué hizo el día que desapareció Elisabeth?

Julia lanzó un suspiro.

—Porque mantuvo una relación con ella. Elisabeth lo dejó por Klas Hjort. ¿No me digas que no lo sabíais? ¿Se puede saber qué hacéis todo el santo día? Creía que eras buena en tu trabajo.

Ella se dio cuenta de lo enfadado que estaba al ver lo tensas que tenía las mandíbulas.

«No abras la boca», pensó.

«Por favor, Patrik, no abras la boca».

—Anna, esto tiene que acabar. En Estocolmo sólo he oído cosas buenas de ti, pero la manera en que se ha llevado esta investigación... No sé qué decir. Tengo que dar la razón a esa periodista, es más que cuestionable. Esta tarde nos sentaremos tú y yo para repasar todo como es debido. Ya no puede haber más fallos.

Apartó la mirada de la carretera y la miró directamente a los ojos.

—¿Entiendes lo que te digo? Ni tú ni tu jefe parecéis capaces de llevar una investigación. Casi me estáis obligando a ponerme en contacto con algún superior, lo cual sería realmente lo último que me gustaría hacer.

Anna cerró los ojos y asintió justo en el momento en que Patrik Morrelli entraba en la calle Livboj. Cuando volvió a abrirlos vio cómo su jefe hundía a Klas Hjort contra la pared de ladrillo amarillo. Abrió la puerta y salió corriendo del coche.

—¡Me prometiste que lo dejarías!

Los neumáticos chirriaron cuando Ing-Marie frenó. Julia y ella se apresuraron a salir del coche y vieron a Anna y a Patrik separando a Ulf Karlkvist de Klas Hjort.

El comisario tenía la cara roja. Le temblaba todo el cuerpo. Respiraba entrecortadamente. Si llegó a ver a las dos periodistas que se quedaron al otro lado del seto, no les hizo caso.

—Lo... hemos... dejado.

Klas Hjort pronunció aquellas palabras hundido en el suelo. Se apretaba el cuello con las manos como para masajear el sitio donde acababan de estar las duras zarpas de Karlkvist. Le costaba articular las palabras. Al contrario que al comisario:

—¡Yo la quería! He querido a tu mujer durante más de diez años. Y tú... ¡Tú que la tenías, vas y te acuestas con la vecina!

Ulf Karlkvist gritó.

—Juraste por la memoria de Elisabeth que no volverías a ver más a esa. ¡Me juraste honrar la muerte de Elisabeth!

—Lo he hecho. Ulf, yo no he...

—¿Qué hacíais entonces en el bosque, Klas? ¡Tengo testigos! ¿Lo oyes, idiota? ¡Tengo testigos!

Ulf Karlkvist alzó el puño de nuevo.

—¡Basta!

De repente apareció Klara Hunnevie corriendo a través del jardín y empujó al comisario. La mujer la emprendió a golpes contra uno de los hombros de Ulf Karlkvist. Al final Anna le cogió las manos a Klara Hunnevie y se las sujetó. La mujer daba patadas y se retorció para soltarse, pero pronto dejó de luchar contra la agente. Klara jadeaba, tratando de tomar aire antes de poder hablar.

—Es cierto... Nos vimos hace poco. Pero fui yo quien se lo propuso. Y no fue de la manera que tú insinúas. Nada más lejos.

Klas Hjort miraba fijamente al suelo. Sabía lo que se avecinaba. Pero los ojos de todos los demás se dirigían a Klara Hunnevie.

—Estoy embarazada.

Julia e Ing-Marie se quedaron con la boca abierta y apenas podían dar crédito al espectáculo que se estaba desarrollando delante de sus ojos. Vieron que a Ulf Karlkvist se le hundieron los hombros tras las palabras de la mujer, y que Patrik y Anna se buscaron con la mirada antes de que Patrik Morrelli meneara la cabeza.

—Tengo cuarenta y cuatro años. Mats y yo llevamos veinte años tratando de tener hijos, sin conseguirlo. Cuatro fecundaciones in vitro fallidas. Y ahora estoy embarazada. Estoy de cinco meses y ya empieza a notarse bastante... Quería contárselo a Klas antes de que él mismo lo sospechara.

Miró a su antiguo amante con tristeza.

—Porque yo creo que él es el padre de la criatura.

Klara Hunnevie se dio cuenta de repente de la cantidad de gente que había a su alrededor. Se volvió hacia Julia e Ing-Marie. Sus ojos ardían. De dolor. De rabia.

—¿Ya estáis contentas? ¿Ya tenéis vuestra noticia sensacionalista? ¡Largaos de aquí, buitres!

Se agachó, cogió un puñado de nieve y se lo tiró. Después Klara Hunnevie se dejó caer en el suelo y empezó a llorar.

Ing-Marie y Julia sólo tuvieron que mirarse un instante para tomar una decisión. Cuando la mujer embarazada dejó de llorar unos minutos después, las dos periodistas ya estaban lejos. Allí se quedaron los tres policías. Dos de ellos tenían un montón de preguntas que hacer. El otro se dirigió lentamente a su coche y se largó de allí.

Desde su sitio en el sofá, Anna oyó que las campanas de una iglesia daban las once. Era lo único que se oía.

Miró el asiento donde había estado sentado Patrik hasta hacía sólo unos minutos, luego se levantó y se acercó a la ventana. Miró abajo, aunque no esperaba ver nada, pero en la farola que había dos casas más allá vio a un hombre. Se quedó petrificada, pero el hombre se dio la vuelta y la farola iluminó su cara. No era quien ella creía.

Respiró aliviada. Fue hasta la nevera y sacó la botella de vino. Habían tomado un par de copas cada uno pero todavía quedaba un culín. Sirvió el vino en una de las copas usadas —¿la de Patrik o la suya?, no lo sabía— y bebió un sorbo. Se preguntó cuál sería su reacción al día siguiente. Con qué ojos la miraría él.

Él había dejado que Anna eligiera el sitio.

—Tú eres de aquí. Sorpréndeme.

Ella eligió Wallermans.

Una mesa para dos, al fondo del local, junto a la ventana. Anna había llamado antes para reservar y pedir la mesa más discreta. Como si presintiera lo que iba a pasar.

Los dos pidieron sopa de bogavante de primero; la recomendó ella. Permanecieron callados mientras les sirvieron, mirando los platos, los cubiertos y la vela que ardía suavemente. Pero no se miraron el uno al otro.

Patrik se llevó una cucharada de sopa a la boca, hizo un ligero ruido al sorber y le sonrió.

—Qué rica. ¿Por qué has elegido este restaurante?

—Es mi restaurante preferido. La primera vez que vine a Skövde mis padres me trajeron aquí. Tenía diez años y era mágico poder venir a la ciudad.

Él tosió. Ella sonrió.

—Bueno, a mí entonces me lo parecía. Crecí en el campo, como puedes imaginar. Así que Skövde era la gran ciudad.

—Ahora que mencionas a tus padres... ¿Por qué le dijiste a Elias que fue tu padre quien decidió que fueras policía?

Anna tomó una cucharada de sopa. Sabía que había llegado el momento. Si hablaba ahora tendría que contarlo. Todo.

No quería. Decidió tomar la sopa en silencio. Responder con su silencio a la pregunta. Aguantó un minuto. Luego dejó la cuchara.

—Tenía once años. Habíamos estado de vacaciones en Tailandia. Era el viaje de nuestra vida, mis padres llevaban ahorrando varios años. No era como ahora, que puedes coger dos semanas con un vuelo chárter por ocho mil coronas. Pedimos permiso en la escuela y nos fuimos en un viaje de tres semanas de duración. Alquilamos un bungalow en Ao Nang, fuimos en barco a las islas Phi Phi. Buceamos en Koh Haa Yai. Un paraíso. Yo era tan pequeña que no pensaba en las personas con las que nos encontrábamos. Sólo disfrutaba. Pero allí había ocurrido algo. Volvimos a casa y un mes más tarde desapareció mi padre. Había pedido un préstamo al banco con la casa como aval, dijo que era para renovar el cuarto de baño y la cocina, y se largó sin más. La policía descubrió que había comprado un vuelo de ida a Bangkok, pero allí se perdían todas las pistas. Nos abandonó, a mi madre y a mí, con una casa hipotecada, y nunca he vuelto a saber nada de él.

Dio unas vueltas a la sopa con la cuchara, pero no comió nada. Había perdido el apetito.

—Me quedé destrozada. Por alguna razón, las series policiacas americanas se convirtieron en mi único consuelo. «Jóvenes policías», «Jake y el Gordo»... Me quedaba como hechizada delante de la tele y creía que ellos podían resolver todos los misterios, y lo único que yo quería en el mundo era solucionar uno: el misterio de mi padre perdido. Por eso me hice policía, para encontrarlo. Porque los policías lo resuelven todo.

—¿Lo conseguiste? ¿Lo encontraste?

Bajó la mirada a la mesa y negó con la cabeza.

—No. La verdad es que por eso trabajo en el grupo de casos no resueltos. Por casualidad tuve que hacerme cargo de un caso antiguo en Estocolmo y cuando me senté con aquella mujer, cuyo hijo llevaba muchos años desaparecido, vi en ella la misma herida abierta que tengo yo. Supe que era eso con lo que iba a trabajar. Dar a otras personas que llevaban demasiado tiempo sufriendo lo que no pude darme a mí misma. Un final.

—¿Por eso dejaste tu puesto en Estocolmo? ¿Para trabajar aquí con casos no resueltos?

—Sí. Cuando anunciaron este puesto decían que yo iba a ser «Responsable de proyecto del Grupo de Análisis e Investigación de antiguos homicidios en Västra Götaland». Un trabajo a tiempo completo, con dos ayudantes. No podía negarme, era

el trabajo perfecto. Pero siete meses después de trasladarme aquí empezaron los recortes. De tres personas a tiempo completo hemos pasado a un puesto de menos de media jornada. Tengo un día y medio a la semana para trabajar con los casos no resueltos, el resto del tiempo estoy en la Brigada de Homicidios, bajo el mando del comisario Ulf Karlkvist.

Patrik asintió, sombrío.

—Lo cual nos lleva a la pregunta principal. A Karlkvist no le caes bien, ¿por qué? Anna miró a Patrik. A sus ojos cálidos.

«¿Por qué él? —pensó ella—. ¿Por qué lo he elegido justo a él, justo en este momento? ¿Tenía realmente otra opción? ¿O me ha elegido él a mí?»

Anna no había confiado en ningún hombre desde que tenía once años. Y ahora, allí, le resultaba casi imposible no hablar con Patrik Morrelli. Ella estaba especializada en técnicas de interrogatorio. Podía darse cuenta perfectamente de cómo él, con recursos sencillos y sutiles —asentimientos de ánimo, sonrisas y una voz suave—, se iba ganando su confianza. Pero no lo hacía de golpe y porrazo. Él quería saber. Y ella quería contárselo. Sin que pudiese decir por qué. No era algo racional. Pero había llegado el momento. La hora de la verdad, pasara lo que pasase. Respiró profundamente.

—En dos palabras: David Broqvist.

Él la miró, esperando a que ella continuara. No lo hizo.

—¿Debería saber quién es?

—No. Que sea el centro de mi universo no significa que tenga que ser el de todos. Trabajaba en la Brigada de Estupefacientes aquí, en Skövde. Era el mejor amigo de Karlkvist. Me enamoré de él nada más verlo.

Se calló.

—Llevábamos juntos cinco meses cuando me pegó la primera vez. Me quedé desconcertada. Asustada, claro, pero sobre todo desconcertada. Y, de hecho, también avergonzada.

Sonrió.

—A día de hoy, lo sigo amando. Todavía.

—¿Y qué pasó?

—Julia Almliden, la periodista del *Västgöta-Nytt*. Fue mi mejor amiga durante muchos años y no lo consintió. Al final, yo casi no entiendo todavía cómo ocurrió, se presentó en mi casa un día que yo no estaba preparada y en el que me sentía particularmente susceptible. Me presionó. Yo empecé a llorar y le conté lo que había pasado y, antes de que yo tuviera tiempo de decir que la culpa había sido mía, sacó de pronto su móvil y me fotografió. Tres fotos rápidas. Clic, clic, clic.

Anna esbozó una sonrisa triste.

—Corrí tras ella para quitarle el móvil, pero ella se encerró en el cuarto de baño y

lo llamó. Yo estaba fuera, aporreando la puerta y gritando, oyendo la conversación que tenía lugar allí dentro y que cambió mi vida; oí cómo le decía escuetamente a David que tenía grabadas mi confesión y fotos de mi cuerpo, que él tenía que solicitar su traslado inmediatamente, no volver a ponerse en contacto conmigo. Le advertió que ya había mandado tanto la grabación como las fotos a otras personas y que, si nos ocurría algo a alguna de nosotras dos, todo saldría a la luz.

—Pero ¿por qué no fue a la policía sin más?

—Porque me conoce. Sabía que me repateaba tener que presentarme como una víctima más de la violencia machista. Sabía tan bien como yo cómo eran esos interrogatorios. Lo que me iban a preguntar. Y que la mayoría de mis compañeros en la comisaría no me creerían. En el caso de que yo llegara a decir algo. Eso era seguramente lo que ella más temía.

Patrik Morrelli había dejado de comer hacía ya un buen rato.

—Si no te molesta la pregunta..., ¿qué pasó?

Ella se encogió de hombros.

—David se trasladó a Karlsborg. No sé qué explicación dio en la comisaría, pero Karlkvist no me ha vuelto a mirar a la cara desde entonces. David y yo mantenemos el contacto esporádicamente, y esos contactos a menudo terminan con él volviéndose loco contra mí porque he destrozado su carrera, y destrozando algo mío, un neumático..., rompe el buzón a patadas... Y cosas por el estilo.

Anna se calló. Bajó la mirada.

—Y sí, a veces me llama llorando y despierta algo en mí que es lo que más detesto de todo: las ganas de estar con él. Y voy allí. Y me imagino durante un par de horas, en sus brazos, que todo está bien, hasta que me doy cuenta de que él sólo es uno más de esos hombres que odian a las mujeres. Y entonces me lleno de odio hacia él y hacia mí, y huyo. Y así sigo. Un poco como esa canción de Håkan Hellström, *Detesto amarte*. Al menos, así lo siento. Y me he negado a hablar con Julia desde entonces.

Sacudió la cabeza.

—Sé que es un error echarle la culpa a ella, pero es la única manera que tengo de manejarlo. Con ella puedo estar enfadada, es más fácil que estar enfadada con David. No puedo describir con palabras lo humillante que es ser una mujer que quiere a un hombre que la maltrata.

Patrik miró su segundo plato aún intacto, e hizo un gesto a la camarera.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Anna miró la copa de Patrik desde el sofá. Recordó cómo habían estado hablando en voz baja. Cómo se había relajado ella.

Él la había mirado, y fue consciente de que podía tenerla si quería. Pero no quiso. Se levantó y se marchó.

Anna cerró los ojos. Por primera vez en dos años no fue la cara de David la que apareció inmediatamente en su cabeza.

Sino la de Julia.

JUEVES, 25 DE FEBRERO DE 2010

El bosque de Boulogne. Un parque de catorce hectáreas, situado en el barrio de Östermalm, en Skövde, que se extiende desde la vía del ferrocarril, al oeste, hasta el viejo hospital, al este, y desde la calle Hjo, por el norte, hasta la calle Kavelbro, por el sur.

Su nombre, tomado del Bois de Boulogne de la capital francesa, aparece escrito por primera vez en 1865, un tiempo en el que la gran extensión ininterrumpida de los parques Kyrk, Järnvägs y Präst hicieron que popularmente se llamara a la ciudad Pequeña París.

No quedaba mucho de la elegancia francesa ni en la ciudad ni en el parque, pero estaba cerca de la redacción de la calle Mörke y era agradable pasear por él, por lo que cuando Julia e Ing-Marie, todavía afectadas por el altercado del día anterior entre Ulf Karlkvist, Klas Hjort y Klara Hunnevie, decidieron salir a dar un paseo para despejarse un poco después de la reunión matinal, la elección fue sencilla.

Habían tratado de salir al parque sin que su colega lo notara. No lo lograron.

—¿Un paseíto? Os acompaño. Stephan me ha pellizado los michelines esta mañana. ¡Qué idiota! —dijo Lottie Strömberg, al tiempo que se ponía su cazadora azul de invierno.

Ing-Marie miró de reojo a su oronda colega mientras se preguntaba de qué le iban a servir treinta minutos de paseo a sus michelines, o asas del amor, como ella los llamaba... Pero no dijo nada. Incluso Julia evitó lanzarle alguna indirecta. Las tres salieron de la redacción, pasaron por delante de la Casa del Estudiante de la Universidad de Skövde y de las viviendas de los estudiantes del edificio Skrapan y se dirigieron hacia el parque Boulognerskogen en silencio. Una vez allí avanzaron por la desértica zona de juegos infantiles y caminaron hacia el agua. Y allí, justo cuando el trío acababa de pasar el estanque de los patos, Julia e Ing-Marie se vieron obligadas a dar gracias por la presencia no deseada de Lottie Strömberg.

—Nos enfrentamos realmente a un asesino calculador —dijo Ing-Marie.

—Él o ella no sólo ha matado a Elisabeth Hjort. El asesino, además, recogió la

habitación de los niños, colocó estratégicamente la carta de despedida y probablemente cambió de ropa a Elisabeth. Por lo que ha dicho su marido del vestido rojo, me cuesta creer que se lo pusiera para estar en casa un lunes.

—Un asesino con mucho tiempo —añadió Julia.

—Un asesino con mucho tiempo pero con muy mal gusto —terció Lottie Strömberg.

Ing-Marie y Julia la miraron, sorprendidas. Esperando a que continuara. Pero no dijo nada más. Lottie Strömberg siguió andando sin más.

—¿Qué quieres decir?

Lottie Strömberg las miró... Como si le sorprendiera que alguna de las dos realmente le hiciera una pregunta. A ella.

—Bueno..., o sea, a mí me llamó la atención desde que repartisteis aquellas fotos del reloj que llevaba esa mujer. Me refiero a combinar un reloj de color rosa chillón con un vestido rojo igual de chillón. Vale, puede que el asesino no estuviera estresado, pero él, o ella, tiene que ser daltónico para elegir una cosa así. Rojo y rosa.

Daltónico.

Julia se quedó helada.

Había habido mucha crispación en el ambiente los últimos días. Como una nube pesada que lo envolvía todo. El coche en el que iba no era ninguna excepción.

—¿Me estás diciendo en serio que nunca le preguntaste si tenía coartada?

Julia suspiró.

—No, Ing-Marie. Soy una idiota, lo sé. Pero él sólo dijo que era daltónico de pasada, cuando estábamos hablando de electrodomésticos, y luego empezó a contarme lo agradecido que le estaba a Elisabeth y lo mucho que apreciaba lo que ella le había dicho, así que deduje sencillamente que era inocente. Fue una metedura de pata.

—«Metedura de pata» se queda corto —contestó Ing-Marie, enfadada.

El resto del viaje hasta Mariestad lo hicieron en silencio. Julia se secó con cuidado una lágrima que se empeñaba en salir, y esperaba que Ing-Marie, fiel a su costumbre, mantuviera la vista puesta en la carretera.

Diez minutos más tarde se encontraban en la recepción de Electrolux.

Treinta minutos más tarde estaban de vuelta en el coche.

—De todas formas hemos hecho bien en preguntar —afirmó Julia.

Mats Hunnevie no se había mostrado tan atento como en la primera visita. Se negó a moverse de la entrada.

—No tengo ni tiempo ni ganas de hablar con ustedes.

—Es que se me olvidó preguntarle una cosa la última vez que estuve aquí. Me gustaría saber qué hizo el día que desapareció Elisabeth —preguntó Julia con cautela.

Mats Hunnevie les informó de un modo desabrido que el día 2 de noviembre, desde la diez hasta las cuatro, estuvo con otro compañero en Töreboda haciendo una reparación.

—La policía comprobó mi coartada hace varias semanas. Así que no, yo no tuve tiempo, ni ganas ni ocasión para matar a Elisabeth.

—No queríamos decir... —comenzó Julia, pero se calló al ver que los brazos de Mats se tensaban cada vez más.

—Lo mejor que pueden hacer es dejarnos en paz a mi mujer y a mí. Klara está

embarazada. De mi hijo.

Que se anduvieran con cuidado, les dijo cuando Julia e Ing-Marie se dieron media vuelta en la entrada y empezaron a ir hacia la salida. Que se anduvieran con cuidado.

La puerta estaba cerrada. Anna pegó la oreja a ella para oír si dentro había alguna reunión o conversación telefónica, pero todo cuanto escuchó fueron pulsaciones intermitentes en un teclado. Respiró profundamente. Abrió la puerta, entró y volvió a cerrarla.

—¿No has aprendido a llamar?

Anna miró a Ulf Karlkvist.

—No, tendrás que añadirlo a la lista de todas las cosas que hago mal. Pero quiero que sepas que yo tengo mi propia lista. Con todas tus meteduras de pata. Todos los comentarios despectivos que has hecho. Y, sobre todo, todos y cada uno de los errores que has cometido como jefe de policía.

Anna recuperó el aliento enseguida y continuó antes de que él pudiera acallarla.

—No sé lo que David Broqvist te habrá contado de los motivos de su traslado, pero estoy casi segura de que no te ha dicho la verdad. Lo que ocurrió no es asunto tuyo, pero es la última vez que me hablas en tono despectivo delante de mis compañeros. ¿Un jefe de policía que no le cuenta a la Policía Judicial Central que ha mantenido una relación con la víctima? Acabarías hundido en la mierda si eso llega a saberse.

Él abrió la boca para decir algo, pero Anna levantó la mano.

—Esta conversación nunca ha tenido lugar. Pero créeme cuando te digo que te van a dar por el culo como no dejes de hablar mal de mí. Los dos podemos hablar de lo negligente que es el otro en su trabajo, pero tú tienes más que perder que yo.

Salió, cerró la puerta y se dejó caer en el suelo del pasillo. «No abras la puerta», pensó mientras se imaginaba que Ulf Karlkvist salía corriendo y la atacaba. Verbal o físicamente. O de ambas formas. Pero la puerta permaneció cerrada.

Ella siguió sentada un par de segundos para recuperar el aliento. Ojalá que Patrik llegara pronto al trabajo.

SÁBADO, 27 DE FEBRERO DE 2010

Había permanecido sentada en el coche tanto tiempo que las ventanillas se habían vuelto a empañar. No importaba que no pudiera ver a través de los cristales. Había memorizado tan bien lo que había fuera que podría hacer un croquis en sueños.

Estaba fuera de la casa de mi padre en la calle Göt, número 7, en Götene. Durante mucho tiempo había pensado que nunca volvería a poner un pie allí.

Él no estaba en casa. Mi hermano pequeño me había contado por teléfono que nuestro padre se iba a llevar a su tercera familia de viaje la semana de las vacaciones de invierno. Mi hermano estaba contento porque él también podía ir.

Le quise gritar que debería mantenerse alejado de allí, pero me di cuenta de que era inútil.

Yo había sido igual a su edad.

Yo había sido igual hasta hacía bien poco.

Era muy extraño lo que había ocurrido.

Durante décadas lo había aceptado. Callado. Sin hacer nada para detener lo que sucedía dentro de aquella casa. Para detenerlo a él.

Ahora me avergonzaba. Estaba furiosa por las veces en que habían pasado inadvertidas las amenazas y los golpes en el número 7 de la calle Göt. Si mi padre hubiese acabado en la cárcel quizá mis hermanos hubieran tenido una infancia más aceptable que la mía. Alguno de ellos quizá no hubiera existido, lo cual, bien mirado, habría sido una pena, pero a veces me preguntaba si yo misma habría elegido existir si hubiera sabido de antemano lo que me aguardaba.

Salí del coche.

Hacía tiempo que mi padre había cambiado la llave de la puerta de la casa. Lo hizo durante uno de los periodos en que estaba enfadado con mi hermano pequeño. Mi hermano pequeño me llamó entonces. Era un adolescente desesperado cuando se vio en la calle.

Cuando nuestro padre le demostró que no quería tenerle en casa, cambiando la llave para que no entrara.

Cuando se negó a abrir mientras mi hermano pequeño llamaba a la puerta.

Le pregunté si quería venir a vivir conmigo, pero él prefirió vivir en casa de una familia de acogida que le proporcionaron en las oficinas de Asuntos Sociales. Se quedó allí unas semanas. Hasta que mi padre se tranquilizó.

A mí no me dio nunca el nuevo juego de llaves.

Yo era persona non grata en el número 7 de la calle Göt.

Crucé la calle en dirección a la casa de ladrillo amarillo. Evité la escalera de entrada y di la vuelta por el jardín hasta la parte de atrás, pasando por el garaje. Cuando llegué a la parte trasera respiré aliviada. Mi padre había plantado unos arbustos grandes de boj que estaban alineados muy cerca los unos de los otros en todas las direcciones. Una protección contra vecinos curiosos. Ahora no se me podía ver desde ningún sitio.

Retiré la nieve de uno de los columpios del jardín, me senté y me quedé mirando fijamente la casa mientras pensaba en el paso siguiente.

La entrada principal era mejor olvidarla. Una casa a cada lado y tres casas enfrente de la calle hacían que el riesgo de que alguien me viera fuera demasiado grande. Las alternativas eran el porche del lado izquierdo, alguna de las ventanas que tenía enfrente, la entrada del sótano o la del garaje que estaba debajo de la casa. Fui despachando las opciones una tras otra. Todas estaban cerradas.

Recordé lo maniático que era mi padre con lo de cerrar la puerta de la calle, pero luego me vino a la memoria que era bastante más descuidado con sus coches. Solía dejarlos sin cerrar.

Respiré profundamente.

En sus coches había un mando a distancia para abrir la puerta del garaje.

Me pregunté si realmente podía ser tan tonto. Recordé cuántas veces le pregunté de pequeña por qué no cerraba nunca sus coches y la respuesta era un comentario del tipo: «Nadie se atreve a robar a Valdemar». Ahora esperaba que no me hubiera hecho caso.

Me acerqué deprisa al Volvo que estaba en la entrada del garaje y quise dar saltos de alegría al abrir la puerta y poder meterme en el coche. Me temblaba la mano al buscar debajo del asiento del copiloto. Allí estaba. En el mismo sitio de siempre. El dispositivo negro de cinco por siete centímetros con botón naranja en el centro. El mando para abrir la puerta del garaje. Salí con cuidado del coche y fui hacia el garaje.

Apreté el botón y cuando vi que la puerta se abría lentamente, recé en silencio para que mi hermano pequeño no tuviera ningún tipo de facultad telepática y no hubiese visto lo que planeaba y me hubiera tendido una trampa. Entré en el garaje, apreté el botón y esperé a que la puerta se cerrara despacio a mis espaldas.

La casa estaba totalmente silenciosa. Si había alguien, no decía ni mu. En ese caso sería la segunda madrastra, sigilosa como un ratón. Pero si estaba en la casa, lo

más probable es que también estuviera al menos uno de los niños. Mi padre nunca tenía tiempo de cuidar a su prole y menos durante mucho tiempo. Decidí confiar en lo que me había dicho mi hermano pequeño, que la familia estaba de vacaciones. Di unos pasos hacia el interior y me quité las botas.

Pasé al lado de la mesa de ping-pong en el sótano. Recordé a mis hermanos y a mi padre jugando juntos en una vida anterior. Entré y cogí una de las palas que había encima de la mesa. Yo no solía jugar con ellos casi nunca. Era demasiado mala y mi padre se enfadaba cuando fallaba. Por lo que yo solía sentarme y mirar.

Mi padre odiaba que los otros fueran malos casi tanto como odiaba perder. Era un equilibrio difícil. Uno tenía que ser bueno, pero no demasiado. Nunca mejor que él. A medida que mis hermanos fueron haciéndose mayores —y jugando mejor—, jugaban cada vez menos. Siempre estaba presente la débil línea entre un partido divertido y un padre furioso que te hacía pagar su derrota.

—Nos lo vamos a pasar mejor sin ti —dije, dejando la pala.

La escalera crujió al subir al primer piso. Al llegar al último peldaño me detuve. Escuché.

Nada.

Me encontré en la entrada pensando qué hacer. Entrar en la sala de estar era arriesgado. Los ventanales daban a la calle. Allí se me vería y no debería haber nadie en la casa.

Me dirigí a la cocina, que daba a la parte de atrás. Al lado del microondas encontré lo que buscaba. El cuenco con las llaves. Las toqueteé pensando cuál sería la de la puerta que había al lado del garaje. Las estuve tanteando un rato y traté de memorizar en qué orden estaban, aunque no creía que mi padre se fijara en ese tipo de detalles. Al final encontré una llave que se parecía a la de la puerta del garaje. Volví a bajar las escaleras hasta el sótano, abrí la puerta girando el pestillo y la entreabrí un poco, lo suficiente para sacar el brazo. Busqué la cerradura con la punta del dedo. Me temblaba la mano de los nervios mientras intentaba introducir la llave y oír el conocido clic al girarla en la cerradura.

Cuando por fin llegó el sonido, yo ya estaba empapada de sudor. Metí el brazo y cerré la puerta. Eché un vistazo al reloj. Las doce y media. Me calcé las botas, abrí la puerta del garaje y salí.

Ya en el coche me atreví a respirar. Profundamente, y varias veces, antes de arrancar. Conduje hasta la ferretería Järnia, en el centro de Götene, y, para mayor seguridad, le pedí al dependiente que me hiciera dos copias. Ese era un gasto en el que no quería ser tacaña. Si compraba sólo una llave seguro que la ley de Murphy se encargaba de que no funcionase, o de que la perdiera.

Era consciente de que era un riesgo copiar la llave en Götene, pero no podía entender, por más que lo intentaba, cómo en las películas americanas, cuando querían entrar en casa de alguien, conseguían copias de las llaves a partir de una simple impresión en arcilla. Había buscado y buscado otras alternativas en internet, pero en Suecia había que entregar una llave para que te hicieran una copia. Así era la cosa.

Temblaba al entregar la llave. El dependiente tenía casi toda la cara cubierta de grandes espinillas rojas y apenas me miró. Yo miraba al suelo y esperaba mientras oía como trabajaba la máquina. Temía que el largo brazo de la ley se me acercara sigiloso por la espalda y me dijera: «Tiene que acompañarnos a comisaría». Pero no se acercó nadie. En lugar de eso, lo que me despertó de mis reflexiones fue el ruido de las llaves cuando el chico de las espinillas las dejó encima del mostrador.

—Son ochenta y cinco coronas cada una, ciento setenta en total.

Pagué al contado y regresé al coche. Manoseé nerviosa una de las llaves relucientes antes de empezar a conducir de vuelta a la calle Göt. Cuando llegué no me atreví a aparcar delante de la casa. Los vecinos podían fijarse en mi Volvo negro si pasaba por allí a menudo.

Miré a mi alrededor y elegí el aparcamiento de Arla, a escasos doscientos metros de la casa y donde había unos sesenta coches aparcados. Envié mentalmente mi agradecimiento a todos los trabajadores de la fábrica que no habían decidido ir en bicicleta, andando o en el autobús municipal justo esa mañana. Un coche más o menos no se notaría.

Crucé la calle y fui paseando de vuelta hasta la casa. Todo estaba tranquilo y entré otra vez por la parte de atrás. Tragué saliva cuando probé la llave nueva. Abría perfectamente.

Subí a la cocina y dejé en su sitio la llave original.

Cuando coloqué las llaves en el mismo orden que las había encontrado, volví a mirar el reloj. La una pasada. Sabía que debía irme, pero algo me retuvo. Me di cuenta de que era la primera vez que estaba en esa casa sin esperar en tensión el momento en que todo se torcería. El instante en que mi padre explotase. Quería disfrutar de ello.

Me puse a cuatro patas para entrar en la sala de estar. Una vez allí me senté en el suelo. Las ventanas eran bajas, pero mientras me mantuviera por debajo de un metro de altura no se me vería desde fuera.

Miré a mi alrededor.

Estaba bastante mal amueblada. La costumbre de mi padre de quedarse con los muebles de los inquilinos que no podían pagar el alquiler con dinero había dado lugar a un batiburrillo decorativo. Mi padre solía presumir de lo caros que eran todos. Me

fijé en los dos grupos de muebles de comedor diferentes, cada uno en su rincón de la sala de estar, en forma de «L», y pensé que no importaba nada lo caros que fuesen. Un conjunto de mesa y cuatro sillas de madera de cerezo oscura con los asientos y los respaldos de terciopelo azul nunca podría combinar con una mesa y seis sillas de roble en estilo rústico con los asientos tapizados con una tela de cuadros. Con independencia del precio.

Pero el dinero era importante para mi padre. Solía decir que «el que más tiene al morir, ese gana».

Desde que tenía uso de razón, para mí el dinero había sido sucio. Siempre le seguía algo feo. Siempre tenía que darle las gracias de un modo especial cuando me daba dinero. La cantidad de horas que había tenido que pagar realmente por cada corona que él me daba, obligándome una y otra vez a escuchar su discurso de lo generoso que era.

Odiaba su dinero. Empecé a pagar mis gastos en cuanto pude. Cuanto menos dependiera de su dinero menor era el riesgo de que volviera a observarme con aquella mirada de odio y me llamara «avara y perra ansiosa de dinero».

No podía entenderlo.

Me ponía muy triste cuando me decía esas cosas.

Cuando estaba enfadado solía amenazarme con desheredarme.

Yo había estudiado hacía muchos años el derecho de sucesiones sueco y sabía que no podía hacerlo. Era su heredera forzosa. Junto con mis hermanos, tenía que heredar la mitad de sus bienes. Eso él no podía evitarlo. Pero dada su tendencia a casarse todo el tiempo con nuevas mujeres jóvenes y a aumentar constantemente el número de sus hijos, la suma iba descendiendo de forma incesante. Había tenido cuatro hijos en cuarenta años. Cuatro a repartir. Yo quería mucho a mis hermanos, pero ¿no debería mi padre dejar de fecundar de una vez a chicas jóvenes, apenas mayores de edad, y tener más hijos, a los que además no quería?

Cuando yo era pequeña siempre íbamos mal de dinero. Mi madre era ama de casa y mi padre pasó de trabajar de sacristán en Mariestad a ser instalador de moquetas en Helsingborg, y luego empleado de Rockwool en Hällekis, antes de tomar la decisión de que la familia se mudara a Götene, donde consiguió un puesto de operario en el ayuntamiento. Fue allí, limpiando desagües, cambiando bombillas, cortando el césped y clasificando el correo, donde se dio cuenta de que se le daba bien el mantenimiento de edificios. Mi madre no se llevó nada cuando lo abandonó. No quiso discutir. Se daba por satisfecha con haber sobrevivido. De esa manera, mi padre se encontró de pronto solo y con una casa pagada que había aumentado tanto de precio que le permitía pedir un crédito. Empleó el dinero para comprar un pequeño edificio de viviendas de alquiler.

Después otro. Y otro más.

Actualmente mi padre era dueño de más de ciento veinte pisos. Era multimillonario. Había dejado desde hacía varios años de ocuparse personalmente del trabajo práctico y en la actualidad únicamente se entretenía buscando chollos inmobiliarios. Yo había comprobado su patrimonio. Mi padre tenía propiedades por valor de ocho millones de coronas, como mínimo. Pero el hecho de que tuviera millones no lo convertía en mejor persona, pensé yo.

Teniendo en cuenta lo fría que era nuestra relación, él seguramente legaría a otras personas la mitad de la herencia que la ley no le obligaba a dejar a sus hijos. Por lo tanto, cuatro millones desaparecerían. Luego, de momento, éramos cuatro hermanos. Así pues, el día que muriese mi padre, un millón sería mío.

Hice un rápido cálculo mental. La cantidad de días que había aguantado a mi padre, dividido por un millón. Suponía menos de noventa coronas al día.

Noventa coronas por cada día que me había machacado la confianza en mí misma. Por cada día que me había dicho que era fea. Que era tonta. Que mi padrastro era maricón, que mi madre era una puta y yo una maldita hija de puta que no tenía ni derecho a existir y a la que sólo le interesaba el dinero.

Noventa coronas.

No, mi padre estaba equivocado.

A mí no me interesaba su dinero. Una mierda. Yo habría pagado encantada noventa coronas al día por librarme de él. Por librarme de sus palabras.

Pensé en Dexter Morgan. Y en que mi padre, como las víctimas de esa serie, pronto iba a desaparecer de la faz de la Tierra.

Tendrían que pasar diez años antes de que lo declarasen muerto. En esos años mi segunda madrastra tendría tiempo más que suficiente para dar cuenta de buena parte de la fortuna de mi padre. No quedaría mucho.

Decidí que el día que recibiera la herencia de mi padre, independientemente de lo poco o mucho que fuera, ese día me acercaría a la pastelería más próxima y me compraría una tarta de nata y fresas. Y después iría a comérmela hasta el sitio donde hubiera tirado su cuerpo.

—¿Lo oyes, papá? Voy a bailar sobre tu tumba y comerme una tarta. En eso me pienso gastar tu querido dinero —le dije a la solitaria sala.

Salí a cuatro patas de la sala de estar y, ya en el recibidor, lejos de los ventanales, me puse de pie. Subí las escaleras hasta el piso de arriba y entré en el dormitorio de mi padre.

La cama de madera de pino era la misma que tenía cuando vivía con mi madre y con su segunda mujer.

Me asqueó la idea de que mi padre se hubiera acostado en la misma cama con

tantas mujeres maltratadas.

Me di la vuelta. Me llamó la atención la estantería. El lugar donde debería haber libros estaba repleto de juguetes viejos de mis hermanos. No me sorprendió. Mi padre no leía. La única vez en mi vida que lo vi enfrascado en la lectura fue cuando Bert Karlsson, cofundador del partido de extrema derecha Ny Demokrati, publicó *Skandal*, donde hablaba del año que estuvo en el Parlamento. A mi padre le gustaba Ny Demokrati. Decía que era «divertida su larga marcha con galochas».

Pensé por un instante que tal vez mi padre tenía problemas de dislexia, pero pronto caí en la cuenta de que estaba equivocada. A lo largo de los años había visto ejemplos de su magnífica capacidad literaria. Las notas que me aterraban por completo los viernes. Las tarjetas anónimas llenas de odio que colgaba en la puerta de mi madre pegadas en rosas rojas. La palabra de cuatro letras, «PUTA», escrita con espray que apareció en la fachada blanca de la casa de mi madre en la calle Ring una oscura noche de invierno muchos años atrás.

Estaba claro que mi padre sabía escribir.

Alejé aquellos pensamientos, volví a bajar la escalera y salí por donde había entrado.

Ahora tenía una llave. Aquella visita a la alameda de los recuerdos había terminado. Quedaban cosas importantes en mi lista de tareas y se acercaba la hora de cierre de los comercios.

A las dos menos diez aparqué junto a la entrada de Beijer-Materiales de Construcción, en la calle Kaplans de Skövde. Observé el cuadrado amarillo que era el logotipo de la empresa. Parecía como si de repente fuera a soltarse del tejado y caerme encima de la cabeza. Me sacudí, respiré profundamente y crucé la puerta. Fue como si el dependiente pudiera oler mi inseguridad.

—Hola, me llamo Björn. ¿Le puedo ayudar en algo?

El hombre recordaba ligeramente a Papá Noel con el pelo gris, la gran barba blanca y sus discretas gafas. Pero en lugar de una casaca roja llevaba una camisa de cuadros con el cuadrado amarillo en el pecho.

Traté de sonreír.

—Necesito una sierra.

Él asintió y empezó a andar a mi lado.

—Pasillo seis. ¿De qué tipo?

Lo miré tratando de que se me ocurriera qué debía contestar. Él esperó unos segundos antes de aclarar la pregunta.

—Tendrá que ser un poco más precisa. ¿Qué va a serrar? ¿Necesita una motosierra, una sierra de cadena, una sierra de arco, una sierra de calar, una sierra manual?

Tragué saliva.

—Yo... Voy a serrar un poco de todo. Había pensado algo que uno pueda tener en casa y que no ocupe mucho espacio, pero que sirva para cortar materiales duros y blandos.

Él me miró perplejo.

—¿Duros y blandos?

Yo asentí. Mejor estar callada. Aquello no iba bien.

—Bueno... Si la va a tener en casa para poder serrar cosas pequeñas, entonces le recomendaría la típica sierra de mano, el modelo 6000. Cuesta trescientas cuarenta y tres coronas, y corta y cala tablas, contrachapados y aglomerados sin problemas.

Miré la sierra de mano que el dependiente tenía en la mano y sentí que se me

erizaba el vello de los brazos. No había ninguna posibilidad de que yo pudiera empujar aquella cosa hacia delante y hacia atrás serrando el cuerpo de mi padre. Además tenía que hacerlo deprisa.

—Había pensado algo con motor. ¿Qué me recomienda que corte con facilidad los materiales que acaba de nombrar?

—Esta.

Dio una palmada a un paquete.

—Sierra Sable 710W Toolmate. Cuatrocientas noventa y nueve coronas. Un precio estupendo, realmente. Se lleva además una hoja para serrar madera y metal. La Toolmate llega hasta dos mil quinientos cortes por minuto, si está de buen humor. Y tiene un pie regulable para serrar con seguridad y que no se escape y se corte uno una extremidad en un descuido.

«Pero eso es exactamente lo que yo quiero», pensé, y me fijé en la fina hoja. No estaba segura de que pudiera con el grueso cuerpo de Valdemar.

Me encogí de hombros. Quinientas coronas. Valía la pena probarla.

Le di las gracias amablemente a Björn por su ayuda, llevé la Toolmate hasta la caja y pagué al contado. Me temblaban las piernas al salir, y justo cuando iba a meter la sierra en el maletero oí unos pasos rápidos sobre el asfalto.

—¡Espere!

Me quedé paralizada. Me volví y vi que Björn venía corriendo hacia mí con un papel en la mano.

—Se ha dejado esto —dijo entregándome un papel.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Si pasara algo, tiene dos años de garantía.

Le di las gracias de nuevo y cerré de un portazo la puerta del maletero. Me metí en el coche. Me podía imaginar mi próxima visita a Beijer-Materiales de Construcción.

—Oiga, Björn. El caso es que intenté descuartizar a mi padre, pero su sierra de mierda se estropeó. Se han quedado atascados algunos jirones de carne y está toda manchada de sangre, pero podrá cambiármela por una nueva, ¿no? El cuerpo de mi padre está cortado a medias en el cuarto de baño y tengo que terminar de serrar a ese hijo de puta antes de que se quede demasiado rígido.

«No es muy probable que llegue a usar esta garantía», pensé haciendo añicos el papel.

DOMINGO, 28 DE FEBRERO DE 2010

Estaba sentada en el suelo del cuarto de baño, llorando.

Trocear un cuerpo era lo más repugnante que había hecho en toda mi vida.

Me acerqué con el coche hasta la carnicería Pettersson en Lugnås y compré un cerdo de quince kilos. Muerto. Gracias a Dios. No habría tenido valor para matarlo.

El carnicero me escuchó sin prestar mucha atención cuando le conté muy animada que mis amigos y yo íbamos a preparar una fiesta vikinga con aguamiel y un cerdo pequeño asado.

—¿Hay alguien que sepa asarlo? Un buen cerdo asado entero exige bastante tiempo y maña.

Le hablé con tanta pasión del asador rotatorio que mi amigo el cocinillas había preparado en su casa que hasta yo casi me creí que existían tanto el amigo como el asador. El carnicero entró en la cámara frigorífica a buscar el animal y yo volví a casa casi mil cuatrocientas coronas más pobre y con un cerdo muerto y envasado al vacío en el maletero del coche.

Me parecía que el cerdo me miraba con ojos acusadores a pesar de que tenía las cuencas vacías. La sensación de culpa caía como una nube pesada sobre mí, sentada allí, encima del plástico que cubría el suelo como una película protectora. Miré fijamente la sangre y los restos que había a mi alrededor y le di las gracias a mi maestro, Dexter Morgan, por haberme aconsejado forrar meticulosamente con plástico el cuarto de despiece, y envié también otro pensamiento agradecido a Rusta, el establecimiento que tenía rebajado el precio del plástico de protección. Cuarenta coronas por cincuenta metros cuadrados. Salí de allí con diez paquetes. Menudo chollo. Podría practicar por lo menos otra vez. Pero lo que me irritaba era mi propia ignorancia. Había fijado el plástico con mucho cuidado, pero creía que el trabajo de serrar no requeriría mayor esfuerzo.

Empecé intentando serrar una pata delantera del cerdo. Aquello iba muy lento. Se me resbalaban las manos en la piel grasienta del animal cuando trataba de sujetarlo y serrar al mismo tiempo.

—Perdona, *Piggy* —susurré mirando el estropicio que había hecho. Ese cerdo pesaba quince kilos. Mi padre, ochenta como mínimo, probablemente cerca de cien.

»¡Ponte las pilas! —grité.

Me puse de pie, me quité los guantes y me lavé la cara con agua fría. Miré al pobre cerdo, con la pata cortada en el suelo de mi cuarto de baño, tiré los guantes, cerré la puerta del baño y me senté en el suelo del cuarto de estar.

Respiré hondo varias veces. Sabía que cuanto más tardara en volver, más duro sería.

Busqué un grueso rotulador permanente de color negro en mi bolso. Después de mirar al cerdo, le di la vuelta y lo puse con el lomo hacia arriba. Pinté unas líneas discontinuas, como un cirujano plástico que se prepara para una operación, en el cuerpo del cerdo, marcando por dónde iba a cortar.

Empecé a trazar pequeñas líneas alrededor del cuello del animal. Después constaté que el despiece tendría que hacerse en tres partes y no simplemente por la mitad como yo había pensado. La columna vertebral por un lado. Después la mitad derecha e izquierda. Las cuatro patas del cerdo eran tan cortas que podían serrarse enteras. Las piernas de mi padre, que eran mucho más largas, habría que cortarlas por la mitad. Los brazos se podían doblar por el codo y empaquetarlos, siempre y cuando el rígor mortis no hubiera aparecido en el cuerpo. Me recordé a mí misma que tenía que comprobar cuánto tiempo tardaba en aparecer el rígor mortis. En todas las series de televisión que había estudiado daban diferentes periodos de tiempo. «CSI» hablaba de sólo una hora. Dexter Morgan disponía de varias.

Me levanté y observé las líneas discontinuas pintadas sobre el cerdo. Al ver que aquello ya tenía lógica me tranquilicé enseguida. Me volví a poner los guantes. Agarré la sierra. Y empecé a trabajar.

El despiece me llevó cuarenta minutos. La sierra aguantó.

Observé los trozos cuando terminé. La próxima vez tendría a mano dos cubos de diez litros. Toda aquella mierda que había salido de un cerdo ya muerto y frío no era nada en comparación con lo que saldría del cuerpo de mi padre. Cinco o seis litros de sangre, para empezar. Era importante cortarle enseguida alguna de sus arterias principales para vaciar el cuerpo.

Miré de reojo la bañera y me pregunté si podría desangrarle allí, pero deseché la idea al momento. No dejar rastros en ningún sitio implicaba no tirar cinco litros de sangre por el desagüe. Y, además, yo nunca podría meter un cuerpo de cien kilos en la

bañera. Ya sería bastante complicado llevar su cuerpo desde el cuarto de estar hasta el suelo del cuarto de baño. Ese problema aún no lo había resuelto. No necesitaba más complicaciones. Tener un cubo para la arteria carótida y otro para la arteria femoral debería de ser suficiente. Asentí para mí misma, satisfecha de mis nuevos conocimientos. Después fui a la cocina a buscar bolsas de plástico y cinta adhesiva. Lo primero que envolví en plástico fue la pequeña cabeza del cerdo. No podía soportar la sensación de que las cuencas de los ojos vacías me miraran.

Una hora después había en el recibidor diez bolsas de basura perfectamente cerradas. Y el cuarto de baño estaba limpio como los chorros del oro. Miré el reloj y me pregunté dónde podía tirar el cadáver de un cerdo despedazado. Una vez más me arrepentí de no haber pensado las cosas con más detenimiento antes de poner en marcha la operación.

Llené dos bolsas azules de Ikea con los paquetes de los trozos del cerdo. Me colgué una de ellas en cada hombro, salí del apartamento, cerré la puerta y bajé en el ascensor hasta el sótano, donde estaba el garaje, y allí las metí en el maletero de mi coche. Ya en el coche, al principio no era capaz de decidir hacia dónde conducir, sentía que tenía el cerebro totalmente agotado, pero cuando un coche empezó a pitar detrás de mí, giré a la izquierda por la calle Badhus y empecé a conducir en dirección a Skara.

Al pasar junto a la iglesia de Våmb me crucé con un coche de policía. Sentí cómo se apoderaba de mí el pánico, estaba convencida de que iban a dar la vuelta, pararme, encontrar el cerdo despedazado y hacerme confesar todos mis planes.

Pero el coche de la policía siguió conduciendo tranquilamente. Yo no seguí igual de tranquila.

En la salida hacia Hagmanstorpet dejé la N-49 y me adentré en el bosque por un camino de grava. Dejé atrás tres granjas, dos a la derecha del camino y una a la izquierda, y seguí hacia delante sin saber muy bien adónde iba. Después de siete kilómetros se acabó el camino y me encontré delante de una turbera.

Recordé el artículo donde el policía Jörgen Hermansen decía que el barro ralentiza el proceso de descomposición, pero no tenía fuerzas para pensar más en ello.

Saqué las bolsas y las hundí lentamente una tras otra en el agua oscura, hasta que todo el cerdo desapareció.

Me miré las manos, los pantalones y las botas llenas de barro y comprobé que tenía que ir mejor preparada la próxima vez.

Cuaderno de las magdalenas, 28 de febrero:

- 1. Comprar dos cubos de diez litros.*
- 2. Cosas de peso, para asegurarme de que las bolsas no salgan a la superficie:
¿Piedras?*

¿Arena?

3. Comprar un rollo grande de bolsas de basura negras.

4. Comprar dos pares de guantes de goma y un chubasquero para usar durante el despiece.

5. Comprar unas botas de goma buenas, dos tallas más grandes por lo menos, para que no puedan obtener pistas de las huellas.

6. Comprar plantillas para ajustar las botas.

¡Atención!

Recordar, sacado de la enciclopedia: rigidez del cadáver, rígor mortis, es la pérdida de la elasticidad de los músculos que hace que los tejidos se vuelvan rígidos; aparece gradualmente durante las diez o doce primeras horas después de la muerte y la rigidez es completa a las catorce horas. La rigidez se produce por la falta de oxígeno en las células de los músculos y por eso estos permanecen en la posición que se encontraban cuando se produjo dicha falta de oxígeno. El rígor mortis desaparece cuando comienza la descomposición de la estructura interna de las células de los músculos.

LUNES, 1 DE MARZO DE 2010

Varicela. Trató de recordar cómo había sido. Quizá fue su padre quien se quedó en casa cuidándola. Anna lo dudaba. Sin embargo, es curioso cómo funciona el cerebro a posteriori. Recordaba que su padre más tarde se convirtió en el superhéroe de su vida, hasta el día en que la abandonó. Probablemente habría sido su madre quien la había cuidado cuando tuvo la varicela, de la misma manera que fue su madre quien tuvo que ocuparse de casi todo cuando ella era pequeña.

Patrik Morrelli no apareció en la comisaría el día siguiente de que pasaran la tarde juntos. Sólo una hora después del estallido de Anna, Karlkvist había comunicado, con el menor número de palabras posible, que Patrik Morrelli había tenido que irse urgentemente a Estocolmo porque su hijo tenía varicela. No regresaría ese día. Ella intentó no cabrearse.

Se había pasado todo el fin de semana pensando en Patrik.

Y en David.

Y en Julia.

Anna se preguntaba si habría sido demasiado dura con Julia. Sabía que Julia había sido demasiado dura con ella.

¿Cómo le pide uno perdón a alguien que ha amenazado a tu novio maltratador hasta tal extremo que él la obedece y te abandona?

No lo sabía. Lo único que sabía era que aquella era la última vez que se veía con David en la habitación de un hotel.

Oyó la voz de Patrik en el pasillo. Levantó instintivamente los brazos para comprobar si le olían las axilas. Era consciente de lo que se disponía a hacer. Pasar de unos brazos a otros. Patético.

MUCHOS AÑOS ANTES

La angustia ante la fiesta de graduación empieza cinco días antes.

Están desayunando el domingo por la mañana cuando, de pronto, su padre se pone de mal humor. Ocorre a la misma velocidad que se enfría el café en la taza y esta vez la coge desprevenida totalmente. Se ha comido su bocadillo y le ha contado que el cartel de graduación que le había dibujado su madre ya estaba listo y que ya había pensado en cuál sería el mejor sitio para que la esperaran cuando ella saliera corriendo, un rincón con un árbol donde suele haber menos gente.

Su padre murmura algo inaudible. Después llega el silencio. Ella lo nota enseguida. Se queda paralizada. Piensa, nerviosa, qué puede haber dicho para que él se enfade. Mastica despacio el bocadillo, que le crece en la boca mientras espera.

Él deja la taza en la mesa y se muerde como de costumbre el labio inferior.

—Sabes que nadie de mi familia va a asistir a tu graduación, ¿verdad? —le espetta.

Ella lo mira estupefacta.

—Estás diciendo tonterías. Me vas a abrir un boquete en la cabeza de tanto hablar. De tu madre. De que Bodil la Puta ha pintado una pancarta. Acaso piensas... Me pregunto... ¿Eres tan tonta de los cojones como para creer que yo voy a estar en el mismo sitio que... que esa?

Menea la cabeza.

—Una cosa has de tener bien clara. Llamo a mi hermana y entonces queda todo suspendido en un minuto. Lo sabes, ¿no? Ni una sola persona de mi familia va a asistir. Así que tú puedes esperar allí. Con tu maldito cartel. Con Bodil la Puta y Bengt el Maricón.

Ella no contesta. Sólo se maldice a sí misma. Su estupidez. ¿Cómo ha podido pensar que su padre querría estar con su madre? ¡Idiota!

Busca soluciones mentalmente. Piensa si su madre tal vez podría llegar un poco más tarde. Si realmente es necesario que su madre esté allí cuando ella salga corriendo. Ella seguro que lo entiende, piensa. «Mi madre lo entenderá».

Esa misma tarde va a casa de su madre. Le dice que su padre no quiere estar con ella. Su madre mira a su hija y se encoge de hombros.

—Pues entonces que no venga —dice.

Ella asiente a lo que dice su madre. Su padre tendrá que dejar de ir.

Se encierra en su cuarto y se desahoga llorando. Su madre es tonta, se niega a entender. Pero la más tonta es ella. Por haberse atrevido a esperar que en su graduación sería distinto. Distinto de todos los demás finales de curso a los que su padre se había negado a asistir o había ido y se había liado a patadas con su madre por debajo de la mesa.

Distinto de la confirmación, cuando tras semanas de negociaciones convenció a su madre para que estuviera presente en la iglesia, el sábado, y dejara que su padre fuera a la misa del domingo, cuando se celebraba la confirmación propiamente dicha.

Distinto de las Navidades, cuando su padre la castigaba cada dos años por seguir el plan que sus padres habían acordado conjuntamente y pasar la Nochebuena en casa de su madre y luego ir a casa de su padre el día de Navidad por la mañana.

—Ya no hay nada que celebrar. La Navidad ha pasado —le decía siempre, y cogía y se acostaba. Podía pasarse en la cama todo el día. Negarse a salir. Su hermano mayor y ella podían pasarse horas dando vueltas en la casa de Götene esperando a que él se levantara de la cama antes de que ellos se dieran por vencidos, entraran en el cuarto de estar, se sentaran a la mesa ellos solos y abrieran los sobres que llevaban sus nombres escritos, con quinientas coronas en cada uno. Quinientas cuando estaba enfadado. Mil o mil quinientas coronas cuando estaba de buen humor, es decir, cuando iban el día de Nochebuena.

Sentada en el suelo de su habitación se maldice a sí misma por haber creído que en la graduación iba a ser distinto.

Debería habérselo imaginado.

Sus compañeros de clase parece que se divierten los días previos. Van a celebrar un baile de disfraces el martes por la noche y el miércoles un desayuno con champán en el parque. Ella no consigue relajarse. Habla todos los días con su hermano mayor y tratan de encontrar una solución.

Hasta el jueves, cuando faltan menos de veinticuatro horas para que ella salga del instituto corriendo con su título de bachiller, las partes en litigio no sellan un acuerdo. Su hermano encuentra una solución. Queridísimo hermano mayor.

Estarán en el rincón que ella ha elegido. Separados el uno del otro por unos metros de distancia —por lo menos cinco— según le ha prometido a su padre. Su hermano estará en medio con la pancarta. Cuando ella salga corriendo, su padre

podrá acercarse y colgarle sus cosas primero. Su madre tendrá que mantener la distancia convenida y acercarse a ella cuando su padre haya acabado. Bengt será el último en colgarle su flor al cuello.

El día de la graduación, cuando dan las doce, está tan nerviosa que las piernas apenas la sostienen. Espera que su madre y Bengt no se emocionen y se olviden de lo que han acordado. Que no corran a su encuentro. Ojalá que no corran a su encuentro. Ella se imagina que los compañeros que tiene a su lado, cantando lo de «un futuro brillante», saldrán corriendo llenos de alegría. Ella apenas puede cruzar corriendo las puertas del instituto a causa del nudo que le crece en el estómago. Aprovecha la ocasión para gritar y liberar así un poco de la angustia que le espera en las próximas horas. Trata de controlar su nerviosismo, que le crece como un tumor cancerígeno, pensando que lo ha planeado todo minuciosamente y que su padre quedará satisfecho.

Ella irá primero a su casa. Lo celebrará con la familia de él. La familia de su madre tendrá que esperar. Como siempre. De todos modos, eso es lo más práctico, argumenta ella cuando se avergüenza de que su madre tenga que ser otra vez la última. De todos modos es su madre quien la va a peinar para el baile de la noche.

El cortejo de vuelta a casa lleva más tiempo del planeado. Mucho más tiempo. Cuando las cuatro compañeras de clase que van con ella en el coche de su padre, un Buick azul metalizado de 1964, protestan porque ella quiere ir directamente a casa en el coche para celebrar su fiesta en Götene —todas quieren que las lleven en el coche a casa—, ella cede. No quiere estropearles el día a sus compañeras, y todas ellas habían contado con que las llevaran a casa.

Una vuelta hasta Axvall.

Dos paradas en Skara.

Y, finalmente, una en Götene, antes de volver al número 7 de la calle Göt.

Cuando llega a casa de su padre es mucho más tarde de lo que ella había dicho. Se queda todo el tiempo que puede, pero después de poco más de una hora tiene que irse a casa de su madre para que le dé tiempo a maquillarse y recogerse el pelo para el baile. Se lo explica a su padre varias veces y cuando él aparece, dos horas después, para admirar el cortejo del baile que parte del Jardín Botánico y se dirige al hotel Stads de Skara, ella respira aliviada. Esta vez no se ha enfadado. Siente cómo va desapareciendo poco a poco el nudo en el estómago y cuando termina el baile a las tres de la madrugada ya casi no lo nota en absoluto.

Él la despierta apenas cuatro horas más tarde. Al principio es imposible entender lo que le dice a través del auricular. Tan alta es la voz de falsete. Son puros gritos.

Al final él se calma un poco y ella puede entender algunas palabras.

—Uno no puede confiar en ningún hijo de puta como vosotros —le oye rugir.

Entonces llega todo.

Le cuenta cómo ha humillado a su familia al pasar mucho más tiempo con su madre. Que sus parientes lo han mirado con cara de compasión por tener una hija tan repelente. Una de las tías, dice él, se sintió muy decepcionada. La otra, sólo triste. Su tío apenas pudo hablar de lo afectado que estaba, dice. Todos la han comparado con su primo, que tuvo la fiesta de graduación dos días antes, y han asegurado que él se comportó mucho mejor. No es demasiado elegante. No cree que lo fuera más que los demás. Se ocupó de la familia, cuenta su padre, y continúa contándole que él tuvo que estar allí, avergonzándose de que ella no haya estado en su propia fiesta y en lugar de eso haya ido a la casa de Bodil la Puta. Que todos los que estuvieron en su casa el día anterior hablaron de ello. De ella y de Bodil la Puta y Bengt el Maricón. Y no sólo su familia, según va desvelando a medida que alarga la conversación. Todos. Su amigo de Österäng, también. Y la mujer de su amigo. Todos hablaron de ello, y él había tenido que aguantar allí, en medio de toda la mierda. Había tenido que estar sentado en el sofá y ver que todos se daban cuenta de que ella, su propia hija, prefería a Bodil la Puta y Bengt el Maricón antes que a él. Su padre le dice que es la última vez que ve a su familia puesto que es evidente que ella los odia. Que lo odia a él. De hecho, puede irse a tomar por el culo, mocosa asquerosa que sólo busca su dinero.

Ella se desprecia a sí misma por haber querido llevar un recogido bonito al baile.

Si no se hubiera hecho un recogido en el pelo se habría podido quedar una hora más en casa de su padre.

Mientras escucha a su padre al teléfono piensa que daría cualquier cosa por dar marcha atrás al reloj un día. Entonces no lo habría traicionado de esa manera. Entonces habría pasado de hacerse un recogido en el pelo.

MIÉRCOLES, 3 DE MARZO DE 2010

Flores en los jardines. Minúsculos brotes blancos de campanillas de invierno que asomaban sobre el manto de nieve. ¿De dónde salían?

Me había hecho la misma pregunta unos minutos antes, sentada en el asiento del copiloto mientras mi novio conducía hacia el hospital. Había visto la incipiente vegetación a ambos lados de la carretera y comprendí que había llegado la primavera sin que yo lo hubiera advertido.

¿Dónde había estado yo los últimos meses?

Me di cuenta de que ya sabía la respuesta.

Muy pocas cosas habían sido interesantes en mi vida después de las 15:51 del día 1 de enero. Supongo que había echado un vistazo a través de la ventana para decidir si tenía que ponerme calzado de invierno o botas de goma, gorro, bufanda y guantes o sólo gorro y guantes pero, en el fondo, había sido para mí una bagatela. Como todo lo demás.

Pero ahora... Ahora, al mirar a mi alrededor, me gustaba ver la vegetación. Ver cómo las briznas verdes se abrían paso bajo la nieve que todavía cubría la mayor parte del suelo.

Me senté en un banco fuera del hospital a esperar a mi novio, al que le acababan de poner una inyección en el culo en alguna consulta de la sección de vacunas. Traté de recordar adónde iba a viajar esta vez. ¿Había hablado de la fábrica de Bangalore? ¿O iba a la de China? Debería saberlo. Me importaba un bledo.

Yo siempre había agradecido los largos viajes que tenía que hacer por su trabajo de reparador de máquinas Volvo, pero en esta ocasión estaba especialmente agradecida. Esta vez iba a pasar fuera dos semanas. Como mínimo.

Levanté la vista y vi a un par de ancianos que se acercaban a la entrada. El hombre llevaba a la mujer en una silla de ruedas. Ella parecía muy pequeña y consumida. Llevaba su desmejorada cara envuelta en un chal con un grueso gorro de piel encima. No se movía. Sólo miraba fijamente al frente, con la boca abierta. El lento avance de la pareja hacia la entrada estaba a punto de terminar. De repente el

hombre se topó con un obstáculo, el borde de la acera. La silla de ruedas dio una sacudida y el brazo de la mujer quedó colgando. Yo los miraba, esperando que la mujer moviera el brazo y lo volviera a colocar en su sitio, pero siguió colgando. Inerte.

«Podría estar muerta», pensé yo al ver que el hombre daba la vuelta a la silla, levantaba el brazo de la mujer y lo colocaba de nuevo en su sitio antes de volver a hacer otro intento —y lo consiguió— para salvar el borde de la acera. Cuando la pareja desapareció tras la puerta giratoria me di cuenta de lo que acababa de pensar.

La mujer, en principio, habría podido estar muerta y nadie habría notado nada. Evidentemente. Así iba a trasladar a mi padre desde la casa de la calle Göt hasta el coche y desde el coche hasta mi apartamento. Un señor mayor en una silla de ruedas, debidamente abrigado. Nadie que nos viera sospecharía nada.

Estaba impaciente esperando a que saliera mi novio. Le sonreí y le pregunté si todo había ido bien y si le dolía el culo. No oí su respuesta, mi cerebro estaba ocupado pensando, pero asentí ligeramente para fingir que estaba escuchando, con la esperanza de que mis gestos llegaran en el momento oportuno.

Una silla de ruedas. ¿Dónde roba uno una silla de ruedas?

JUEVES, 4 DE MARZO DE 2010

Conduje los cuarenta kilómetros hasta Götene con el disco de la muerte en el reproductor de CD. Dejé que la letra de las canciones me empujara lentamente hacia delante. Me lo tomé con calma. Me detuve junto a todas las cámaras con radar que había en la carretera y apunté en mi cuaderno de las magdalenas dónde estaban y cuál era el límite de velocidad en ese tramo. Había recorrido ese trayecto miles de veces, pero si había algo que no pensaba hacer era arriesgarme a que una cámara de tráfico me sacara una fotografía con mi padre anestesiado en el coche.

Cámara 1: hipódromo de Axevalla. 70 kilómetros.

Cámara 2: salida de Eggby. 50 kilómetros.

Cámara 3: junto al desguace de las afueras de Lundsbrunn. 70 kilómetros.

Cuando por fin llegué a la residencia Helenagården en Götene sonreí.

Allí estaban. Tal y como las recordaba.

Dos sillas de ruedas a la entrada para los visitantes que quisieran sacar a dar un paseo a sus familiares.

Mi abuela materna había pasado sus últimos días en la sección de demencia senil de Helenagården. Yo fui muchas veces a visitarla y utilizaba una de esas sillas cuando la abuela y yo salíamos a hacer pequeñas excursiones por los alrededores de la residencia. El personal de Helenagården, atento y confiado, dejaba las sillas allí, sin más, en todo su esplendor. ¿A quién se le iba a ocurrir robar una silla de ruedas de una residencia de ancianos? ¿Podría haber alguien tan cruel?

Miré a mi alrededor. No vi a nadie. Cogí una silla de ruedas y la llevé rápidamente hasta el aparcamiento. Abrí el maletero del coche, plegué la silla, la cargué y cerré el maletero. Me volví. Seguía sin haber nadie por allí.

Noventa minutos más tarde estaba tarareando en mi cocina y mirando de reojo el

reloj. Él estaba a punto de llegar.

Sentía cómo me burbujeaba el estómago. La silla de ruedas estaba plegada debajo de la cama y, además, había sacado tiempo para buscar en Google el analgésico que utilizaba Dexter Morgan, la etorfina.

La etorfina la desarrollaron Bentley y Hardy en 1963. Al parecer, su efecto analgésico es entre mil y tres mil veces más potente que el de la morfina y se utiliza a menudo para inmovilizar elefantes y otros mamíferos que pesan varias toneladas. Cinco miligramos eran suficientes para dormir a un rinoceronte.

Prensé dos dientes de ajo sobre la crema de leche y rallé el queso parmesano. «En la serie parecía fácil», pensé.

Dexter se acercaba sigiloso por la espalda. Introducía la aguja en el cuello de la víctima e inyectaba el líquido, y ya estaba. La víctima se dormía en dos segundos. En realidad, la historia, evidentemente, era más complicada. Pero ¿no es todo más complicado a la hora de la verdad?

Removí el beicon que tenía en la sartén, subí la potencia del extractor y añadí más crema de leche, el maíz, la soja y el queso, antes de volver a mirar de reojo el reloj. Hora de poner la pasta. Añadí generosamente sal gorda al agua hirviendo, recordando el consejo de mi madre: tiene que ser salada como el mar, y agregué tres raciones de espaguetis mientras repasaba una vez más el texto de la página especializada Fass que había resumido en forma de puntos importantes en mi cuaderno de las magdalenas.

Según la página Fass, especializada en productos farmacéuticos, esta droga la utilizaban únicamente los veterinarios y su uso estaba «estrictamente regulado por la ley». Lo importante era controlar las dosis. Una gota de etorfina de la potencia que empleaban los veterinarios podía matar a una persona en dos minutos si le caía en la piel.

Me di cuenta de que el agua de la pasta empezaba a salirse de la cazuela y bajé el calor de la placa de inducción. Después puse la mesa y encendí las velas. Había consultado en internet un montón de páginas, pero las clínicas veterinarias que había en Skövde sólo atendían «perros, gatos y otros pequeños animales domésticos». Doblé las servilletas y me sentí animada por haber recordado un artículo del periódico en el que se hablaba de la clínica veterinaria Blå Stjärnan, de Skara. Acababan de instalar una máquina descomunal para realizar resonancias magnéticas a los caballos. Entré en su página web y me enteré de que la clínica de Skara era la más grande de Suecia en su especialidad.

Cuando llamó a la puerta, abrí con una sonrisa. Mi novio entró y se dejó llevar por el olfato.

—¡Oh! Mi plato de pasta favorito. ¿Qué celebramos?

Continué sonriendo y me encogí de hombros.

Pronto el hombre que tenía delante de mí estaría al otro lado del globo.

Pronto robaría la droga.

Pronto mi padre estaría muerto.

Y debajo de la cama había una silla de ruedas.

—Que existes —contesté mientras me inclinaba y le daba un beso.

»Celebremos que existes.

LUNES, 8 DE MARZO DE 2010

—¿Ah, sí? Entonces ya podemos tirar a la papelera todo lo que hemos ido descubriendo —oyó Julia a sus espaldas, sobresaltándose.

Se volvió hacia su colega. En un par de segundos, Ing-Marie Andersson se había transformado en una sombra de su nuevo yo. La persona que tenía delante en ese momento era una piltrafa humana desconsolada. La Ing-Marie de hacía unos meses.

—Pero, por Dios, ¿qué ha pasado?

Ing-Marie se dejó caer sobre el escritorio. La desvencijada mesa barata se tambaleó, y Julia pensó que era una suerte que su colega estuviera tan delgada como un alfiler antes de que Ing-Marie continuase.

—Me acaba de llamar mi fuente. El Instituto Nacional de Ciencias Forenses ya tiene el resultado completo de la autopsia.

Hojeó en su bloc y empezó a leer en voz alta:

—«El cuerpo de Elisabeth Hjort presentaba varias marcas de haber sido sometida a violencia, pero la causa de la muerte fue una lesión craneal provocada por un golpe con un objeto romo desconocido. El golpe recibido por la paciente fue tan fuerte que provocó un derrame en los vasos sanguíneos más pequeños, en los capilares, hacia los tejidos, lo cual causó un aneurisma, una presión en el cerebro. Fue este aumento de presión lo que causó la muerte de la paciente».

—Bueno. Pero nosotras ya sabíamos que recibió un golpe en la cabeza. No veo dónde está el problema. ¿Te ha dicho tu fuente si en el Instituto Nacional de Ciencias Forenses saben algo más acerca del objeto que le causó la muerte?

—No. O, bueno, sí. Que nunca han visto cosa igual. Que el dibujo de las marcas encontradas en su cabeza recuerda al de unas flores talladas. Han encontrado pequeñas astillas de madera negra en el cuero cabelludo que, afortunadamente, no habían conseguido disolverse en el agua, probablemente porque se helaron muy pronto.

Ing-Marie hizo una pausa.

—Y ahora viene la mala noticia. La autopsia determina que el rígor mortis era

completo en el cuerpo de Elisabeth Hjort.

—¿Ah, sí? ¿Y? Rigor... Vigor..., Ing-Marie, agradezco que tengas tan buen concepto de mí, pero mi latín es más bien escasito. Volvo significa «yo ruedo» y zorra es *vulpes*... Y ahí terminan todos mis conocimientos de latín.

—Rígor mortis significa «rigidez del cadáver». Eso quiere decir que llevaba muerta entre diez y catorce horas antes de que la tiraran al lago. Además, su cuerpo permaneció muy poco tiempo en el lago antes de que se helara, lo cual, como sabemos, ocurrió entre la noche del 2 al 3 de noviembre.

Se miraron.

Julia estaba tratando de comprender lo que acababa de escuchar.

—¿O sea que el asesinato y el hundimiento no se produjeron al mismo tiempo? Pero ¿y su reloj? ¿No marcaba las 16:02?

Ing-Marie cerró los ojos y empezó a masajearse las sienes.

—El asesino fue más listo de lo que pensamos y puso esa hora. Mi fuente dice que es imposible que Elisabeth Hjort cayera al agua a las 16:02. En ese caso el cuerpo presentaría un aspecto distinto.

—¿Y no hay ninguna huella dactilar en el reloj?

Cuando Ing-Marie negó con la cabeza, Julia también se vino abajo.

—Pero nosotras hemos estado buscando a una persona que hubiera dispuesto de unas horas libres aquel día. Esto significa que en principio cualquiera puede ser culpable —reconoció Julia, decepcionada.

—Cualquiera con la agenda adecuada y un objeto romo —respondió Ing-Marie. Y añadió—: Partimos de la base de que la tiró al agua cuando era de noche. Por lo tanto tiene que ser una persona que dispuso de horas libres durante el día para poder matarla y después pudo esconderla en algún sitio hasta por la noche, cuando la tiró al lago.

—Entonces, al menos, queda claro que Klas es inocente. Él llamó a la policía a las cinco. Sería increíblemente tonto que lo hiciera cuando aún no la había tirado al lago y arriesgarse a que la policía encontrara el cuerpo —dijo Julia.

—O increíblemente astuto. Y poner en el reloj una hora en la que él estaba con su amante aunque todos creían que estaba en el trabajo —respondió Ing-Marie. Y continuó—: Es una coartada doble. Si se descubre una, te queda otra en la recámara.

Julia se mordió el labio.

—O Klara, ella también pudo matarla antes de que llegara Klas. Mata a la mujer, vuelve a casa y se acuesta con el marido y luego regresa y oculta tranquilamente el cuerpo mientras él ficha a la hora de salida del trabajo y va a buscar a los niños a la guardería. ¿Puede estar tan loca?

—¿Qué piensas tú? Tú has hablado con ella.

—La verdad, no lo sé, Ing-Marie. Parecía un poco chalada. Pero hay una

diferencia entre estar chalada y estar loca de atar.

Julia soltó un taco.

—Nunca aclararemos esto —concluyó apesadumbrada.

Se miraron la una a la otra en silencio.

—¿Qué me dices? ¿Hacemos un último intento con Karlkvist antes de dar carpetazo a este asesinato y dedicarnos a otra cosa? —preguntó Ing-Marie con voz apagada.

Julia se levantó rápidamente de la silla.

Ing-Marie se puso al frente. Julia iba sólo unos pasos detrás y vio a su colega cruzar las ostentosas puertas de entrada de la comisaría. Ing-Marie llevaba la espalda algo más recta ahora, parecía que se había recuperado de las malas noticias. El tiempo que habían dedicado en el *Västgöta-Nytt* a la búsqueda del asesino de Elisabeth Hjort había cambiado a la reportera criminalista. Parecía más atrevida. Más satisfecha. Julia se preguntaba cuánto tendría que ver con el asesinato y cuánto con alguna otra cosa. ¿Quizá con su fuente secreta en el Instituto Nacional de Ciencias Forenses?

Julia se detuvo y para su propia sorpresa se dio cuenta de que esperaba que Ing-Marie le confiara su secreto alguna vez y le hablara de su misterioso Horatio Caine. Quería hacerse amiga de Ing-Marie. Joder. O santo cielo, como habría dicho la reportera criminalista.

Ing-Marie se dirigió directamente al recepcionista, se inclinó para oler la orquídea, sonrió y le dijo la razón de su visita.

—Ing-Marie Andersson y Julia Almliden. Estamos aquí para hablar con Ulf Karlkvist.

El recepcionista les señaló el sofá y levantó el auricular.

Permanecieron sentadas y en silencio unos minutos, cada una en una esquina del sofá. De repente, un chasquido indicó que alguien se disponía a salir del pasillo cerrado que había detrás de la recepción. Ulf Karlkvist miró a través de la puerta.

—Pero bueno... ¿Vosotras?

Caminaron detrás de él por los pasillos de la comisaría. Julia vio el chichón que tenía en la nuca afeitada. Un recuerdo de su choque con una pared.

—Perdona, pero ¿qué tal tu cabeza?

Ulf Karlkvist la fulminó con la mirada.

—Un dolor tremendo, gracias por preguntar.

Ing-Marie y Julia se miraron. Ninguna de las dos podía contener la risa.

Ulf Karlkvist iba delante de ellas y murmuró algo que no lograron entender. Subieron la escalera y entraron en un pasillo de la segunda planta que conducía a los despachos. A través de las puertas entreabiertas se veían pequeñas oficinas cuadradas.

—¡Periodistas! —gritó Karlkvist, y tres de las puertas se cerraron de un portazo.

Él se volvió con una sonrisa burlona.

—Hacemos todo lo que podemos para daros la bienvenida.

Pasadas seis puertas a cada lado, Ulf Karlkvist entró en la séptima de la izquierda.

Un escritorio oscuro en el centro del despacho ocupaba la mayor parte de los nueve metros cuadrados. El comisario se sentó en una silla de oficina que parecía nueva y cómoda, en tanto que las dos estrechas sillas para las visitas tenían los asientos tapizados con ese tipo de tela azul con pequeños tulipanes amarillos que solía utilizarse para las cortinas de las escuelas y las salas de espera de los dentistas de la sanidad pública.

Julia se sentó en una de las incómodas sillas y se preguntó si el ayuntamiento habría comprado toda la tela de una vez y habría conseguido con ello una sustanciosa rebaja, y cómo era posible que se hubieran gastado sumas millonarias en el edificio de la nueva comisaría y luego hubieran economizado tanto en el mobiliario.

Detrás de las dos sillas había tres estanterías Billy repletas de archivadores con enigmáticas etiquetas. La mayoría eran una combinación de letras y números.

Detrás de la silla de Ulf Karlkvist había otras tres estanterías, también llenas de archivadores. Julia supuso que los casos más sensibles estarían en los archivadores que estaban a su lado. Se preguntó en qué lado tendría el archivador de Elisabeth Hjort. ¿A la izquierda, quizá? ¿Cerca del corazón?

—Lo que queremos saber más que nada es si tú y los tuyos habéis llegado a algo. Nosotras estamos en un punto muerto.

Ulf se estiró y miró a Ing-Marie, que era quien había formulado la pregunta.

—No me digas... ¿Qué me está diciendo la reportera criminalista? ¿No habéis encontrado al asesino?

Julia se enfadó al oír el tono despectivo con que se dirigía a su colega y se apresuró a intervenir:

—Y es evidente que vosotros tampoco lo habéis conseguido, Karlkvist. Ni tú ni tus esbirros. No queremos discutir. Y sabemos que este caso es importante para ti por razones personales, pero también es importante para nuestros lectores, que quieren saber que Skövde es una ciudad segura en la que los asesinos no andan sueltos por las calles.

Ulf Karlkvist no contestó. Ing-Marie tomó la palabra:

—¿Ha llegado a alguna nueva conclusión el Instituto Nacional de Ciencias Forenses?

Ulf Karlkvist la miró con enojo.

—Eso lo sabes tú tan bien como yo. Parece que la información del Instituto Nacional de Ciencias Forenses se filtra hasta vosotras. ¿No es allí donde tenéis a vuestro confidente?

Julia vio que su colega se sonrojaba y se apresuró de nuevo a intervenir.

—Por favor, Ulf. Nosotras comprendemos que no puedas contarnos exactamente todo lo que hacéis, pero nos gustaría saber si puedes decirnos algo. ¿Hay alguna nueva pista? ¿Algún nuevo testigo? ¿Escribimos un artículo contándoles a los ciudadanos que la policía necesita su ayuda? ¿Publicamos que la hora en que el cuerpo fue arrojado al lago ha cambiado y buscamos gente que haya visto algo a última hora de la tarde? Podremos colaborar de alguna manera, ¿no?

Ulf Karlkvist miró a Julia. Luego a Ing-Marie. Después a Julia otra vez.

—¿Queréis publicar algo?

Las dos asintieron a un tiempo.

—Entonces podéis publicar la historia de dos periodistas entrometidas que van a dejar de una puta vez de obstaculizar la investigación policial. Que van a dejar de recoger información sensible y divulgarla a terceros. Si conseguís que esto salga publicado en el periódico me daré por satisfecho.

Ing-Marie y Julia se levantaron y abandonaron la comisaría. Cuando estaban ya en la acera Ing-Marie empezó a hablar:

—Me gustaría realmente resolver este caso —dijo con desánimo en la voz—. Es importante para mí. De ello... dependen muchas cosas.

Julia le puso una mano en el hombro. No tenía nada sensato que decir.

—Te invito a tomar un café. —Fue lo único que se le ocurrió.

Tomaron el café en silencio. Julia se comió uno de los riquísimos bollos de vainilla que servían en la cafetería del ayuntamiento. Ing-Marie no quiso comer nada, y cuando Julia sintió la pringosa crema de vainilla en la boca mientras miraba a su colega, bastante más delgada, se arrepintió inmediatamente de haber sucumbido a la tentación. Julia no necesitaba más grasa en el cuerpo. Se levantó, fue hasta la papelera y tiró el bollo.

—¿Por qué pides un bollo si no te lo vas a comer? —preguntó Ing-Marie.

—Era de ayer. Estaba seco.

—Me pareció recién hecho.

—Pues entonces ve a buscarlo a la papelera.

Ing-Marie no dijo nada y Julia se arrepintió enseguida de su contestación. Dejó la taza sobre la mesa y miró a través de la ventana.

—Fíjate lo poco que se necesita. Un golpe en la cabeza, y estás muerta.

Ing-Marie asintió.

—Me doy cuenta de que hablo como una vieja, pero ese es el problema con tanta violencia como se ve ahora en la tele. La gente piensa que no es tan peligroso que te den una paliza porque ven que los actores se levantan después de recibir tanto cinco

como diez puñetazos. En la realidad basta con uno, si te da en mal sitio. Christer Petterson murió de una fractura craneal. Una simple caída. Cayó al suelo y se golpeó, tuvo una hemorragia y murió. Heléne Fossmo, ya sabes, la primera mujer del pastor de Knutby, según los forenses murió de una caída en la bañera, aunque yo siempre tuve mis dudas sobre lo que pasó allí... Y luego tenemos a esa actriz, Natasha Richardson. Estaba esquiando con su hijo, se cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza, se quedó en coma y murió a los pocos días.

Ing-Marie meneó la cabeza.

—Se necesita bien poco.

—Y los gilipollas como Karlkvist sólo se hacen un colorido chichón —contestó Julia. Y añadió—: Y hablando de él. ¿Qué le pasa a Karlkvist? Parece que ha perdido totalmente el control.

Ing-Marie sacudió la cabeza.

—Si yo tuviera peor vocabulario y educación...

—¿Quieres decir si fueras como yo?

Ing-Marie le sacó la lengua a su colega.

—Sí, si fuera como tú, Julia, entonces igual diría que necesita echar un polvo. Pero como yo soy yo, diré que necesita pasar un poco el rastrillo por su jardín zen. Encontrar su paz interior. Lograr el sosiego. Experimentar el nirvana.

Cuando le vino a la cabeza la imagen del policía meditando, mientras removía el café, Julia se echó a reír. Hasta que la imagen del monje budista Karlkvist fue sustituida por la imagen de otro hombre corpulento, también en busca de sosiego.

—¿Dijiste que el arma del crimen tenía un dibujo elegante y era de madera negra?

Julia se levantó de la silla y se puso su cazadora negra antes de que Ing-Marie tuviera tiempo de asentir.

—No es el nirvana lo que Karlkvist necesita encontrar, Ing-Marie. Es a Buda. Y yo sé dónde está.

—¡Cómo no me dijiste nada! Es la segunda vez que lo haces.

Julia estaba de vuelta en el mismo sitio y en el mismo sofá de espera en el que se había sentado dos horas antes en la comisaría. Resoplaba.

Ing-Marie estaba enfadada desde que le había contado lo que encontró debajo de la cama en la calle Livboj.

—Porque soy idiota. No pensé en ello. Elias estaba muy contento con su locomotora y estuvimos jugando, y me olvidé por completo. Lo siento, Ing-Marie.

La sala se llenó aún más de energía negativa cuando sonó la puerta de acero y Anna Eiler se acercó a ellas.

—No tengo tiempo para hablar con vosotras. Y, la verdad, tenéis que ser muy

tontas para estar otra vez aquí intentándolo. Hasta yo, que tengo el despacho tres puertas más allá, he oído vuestra conversación —les dijo.

Julia se echó hacia atrás y cerró los ojos. Realmente no tenía fuerzas para enfrentarse a otra vieja gruñona —con independencia del sexo— que quería echarle una bronca.

—Klas Hjort ha escondido un Buda de madera negra bajo la cama de su hijo pequeño y le ha hecho prometer que no dirá nada. ¿Conocen ese dato vuestros técnicos y lo han examinado? Y si es así..., ¿había restos de sangre?

Resultaba casi indecentemente agradable ver que Anna se quedaba con la boca abierta.

«Te está bien empleado», pensó Julia.

MARTES, 9 DE MARZO DE 2010

Algo le dijo en su interior que debía mantenerse a una distancia prudencial. Mientras Ing-Marie y Janne Flash estaban apostados justo delante de la puerta de entrada de la casa amarilla de los años cincuenta, Julia se encontraba sola tres casas más allá, observando el desfile de coches de la policía y de técnicos. Un gran número de hombres con el mono azul oscuro circulaban tanto dentro como fuera de la casa. Llevaban guantes de látex transparentes y portaban bolsas pequeñas. Se detenían en un sitio y en otro. Miraban con un poco más de detenimiento. Parecía irreal.

Oyó cómo se abría la puerta y vio que unos tupidos rizos castaños salían corriendo. Se dirigieron hacia ella.

—¡Me lo prometiste!

El niño, que iba descalzo y llevaba un pijama azul con aviones rojos, le dio un empujón en el estómago.

—Prometiste no decir nada del secreto. ¡Eres tonta! ¡Tontísima!

Ella le dejó que siguiera. Esperó hasta que se cansara, pero le preocupaba que cogiera un buen resfriado si no se tranquilizaba pronto. Le habló lo más tranquila que pudo:

—He guardado el secreto mucho tiempo, Elias. Pero la policía cree que el muñeco que hay debajo de tu cama puede tener algo que ver con que tu madre se fuera al cielo en la locomotora.

Él dejó de golpear y dar patadas. Se quedó con la cabeza baja. A Julia le pareció ver que el pobre niño asentía débilmente antes de empezar a llorar. Ella se puso en cuclillas para estar a la misma altura que él. Esperó a que él hablase.

—Es por el monstruo —dijo él—. El monstruo era malo con mamá.

Ella intentó abrazarle, pero él se soltó y se alejó corriendo, por el mismo camino por el que había llegado. Pasando por delante de Ing-Marie, Flash y de todos los modelos de coches de policía con los que a él le gustaba tanto jugar en su habitación. Cuando el niño llegó a la puerta, esta se abrió. Anna Eiler salió al mismo tiempo que Elias Hjort entraba corriendo.

Julia prefirió quedarse donde estaba y dejar que Ing-Marie se ocupara de la conversación. Sólo cuando Anna y Patrik se montaron en su coche y salieron acelerando bruscamente se atrevió a acercarse a su colega.

—Elias dice que el muñeco que había debajo de la cama tiene que ver con un monstruo que era malo con su mamá.

Ing-Marie asintió.

—Puede decirse que tiene razón. Parece ser que el niño empezó a hacerse pis en la cama cuando su madre desapareció. Klas Hjort cogió esa estatua, que era una de las preferidas de Elisabeth, y la colocó debajo de la cama del niño. Le contó a Elias que era un muñeco mágico que se iba a comer a todos los monstruos que habían sido malos con su mamá y que hicieron que mamá fuera tonta con él y que así podría dormir tranquilo. Lo convirtió en un gran secreto entre ellos para que Elias no se sintiera mal por hacerse pis en la cama.

MIÉRCOLES, 10 DE MARZO DE 2010

Los brillantes números rojos del reloj se convirtieron en cuatro ceros, y el martes dio paso al miércoles.

Miércoles, 10 de marzo.

Mi padre cumplía sesenta años ese día.

Un día que nunca debería haber vivido.

Cerré los ojos y vi a mi padre al mismo tiempo que sonaba en mi cabeza el *Cumpleaños feliz*.

Me pregunté cómo lo pasaría. Qué regalos tendría al despertar. Yo le había comprado uno. Un polo Lacoste de Macy's, en Nueva York. Era caro. Casi novecientas coronas. Hasta donde me alcanzaba la memoria, él siempre había llevado polos Lacoste. Siempre de piqué blanco, con el pequeño cocodrilo a la izquierda. Siempre copias compradas en Tailandia. El mío era original. Había comprado un polo de piqué verde musgo con un cocodrilo algo más grande en el pecho. Estaba en casa en una caja. Mi novio me miró con pena cuando lo adquirí durante nuestro día de compras, pero no comentó nada. Fue con la única prenda en la que no estuvo a mi lado levantando los pulgares y aprobando mi decisión. Pensé por qué lo había comprado, pero no hallé ninguna respuesta sensata.

Me pregunté si mi padre tendría tarta.

Si se pondría triste porque yo no lo llamase.

Siempre lo había llamado el día de su cumpleaños. Incluso las veces que él no se había acordado del mío. Volví a pensar en lo que ocurrió cuando cumplí veintidós años. En lo mal que lo pasé porque él no me había llamado. Y en que yo, tres semanas más tarde, le canté por teléfono el *Cumpleaños feliz*, que aún seguía sonando en mi cabeza.

Él se echó a reír. Se puso contento. Como siempre. Como todos los años. Entonces ya no estaba enfadado conmigo por Dios sabe qué. Al parecer, el 10 de marzo era para él una buena ocasión para mostrar benevolencia hacia su hija, a quien el resto de los días consideraba tan miserable.

Pensé en cuando cogí un año sabático para descansar de los estudios y trabajé en México como profesora de inglés. Justo antes de que emprendiera el viaje él se enfadó conmigo. Yo sospeché entonces que sería porque mi regalo de Navidad de aquel año no le había gustado. O porque no me había mostrado suficientemente agradecida por el que él me hizo a mí.

En cualquier caso, algo relacionado con el dinero. Yo era una perra asquerosa que sólo buscaba dinero, me dijo. Una perra asquerosa que sólo buscaba dinero que se pasó el día de su cumpleaños sola en su clase de México, D. F., sin que nadie la felicitara. Pero una perra asquerosa que sólo buscaba dinero que había recordado la fecha y había llamado a su padre el día de su cumpleaños, diecinueve días después del mío.

Pensé quién de nosotros había sido más tonto.

¿Él, que no había llamado?

¿O yo, que sí lo había llamado?

Este año no iba a llamarlo.

Oí un pling en el móvil y me deslicé fuera de la cama para no despertar a mi novio. Saqué el móvil del bolso y leí el escueto mensaje de mi hermano mayor:

«Llámame cuando te despiertes».

Me senté en el suelo de la entrada y marqué el número. Él me contestó en voz baja antes de que sonara la primera señal y empezó a llorar en cuanto lo saludé.

—Me siento fatal —dijo—. Hoy cumple sesenta años y yo no pienso llamarle. Es nuestro padre, joder.

Me imaginé a mi hermano mayor. Sentado en su casa, en el sofá negro de piel del cuarto de estar. Casi dos metros de alto y sin embargo tan pequeño como yo en ese momento.

Yo le chistaba y lo arrullaba tratando de calmarlo mientras él lloraba al teléfono.

—Está bien —le susurré—. Puedes estar triste. No pasa nada.

Oí que su llanto amainaba.

—Escucha. Él no te llamó cuando cumpliste años en noviembre. A mí tampoco me llamó el día de mi cumpleaños, hace tres semanas. Él no nos ha llamado a nosotros.

Un largo suspiro al otro lado del teléfono.

—Sí, ya lo sé. Pero, incluso con eso, ya sabes lo que pasa. Uno quiere llamar. Cada fibra del cuerpo te dice que llames.

Escuché las palabras de mi hermano mayor. Lo pensé. ¿Quería yo llamar? Cruzaron mi mente a toda velocidad escenas de mi vida, como instantáneas congeladas.

¿Quería yo mediante aquella llamada darle a mi padre la libertad de volver a tomar el control?

¿Quería recuperar el contacto?

¿Quería volver a caer en su trampa?

¿Quería volver a sentir un nudo en el estómago las próximas Navidades, el próximo cumpleaños y la próxima comida en familia?

¿Quería seguir estando siempre alerta, en tensión, a la espera de saber de qué humor estaría él ese día en concreto?

¿Estremecerme cada vez que él empezaba a hablar?

¿Percibir las señales de que su locura estaba de camino e intentar frenarla?

¿Mirarle las manos para ver si se había mordido los nudillos?

¿Comprobar que no tenía los hombros levantados?

Y, sobre todo, ¿quedarme sentada y presenciar cómo se iba todo a la mierda? ¿Ser una espectadora pasiva hasta que finalmente matara a alguien?

—No —contesté tanto a mi hermano mayor como a mí misma.

Las instantáneas desaparecieron.

—No. Yo no quiero llamar. Lo cierto es que no quiero tener nada que ver con él. Nunca.

Escuché a mi hermano en el auricular. Oí que sus sollozos iban menguando. Se sorbía los mocos cada vez menos. Esperé hasta estar segura de que había dejado de llorar.

—Quiero preguntarte una cosa. Y, por favor, piénsalo bien.

Me callé. Quería asegurarme de que me escuchaba.

—¿Quién crees que se va a sentir peor por no llamar al otro el día de su cumpleaños? ¿Crees tú que a papá le costó mucho pasar de su propio hijo el día 1 de noviembre..., o crees que va a ser más duro para ti no llamarlo hoy?

No contestó. Pero yo sabía que él sabía la respuesta. Esperé unos segundos para dejar que lo comprendiera.

—No debería ser así —dije en voz baja.

—Debería ser al revés.

Miré el reloj.

—Sólo te quedan veintitrés horas. Después serán las doce de la noche y el día 11 de marzo. Un día normal y corriente que no significa una mierda. Intenta aguantar.

Colgamos.

Estaba a punto de levantarme cuando de repente me encontré cara a cara con mi novio, que había salido a la entrada sin que yo lo notara. Santo cielo, pero ¿es que no podía irse ya de viaje? Retrocedí pero él sólo me sonrió con tristeza y me tendió los brazos.

—También a ti te quedan veintitrés horas —me susurró mientras yo me refugiaba en sus brazos.

»Te voy a ayudar, cariño. Veintitrés horas.

Diez horas más tarde me sentía un poco mejor.

Entré en el aparcamiento de la clínica Blå Stjärnan y saqué el móvil. Tecleé un breve sms: «Sólo quedan trece horas. Lo puedes aguantar».

Cuando le di a «enviar» guardé el teléfono, quité el parasol del coche y abrí el espejo. En contra de mi costumbre, me había maquillado mucho. Me vi obligada a hacerlo. Los polvos habían ayudado. Apenas se me notaban las ojeras que me salieron tras la llamada de la noche anterior. Me puse el brillo de labios. Me rocié un poco del Body Splash que mi novio me había comprado en Victoria's Secret en Nueva York. Fresas y champán.

El veterinario en jefe con quien había pedido entrevista se llamaba Nicolai Jensen y rondaba los cincuenta años. No era precisamente mi grupo de edad preferido. Necesitaba toda la ayuda que pudiera darme el maquillaje.

—¿De qué dijo que quería hablar?

—De medicinas para caballos.

Estaba en el despacho de Nicolai Jensen en la clínica veterinaria de Skara y observaba a aquel hombre moreno. Era delgado y llevaba una bata blanca, pequeñas gafas para leer delante de los ojos castaños y una barba oscura muy bien arreglada. Yo me había presentado como periodista y le había contado que quería escribir sobre el dopaje en el mundo de la hípica. No me pidió que me identificara. Dudaba incluso de que supiera cómo me llamaba. Perfecto.

Yo había leído sobre él. Nicolai Jensen ostentaba el título de especialista europeo en cirugía equina, lo cual —según leí— era la máxima titulación que podía alcanzar un veterinario especializado en cirugía equina. Si había alguien en Suecia que pudiera tener acceso a la etorfina, tenía que ser el hombre que estaba sentado delante de mí, en una silla de oficina evidentemente muy cara. Cuero negro con costuras que remataban el asiento como si fueran olas. Seguro que costaba más que todo el mobiliario de mi apartamento.

—Como sabrá, últimamente se han escrito muchas historias desagradables sobre el mundo del caballo.

Él asintió.

—Y si hay alguien que sepa en qué condiciones viven, cómo se encuentran los caballos de esta zona, ese es usted.

—Sí, no sólo de esta zona, me atrevería a decir. Aquí recibimos caballos de todo el país. Nuestra sección de cirugía realiza todo tipo de operaciones.

Empezó a contar con los dedos.

—Realizamos operaciones con láser, cirugía con laparoscopia, tratamiento de fracturas y operaciones de estómago todas las semanas.

Yo tomaba nota al tiempo que asentía interesada.

—Yo, lógicamente, he leído su página en internet y realmente la descripción de algunos casos es fascinante. Seguro que mucha gente piensa que es desagradable mirar esas imágenes, pero yo he de decir que, cuando vi en las fotografías que era usted quien realizaba las intervenciones, me sentí de lo más tranquila, casi contenta por los caballos, porque se encontraban en tan buenas manos. He seguido su carrera. Se nota de verdad que le gusta y que es bueno en su trabajo.

Él se revolvió en la silla. Yo le sonreí. Era increíble, siempre funcionaba. Era como si todos los cincuentones relativamente prestigiosos estuvieran clonados a partir del mismo padre: el señor Ego. En cuanto tenían ocasión de hablar de su propia excelencia se olvidaban del tiempo y del espacio.

—Sí..., por supuesto, siempre es una satisfacción increíble poder ayudar a los animales —respondió.

Sonó bastante menos tímido de lo que a él seguramente le hubiese gustado, pero yo continué asintiendo con entusiasmo.

—Y eso que se ha escrito en los tabloides en los últimos meses, que si los entrenadores atiborran a sus caballos de cosas raras o los maltratan de alguna manera... Supongo que un veterinario con tanta experiencia como usted podría notarlo en un eventual reconocimiento...

—Por supuesto. En el caso de que buscaran ayuda cuando uno de esos caballos tiene problemas. Es lógico pensar que un entrenador de caballos de carreras que ha maltratado a su caballo no lo va a llevar inmediatamente al veterinario a no ser que el animal sufra una crisis aguda.

—No, claro que no. Pero, partiendo de los caballos con los que usted entra en contacto, ¿ha notado algo parecido al maltrato animal del que se ha hablado en los medios?

—No, nunca.

—¿Qué tipo de medicinas son las que utilizan esos dueños de caballos que hacen trampas?

—Depende de qué tipo de caballo se trate y del problema que tenga el animal. La Asociación Nacional Sueca de Hípica tiene una larga lista de prohibiciones. A un caballo nervioso, para explicarlo de una manera sencilla, se le puede dar, por ejemplo, Plegicil para que se vuelva más tranquilo. A un caballo que tiene dolor se le dan analgésicos, normalmente fenilbutazona. La furosemida aumenta el rendimiento. En realidad es para las personas que padecen un edema agudo de pulmón. Pero esa sustancia ayuda a los caballos con problemas de garganta, puesto que es diurética y los caballos con problemas pulmonares pueden mejorar la absorción de oxígeno cuando tienen los pulmones secos. Estos tres preparados eliminan los problemas de manera que el caballo pueda correr por encima de su capacidad real.

—¿Dónde los consiguen?

—Siempre hay maneras de conseguir esas cosas a las que no se debería tener acceso. Y muchos preparados clasificados como sustancias dopantes para los caballos son medicinas que las personas usamos diariamente. El ibuprofeno o la cafeína, por ejemplo, por nombrar sólo algunas.

Yo asentí.

—Creo que tengo todo lo que necesito. Realmente me ha dicho muchas cosas interesantes.

Me revolví un poco y le sonreí.

—La verdad es que debería apresurarme a volver al trabajo pero me parece tan interesante estar aquí... ¿Hay alguna posibilidad de que me enseñe un poco cómo es esto?

Su aspecto se volvió radiante y se levantó.

—Por supuesto.

El sitio recordaba a una de las mejores clínicas para personas. Recorrimos los pasillos y miramos de pasada algunas salas. Nos detuvimos ante la máquina para realizar resonancias magnéticas a los caballos, que era la más grande que yo había visto en mi vida.

—Soporta hasta dos toneladas. Es cierto que los caballos no pesan tanto, el más grande que hemos tenido pesaba seiscientos kilos, pero podríamos tratar a un elefante pequeño si nos viéramos en la necesidad —explicó.

Continuamos la ronda. Había varias cintas para correr donde los animales tenían que caminar para poder analizar el esquema de sus movimientos. En otra sala, Nicolai Jensen sacó unas cadenas y me demostró cómo se utilizaban para inmovilizar a los animales.

Pasamos por delante de una puerta en la que había un cartel con una cruz roja sobre fondo blanco y yo me detuve.

—A propósito. Lo estaba pensando cuando me hablaba de elefantes. ¿Ha tenido aquí alguno?

—No. Pero sería divertido. Vienen circos a Skara de vez en cuando. Entonces suelo jugar con la idea de que alguno de ellos necesita una resonancia magnética, pero hasta ahora no se ha dado el caso.

—¿Qué hace uno para anestesiarse a animales tan grandes?

—Hay una morfina especial. Nosotros utilizamos etorfina. Seguro que nunca ha oído hablar de ella.

Negué con la cabeza.

—No, pero me gustaría que me hablara de ella.

—La etorfina es una morfina muy potente. Se debe emplear para animales pesados y bajo restricciones muy estrictas. Es necesario protegerse totalmente. Si una gota de etorfina no rebajada cae sobre la piel en la dosis adecuada, uno muere en unos minutos.

—¿Se atreven a tener unos preparados tan fuertes en la clínica?

Nicolai Jensen señaló la puerta que tenían delante.

—En lugar seguro, naturalmente.

Saqué mi bloc y me puse a tomar notas delante de él. Me humedecí los labios, asentí y continué escribiendo y escribiendo. Como si no existiera un mañana. Como si nada en el mundo pudiera ser más interesante que lo que él tuviera que contarme. Lo cual en ese momento, en cierto modo, era verdad.

—Nicolai. Sé que este es otro tema, pero esto de la seguridad me parece otra buena historia. Los hospitales normales tendrían mucho que aprender de sus reglas, allí desaparecen cosas todos los días. ¿Quiere repasar conmigo las rutinas que siguen? Lógicamente no las voy a desvelar en detalle en el artículo, sólo es para que yo lo entienda. ¿Tiene tiempo?

Nicolai Jensen miró su reloj de pulsera.

—Desde luego —afirmó, y abrió la puerta del depósito de las medicinas.

Entramos en una sala sin ventanas, llena de armarios desde el suelo hasta el techo. En el centro había un ordenador. No pude dejar de exclamar:

—¡Guau!

Nicolai Jensen sonrió y se acercó al ordenador.

—Es un poco como en las películas, ¿verdad? Pero necesitamos este tipo de seguridad. Sin duda, somos el hospital de Suecia con la mayor cantidad de drogas y, sin duda, las más peligrosas.

Una tecla al lado del ordenador hacía que se encendiera la pantalla. Nicolai Jensen tecleó una clave. Oí un clic. Miré los armarios de la sala y noté que los cierres metálicos estaban ahora levantados.

—Vamos a ver qué podemos enseñarle —dijo Nicolai Jensen acercándose a un armario.

Tragué saliva. No quería parecer impaciente.

—¿No podemos ver la etorfina? Sería muy interesante después de todo lo que me ha contado.

El veterinario jefe se dirigió al armario que estaba casi al fondo en el lado derecho de la sala. Lo seguí y me coloqué detrás de él cuando se abrió la puerta.

De repente las tenía delante de mí. Alineadas de arriba abajo en tubos que contenían la medicina que iba a dormir a mi padre. Pequeños y delgados. Dos baldas llenas de tubos, sujetos en un soporte blanco. Las otras seis baldas, al parecer, contenían más de lo mismo, pero empaquetado en cajas. Me dirigí a Nicolai Jensen:

—Qué interesante, Nicolai, es increíble. ¿Cómo se hace?

—Es puro cálculo. La etorfina tiene que ser el cero coma cero, cero por ciento del peso del animal.

—¿Así que para un animal de cien kilos tiene que ser...?

Él sonrió.

—Para animales tan pequeños no utilizamos casi nunca la etorfina. Para esos casos disponemos otras cosas que funcionan mejor. Pero supongamos que tienes un caballo que pesa quinientos kilos, aproximadamente. Entonces tienes que tener cincuenta gramos calculados en forma líquida, es decir, dividido por cinco. Por tanto, diez mililitros.

Quinientos kilos. Mi padre pesaba alrededor de cien kilos. Dos mililitros. ¿Sería posible?

—¿Dónde tienen las cánulas?

Cuando él se volvió hacia otro armario comprendí que era mi única posibilidad. Cogí inmediatamente un tubo y me lo guardé en la cinturilla del pantalón, rogándole a Dios que no se rompiera. Después me volví y seguí mirando al veterinario jefe. Estaba con la nariz metida dentro de un armario, buscando. Yo levanté la mano y abrí una caja de la balda superior y saqué rápidamente un tubo. Iba a colocarlo en el sitio donde estaba mi tubo, pero oí los pasos de Nicolai Jensen. Me di la vuelta y sujeté el tubo delante de él.

—Estaba pensando en hacerle una foto con esto.

El gesto de Nicolai se volvió severo.

—No quiero que los toque. Como le he dicho, la etorfina es letal si uno no sabe cómo ha de manejarla.

Me quitó enseguida el tubo de la mano.

—Si ese tubo se le hubiera caído podríamos haber muerto los dos.

—Me he exaltado demasiado. Lo siento, le ruego que me disculpe —dije, lanzándole una mirada ruborizada.

Levanté la cámara y le sonreí.

—¿Le apetece de todos modos convertirse en un veterinario famoso?

Nicolai se puso bien recto. Yo hice unas cuantas fotos al hombre con el tubito y

elogié su fotogenia cuatro veces antes de atreverme a continuar.

—Sería muy interesante sacar una foto de cerca, cuando pone la droga en la jeringuilla.

—No puedo hacer eso, lógicamente, pero podemos utilizar agua para que entienda el método.

Asentí agradecida y, mientras el veterinario jefe me lo explicaba, yo memoricé paso a paso lo que había que hacer al introducir la aguja en el tubo, medir la cantidad de mililitros y sacar la jeringuilla llena, lista para inyectarla.

Le di las gracias por su paciencia.

Mientras él recogía los tubos y las cánulas, vi la cámara montada en una de las esquinas del techo.

—¡Huy! Si tienen también cámara de seguridad —exclamé.

Nicolai Jensen asintió.

—Las grabaciones están en un servidor y se borran pasadas setenta y dos horas. Se usan sólo por si sufriéramos un robo. Como le he dicho, tenemos uno de los mayores depósitos de drogas duras de Suecia.

Salimos de la sala. Le di las gracias por la visita a las instalaciones y abandoné Blå Stjärnan.

Sólo cuando estaba a mitad de camino del aparcamiento me atreví con dedos temblorosos a sacar el tubo. Miré el reloj.

Quedaban doce horas del día del cumpleaños de mi padre.

Setenta y una horas y media hasta que borrarán las grabaciones en las que aparecía robando una medicina letal.

Cuando me senté en el coche dejé volar mis pensamientos. Lo iba a dormir con morfina para caballos. Bien pensado, parecía perfecto.

MUCHOS AÑOS ANTES

Cuando sus padres se separan, lo primero que ella le pide a su padre es un perro. Su padre tuvo un pastor alemán hace muchos años, antes de conocer a su madre, que era alérgica, y ella piensa que un perro podría alegrarles tanto a ella como a su padre. Para ella sería alguien con quien jugar cuando está allí. A él le haría compañía cuando ella está en casa de su madre.

—No vas a tener un perro. Tengo planes más ambiciosos —contesta su padre.

Un día él la lleva a las cuadras de Bölaholm y le presenta a Brunte.

Ella no ha querido nunca tener un caballo.

Ahora tiene un caballo Fjord. De un metro y medio de alzada. Siente pavor ante aquel animal tan grande. Pero su padre insiste. Es su caballo. Ella le ha calentado la cabeza con que quería uno, dice él.

Ella le ha taladrado la cabeza.

Se pregunta cuándo lo ha hecho, pero, en vez de protestar, entra con una chica en la cuadra y aprende cómo se ajusta la silla de montar. Se sube a él con la ayuda de un taburete y empieza lentamente a aprender a montar.

Va allí todas las semanas, pero cada vez que se sube al caballo está aterrada. Brunte lo nota. Y cuando una de las chicas que trabajan allí se deja abierta la puerta del patio en un descuido, Brunte aprovecha la ocasión. Se desboca y sale por el camino de grava. Ella trata de sujetar las riendas e intenta permanecer montada pero, como la novata que es, sólo consigue quedarse sentada en la silla unos minutos antes de caer. El pie se le queda trabado en el estribo. El gran caballo blanco la arrastra cincuenta metros por el suelo, hasta que se le suelta el pie.

Queda tendida. Le duele la espalda y al principio no puede ni moverse. Siente dolorido todo el cuerpo. Su padre se acerca corriendo.

—¿Pero qué haces?!

Ella se levanta rápidamente. Sin pensar. Lo único que quiere es que no se enfade.

—Lo que hay que hacer es volver a montar —dice él.

Ella mira al caballo, que está resoplando bastante alejado. Alguien le ha dado

alcance. Ha hecho que se tranquilice. Cuando piensa en volver a subirse al taburete y montarse en aquel animal tan grande otra vez siente auténtico pánico. Sacude la cabeza. Sacude todo el cuerpo.

—¡No! —chilla—. No, papá. No, no, no.

Por primera vez su padre no puede ordenarle que haga algo. Ella no puede. No quiere. Tiene demasiado miedo.

Nunca vuelve a montar a ese caballo Fjord. Para gran disgusto de su padre.

—Eras tú la que querías tener un caballo. Tú eres así. Una niñata desagradecida. Insistes e insistes e insistes en que quieres un caballo y luego lo mandas a la mierda. Así eres tú, una jodida mocosa desagradecida.

Le gustaría tanto contestarle. Formula las frases mentalmente. Frases duras e insolentes. Frases como: «Yo no quería tener un caballo para nada. Yo quería un perro».

Puede imaginarse cómo reaccionaría él si le dijese lo que piensa. A veces siente que está a punto de decirlo en voz alta. Y entonces él la mira con esos ojos grises furibundos. Unos ojos que le dicen a esa mocosa hija de puta que mantenga la boca cerrada porque, si no, se va a enterar de lo que es bueno.

La hija de puta se calla. No quiere enterarse de lo que es bueno.

Al final hasta empieza a creer que ha sido ella la que insistió en tener un caballo. Se avergüenza de haber machacado a su padre. Pero le parece muy raro. Porque a ella no le gustan los caballos.

Busqué entre las tarjetas de cumpleaños en la Gallerix. Me avergonzaba estar allí. Miré una tarjeta con «60» escrito por delante y un montón de alegres animales con gorros de fiesta que parecían no querer otra cosa en la vida que felicitar al protagonista del día. Me pregunté si mi padre habría recibido alguna tarjeta semejante ese día.

Miré el reloj. Casi las ocho. Quedaban cuatro horas de su sesenta cumpleaños. Sesenta y cuatro horas para que borrarán la grabación de la clínica veterinaria Blå Stjärnan.

Estaba cansada. Debería estar en casa contando las horas hasta la medianoche. Me masajeeé las sienes. ¿Qué hacía allí?

Era como si mis pies hubieran tenido vida propia y me hubieran conducido a la tienda de tarjetas. Y allí estaba toqueteando tarjetas de cumpleaños que mi padre nunca iba a recibir.

—Perdona. Sólo quería recordarte que cerramos dentro de unos minutos.

Miré al joven dependiente. Volví a dejar la tarjeta en su sitio y me dirigí hacia la puerta.

Me detuve y admiré un cuadro cerca de la entrada. Representaba el perfil de Nueva York. Dios, cómo echaba de menos la Gran Manzana. Allí al menos me había sentido libre por unas horas, hasta que me dieron alcance los demonios. Arrugué la nariz al ver el marco negro de plástico barato que no le hacía justicia a la foto en absoluto.

Recordé el elegante marco de Klara Hunnevie, roto, pero bonito, con el dibujo de florecillas tallado en madera negra, y me pregunté si la futura madre lo habría arreglado ya.

Recordé el elegante marco de Klara Hunnevie, roto, pero bonito, con el dibujo de florecillas tallado en madera negra, y caí en la cuenta de cómo se había podido romper.

JUEVES, 11 DE MARZO DE 2010

—¿Realmente es necesario todo esto?!

En esta ocasión no hubo ningún desfile de coches de la policía en la calle Livboj. Ulf Karlkvist no quiso ni escuchar cuando Ing-Marie lo llamó; sin embargo, había mandado allí a Anna Eiler, que en ese momento estaba hablando con Klara Hunnevie en la puerta. Detrás de ella estaban Patrik Morrelli y un técnico de la policía vestido de azul, con un maletín en una mano y un espray en la otra.

—No están obligados, pero facilitaría mucho las cosas que pudiéramos entrar un momento —dijo Anna.

Julia, Ing-Marie y Flash estaban junto al seto de la casa, mirando. Anna no los había echado de allí, pero advirtió al trío de que no podían entrar en el jardín.

—Tú ni siquiera habrías estado aquí de no haber sido por nosotras —le contestó Ing-Marie con acritud.

—¿Qué lleva en el espray?

Ing-Marie se dio la vuelta y vio a la vecina anciana, Anna-Maj Hansson, detrás de ella.

—Luminol —contestó Ing-Marie en voz baja.

—Lo utilizan todo el tiempo en «CSI». Es una serie de televisión americana. Se rocían con una solución de luminol y peróxido de hidrógeno los sitios donde se sospecha que hay restos de sangre. Aunque las manchas visibles se hayan limpiado aún queda hemoglobina. Cuando uno la mira a través de una lámpara especial, la hemoglobina funciona como un catalizador. Entonces la sangre limpiada se ve en forma de luz azul.

Anna-Maj Hansson parecía asombrada. Julia reía encantada.

—¿No te parece que has visto demasiada tele? ¿Eh?

Ing-Marie se sonrojó. No respondió.

Permanecieron en silencio observando cómo la conversación entre Klara Hunnevie y Anna Eiler se volvía cada vez más tensa. La mujer embarazada gesticulaba, mientras la otra, desarmada, ponía las manos en alto.

—No entiendo por qué no dejan a esa pobre gente en paz —dijo Anna-Maj Hansson.

Ing-Marie no contestó. Julia murmuró algo inaudible. Al final, parecía que Klara Hunnevie se resignaba. Permitted que el técnico y la policía entraran en la casa y cerró la puerta.

—Ahora empezará el espectáculo —dijo Ing-Marie dando un empujón a Janne Flash, quien preparó su cámara.

Anna-Maj Hansson suspiró y se dio la vuelta.

Julia e Ing-Marie se quedaron esperando. La espera duró menos de cinco minutos. Luego se abrió la puerta y el técnico se alejó cabizbajo. Anna y Patrik se fueron con paso lento un par de segundos después, y Klara salió enseguida detrás de ellos, triunfante.

—¡Esta es la última vez que me acusáis! La próxima vez que queráis poner un pie en mi casa ya podéis traer una orden de registro. ¡¿Me habéis oído?!

Pegó un portazo al mismo tiempo que los policías llegaron donde estaban las dos periodistas y Janne Flash.

—Supongo que el luminol no ha descubierto nada —dijo Julia en voz baja.

Anna le clavó la mirada con unos ojos que ardían de rabia.

—La próxima vez que vosotras, policías aficionadas, creáis que habéis encontrado al asesino podéis ir con vuestras teorías a otra parte. ¡Dejadnos a los policías profesionales hacer el trabajo!

—¡Lo habéis hecho estupendamente hasta ahora! —soltó Julia a sus espaldas cuando Anna se alejaba.

—Me parece que estás siendo demasiado dura con ella.

Anna bufó.

—Para ti es fácil decirlo. Tú bailas aquí un par de semanas y desapareces. Yo me quedo y tengo que vérmelas con estas personas todos los días.

Enseguida llegaron a la comisaría.

Patrik fue reduciendo la velocidad y aparcó al borde de la carretera. Esperó hasta que ella finalmente levantó la vista y lo miró.

—Anna. ¿Se trata de eso realmente? ¿De que yo entro bailando y desaparezco?

Ella trató de contener las lágrimas. Bajó la vista al suelo.

—No sé de qué me hablas —contestó rehuyendo la pregunta.

Permanecieron sentados en silencio unos minutos. Al final Patrik giró la llave y arrancó el coche.

Anna miraba a través de la ventanilla mientras se mordía el labio inferior. Odiaba que la calara tan bien. Odiaba que él supiera que podía conseguirla pero no hiciera nada para lograrlo. Odiaba que para ella fuera impensable tomar la iniciativa, pero sabía que se entregaría a él en un segundo si él le daba la menor oportunidad. Odiaba que él no le diera esa oportunidad. Odiaba que él esa misma mañana le hubiese contado que la próxima semana sería la última que estaría en Skövde.

—Es insostenible pagar los viajes, las dietas y el hotel por más tiempo. Diez semanas es el tiempo máximo que estamos fuera, a no ser que haya razones especiales.

Quiso preguntarle si ella no era especial. Por fortuna no lo hizo, sino que trató de aparentar que le parecía comprensible que volviera a casa con su familia. Le dijo que sería agradable para él.

Sonó algo empalagoso y hueco en sus oídos. Probablemente, también en los de él. De todos modos había una cosa positiva en ese enamoramiento no correspondido. Dos días antes Anna no cogió el teléfono cuando la llamó David. Apenas le había costado. Con Julia era peor. Le dolía cada vez que la veía. Un dolor del que prefería culpar a su mejor amiga. Se preguntaba si podrían reconciliarse algún día. La echaba

de menos.

SÁBADO, 13 DE MARZO DE 2010

El sol nos quemaba la cara mientras paseábamos.

Sentía ese calor en las mejillas, y el calor de la mano de mi novio, que agarraba con fuerza la mía. Disfruté de ambos.

Era la última mañana que íbamos a pasar juntos antes de su viaje. Cuando nos despertamos decidimos dar un paseo hasta el centro para terminar con un desayuno en la cafetería del ayuntamiento, en la plaza Hertig Johan. Pero a medida que nos acercábamos al centro de Skövde nos dimos cuenta de que se celebraba el mercado anual de primavera en las calles alrededor del Commerce. Nos quedamos sorprendidos ante la cantidad de puestos y de gente, y nos dimos la vuelta.

Paseamos por la calle Staket hasta el final y pensamos qué podíamos hacer. A la derecha estaba la estación de bomberos, un local de comida rápida de Sibylla y la nueva piscina cubierta del polideportivo de Skövde. A nuestra izquierda había unas viviendas para personas mayores y al lado un sendero que parecía conducir a un parque. Me di cuenta de que, aunque había vivido dos años en el apartamento del callejón Staket, nunca había ido allí. Tiré de la mano de mi novio y tomamos el sendero.

El parque era más grande de lo que yo creía. Un camino de tierra rodeaba un pequeño lago. Bueno, más bien estanque. Un estanque ovalado que tendría unos diez metros de largo por tres o cuatro de ancho. El agua tenía el color del lodo del fondo, olía a desagües, y los insectos zapateros saltaban sobre la superficie del agua.

—¿Te apetece un baño, querida? —me preguntó mi novio poniendo su mano en mi espalda.

Me eché a reír y seguimos paseando por el camino de grava. El cercado al que llegamos lo había visto muchas veces desde la carretera, que pasaba más arriba. Por allí solían correr los perros de la perrera próxima. Estaba vacío, y seguimos caminando alrededor del lago. Se abrió ante nosotros un prado del que las chiribitas y las campanillas de invierno se habían adueñado. En el centro había un banco. Nos sentamos en él y escuchamos el canto de los pájaros. Pude distinguir dos tipos

diferentes de trinos y lamenté no haber prestado más atención en las clases de primaria. Me di cuenta de que había oído más gorjeos de pájaros en los últimos meses que en toda mi vida. Sentí que el bosque comprendía mi desazón y, cuando apoyé la cabeza en las rodillas de mi novio, me invadió una calma palpable y un profundo sosiego. Me imaginé que hasta el viento susurraba más bajo en las copas de los pinos para no perturbar mi tranquilidad.

Había pasado demasiados años en tensión. Siempre alerta. Siempre presta a intervenir de alguna manera. A frenar la locura de mi padre.

Estaba tumbada allí, en el banco, con la mano entrelazada en la de mi novio y mirando los árboles a nuestro alrededor. Cerezos, fresnos, abedules, arces y robles. Qué bellos eran. Tan llenos de vida a pesar de que sólo estábamos a mediados de marzo. Qué fuertes. Me pregunté cuánto me había perdido realmente de la vida por estar concentrada siempre en una persona. Mi padre.

Al lado de un sendero lleno de pisadas que iba hasta el agua pardusca había una cruz de hierro forjada a mano. Al parecer llevaba allí mucho tiempo. Desde el banco, que estaba sólo unos metros más allá, no se podía leer lo que ponía.

—¿Qué crees que pone ahí? Me apuesto el desayuno a que es un agradecimiento a algún conde viejo y feo que donó este parque —dije sonriendo a mi novio.

—No lo creo. Es un cartel advirtiendo que los niños y los perros tienen que ir atados.

Me incorporé y lo besé delicadamente en los labios. Fue una sensación agradable.

Estuvimos sentados allí veinte minutos, en silencio. Bueno, él estaba sentado. Yo estaba medio tumbada en sus rodillas. Me sentía tranquila. Era un buen día. Tenía un hombre bueno. Mi padre pronto iba a estar muerto. Todo se iba a arreglar.

Cuando nuestros estómagos empezaron a rugir al unísono nos levantamos para marcharnos. Apenas habíamos dado unos pasos cuando mi novio se volvió.

—Tenemos que ver quién paga antes de ir a comer —dijo, y echó a correr hacia la cruz de hierro.

Se inclinó hacia delante y leyó lo que decía, volvió un minuto después. La boca convertida en una línea, las facciones duras.

—¿Qué?

—No teníamos razón ninguno —contestó echando a andar.

Yo lo agarré.

—¿Qué ponía?

Suspiró.

—No quiero parecer ridículo, pero ¿no podemos hablar de ello en otro momento? Ahora me gustaría comer.

Me di la vuelta y fui hasta la cruz. Había crecido musgo sobre el texto pero se podían leer las tres palabras.

«Tumba de Valdemar».

Sentí una mano en el hombro.

—Supe que te ibas a poner triste y no quería. Justo ahora. Cuando hemos pasado una mañana tan agradable.

—Dame sólo un minuto, ahora voy.

Busqué a tientas su mano detrás de mí. La apreté.

—Estoy bien. Tranquilo.

Él empezó a caminar. Yo respiré profundamente y miré alrededor de la pradera.

Me sentía mejor que bien.

Volvería allí por la tarde, cuando mi novio ya estuviera alejándose en el avión.

Tenía que medir los pasos desde el camino hasta el agua. Colocarme en el puente por donde pasaban los coches por encima de nuestras cabezas y comprobar cuánto se veía desde la carretera de lo que pasaba allí abajo, al abrigo de la noche. Ir al aparcamiento de las viviendas para mayores y hacer lo mismo desde allí.

Me había llevado dos meses y medio.

Pero ahora finalmente había encontrado la tumba de Valdemar.

DOMINGO, 14 DE MARZO DE 2010

Habían pasado cuatro generaciones desde los terribles sucesos que tuvieron lugar donde se encontraba la tumba.

Estuve en el Museo Municipal de Skövde, inclinada sobre la colección de libros y artículos de prensa archivados que una mujer muy amable de la recepción me había ayudado a encontrar. Devoré toda la información que había acerca del nombre de mi padre.

Miré la pila que tenía delante de mí. Hojeé los artículos antiguos del *Skövde Nyheter*, la documentación de la Dirección del Patrimonio Nacional, los papeles del Archivo Municipal y las anotaciones del Instituto Nacional de Cartografía y del Catastro, antes de ponerme a leer un folleto sobre la Tumba de Valdemar publicado en los años sesenta, y conservado entre los efectos del museo. El autor había descrito con frases inusitadamente grandilocuentes los sangrientos acontecimientos que habían dado nombre al lugar.

Valdemar Fröjdh llegó a Skövde provisto de rifle y garrote una noche de julio de 1854. El joven era de Tiveden pero recorrió los bosques en dirección a la gran ciudad con la esperanza de huir de la miseria del campo, aunque las condiciones de vida en Skövde no eran mejores en modo alguno.

En su afán por hacer pronto fortuna, llegó al lago hacia la medianoche de ese día. Su plan era robar la diligencia del correo que tenía que llegar desde Jönköping.

Lo que ocurrió en las horas posteriores sigue siendo un misterio, pero al campesino que vivía en una pequeña finca a tan sólo unos pasos de allí lo despertó de madrugada un sonido en su puerta. Abrió y se encontró al mozo de la diligencia muy debilitado. El campesino despertó a su hijo y juntos salieron con unos faroles del establo en busca del asaltante. En la cuneta hallaron al postillón. También él inconsciente y desangrándose, con un tiro en la espalda. Alrededor del cuello aún le colgaba la placa de latón con forma de media luna cuyo significado no detuvo al malhechor: «Quien asalte a uno de los postillones del rey usando la violencia será condenado a pena de muerte». El postillón, Anders Magnus Nilsson, no recuperó nunca la conciencia y murió al día siguiente.

Valdemar Fröjdh huyó a Estocolmo, donde su forma de malgastar la riqueza conseguida despertó sospechas. Cuando lo detuvieron en una taberna diez días después del crimen, todavía tenía en su poder letras de cambio del correo. Lo condujeron a prisión y pronto reconoció los hechos.

La víspera de Nochebuena se dictó la sentencia: condenado a morir decapitado en el mismo lugar donde cometió su crimen.

Cuando llegó el día de la ejecución, un día de primavera de 1855, no había un alfiler alrededor del

pequeño lago de las afueras de Skövde. La gente había viajado desde muy lejos para presenciar el sangriento espectáculo. Se había cavado un hoyo en el suelo para el condenado y el cadalso estaba listo y cubierto con unas ramas de abeto. Nadie sabía quién iba a ser el verdugo aquel día, pero se decía que había venido desde Estocolmo. Cuando su coche se detuvo junto al lugar de la ejecución la expectación era máxima. Salió del coche, pero llevaba la cara cubierta con capucha negra y una túnica larga, también negra.

Entonces condujeron al reo al frente y pronunció sus últimas palabras: «La recompensa del pecador es la muerte, pero la recompensa de Dios es la vida eterna».

Luego subió al catafalco.

Como al cuerpo de Valdemar no se le podía dar sepultura sagrada, lo enterraron junto al lago, y su tumba se convirtió en un monumento en recuerdo de uno de los hijos desgraciados de la sociedad. La cruz de hierro forjada a mano con el nombre grabado se colocó para recordar a otros que quien descansa en tierra sin bendecir nunca descansa en paz.

Saboreé aquellas palabras impresas muchas décadas antes. Las leí en voz alta.

«Quien descansa en tierra sin bendecir nunca descansa en paz».

Perfecto.

Doblé el folleto y me sentí satisfecha. Seguí leyendo algunos documentos del Instituto Nacional de Cartografía y del Catastro acerca del lugar y comprobé que ya sólo me quedaban unos pocos escollos.

La zona tenía una superficie de unos quinientos metros cuadrados y el lago ocupaba casi sesenta de ellos. Tenía como mucho una profundidad de ciento sesenta centímetros. Con una ropa apropiada podría vadear hasta el centro del lago y hundir allí las bolsas de plástico, pero estas tenían que ser lo suficientemente pesadas para que no salieran a la superficie y estar lo bastante bien cerradas para que no atrajeran a los perros de la perrera de al lado. Recordé que los granos de café entorpecen el olfato de los perros. Pero todavía tenía que asegurarme de que las bolsas iban a permanecer en su sitio.

Estaba chupando el lápiz mientras hojeaba los papeles y el cuaderno de las magdalenas. Había pensado en arena, piedras. Pero me preocupaba que fueran demasiado puntiagudas e hicieran un agujero en las bolsas.

De repente se me ocurrió: cemento. Haría como en las películas de la mafia. Descuartizarlo y mezclarlo con cemento.

Inicié una página nueva y dibujé el cuerpo de un hombre.

Calculaba que la cabeza necesitaría una bolsa. Cada brazo doblado igual. El tronco, como con el cerdo de prueba, habría que cortarlo en tres partes. Como mínimo. Y pesarían una barbaridad. Las piernas en dos bolsas cada una, cortadas justo por encima o por debajo de la rótula, según lo que fuera más fácil. En total serían al menos diez bolsas. Una vez que las partes del cuerpo estuvieran colocadas en las bolsas, echaría café molido sobre ellas para neutralizar el olor. Luego mezclaría el cemento y lo echaría en las bolsas. Esperaría hasta que el cemento fraguara, envolvería las bolsas en otras bolsas y las cerraría a conciencia con cinta adhesiva, y luego las llevaría en una carretilla hasta el coche, conduciría hasta el lago, usaría la

carretilla de nuevo para llevar las bolsas hasta el agua y finalmente las hundiría en medio del lago.

Mi padre pesaba cien kilos. Cada bolsa pesaría aproximadamente diez kilos antes de echar el cemento. Seguramente, el doble después. Tensé el bíceps del brazo derecho y pellizqué la pequeña bola que apareció. ¿Tendría fuerza suficiente para cargar con diez bolsas de veinte kilos hasta el agua y hundirlas en el fondo? Maldije por no haber incluido entre mis preparativos visitas regulares al gimnasio, y me pregunté cuánto músculo podría conseguir en sólo unos días. No quería arriesgarme a que me salieran agujetas y no pudiera levantar nada de nada, por eso decidí confiar en que los músculos que tenía, en combinación con la adrenalina, serían suficiente.

Volví a repasar mi esquema otra vez. Iba a funcionar.

Tenía que funcionar.

Los documentos del Instituto Nacional de Cartografía y del Catastro revelaban que el lago no había sido dragado en los últimos diez años y que no había planes de hacerlo en el futuro. Mientras el lago permaneciera intacto, los restos del cadáver deberían permanecer bajo el agua. Al menos otros diez años. Tiempo suficiente para fingir luto, y con el tiempo mudarme y forjarme una vida nueva en otro sitio.

Pensé dónde me gustaría vivir. Parecía inimaginable. Sentí una especie de vértigo cuando cruzaron por mi cabeza varias ciudades. Una vida en la que yo pudiera elegir. Tomar mis propias decisiones. Ni directa ni indirectamente manipuladas por mi padre.

JUEVES, 18 DE MARZO DE 2010

Había llegado el momento, pero era incapaz de levantarme y salir del coche. Había aparcado a doscientos metros de la casa de la calle Göt y seguía sentada con los ojos clavados en el tubo que había robado en la clínica veterinaria mientras le daba vueltas entre los dedos a la aguja hipodérmica que había comprado una semana antes, a través de una página web británica de productos farmacéuticos. Fue arriesgado comprar a través de internet y pagar con la tarjeta. Podían rastrear la compra. Pero no tenía elección. No se podían comprar jeringuillas en las farmacias suecas y no me atreví a intentar robarla en el hospital de Skövde. Ya me había arriesgado bastante con la etorfina.

Cuando oí unos golpecitos en la ventanilla grité y estuve a punto de que se me cayera el peligrosísimo tubo.

Alcé la mirada y me encontré una sonrisa.

—Pero, bueno, pequeña. ¿Eres tú?

No.

No.

No.

No.

Sonreí a Astrid Klinthede con una sonrisa forzada y abrí la puerta. Muchos años antes había hecho unas prácticas con su marido y con ella en la tienda de fotografía que tenían en Götene. Aron, el marido, fue quien me enseñó a revelar carretes en blanco y negro, y pasé unas horas muy agradables en el cuarto de revelado en compañía de aquel hombre tan afable. No hablábamos mucho, pero su silencio me relajaba. Y en ese cuarto yo sí que valía.

—La verdad es que venía a saludaros. ¿Está Aron en casa?

—Sí. Pero ¿cómo has aparcado tan lejos si vivimos en el número uno?

Contesté tartamudeando.

—Me pareció que el tubo de escape hacía un ruido raro, por eso me paré aquí para mirar. Pero parece que no es nada.

La cogí del brazo y empezamos a caminar.

Media hora después estábamos sentados charlando en su porche, en unos muebles que el propio Aron había hecho antes de que sufriera un derrame cerebral, dos años antes. Me disculpé por no haber llevado ningún dulce para acompañar el café y por haber tardado casi diez meses en volver desde mi última visita, pero Aron y Astrid estaban muy contentos. Me preguntaron por mi trabajo y elogiaron la serie de artículos del *Västgöta-Nytt* dedicada a asesinatos no resueltos.

—Es increíble que haya tantos canallas que andan sueltos por la calle —dijo Astrid.

Miré a aquel par de ancianos a quien tanto quería y volví a sentir mala conciencia. Eran buenas personas. Debería visitarles más a menudo. No sólo por un descuido cuando planeaba matar a mi padre.

La conversación se centró en la delicada salud de Aron.

—Ha sido duro para él —dijo Astrid Klinthede, asintiendo hacia donde estaba él como si el hombre no estuviera presente.

—Desde que tuvo el derrame ha estado un poco mareado. Pero ahora, después del último accidente, ya no se atreve a trabajar en el banco de carpintero. Muy triste, la verdad, ¿qué te voy a decir?

Junto a la fotografía, la ebanistería era la gran pasión de Aron Klinthede. Tenía en mi casa innumerables candelabros y objetos decorativos tallados por él.

—¿El último accidente? —pregunté.

Aron Klinthede abrió la boca para contestar, pero su mujer lo hizo callar.

—Se desmayó. Mientras estaba trabajando. Se golpeó gravemente, el pobre. Se cayó justo encima del precioso cabecero de cama que estaba haciendo. Enséñaselo, Aron. Enséñaselo.

El anciano se inclinó obediente hacia delante y se retiró el fino cabello gris que le cubría una calva blanca en la coronilla. Un desagradable hematoma oscuro le recorría la cabeza como una guirnalda. Pude seguir el dibujo tallado por él. Parecía un mar de rosas estampado en su cabeza. Eso me recordaba algo. Pero por más que lo pensé no pude recordar qué era.

—Veo que estabas haciendo algo bonito, en cualquier caso. Ese dibujo de flores tiene mérito —dije yo un poco en broma y sonriendo para tratar de consolar al hombre.

—Sí, era bonito. Estaba tratando de hacer un dibujo rococó. Es muy especial y complicado. No se parece a nada que hayas visto. Pero ahora el cabecero se va a quedar sin terminar —dijo con tristeza.

Reaccioné inmediatamente. Como si hubiera empezado a sonar la alarma de un

despertador.

—¿Aron, qué has dicho del dibujo?

El anciano me miró inquisitivo.

—Que era rococó.

—No, después.

—¿Qué? ¿Qué no se parece a ninguna otra cosa? Es lo que se suele decir del rococó. Que es un estilo único.

Un dibujo rococó.

No se parecía a nada.

En ese preciso instante caí en la cuenta.

Apuré el café caliente de dos tragos, dije que me tenía que ir e intenté lo mejor que pude esquivar las miradas de decepción de la pareja al levantarme.

Me monté en el coche y grité de cabreo y de desesperación. Aporreé el volante. Pensé en mi apartamento preparado. La cama puesta. Me había pasado toda la mañana forrando el cuarto de baño con plástico. Había sacado las bolsas de plástico. Había comprado guantes, cubos, un mono y un par de botas de agua del número cuarenta. «Elisabeth se queda donde está», pensé tratando de discutir tontamente conmigo misma. Pero sabía que ya me había decidido. Antes de arrancar el coche hice una llamada.

Giré la llave y conduje de vuelta a Skövde.

Mi padre iba a poder vivir un día más.

Tenía que detener a un asesino antes de convertirme yo en uno.

—Venga, vamos, mierda de correo electrónico.

—Tranquila. El correo llegará en cualquier momento.

—¿Cuánto tiempo llevamos esperando?

Julia e Ing-Marie estaban inclinadas sobre el ordenador de Ing-Marie, actualizando la bandeja de entrada de Hotmail una y otra vez.

En ese momento apareció un correo nuevo, con las siglas E.W.

—Siempre utilizamos nuestras cuentas privadas para que no se vea en el correo electrónico del trabajo —explicó Ing-Marie.

Le dio a «imprimir» y salieron juntas a la copiadora. Permanecieron en silencio la una al lado de la otra viendo cómo se iban imprimiendo una tras otra las fotografías de Elisabeth Hjort sobre la mesa de autopsias.

—¡Uf! Quizá no deberías haberlas pedido todas —dijo Julia, cerrando los ojos al ver las fotos del cuerpo maltrecho de la mujer.

De pronto la tenían allí. La copia que estaban esperando. La fotografía de la cabeza golpeada, y afeitada, de Elisabeth Hjort. Ella, al igual que Aron Klinthede, había recibido un golpe fuerte en la cabeza. Con un objeto decorado con unas rosas talladas. Elegantes. Negras.

El confidente de Ing-Marie en el Instituto Nacional de Ciencias Forenses había dicho que «el dibujo no se parecía a nada», al menos a nada que el confidente hubiera visto antes. Pero era parecidísimo a un bello motivo floral que Julia e Ing-Marie habían visto. Varias veces.

No le dio la menor posibilidad de discutir.

—Soy Ing-Marie. Cállate, Karlkvist, y escucha. Julia y yo vamos a entrar ahora en una sala y yo voy a tener el teléfono conectado en la mano. Harías bien en no colgar, escuchar la conversación y grabarla. ¿Entendido?

Ing-Marie bajó el teléfono y sonrió a Julia.

—¿Vamos? —dijo Ing-Marie, levantó la mano y llamó a la puerta, que un segundo después se entreabrió.

—Estoy ocupado con una paciente —dijo Göran Hjonåker haciendo amago de cerrar la puerta.

Julia introdujo el pie en el hueco.

—Entonces lo mejor será que dejemos salir de aquí a esa persona con la cabeza intacta —intervino Julia.

El psicólogo se quedó paralizado. Miraba una y otra vez a las dos mujeres que tenía delante.

—No sé de qué me están hablando.

Entre todas las personas del mundo... Julia quería llorar. Había deseado que no fuera precisamente Göran Hjonåker. Le habría gustado empezar a ir a su consulta. Hablar con él. Recibir ayuda.

—Göran, esto se ha acabado. Pero podemos hacerlo de una manera civilizada. Deje que salga la persona que está ahí dentro y luego déjenos entrar a nosotras.

El hombre que acababa de mostrarse tan convincente y con tanto aplomo, se derrumbó. A Julia le pareció ver cómo se desinflaba. Asintió despacio y abrió la puerta.

—Inger, ha surgido un asunto urgente y lamentablemente tenemos que terminar ahora. No le cobraré esta visita. Nos vemos la próxima semana a la misma hora —le dijo tranquilamente a la mujer, que se levantó del sillón con ojos inquisitivos y abandonó la consulta.

El elegante motivo de rosas que parecían bailar sobre la madera era tan bello como lo recordaba. Julia se avergonzaba de lo cómodo que le había parecido el sillón

que destrozó la cabeza de Elisabeth Hjort.

—Siéntese.

Göran Hjonåker obedeció la orden de Ing-Marie. Se derrumbó en el sillón.

—¿Fue cuando comenté lo de la limpieza? —preguntó.

Ing-Marie y Julia se miraron y luego miraron al psicólogo.

—Cuando estuvieron aquí la última vez me fui de la lengua. Dije que, en casa de Elisabeth, la habitación de los niños estaba bien recogida. La policía nunca había publicado eso. Pero ninguna de ustedes reaccionó, no sabía si pensaban que alguna de las dos me había informado de ese detalle... Desde entonces seguramente he estado esperando que aparecieran, ustedes o la policía.

Ing-Marie se aclaró la garganta.

—En parte —contestó.

—Será mejor que nos lo cuente desde el principio. Como sabrá mejor que nadie es bueno desahogarse.

Él tragó saliva.

—Ella pegaba a Elias.

Göran Hjonåker se volvió hacia Julia.

—¿Recuerda lo que me preguntó la primera vez que estuvo aquí? Que si tenía hijos.

Julia asintió.

—Recuerdo también que me dijo que no todo el mundo debería tener hijos.

Göran Hjonåker asintió y se echó hacia atrás en el sillón. Les contó que su mujer y él habían intentado durante casi quince años tener un hijo. Que al final tuvieron que renunciar a la idea de tener un hijo biológico y se apuntaron en la lista para adoptar. Pero, según les contó, tras dos años de preguntas y reconocimientos médicos, la pareja quedó finalmente fuera de la lista de adopción en noviembre de 2009, al descubrirse que su mujer había sufrido un ataque de epilepsia cuando era adolescente.

—Muchos países no querían aceptar nuestra solicitud porque éramos, mejor dicho, yo, era muy mayor. Al final sólo nos quedaba Guatemala y creímos de verdad que allí había una posibilidad. Que nuestro hijo estaba allí. Pero en un reconocimiento mi mujer mencionó de pasada ese ataque que sufrió hace más de veinte años. Un único ataque de epilepsia. Y ahí se acabó todo. Creí que podía soportar mi tristeza. Pero el 2 de noviembre, cuando llegó la resolución definitiva, mi mujer me llamó llorando histérica al teléfono..., y cinco minutos después salí a la sala de espera y me encontré con Elisabeth Hjort, que venía a la terapia.

Miró por la ventana.

—Una mujer odiosa, realmente. Estuvo viniendo todas las semanas durante casi un año y hablaba con tal aversión de sus hijos... Todo era culpa de ellos. Erik y Elias eran los culpables de que su marido le fuera infiel. Erik y Elias tenían la culpa de que

ella no tuviera fuerzas para ocuparse de sí misma, ni de su casa ni de su trabajo. Su personalidad me afectaba terriblemente, pero lo soportaba porque era mi trabajo y porque, en el fondo, creía que podía ayudarla.

Se calló. Tragó.

—Pero... Aquel día, tan sólo unos minutos después de que mi esposa me hubiese contado destrozada que nuestra solicitud había sido denegada definitivamente, Elisabeth se sentó en este sillón y me describió cómo se había abalanzado sobre Elias y lo había abofeteado durante el fin de semana.

»Esperé a que continuara. A que llegara el arrepentimiento. Que empezara a llorar y reconociera la pésima clase de madre que era. Pero no dijo nada. No sentía pena. Le parecía que él se lo merecía. Me dijo que sintió placer cuando su mano abofeteó la mejilla del niño y que continuó hasta que su marido llegó a casa y la detuvo. De eso sí que se avergonzaba. De que la cogieran in fraganti. No del hecho en sí.

Señaló el cuaderno de anotaciones que tenía delante. Ellas reconocieron la letra de la carta de despedida de Elisabeth Hjort.

—No sé lo que se me pasó por la cabeza. Le pedí que escribiera una lista de las cosas que quería cambiar, con la esperanza de que reconociera su propia culpa en todo ello..., pero entonces otra vez todo era culpa de los niños.

Meneó la cabeza.

—Y al final me superó. Se me nubló la vista. Fue como si me desdoblara, no fui yo quien lo hizo. Todo cuanto pude pensar fue que tenía que hacerla callar. Inmediatamente. Por eso cuando leyó, en mitad de una frase, lo pesados que eran los niños, me levanté, me coloqué detrás de ella, respiré profundamente y le sujeté bien la cabeza al mismo tiempo que la golpeaba hacia atrás, contra el respaldo del sillón. Con fuerza.

Se le quebró la voz. Göran Hjonåker empezó a llorar.

—E..., e... Ella se desplomó sin más en el sillón. Con los ojos fijos, la boca abierta. No sangró. Estaba muerta.

Se abrió la puerta y Ulf Karlkvist entró de golpe, con el móvil aún pegado a la oreja. Anna y Patrik venían detrás de él, pistola en mano. Göran Hjonåker miró a los agentes y extendió los brazos con gesto de resignación.

—Nunca había pegado a una persona en toda mi vida. Ella no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que pasó. No quise que muriera..., pero me sentí incapaz de soportar una palabra más.

—Y yo no quiero oír ni una palabra más suya —dijo Ulf Karlkvist.

El comisario se acercó al psicólogo y le puso las esposas.

—Göran Hjonåker, queda detenido por el asesinato de Elisabeth Hjort.

Ulf Karlkvist no se dignó a mirar siquiera a Ing-Marie ni a Julia cuando sacó bruscamente al psicólogo de la consulta.

—¡Göran!

El psicólogo, que se estaba dejando conducir dócilmente, se detuvo. Volvió la cabeza hacia atrás y miró a Julia, que era quien lo había llamado. Ella señaló su estantería.

—Hay una cosa que necesito saber. La locomotora. ¿Es la locomotora de Elias?

Una ligera sonrisa respondió la pregunta.

—La tenía en la mano durante la última visita. Me habló de lo insoportable que era el niño, porque la había roto y que ella al final se había cansado de que él preguntara todo el tiempo que cuándo la iban a arreglar. Fue entonces cuando se lio a bofetadas con Elias para que dejara de darle la lata con la locomotora.

Él bajó la mirada.

—Tardé cinco minutos en arreglarla. Cinco minutos. No estaba dispuesta a dedicar a su hijo ni cinco minutos.

Julia lo miró.

—Algunas personas no deberían ser padres —afirmó.

Cuando Ulf Karlkvist y Göran Hjonåker empezaron a caminar hacia la puerta, Anna los siguió. Patrik fue el único que se quedó y les tendió la mano.

—Buen trabajo.

Ruborizadas y orgullosas, Ing-Marie y Julia se la estrecharon, antes de ver cómo la espalda de Patrik Morrelli seguía también a los demás.

—Espero que Flash llegue a tiempo.

—De eso no tenemos por qué preocuparnos en absoluto —aseguró Julia, rodeando a Ing-Marie con el brazo antes de imitar a Flash:

—La foto del año, tía. Voy a ganar el Gran Premio de la Prensa.

«Cuántas cosas han quedado sin decir», pensó Anna cuando Patrik estaba delante de ella. Él había dejado la maleta en el suelo. Tenía el billete en la mano. El altavoz anunciaba que el tren X2000 con destino a Estocolmo iba a hacer su entrada por la vía uno.

Permanecieron en silencio un par de minutos.

No había pasado nada entre ellos durante las últimas diez semanas.

Y sin embargo...

Había pasado mucho entre ellos durante las últimas diez semanas.

Los dos querían decir algo, cualquier cosa, para que quedara constancia. Pero no consiguieron dar con las palabras. Cuando el tren entró en la estación los dos seguían en el mismo sitio, callados. Él levantó la mano y le acarició la mejilla recatadamente antes de volverse y empezar a caminar hacia el tren.

—¡Patrik! —gritó ella.

Él se dio la vuelta.

Ella no dijo nada más. Le sonrió. Un ligero asentimiento de cabeza.

Él sonrió, y también asintió.

JUEVES, 18 DE MARZO DE 2010

Sven Lindgren insistió.

—Nada, nada, chicas, esta noche salís y cenáis bien cuando hayáis entregado el trabajo. Si la cuenta está por debajo de las quinientas coronas mañana le doy el visto bueno. En el *Västgöta-Nytt* sabemos premiar un buen trabajo de investigación.

Julia oyó cómo le rugía el estómago. Echó un último vistazo a la pantalla de Kenneth, el editor. Parecía que todo estaba como debía para la edición del periódico del día siguiente. Se puso la cazadora y abandonó la redacción.

Västgöta-Nytt, páginas 44-45. Viernes, 19 de marzo de 2010.

Detenido el asesino de Elisabeth Hjort

POR ING-MARIE ANDERSSON Y JULIA ALMLIDEN

Un hombre de unos cincuenta años está detenido como acusado del asesinato de Elisabeth Hjort.

El fiscal Björn Daveus ha informado de que a lo largo del día solicitará su ingreso en prisión. «El hombre ha confesado el crimen», ha declarado el fiscal al *Västgöta-Nytt*.

La policía tuvo ayer conocimiento de nuevos detalles relacionados con el asesinato de Elisabeth Hjort.

Una persona que conoce bien el caso ha declarado a este periódico que la policía ha podido entonces relacionar las lesiones que presentaba el cuerpo de la mujer con un mueble propiedad del hombre ahora detenido.

Ha confesado el asesinato

El hombre conoció a la mujer en el ejercicio de su profesión. La inspección técnica del lugar donde se habrían dado cita el hombre y la mujer se llevará a cabo a lo largo de la tarde y la noche. No obstante, el hombre ya ha reconocido el crimen, según nos confirman nuestras fuentes: «Perdió el juicio durante uno de sus encuentros con ella y

al parecer la mató».

No está fichado por la policía

Ni la policía ni el fiscal quieren dar detalles de cómo pudo el hombre trasladar después el cuerpo de la mujer hasta el lago Simsjön.

«Estamos en un punto de la investigación en el que no quiero hacer comentarios, sólo decir que los ciudadanos de Skövde pueden sentirse seguros sabiendo que hemos retirado a un asesino de las calles», ha declarado Ulf Karlkvist al *Västgöta-Nytt*.

El detenido no tiene antecedentes policiales.

Pim's llevaba casi un mes abierto tras su gran reforma. El olor a pintura se notaba aún en el sobrio pero acogedor local, a pesar de las velas perfumadas que había por todas partes. Estaban sentadas a una de las mesas al lado de la ventana, justo a la izquierda del gigantesco reloj nuevo, dando sorbos a sus copas de vino tinto de la casa.

Ing-Marie se había cambiado de ropa. Julia no le había visto nunca a su colega la blusa que llevaba. Se miró los vaqueros desgastados y se arrepintió de no haberse esmerado un poco.

—Todavía no lo puedo comprender realmente —dijo Ing-Marie mientras cortaba un trozo del entrecot, lo untaba en salsa bearnesa y se lo llevaba a la boca.

Julia untó su brocheta de pollo con *tzatziki*, le dio un mordisco y asintió.

—Pero quien más me ha decepcionado es Karlkvist. Y Anna. Y ese policía de Estocolmo. ¿Cómo es posible que ninguno de ellos, ni uno siquiera, entrara en la consulta de Göran Hjonåker? ¿Que sólo lo vieran en la sala de espera? ¿Cómo es posible que no controlen esas cosas? ¿Uno de los últimos sitios donde se sabía que estuvo? Esto no es normal. Si nosotras hubiéramos tenido acceso a esas fotos, el asesinato se habría resuelto hace tiempo. De eso ha servido mantener la información en secreto.

Julia tragó su trozo de pollo y advirtió que había estado hablando todo el tiempo con él en la boca. «Bonitos modales», pensó, y continuó:

—Esto nunca se hubiera resuelto sin tu fuente. Si no hubieras tenido tus contactos en el Instituto Nacional de Ciencias Forenses, él estaría aún en la calle.

Ing-Marie estaba callada.

—Sí, quizá tengas razón —dijo.

Hablaron de todo lo que no podían publicar. De la conversación que habían mantenido con Karlkvist por la tarde en la que él, a regañadientes y bajo pequeñas amenazas por parte de ellas, les había revelado algunos detalles a cambio de que prometieran esperar a publicarlos hasta el día en que se hiciera oficial el resultado de la investigación. Göran Hjonåker había confesado que escondió el cuerpo sin vida de

la mujer en un armario de su consulta, buscó las llaves de la casa de Elisabeth en su bolso, cogió el papel que ella acababa de escribir y condujo con el coche de ella hasta el número 2 de la calle Livboj. Aparcó fuera, a la vista de todo el mundo, y entró en la casa de Elisabeth Hjort tranquilamente, puesto que sabía que no había nadie en casa, dejó el papel en la mesa y fue al dormitorio para elegir un vestido. Cuando lo hizo pasó por delante de la habitación de Elias.

«Es increíble, se entretuvo en ordenarla», había exclamado Karlkvist.

Göran Hjonåker había relatado lo fácil que había sido. Durante su pausa para el almuerzo tuvo tiempo de dejar la nota, buscar la ropa y recoger la habitación. Volvió a la consulta diez minutos antes de la siguiente cita. Cambió a Elisabeth de ropa antes de atender a las dos visitas siguientes y luego se pasó la tarde en la consulta con sus pacientes, sin que ninguno de ellos tuviera ni idea de que había una muerta en el armario del psicólogo. Él los recibió en la puerta, con su sonrisa habitual y una percha en la mano, cogió sus abrigos y los colgó en un gancho que había en la parte interior de la puerta.

Después se quedó en el trabajo hasta que se vació el edificio, metió a Elisabeth en el maletero del coche y se marchó a casa. Estuvo hablando con su mujer del hijo que habían perdido hasta que ella, agotada por el llanto, se quedó dormida. Sólo entonces salió sigilosamente de casa, condujo hasta el lago Simsjön, cambió de hora el reloj de Elisabeth y la tiró al agua. Unas horas más tarde empezó a helar. La policía no tuvo tiempo de buscarla allí.

Ing-Marie y Julia recibieron toda esta información de Ulf Karlkvist.

Todo menos una disculpa.

—Viejo amargado e incompetente —murmuró Julia.

—A propósito de competencia...

Ing-Marie daba vueltas a la comida con el tenedor.

—Me han llamado del periódico *Aftonbladet*, querían hablar conmigo. No habrán tenido otro día... Sé que soy más mayor que los que suelen empezar a trabajar en esos periódicos, pero he solicitado un puesto interino. También por eso tenía tantas ganas de resolver este caso. Para demostrar lo que valgo —dijo sonriendo.

Julia aplaudió, entusiasmada.

—¡Lo sabía! Sólo era cuestión de tiempo que te largaras a Estocolmo. En parte porque ocurren muchos más asesinatos en Estocolmo, pero también porque está bastante más cerca del Instituto Nacional de Ciencias Forenses de Linköping.

Dejó que la indirecta quedara flotando en el aire y fue a buscar café para las dos. Cuando volvió a sentarse sonrió a su colega.

—¿Qué? ¿Piensas hablarme alguna vez de esa misteriosa fuente de la que es más que evidente que estás enamorada?

Ing-Marie se sonrojó. Julia esperó sentada lo que le parecieron varios minutos

hasta que no aguantó más.

—Vamos, me muero de curiosidad. Te llamo al móvil y está apagado. Te pido un bolígrafo y el que sacas del bolso es del hotel Best Western Norra Vättern... Vamos a ver, ¿quién demonios viaja hasta Askersund y se aloja en un hotel? La única razón que se me ocurre es que está a mitad de camino de Linköping y os encontráis allí. Venga, vamos, háblame de tu chico.

Vio la inseguridad de su colega y le suplicó.

—¿Está casado? Tranquila. Sé que es tu fuente. No pienso revelarlo. Pero es más que eso. Estás enamorada. ¿Cómo se llama tu Horatio Caine? ¿Gil Grissom? O ¿Mac Taylor?

Ing-Marie dejó la cucharilla con la que durante los últimos minutos había estado dando vueltas al café. Se colocó bien las gafas. Esperó.

—Te equivocas de sexo —dijo finalmente.

Julia la miró interrogante.

—Al menos con dos de ellos. Mac Taylor podría funcionar. Pero tendrías que preguntar por Horatia Caine. O Gillian Grissom.

Julia miró sorprendida a su colega. Después soltó la carcajada.

—Esto es la...

Estuvo a punto de soltar un taco, pero se interrumpió a sí misma.

—... la leche. Ing-Marie. Esto es la leche.

Ing-Marie sonrió.

—Evelina —dijo.

»Mi chico es una chica y se llama Evelina.

Se llevó la mano a la boca.

—¡Cielo santo! Lo he dicho en voz alta. Si lo supiera mi madre me mataría. Yo... Yo tengo una relación algo complicada con mi madre.

Julia le sonrió.

—Sí, los padres pueden ser complicados. Pero cuenta, cuenta. ¿Cómo demonios conociste a una chica del Instituto Nacional de Ciencias Forenses?

Ing-Marie se revolvió.

—Como lo hacemos los nórdicos. Nos conocimos por internet. En una web criminalista. Crimematch.com. Es como una página normal de contactos, pero para gente que trabaja en la lucha contra el crimen. Policías, forenses, personal de ambulancias...

—Y reporteras criminalistas —añadió Julia.

Ing-Marie sonrió. Parecía aliviada.

—Eso es. Sabía que me iban a ser de utilidad esas tarjetas de presentación que me hice y con las que tú me tomas el pelo. Ya veremos cómo van las cosas, pero de momento me siento bien... Muy bien.

Julia alzó su copa.

—Por Horatia —dijo.

Bebieron en silencio.

—Pero te voy a echar de menos cuando te traslades a Estocolmo.

Lo decía sinceramente. Aunque, para sus planes, le venía de perlas que la incansable reportera criminalista desapareciera de la ciudad cuanto antes. A ser posible, al día siguiente.

VIERNES, 19 DE MARZO DE 2010

Cuando se abrió sigilosamente la puerta que estaba al lado del garaje quise que me tragara la tierra. No porque hubiese cambiado de opinión, sino porque sabía que las próximas horas iban a cambiar mi vida para siempre.

Estaba él solo.

Desde el sótano de Valdemar Almliden pude oír que daba vueltas en el piso de arriba mientras hablaba por teléfono.

Me había pasado la mañana en el coche viendo cómo desaparecía el resto de la familia. Mi hermano pequeño cogió el coche para ir al instituto, mientras que Lilleman se fue en bicicleta a la escuela. Qué mayor se había hecho, el niño mimado. Mi segunda madrastra se montó en el coche para ir a la Universidad de Skövde. Mi padre fue el único que se quedó en casa. Y en ese momento yo estaba allí, en medio de la oscuridad del sótano, escuchando a mi padre, y me costaba respirar. Me tapé la boca con la mano para que se me oyera menos. Durante veinte años me había irritado el estereotipo de las tías en las películas de terror que jadeaban profundamente cuando un asesino trataba de atraparlas. Cuando las veía casi me entraban ganas de que las cogiera el malo por esa manera de jadear. Pero en ese momento le pedía perdón retroactivamente a Drew Barrymore y Neve Campbell en *Scream* y a Jennifer Love Hewitt en *Sé lo que hicisteis el último verano*. En la película *Grita, porque me oculto en tu sótano*, la protagonista era yo. Una protagonista horriblemente mala. Me parecía que mis jadeos se oían en toda la casa.

Pero mi padre no parecía notar nada. Le oí acabar la conversación, salir de la cocina y subir la escalera del piso de arriba. Sopesé las alternativas que tenía y decidí subir con cuidado la escalera del sótano. Los peldaños cuarto y sexto crujieron cuando hice la prueba un mes antes y por eso me los salté.

Dos peldaños más arriba oí que empezaba a sonar un móvil. Me detuve y escuché a mi padre bajando del piso de arriba. Estaba en la entrada, justo detrás de la puerta que daba a la escalera del sótano, buscando en el bolsillo de su cazadora.

—¿Sí?

Parecía irritado.

—Sí, acabo de decir. Iré después si tengo tiempo. Pero no será hasta esta tarde.

Colgó y volvió a subir la escalera. Esta vez traté de acompasar mis pasos a los suyos.

Yo subiendo la escalera del sótano.

Él la que iba al piso de arriba.

Estaba en el último peldaño, esperando. Me puse otra capa de guantes de látex y saqué la aguja y el tubo. Había decidido esperar hasta el último momento para introducir la dosis en la jeringuilla; temía que, si no, se derramase algo de líquido en la piel, o sencillamente que se me cayera la jeringuilla de puro nerviosismo. Cuando oí sus pasos bajando la escalera me puse aún más nerviosa y empecé a buscar a tientas la aguja. Al final la introduje en el tubo y me incliné hacia el hueco de la puerta entreabierta para tener un poco más de luz. Habría sido una torpeza pasarme de la dosis. Vi cómo se llenaba justo por encima de los dos mililitros y recé para que su peso no hubiera cambiado de forma radical, ni engordando ni adelgazando, en los últimos meses. Tenía que pesar cien kilos para que la anestesia hiciera efecto.

Oí el crujido de sus rodillas y comprendí que se estaba atando los cordones de los zapatos negros Ecco. La presa se disponía a salir.

Había llegado el momento. Me deslicé a través de la puerta entreabierta y me coloqué detrás de él. Le clavé la aguja en el culo y le inyecté la droga lo más rápido que pude.

Él se revolvió. Estaba cara a cara enfrente de mí.

—¿Julia? Maldita mocosa, ¿qué coño...? —dijo.

Después se le cerraron los ojos y cayó desplomado.

Mi padre estaba anestesiado delante de mí. Según el veterinario, el animal estaría inconsciente al menos tres horas. Confié en que eso fuera verdad.

Le até los cordones del otro zapato y lo agarré de los brazos. El primer intento que hice para levantarlo resultó fallido. ¡Lo que pesaba!

Abrí la puerta, lo volví a intentar y lo arrastré a trompicones por la escalera del sótano. Yo iba delante, tirando del tronco. Sus piernas iban golpeando en los peldaños y, cuando por fin estábamos abajo, yo ya no podía ni con mi alma.

Lo dejé tumbado en el suelo y salí por la puerta del garaje. Al cerrarla sentí que se me paraba el corazón.

Estaba justo delante de mí y casi parecía que se burlaba. El coche.

Aquel maldito coche de mierda.

Miré fijamente el Toyota Land Cruiser de mi padre, preguntándome cómo había podido ser tan tonta. Si mi padre iba a desaparecer, lógicamente su coche también debería desaparecer. Me dejé caer en el suelo, lamentándome. Sentí que algo empezaba a punzarme en el pecho e intenté ahuyentar el pánico.

Respiré profundamente y entré de nuevo en la casa.

Me acerqué a mi padre tendido en el suelo. Me temblaba la mano derecha cuando le toqué la pierna. Tenía la llave en el bolsillo derecho del pantalón. La saqué con cuidado y volví a salir por la puerta del garaje.

El ruido de la puerta del coche al abrirla sonó como una orquesta, al menos en mis oídos. Me senté en el asiento y cerré los ojos. Desesperada, traté de repasar mentalmente el mapa de Götene. Llamarían a la policía a última hora de la tarde, supuse. Pero lo más probable era que la policía no iniciara ningún despliegue antes de que transcurrieran veinticuatro horas. Si conseguía ocultar el coche en algún lugar cercano luego podría volver por la noche. Empecé a tranquilizarme. Cogería el autobús nocturno que pasaba por Skara. Pagaría al contado. No dejaría rastro.

Arranqué el coche y conduje hacia la calle Kinnekulle. Giré a la izquierda y pasé por delante del aparcamiento de Arla. Miré con ganas el aparcamiento del personal de la fábrica, pero me di cuenta de que estaba demasiado cerca. Mi segunda madrastra saldría a buscarlo. Con toda seguridad miraría allí, pasaría por la piscina cubierta y los campos de fútbol, daría una vuelta con el coche por el centro de Götene y por las calles más próximas a su casa. Al llegar al cruce con la nacional 44 giré a la derecha. Después de sólo ciento cincuenta metros apareció un camino de grava a la izquierda. Lo cogí y seguí las antiguas vías del tren hasta que estas, y el camino, se acabaron después de recorrer poco más de un kilómetro. Al final del camino había cuatro árboles, después sólo campos de cultivo. Salí del coche y miré hacia la nacional 44. El coche se podía ver desde la carretera. Volví a subirme y arranqué, y deseando no quedarme atascada, salí del camino y bajé hacia los campos de detrás de los árboles. Se balanceó y patinó pero al final el Land Cruiser quedó aparcado detrás de los cuatro robles. Salí del coche y regresé al camino de grava. Me di la vuelta. Perfecto. Miré la hora. Mi padre llevaba drogado veintiséis minutos exactamente. Suspiré y empecé a caminar deprisa hacia la casa. No quería correr, eso llamaría la atención, pero cada minuto era valioso.

Dieciocho minutos después estaba de vuelta en la calle Göt. Volví la cabeza en todas las direcciones. No se veía ninguna Astrid Klinthede. Ningún vecino. Nadie.

Caminé los doscientos metros hasta mi coche y empecé a conducir. Tres casas antes tuve que frenar en seco al ver a la mujer de mi padre aparcando delante de la casa.

Sentí que se me cortaba la respiración. Mi segunda madrastra no tenía que estar allí. Empecé a sudar y repasé mentalmente todas las posibilidades imaginables.

Mi padre se había despertado y había llamado pidiendo ayuda.

Se había suspendido la clase de mi madrastra en la universidad.

Se había dejado algo en casa.

Esperé que fuera esto último. Si mi padre se hubiera despertado probablemente habría llamado a la policía. Miré a la mujer, todavía muy joven, que se bajó del coche. Observé que mi segunda madrastra llevaba unas grandes gafas de sol a pesar de que era un día de marzo nublado y gris. «Esta vez mi padre no debió de andarse con contemplaciones cuando ella “se cayó por la escalera”», pensé mientras seguía la espalda de mi madrastra dirigiéndose a la casa. Traté de adivinar cuál sería el siguiente paso. Entraría. Llamaría a Valdemar. Se daría cuenta de que no estaba en casa. Quizá lo llamara al móvil para saber dónde estaba.

Tragué saliva. Llamar a su móvil.

Cuando vi que mi madrastra abría la puerta salí del coche y corrí hacia la parte trasera a tal velocidad que me sorprendí a mí misma. Una vez allí abrí rápidamente la puerta que estaba al lado del garaje. Mi padre estaba delante de mí, tendido en el suelo. Todavía anestesiado. Pude oír los pasos de mi madrastra en el piso de arriba y empecé a buscar a toda prisa en los bolsillos de mi padre. Lo encontré en el bolsillo derecho de la cazadora. Miré el móvil. Un Ericsson. Yo tenía un Nokia. Empecé a pulsar frenéticamente las teclas para apagarlo. No me pidió el pin. Gracias a Dios. Oía pasos dando vueltas en el piso de arriba mientras entraba en «opciones». Allí estaba. Modo «silencio». Marqué la casilla y menos de un segundo después el aparato empezó a vibrar. Clavé los ojos en la foto de la mujer de mi padre, que apareció en la pantalla. No me atrevía ni a respirar.

Después de ocho señales colgó. Oí que mi madrastra iba al cuarto de baño. Tiró de la cadena. Salió a la entrada.

El teléfono volvió a vibrar. Un sms.

«Se me olvidó el monedero. No estabas en casa. Hasta la tarde».

Y el ruido. El divino, maravilloso y fantástico ruido de la puerta cerrándose. Yo estaba en la escalera escuchando los pasos que se alejaban y el coche que arrancaba. Me volví hacia mi padre drogado.

—Ha estado a punto de irse todo a la mierda —le dije.

No me contestó.

Salí de nuevo y me monté en mi coche. Lo arranqué y lo llevé hasta la entrada del garaje. No me atreví a bajar la rampa por miedo a dejar huellas de los neumáticos y, en vez de eso, saqué la silla de ruedas.

Cuando llegué dentro miré la hora. Mi padre llevaba anestesiado una hora y seis minutos. Abrí la silla de ruedas y tuve que coger a mi padre en brazos para poder sentarlo en la silla. Le puse un dedo en el cuello y le tomé el pulso. Era regular.

Estaba empapada de sudor cuando subí al piso de arriba. Me puse otro par de

guantes y busqué una bolsa en el armario de la entrada antes de subir a toda prisa al dormitorio. Metí dos polos, un jersey de pico, dos pares de pantalones Fristads, uno negro y otro azul. Cogí las zapatillas de deporte de mi padre y solté una sonrisa burlona por la imagen que se me vino a la cabeza, pero las eché también a la bolsa. Bajé la escalera y entré en la oficina.

Su pasaporte estaba en el segundo cajón. Lo cogí y busqué con la mirada en sus estanterías. Archivadores colocados uno detrás de otro, con los papeles de cada edificio cuidadosamente guardados. Pensé qué sería lo que se llevaría una persona como Valdemar si abandonase a su familia. Ninguno de los archivadores.

Seguí con mi búsqueda y en el cuarto cajón encontré un fajo de billetes de mil coronas. Muy propio de mi padre. Le gustaba enseñar su billetera para que todos pudieran ver el montón de dinero. Decía a menudo que se sentía desnudo si no llevaba por lo menos diez, mejor veinte, y preferiblemente treinta mil coronas en la cartera. Por un breve instante sentí pena de él. Creía realmente que todo giraba alrededor del dinero. Valdemar Almliden se habría llevado sin duda ese fajo de billetes.

Eché el dinero en la bolsa y revisé el resto de los cajones antes de volver a bajar los diez escalones que conducían al sótano.

Él seguía donde lo había dejado. Dormido en la silla.

Respiré aliviada. No sabía qué me esperaba. Esto no era como en las películas en las que él se despertaba y se escondía para lanzarse sobre mí. Contra toda lógica, me senté en el suelo y lo miré.

Parecía un viejo postrado. Le temblaba el labio inferior cada vez que expulsaba el aire. Era curioso mirarlo sin tener miedo de que aquellos ojos grises te fulminaran. Tenía los párpados cerrados.

Abrí la puerta del garaje, hice acopio de todas mis fuerzas y subí a mi padre hasta el coche. Sopesé las posibilidades que tenía. Mientras no rebasara el límite de velocidad no acabaría en las imágenes de ninguna cámara pero, por otro lado, si me paraba la policía y veían un hombre en el maletero me detendrían sin lugar a dudas. Esa misma mañana había preguntado a la policía de tráfico si tenían montado algún control de velocidad y me habían contestado que no. Abrí la puerta del maletero y coloqué en él un plástico grande antes de introducir el cuerpo, haciendo un gran esfuerzo. Cerré rápidamente el maletero, plegué la silla y la coloqué en el asiento trasero. Miré el reloj. «Ojalá que sea cierto lo de las tres horas», pensé cuando nos pusimos en marcha.

Era una sensación extraña recorrer el mismo camino que había hecho tantas veces antes, pero en esta ocasión con mi padre drogado en el maletero. Muchas cosas

habían cambiado en Götene, pero muchas más seguían igual, pensé mirando por la ventanilla. Algunas casas habían cambiado desde que yo era pequeña, otras seguían pintadas del mismo color que yo las recordaba. Conocía cada recodo y cada cuesta, y sin embargo era como recorrer aquel camino por primera vez.

«Han pasado treinta años», pensé. La niña que solía viajar aquí un par de veces al mes no pudo cumplir más de once o doce. Después se paró el tiempo. Y la vida. No había visto el camino en dieciocho años. Claro que las cosas habían cambiado.

Me pregunté si la música despertaría a mi padre, pero me di cuenta de que necesitaba escuchar la lista grabada de canciones asesinas para poder superar lo que me esperaba.

Encendí el reproductor de CD, pulsé la canción número tres y bajé el volumen para que el *riff* de guitarra se oyera bajo en el estéreo, antes de que la voz ronca de John Mayer llenara el coche.

*On behalf of every man
Looking out for every girl
You are the guide and the weight of her world*

*So, fathers, be good to your daughters
Daughters will love like you do
Girls become lovers who turn into mothers,
So mothers, be good to your daughters too*

En el garaje de mi apartamento en la calle Staket no había nadie.

Saqué la silla de ruedas del asiento trasero y la abrí. Esperé un par de segundos antes de abrir la puerta del maletero. Coloqué a mi padre en la silla. Le puse la chaqueta y le calé un gorro y unas gafas oscuras de sol. Lo metí en el ascensor y pulsé el cinco.

El ascensor se paró en el tercero.

Entró una mujer de unos cuarenta años a la que sólo había saludado un par de veces.

—¿Sube? —le pregunté con una sonrisa.

—No, ¡huy!, perdona —contestó saliendo del ascensor.

Le mantuve la mirada a la mujer hasta que se cerró la puerta. No quería darle la posibilidad de que mirara a mi padre.

El corazón se me salía del pecho al llegar a la quinta planta. Abrí la puerta con mano temblorosa.

Lo metí en el cuarto de estar y miré la hora. Dos horas y ocho minutos. Momento de quitarle la ropa y tumbarlo en la cama.

Saqué los ocho rollos de plástico de cocina que había comprado y empecé a

envolverlo. Pensé en Dexter Morgan y me pregunté si estaría en lo cierto al asegurar que se podía inmovilizar a una persona únicamente con film plástico. Había visto en innumerables ocasiones lo que la furia y la adrenalina podían hacer con mi padre. Pronto se adueñarían de él las dos. Sentí cierta inseguridad y sopesé ir a buscar una cuerda pero al final decidí dejarlo como estaba. En vez de eso, saqué la jeringuilla y la llené con otros dos mililitros de etorfina. Si empezaba a soltarse podía volver a anestesiarlo.

Continué enrollando una capa gruesa de film alrededor de la frente.

Alrededor de su cuerpo desnudo.

Su torso.

Brazos.

Vientre.

Piernas.

Y tobillos.

Al final estaba agotada. Prácticamente convencida de que cuando por fin se despertase no podría moverse.

Observé la respiración de mi padre allí tendido, profundamente drogado todavía.

No quería despertarlo. Todavía no.

No tenía prisa.

Nada de lo que iba a suceder en las próximas horas debía apresurarse. Matarlo llevaría el tiempo que tuviese que llevar.

EL DÍA DEL JUICIO FINAL

Después siempre recordaré con especial intensidad el instante en que se despertó. Lo sorprendido que estaba.

La mirada, recorriendo el cuarto para entender lo que pasa.

Cómo Valdemar Almliden intenta moverse y cómo el plástico sujeta su cuerpo.

Cómo está tumbado delante de mí.

Grita.

—¿Qué estás haciendo, hija de puta? ¿Eh? ¿Qué haces?

Le sonrío. Le mando callar.

—Pensé que tú y yo teníamos que hablar un poco, papá. Pero si no te callas tendré que amordazarte y entonces esto se convertirá en un monólogo. Tú decides.

Sus ojos grises centellean. He visto el odio en esos ojos grises más veces de las que me gustaría recordar, pero justo en ese momento hay algo especial en su mirada. No tiene el control. Detesta no tener el control. Quiere tomar el control. Lo conozco tan bien que sé que no va a gritar pidiendo ayuda. Pedir ayuda no es el estilo de Valdemar Almliden. Me pregunto qué gritará en vez de eso.

—¡Pues entonces suéltame! ¡Suéltame! —aúlla.

No alcanza a decir más antes de que le meta en la boca una pelota de mascar para perros, comprada en una tienda Djurmagazinet por cuarenta y nueve coronas. Sus rugidos se convierten en gruñidos. Me inclino sobre él. Permanece totalmente quieto cuando le susurro estas palabras al oído:

—Cállate, mocoso.

Me empiezo a reír tontamente. Busco un taburete y me siento cerca de su cabeza. Me inclino hacia delante.

—Eso es lo que tú sueles decir. ¿Cómo te sientes al oírlo? Bastante ridículo, ¿no?

Evita mirarme. Lo entiendo. Yo también lo haría si la situación fuera la contraria.

Espero. Lo observo en silencio. Me siento como si flotara. Como si la culpa y la vergüenza se fueran de mi cuerpo, kilo tras kilo.

—Vamos a empezar por el principio. Decidí matarte después de ir a buscar a mi hermano pequeño al hospital. El día 1 de enero de este año. A las 15:51. Desde

entonces he estado esperando este instante cada minuto. No pensarás estropeármelo ahora poniéndote a gritar como un...

Pausa estudiada.

—... ¿Qué solías decirme cuando lloraba? Gritar como un cerdo herido. ¿Eres tú el cerdo herido ahora?

Observo su lucha. La pelota de goma ahoga sus palabras. Intenta revolverse pero el plástico se lo impide. Me fijo en su cabeza. Me alegro de haberle envuelto también la frente. Que sacuda la cabeza no le va a ayudar gran cosa. Mi padre está muy bien donde está.

—¿Puedo seguir ya?

No hay respuesta. Señalo con el dedo la pared.

—¿Qué te parece mi *collage*?

Me levanto y me acerco a la pared donde dos días antes he pegado las fotografías con celo. Me coloco delante de la primera foto y miro a mi madre. Pongo una mano en su mejilla. «Qué guapa eres», pienso, me doy la vuelta y miro a mi padre a los ojos.

—Bueno, mi idea era decir algo de cada uno. Pero ahora me parece un poco pomposo y exagerado. Saqué la idea de una serie de televisión. En ella la gente suele reconocer lo que ha hecho antes de morir. La mayoría muestra también una pizca de compasión hacia sus víctimas. Piden perdón cuando saben que ha llegado su hora.

Me siento en cuclillas a su lado.

—Pero me doy cuenta de que eso es una serie y esto es realidad. He pasado muchos años esperando una disculpa. Algo que demostrara que te arrepentías de lo que habías hecho.

Meneo la cabeza.

—Pero, ya sabemos que estás loco. Seguro que estás ahí pensando que nunca hiciste nada mal.

Me echo a reír.

—Y yo también debo de estar loca.

Lo dejo y me voy hasta el reproductor de CD. Pulso el *play*. Empieza a sonar Dixie Chicks.

—Si escuchas la canción...

Me río de sus esfuerzos para liberarse.

—Papá, deja de intentarlo. No lo vas a conseguir. Mejor escucha la canción.

Dejo que Natalie Maines cante unos versos antes de continuar.

—Canta que se dice que el tiempo cura todas las heridas pero que ella aún está esperando que eso ocurra. Yo también lo espero, papá.

Miro a la persona inmovilizada que me engendró hace treinta años. Yo también canto la canción.

*I'm not ready to make nice
I'm not ready to back down
I'm still mad as hell and I don't have time
To go round and round and round*

Permanecemos en silencio hasta que empieza a sonar el *riff* de guitarra de *Entre un padre y un hijo*. Miro a mi padre.

—Me doy cuenta de que estás tan enfadado que no escuchas la letra, y aunque la escuchases no la entenderías... Pero no te puedes ni imaginar la cantidad de veces que he deseado que oyeras esta canción.

*Heredé tus ojos
y tu porfía.
Me diste tu modo de andar.
Nunca tu atención.*

Cierro los ojos. Se me quieren saltar las lágrimas. Trato de impedirlo.

—Cuando oigo esta canción suelo imaginar que has muerto. Es tu entierro, y yo me subo al púlpito. A veces me veo cantándola delante de tu ataúd, pero la mayoría de las veces me veo sola en el púlpito, leyendo la letra. Es una especie de despedida pronunciar esas palabras delante de tu ataúd.

Abro los ojos y me encuentro con su mirada gris.

—No vas a tener ningún entierro. Por eso puedes oírla ahora. Hay una estrofa que viene enseguida con la que no sé cuántas veces me he echado a llorar.

Dejo que la voz de Peter Jöback inunde el cuarto.

*Te perdono.
Este capítulo está cerrado.
Le pongo punto aquí.
Respiro aliviado.*

Tarareo la canción y asiento.

—Ya me doy cuenta de que es una canción..., pero ¿sabes una cosa? Siento envidia de él siempre que la escucho. Él llegó a un punto en que pudo perdonar a su padre. Yo no puedo. Has hecho demasiadas cosas que son sencillamente imperdonables.

Parece tan pequeño. Tan miserable. ¿Qué me ha asustado tantos años? Me fijo en su cara. Ha envejecido. Largas líneas de expresión en la frente. Calvo. Miro los brazos que antes golpeaban con tanta fuerza y ahora están atados. «Relájate. Tu padre no es un monstruo. Es un señor mayor».

—He pensado lo que iba a hacer contigo. Si te iba a dar un golpe en la cabeza

como hiciste tú con mi hermano.

Le pongo una mano enguantada en el estómago. Noto cómo se estremece. Me gusta que sus reflejos demuestren al menos que mi padre me tiene miedo. No al revés.

—Había pensado golpearte aquí —le digo, sin retirar la mano—. Por mi madre. Por mi hermano mayor. Por mi madrastra.

Nos miramos.

—No lo entiendo. Ni lo voy a entender por más años que viva. Estabas casado con mamá. Estaba embarazada de tu hijo. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste darle puñetazos en la barriga y susurrarle al oído que ibas a matar a aquel mocoso hijo de puta?

Lo miro esperando una respuesta. No llega. Muerde la pelota que tiene en la boca. Intenta expulsarla.

—¿Y mi madrastra? ¿Cómo es posible abalanzarse sobre alguien que es mucho más pequeño y más débil? ¿Y luego cerrar el puño y golpearla en el estómago con todas tus fuerzas?

Se me llenan los ojos de lágrimas al recordar la imagen de mi madrastra en el lavadero.

Me callo. Escucho la voz de John Mayer cuando se acerca al estribillo. Cuando canta que los padres han de ser buenos con sus hijas y que las hijas llegarán a ser madres un buen día, y que por eso es bueno que las madres también sean buenas con sus hijas.

—¿Sabes que me he esterilizado?

Sus ojos sorprendidos se vuelven hacia mí. No le da tiempo a contener la reacción. Yo lo miro a sus grandes ojos grises, asintiendo lentamente.

—Lo hice nada más cumplir los veinticinco años. Tú eres la primera persona a la que se lo cuento. Nunca he podido soportar la idea de tener hijos. O la idea de mí misma como madre. Mi hermano mayor lo ha logrado. Sus hijos son maravillosos, pero yo sabía que nunca podría tener hijos. Que nunca me atrevería. Cuando sus hijos se me acercan corriendo... Esos ojos tan llenos de cariño. De confianza. Confían en mí. No pueden imaginarse ni por un segundo el daño que podría hacerles.

Esta vez soy yo la que aparta la mirada. Miro al suelo y susurro:

—Lo que tú tienes... El problema que tú tienes, lo tengo yo también. Lo sé. Lo he sentido toda mi vida. No puedo arriesgarme a tener un hijo. No confío en mí misma. Soy como tú.

Le vuelvo a mirar.

—La gente como tú y como yo, papá, no debemos ser padres.

La tranquila canción acompañada de guitarra deja paso a *Change it*. Me estremece el cambio de ritmo, pero luego recuerdo la noche en el hotel Marriott

Marquis de Nueva York. Sonrío.

—Es una pena que tu inglés sea tan malo, papá. Esta canción te aclararía bastantes cosas.

*When the road is dark and cold, walk on, fearing not.
Get your life in order, clean house and rearrange it.*

En realidad es bien sencillo. Se trata de cambiar lo que no le gusta a uno.

*Committed now to tear the damn dam down
And change it.*

—Es mi estrofa favorita —digo.

—No sé por qué me atrae tanto tirar ese dique. Cada vez que oigo esa estrofa me invade algo. Se parece a la euforia que sentí la primera vez que me atreví a odiarte.

Me río.

—Te odio. Con todo lo demencial que pueda ser decírtelo a la cara. Pero te odio. Muchísimo. Odio que me dejaras crecer con una imagen totalmente horrible de mí misma y de la que seguramente nunca me podré liberar. Odio que trates de enfrentarnos a unos hermanos contra otros para que así estemos todos desesperados por ser el mejor a tus ojos.

Siento de nuevo el vértigo. Un burbujeo que empieza en el estómago y me sube hacia el corazón.

—¿Sabes? Odiarte es el sentimiento más fuerte que he tenido en toda mi vida. No hay nada comparable.

Nos miramos fijamente. Él empieza a respirar cada vez más deprisa. Veo cómo aprieta las mandíbulas. Al principio pienso que es sólo de rabia pero cuando noto que empieza a tener sudores y que le cuesta respirar, que tiritita y agita convulsamente la boca, entiendo lo que pasa.

Lo he visto cuando le ha pasado anteriormente en dos ocasiones. Es lo mismo que padecen veinte mil hombres suecos cada año y que ahora sufre por tercera vez Valdemar Almliden; sus vasos sanguíneos están tan taponados de grasa, tejido adiposo y calcificaciones que la sangre no puede circular.

En otras palabras: mi padre sufre su tercer infarto.

—¡No! —grito.

Al inclinarme sobre él para darle un masaje en el corazón sopeso sacarle la pelota y hacerle la respiración boca a boca. Me imagino que me muerde los labios y me los arranca y desecho la idea. Le hago diez compresiones cardiacas y me inclino y respiro con fuerza al lado de su boca. Recuerdo un artículo que escribí en el que decía que lo más importante en los primeros auxilios es mantener el corazón en

funcionamiento. Espero que sea cierto.

Así que continúo.

Y continúo.

Diez compresiones en el pecho. Dos respiraciones.

Diez compresiones en el pecho. Dos respiraciones.

Diez compresiones en el pecho. Dos respiraciones.

ÚLTIMO CAPÍTULO

No sé cuánto tiempo llevo reanimándolo. Pero de repente mi padre tose. Resuella. Pongo la oreja en su pecho. Oigo los latidos del corazón. Irregulares, pero latidos. Le pongo la mano en el cuello y le busco el pulso. Al sentir la presión en la mano respiro aliviada. Él intenta hacer lo mismo. Le saco la pelota de la boca. No intenta morderme. No empieza a gritar. Estamos allí, el uno al lado del otro. Recuperando la respiración.

—Papá —digo. Le pongo una mano en la mejilla.

Él vuelve la cara hacia mí tanto como le permite el plástico. Nuestras miradas se cruzan.

—¿Estás tratando de estropearme la fiesta?

Empieza a dar sacudidas con la cabeza. Intenta soltarse de nuevo.

—¡Ayuda! —oigo después—. ¡Ayudadme!

Suspiro y le vuelvo a meter la pelota en la boca. Me habría gustado disponer de más tiempo, pero no sé cuánto tiempo va a resistir su cuerpo antes de sucumbir. Esta vez para siempre. Meneo la cabeza, me levanto y me dirijo a la encimera de la cocina.

—¿Te acuerdas...? —empiezo a decir mientras abro uno de los cajones.

Saco un cuchillo.

—¿Te acuerdas de aquella vez cuando querías que señalara dónde te iba a clavar el cuchillo?

Lo miro. Espero una reacción que no llega.

—Me sentaste en tus rodillas, papá. Me preguntaste si quería matarte y me obligaste a señalar dónde te iba a clavar el cuchillo.

Me siento al lado de su cuerpo inmovilizado.

—De todas las cosas que me has hecho, esa no te la puedo perdonar. Esa es la razón por la que la canción de Peter Jöback es una utopía.

Pongo el cuchillo contra su pecho.

Él se estremece. Quizá de miedo. Quizá por el contacto frío del acero.

—Seguro que lo recuerdas. Seguro que recuerdas cómo lloraba y que temblaba de tal manera que no podía señalar. Seguro que recuerdas que me apretaste tanto los

dedos que se me pusieron blancos. Cómo me preguntabas dónde iba a clavar el cuchillo. Me lo preguntaste una y otra vez.

Agarro el cuchillo con la mano derecha. Lo pongo delante de él.

—Míralo. Este no es un cuchillo de cocina, ni un cuchillo de carnicero. No quisiste escucharme entonces. Te conté que sólo tenía un cuchillo de mesa. No porque quisiera hacerte daño. Sino para salvar a otros a los que tú querías hacer daño. Ahora sigo el mismo razonamiento. Lo hago para salvarlos.

Ha llegado el momento. Busco sus ojos grises.

—Han pasado veinte años. Pero ahora te voy a responder a aquella pregunta, papá.

EPÍLOGO

Aftonbladet, página 18. Miércoles, 19 de mayo de 2010.

Hoy se suspende la búsqueda de Valdemar (60 años)

Dos meses y ninguna pista. Hoy se suspende la búsqueda de Valdemar, el hombre desaparecido de sesenta años y padre de cuatro hijos.

La policía de Västra Götaland se enfrenta, por segunda vez en el transcurso de seis meses, a otra enigmática desaparición.

«Tuvimos recientemente un caso parecido. Entonces se trató de una desaparición que al principio parecía voluntaria pero luego se demostró que era un asesinato. Por eso hemos destinado muchos recursos a esta búsqueda: helicópteros con cámaras de infrarrojos, perros y batidas sobre el terreno. Hemos interrogado a los amigos y a los familiares. Hemos registrado su casa. Pero todo apunta a que esta es una desaparición voluntaria», ha declarado a *Aftonbladet* el jefe de la investigación, Ulf Karlqvist, que insiste en que la investigación no está cerrada.

«No, pero después de tanto tiempo tenemos que interrumpir la búsqueda activa. Deseamos naturalmente que el hombre ahora desaparecido aparezca ileso algún día», ha manifestado Ulf Karlqvist.

Aftonbladet ha tratado inútilmente de ponerse en contacto con los familiares de Valdemar para que hicieran alguna declaración.

Ing-Marie Andersson

ing-marie.andersson@aftonbladet.se

AGRADECIMIENTOS

Este libro es una historia de amor por muchos motivos. Mientras lo escribía me he sentido una y otra vez profundamente reconfortada por todo el cariño, la sinceridad y la alegría que me habéis dado todos. Quienes me habéis leído de una u otra forma, quienes habéis opinado o cuestionado, agradecido, reído o llorado; mi familia y mis amigos. No puedo explicar con palabras lo agradecida que estoy de teneros a mi lado.

Por eso, gracias, Per. Gracias, Bertil. Gracias, mamá, Bosse, Nicklas & Ida & Victoria & Ludvig, Fredrik, Martin, Christian y Richard. Gracias a Vesna, a Johanna, a Jennie y a sus respectivas familias. Gracias a Karin & Peter, Jocke & Frida, Jan & Madeleine. Gracias, suegra. Gracias, Sarah, Linda, Henke e Ingrid.

Gracias a Magdalena Graaf. Gracias a Lars Pålsson por sus consejos médicos. Gracias a Camilla Läckberg por la escuela de detectives de su página web, que me dio el empujón, y gracias a Stacy Parker Le Melle, quien ofreció el mejor curso para escritores en Nueva York.

Y gracias a Karin Schmidt y a Cecilia Jönsson, que hacen lo imposible para que yo pueda tener tiempo libre.

Gracias a Eva Fallenius porque quisiste publicar el libro y porque ya me estás insistiendo con el siguiente.

Y gracias a ti que lees esto.

CARINA BERGFELDT,
Estocolmo, 11/11/11

Esta es una historia inventada con personajes ficticios. Me he tomado ciertas libertades con casas y lugares de Skövde, Skara y Götene para adaptarlos a la novela. Sin embargo, la violencia doméstica es lamentablemente una realidad. Si la sufres puedes conseguir ayuda.

El número de teléfono de ayuda a las mujeres maltratadas en España es el 016.



CARINA BERGFELDT. Nació en 1980 y creció en Götene, un pequeño pueblo en el centro de Suecia. Es la periodista estrella del principal tabloide sueco, *Aftonbladet*.

Ha sido galardonada con el *Swedish Grand Journalism Prize 2012*, por ser la única periodista que se infiltró entre las víctimas de la matanza de Noruega, con quienes pasó la primera noche, y con el *Premio Årets Stilist*, que reconoce la calidad estilística de su trabajo periodístico.